Torcuato Luca de Tena

Los hijos de la lluvia (a.C.)

Memorias de un personaje que gracias a la metempsicosis puede tener numerosas y sorprendentes vidas en la antigüeda[d...] "hombre arborícola" hasta el Sermón de la Mon[taña]

Lectulandia

Los hijos de la lluvia (a. C.) es, en cierto modo, la «Historia novelada del hombre», como dice con otras palabras su fingido autor, el sabio y misterioso profesor norteuropeo Hans Weber, quien se ve obligado a ocultar su verdadero nombre y a falsear sus circunstancias personales, para no caer en el desprestigio académico de contar como propias unas memorias personales que abarcan desde la indefensión del «hombre arborícola» hasta el testimonio del Sermón de la Montaña. No obstante, todo cuanto narra ha sido vivido por él. Es testigo personal de cuanto relata. Y demuestra y contradice no pocos errores de la «Historia oficial».

Hans Weber es indistintamente hombre o mujer, y tan pronto es la criada o limosnera del profeta Elías, como un príncipe maya, un antropófago alemán, un premongol esclavizado por los romanos, un estudiante francés de nuestros días o una puta egregia de la antigua Hélade, amiga de Sócrates y esculpida por Fidias en tiempos del gran Pericles.

El paréntesis que sigue al título significa que las «memorias de Hans Weber» sólo abarcan sus metempsicosis anteriores a Cristo.

Lectulandia

Torcuato Luca de Tena

Los hijos de la lluvia (a. C.)

ePub r1.0
Titivillus 27.05.16

Título original: *Los hijos de la lluvia (a. C.)*
Torcuato Luca de Tena, 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso!…

CERVANTES

PRIMERA MEMORIA

I

EL MIEDO —¡oh, el miedo!— es mi primera memoria. El miedo a las sombras, a los ruidos, a los reflejos, a la noche, al silencio. El miedo a mi latir, a mi vaho, a las fieras, a los pájaros y a los espíritus. El miedo a mi padre. El miedo a mi miedo.

Mi primera encarnación está inmersa en un miedo sobrecogedor que eriza mi vello; un pánico sordo que sacude mis carnes y paraliza mis miembros, un espanto inacabable, un terror cósmico y definitivo. Más allá de mi miedo, no hay.

Estoy en una de las ramas más altas del árbol en que anidamos mi madre y yo, oculto entre sus frondas, fuertemente estrechado por sus brazos enormes. El espeso vello de su piel y el vaho de su aliento me dan calor, mas no sosiego. Es noche cerrada. No hay luna. Frente a mí y en torno mío veo multitud de lucecitas verdes y pálidas como luciérnagas quietas. Proceden de los árboles fronteros y se ven, a diversas alturas, salpicadas entre el ramaje. Son los ojos abiertos de mi padre que fulgen en la noche; y los de los padres de mis padres, y los de los hermanos de unos y otros, y los de mis propios, múltiples hermanos. Nadie en la tribu dormirá esta noche. Bajo nosotros, la pantera negra nos acecha. No puede vernos, pero nos huele: sabe que estamos aquí. Nosotros tampoco la vemos, pero la sentimos. Conocemos el roce sigiloso de sus patas con las frascas y tamujas y sabemos que ese suave ronroneo, como de trueno lejano, es de satisfacción por sabernos atrapados. Antes o después alguno de nuestros adultos habrá de bajar en busca de alimentos; o, tal vez, el padre de mi padre, que es el jefe de todos, ordene a una de las madres que deje caer a la criatura que está amamantando, para que la fiera se la lleve entre sus fauces y la devore lejos, salvando así a la comunidad. Nuestra sola escapatoria sería que, al despuntar el alba, un corzo o un gamo inadvertido se acercara a la charca a beber; de este modo, la pantera buscaría la presa más fácil y, saciada con su carne, se retiraría a su guarida.

Tengo miedo, hambre, sueño y frío. Me arrebujo en los brazos de mi madre e instintivamente busco su leche, pero sus senos están secos. Hace años que pasó para mí el tiempo de mamar. No obstante, imagino que soy una cría, como antes; o como mi hermano cuando fue devorado vivo por los cerdos. Introduzco entre mis labios el pezón, comienzo a succionar, y me quedo así, acurrucado, deseando que me llegue el sueño y deje de sentirme aterido, empavorecido y hambriento. En la duermevela

pienso en mi padre. Todas esas lucecitas pálidas y verdes que me rodean parecen iguales; pero yo distingo muy bien cuáles son las que corresponden a sus ojos. Cuando sea grande me pareceré a él. Aprenderé a buscar nidos de pájaros y reptiles; a robar la miel de los panales antes de que la coja el oso; a reconocer las raíces que pueden comerse y las que no; a vaciar los cráneos para guardar el agua; y, si consigo abatir una ardilla o caer sobre una liebre, abrirle el vientre a dentelladas para proceder después a la desollación.

Di un gran suspiro, succioné el seco pezón de mi madre y me quedé dormido. Soñé que ya era grande; que mis ojos fulgían de noche como los de mi padre y que, por su brillo, mis hijos me reconocían en la oscuridad y sosegaban sus miedos. También soñé que copulaba con mi madre, como lo hacen mis hermanos mayores.

Me despierta el agudo chillido de un ave nocturna. Escucho el torpe batir de sus grandes alas y la veo buscar refugio en las copas más altas, lejos de nuestros nidos, para descansar de día, porque sus ojos se vuelven ciegos a medida que empieza a clarear. Ya estamos entre dos luces. Aún se ven, muy tenues, algunas estrellas en un cielo gris lechoso. Son los ojos de nuestros muertos que nos contemplan. Durarán poco, porque, al igual que los del gran búho, se ciegan con el primer albor. Ya no se ven fosforescer las pupilas vigilantes de los hombres y mujeres de la tribu, pero se adivinan sus cuerpos quietos, tensos, y sus ojos fijos en el cuerpo elástico y sinuoso de la pantera que ronda solemne a nuestros pies esperando la ocasión propicia. ¡Qué poder de atracción el suyo para nuestras miradas! ¡Qué majestad la de sus movimientos! ¡Qué fortaleza la de sus patas musculadas! Se mueve en círculos, contoneándose al girar, sin rebajarse a mirarnos, pues no necesita vernos para saber que su alimento está asegurado. Su negra piel lustrosa luce cual una piedra obsidiana, bajo el agua, en el lecho del río, pulida por la corriente.

Mi madre se ha movido; una ramita seca se quiebra y cae. Las orejas de la pantera se tensan; se acerca al tronco; apoya en él sus patas delanteras; se yergue, estira el cuello, arruga su negro hocico húmedo y olfatea mi miedo: se deleita oliendo mi pavor. Mide la distancia que la separa de la primera rama; calcula la altura de su salto; lanza un bufido: desiste. Ahora se acerca al tronco del árbol en que está mi padre. Nadie entre las ramas se mueve. Distingo los cuerpos de la gente de mi tribu, inmóviles, acurrucados entre el follaje como grandes frutos. La fiera se aparta unos palmos, se encoge, su lomo se comba: va a saltar. Mi madre me aprieta tan fuerte que me hace daño. Mis oídos, apretados contra su pecho, escuchan el tan-tan agitado de su corazón. Salta la pantera, no alcanza la rama, cae sobre sus patas, y un feroz y prolongado rugido de rabia e impotencia desgarra la mañana. Los monos responden con una algarabía de gritos. Yo no los veo, pero los escucho excitar a la pantera contra nosotros. Si estuviesen cerca no sería imposible lanzar a uno de ellos como carnada a la bestia que nos acecha. Mas ellos piensan lo mismo; entiendo bien su lenguaje y sé que se alegran de nuestra situación. Si alguno de los nuestros cayera y el temible felino se cebara en su cuerpo, el guirigay de los simios alcanzaría

proporciones inauditas. No nos quieren, y demostrarían a voces su feroz alegría por nuestro mal.

Cada vez se ven más claros los contornos. Lo que primero fue negro y luego gris va readquiriendo los colores que la noche robó a todas las cosas: los mil verdes distintos del follaje, el pálido azul del cielo, el rojo de las enredaderas que amenazan ahogar los troncos, la tierra parda, blanca la roca, amarillos los cardos secos, azules y luminosos los ojos de la pantera, y arcilla —color de arcilla mojada—, el vello de los brazos que me ciñen. Ya no se ven las luminarias celestes: los espíritus de los muertos se han dormido.

¿Qué ocurre ahora? ¿Qué gritos son ésos? ¿Tan necios son los adultos que cantan victoria antes de tiempo? Las voces son del padre de mi padre. Está de pie sobre la rama en que antes yacía oculto y se deja ver de la fiera, y la impreca, y la reta, y agita los brazos, y salta, al par que emite grandes alaridos. La conmina, la ordena, que se vaya de nuestro cazadero. Al punto, mi padre, enardecido por su ejemplo, le imita; y, en un parpadeo, un nada de tiempo, todos los miembros adultos de la tribu salen de sus escondites y comienzan a gritar con tales demostraciones de ferocidad que yo mismo me aterro. Lanzan ramas contra el felino, excrementos, piedras. Acompañan sus ademanes con voces espantables. Mi madre y las hembras todas de la tribu hacen ahora lo mismo que los hombres; y yo, acabo imitándolos. Por mimetismo hago lo que veo hacer a otros, y enseño los dientes, y babeo, y curvo los dedos como si fuesen garras. La pantera se debate de la lluvia de hojas que cae sobre ella y da grandes zarpazos al aire cual si cazase mariposas. Inyectados los ojos en sangre, desbordadas sus fauces por una baba espesa, como la espuma que deja el mar en la arena, responde con rugidos ensordecedores a nuestro griterío; enseña, sí, los enormes colmillos, pero se la ve acobardada, y, al cabo de un tiempo, se aleja.

Ya no siento frío: los saltos han desentumecido mis miembros. Sólo me queda el hambre. Mi madre lo advierte. Hurga entre mis pelos y me da a comer los piojos que encuentra; después se vuelve de espaldas a mí, me invita a buscar entre sus greñas y me autoriza a comer lo que encuentre yo. Esto no me sacia. Antes bien, el hacer crujir entre mis dientes la cascarilla del piojo, y sentir en la lengua el leve zumo de la sangre que nos succionó, me abre el apetito, y mi cuerpo reclama más alimentos. Me gustaría que mi madre entendiera que ya soy casi un hombre. Y que deseo que me inicie como hombre, al igual que hizo con mis hermanos. Al despiojarla procuro rozar su espalda con mi cuerpo para comunicarla mi calor y mi deseo. Ella ríe, ríe, como si entendiese lo que quiero; pero no se vuelve hacia mí. Todavía me considera un niño.

De súbito, los adultos comienzan a descender de sus refugios nocturnos. De nuevo el pánico hace presa en mí. ¿Adónde van? La pantera merodea cerca; no se da por vencida. Desde mi altura la veo fuera de la arboleda, tumbada cara a la fronda, entre grandes hierbajos que la ocultan, acechando, esperando…

Nuestros hombres llevan en las manos haces de ramas para que sus brazos y

manos parezcan más grandes. Y, a las espaldas, pellejos doblados y cargados de cantos. Sin acercarse mucho rodean a la fiera y comienza de nuevo la algazara, los brincos, el lanzamiento de piedras, los braceos al aire, la imitación de rugidos más potentes que el suyo, como el del león; y barritos, que es el grito del mamut, con quien la pantera no se atreve. Sin perderlos de vista, el gran felino negro bosteza, enseñando la temible hilera de sus enormes dientes. Los gritos y saltos de mi padre son los más altos y potentes. ¡Cómo me gustaría estar junto a él, como mi hermano! Sólo con verle, la pantera se incorpora; y, al sentir avanzar hacia las hierbas en que se oculta aquella turbamulta gesticulante de seres que no demuestran temerla, vuelve la espalda y, sin voltear la cabeza, mas tampoco mostrando espanto, inicia lenta, majestuosamente, la retirada.

II

Tumbados de bruces en la orilla, mi madre y yo nos contemplamos en la superficie de la charca. ¡Qué pequeño es mi rostro al lado del suyo! Tan quieta está el agua que hasta se nos ve el color rojizo del cabello, el verde de mis ojos y el amarillo —amarillo y glauco— de los suyos. Al acercarnos a la laguna, un jabalí verrugoso comenzó a mover el jopo como un remolino enloquecido, pero no huyó; nos contempló avanzar, se apartó de nosotros y, a prudente distancia, comenzó a revolcarse en el fango para ahogar sus liendres. Los gamos y corzos, más prudentes, se fueron al otro extremo de la laguna. Nos temen; y ello me llena de orgullo. Saben que somos capaces de hacer huir a una pantera y a un mamut, el más grande y poderoso de los nacidos, con quien ni la pantera osa enfrentarse. ¿Qué otra especie entre las que alientan se aventuraría a tanto? No somos los más fuertes, ni los más veloces, pero tenemos poderes mágicos, que no poseen los demás vivientes. Y sabemos usarlos.

Mi madre observa en el agua mi gesto de orgullo, mi voluntad de dominio y la veo sonreír debajo del agua. Sé que ella y yo no estamos dentro, sino fuera. Sólo nuestro demonio está dentro. Nos vemos dentro y no nos mojamos. Tal vez por sabernos mágicos, los animales huyen de nosotros.

Mi madre mueve la mano, extiende un dedo y lo moja en la superficie, agitándola. Nuestros rostros se distorsionan, tiemblan, se diluyen en los círculos. ¡Qué extraña se vuelve ella! ¡Qué feo me veo yo! Tan pronto tengo cara de esos simios, que tanto odio, como de mi abuelo cuando se enfurece. Mi madre ríe, por haber roto nuestras caras sumergidas, y me invita a bañarme. Ella me frota fuerte con fango y con arena y después me enjuaga con agua, suave, amorosamente; y ríe, con un sonido nuevo, al advertir la transformación de mi cuerpo. El rito exige que sea yo ahora quien la lave, pero mi deseo es otro. La empujo —y ella no se resiste— hacia la orilla. No sé si soy

yo quien la tumbo o si es ella quien se deja caer, y desde el suelo me tiende sus brazos. ¡Oh, cuánto daría para que mi padre y mis hermanos me vieran poseerla! Pero éste es sólo un pensamiento previo y fugaz, diluido después en un deleite dulcísimo y feroz, dominante y embriagador, en el que se mezcla el espasmo que sacude las raíces del placer y el orgullo de la posesión. Más tarde, ella regresa a nuestra nidada en la floresta, y yo, imbuido de soberbia y melancolía, me encaramo al cerro pelado que domina la jungla y la laguna. Nunca, en mis correrías, he traspasado esta raya. ¡Cuánta tierra se columbra desde aquí! ¿Tan grande es el mundo que no se le ve su fin? Aquí el terreno se quiebra en una hondonada y, después, se eleva en un plano inclinado todo amarillo: amarilla la tierra; amarillas las nubes de polvo que levanta la carrera de un rebaño de búfalos; amarilla la niebla que un sol oblicuo dora; y, rematando lo que la vista alcanza, unas montañas lejanísimas, de un azul tan pálido que sus cumbres se confunden con el cielo. ¿Habrá algo más allá de lo que no se ve? He oído decir que otros seres de nuestra misma estirpe viven en esas sierras. Ni siquiera mi padre los ha visto; pero el suyo, sí. Dicen que andan erguidos, como nosotros, y cazan el oso.

Hace tiempo que, en la lejanía, vi llegar a los adultos con el alimento conseguido. Sé que debería estar con ellos, ayudando, con uñas y dientes, a desollar las piezas —caso de haber cobrado una liebre o una serpiente—, para desmembrarlas y almacenar los sobrantes en lo más alto de los árboles para que no nos roben los depredadores el alimento de mañana. Pero estoy poseído de una vaga desidia, y escruto el cielo pidiéndole respuestas a unas preguntas que yo mismo no sé formular.

De súbito, al entender que estoy solo y que pronto el sol morirá, rompo a correr hacia la floresta como si me persiguieran, seguro de que me persiguen y sin saber quién me persigue, salvo mi pavor.

¡Ah, los monos, incómodos vecinos, chillones, gesticuleros y ladrones! ¡Qué desapacibles sus voces, qué molestas sus piruetas! ¡Y su curiosidad, qué insolente! Apenas puesto el sol, subimos a refugiarnos cada cual a nuestro rincón y tuvimos que soportar la visita de los simios que vinieron a olisquear las semillas, las raíces, los frutos y, acaso, algún lagarto o tortuga que cazaron nuestros adultos; ¡y a saber cuánto habíamos comido y dónde guardado el sobrante!

Poco a poco, suave, lentamente, va ascendiendo la oscuridad. Ésta nace en el suelo y sube, repta, se desliza por los troncos de los árboles hasta alcanzar las primeras ramas, después las intermedias y, por último, las más altas, donde anidamos mi madre y yo. A medida que el día muere, y las sombras matan y sepultan la luz, y los muertos abren sus grandes ojos en el firmamento, en nuestro cazadero se va haciendo el silencio; las últimas voces se apagan y comienza de nuevo el reinado del miedo. Por eso permanecen tanto tiempo encendidas las pálidas luces verdes que denuncian los ojos abiertos de los hombres y mujeres de la tribu. Corresponden a miradas que giran al escuchar el menor soplo e intentan escudriñar, penetrar, la oscuridad, atemorizadas por un chasquido, acobardadas por el más leve, mínimo,

rumor. El ruido me atemoriza; pero el silencio, más. No tengo hambre, porque estoy saciado. Mi temblor no procede del frío como ayer, sino sólo del miedo: miedo a las sombras, a los espíritus de la noche, miedo a que nunca vuelva la luz, miedo a todo y a nada. ¡No hay miedo mayor que el de la ignorancia de las causas de nuestro miedo! Los ojos de mi madre están fijos en la negrura, como los de todos. Pero es más fuerte que yo y quiere con su fortaleza proteger mi debilidad, acallar mi espanto. Me acaricia, me ofrece sus senos, como cuando era niño, para que juegue con ellos y me sosiegue. Como ayer, como siempre, me duermo entre sus brazos.

¿Qué ocurre ahora? ¿Qué nuevo peligro nos ronda? Mi madre se incorpora y trepa a la más alta de las ramas. Me tiende su mano para que la imite. Ya ha amanecido. Allá abajo no hay una, sino cinco panteras que se ceban entre los despojos de la caza. Lo que más espanto me causa es el espanto ajeno. Se percibe, se huele, el pavor de los demás. Busco a mi padre con los ojos. Y a ese hermano al que tanto odio, porque sale con él a cazar y yace con mi madre. Los veo encaramarse empavorecidos, así como a las hembras con sus crías, a las más altas ramas, y allí quedar agazapados, encogidos, paralizados, en tanto las cinco fieras se adueñan de nuestro territorio, hacen huir a las hienas y chacales que esperaban la llegada del día para acabar de hurgar entre los despojos de la cacería, y saltan, hirvientes de espuma sus fauces, dejando grandes heridas en los troncos con sus garras. Sus brincos son paralizantes; me alucina su agilidad, me fascina su poder. De pronto, imagino a mi hermano mayor, cayendo de su alto tronco; escucho su grito de angustia; veo sus cabriolas en el aire intentando asirse a una rama y le adivino cazado en el aire, aun antes de caer a tierra, por el poderoso salto de las fieras; y la pelea entre ellas por llevarse la mejor parte; y sus cabezas, rojas de sangre, al hurgar en sus entrañas. Aquélla huye con un muslo; otra, con la cabeza; las más se ceban sobre el tronco y pelean por el hígado sabroso, rojo azulado, los sanguinolentos riñones y las largas cintas rosadas de los intestinos. Un grito de espanto me desgarra la garganta; mi madre me muerde una oreja para callarme; las panteras, todas, se arrejuntan bajo mi árbol y veo los ojos coléricos del que manda en todos nosotros; irritados los de mi padre; despectivos los de mi hermano vivo, clavados en mí. ¡Oh, muertos! ¿Por qué habré nacido? ¿Por qué el padre de mi padre me mira así, en vez de espantar a las fieras, ahuyentarlas, alejarlas de nuestro territorio, demostrarles los poderes mágicos que poseemos y que nos hacen superiores a todos los otros animales que pueblan la tierra?

¿Cuánto tiempo ha transcurrido —dos, tres días— desde que las panteras se adueñaron de nuestro cazadero? He perdido la noción de las noches; no de mi miedo. Mi madre y yo hemos consumido el alimento que nos dieron para almacenar en nuestra nidada, y el agua que guardábamos en conchas de galápagos. Estoy desfallecido de hambre; seco de sed y he preguntado mil veces a los espíritus de los muertos esas preguntas que no sé formular. Cada amanecer las fieras se plantan en el límite de la floresta, tensos los cuerpos, avanzado el hocico, las orejas enhiestas, dando cara a la charca. Desde mi altura, oteé esperanzado la lejanía y nunca vi un

venado, ni un cerdo verrugoso, ni siquiera una liebre acercarse a la laguna. Prefieren la sed al peligro. Hace frío al amanecer; y el vaho que expulsan las panteras se transforma en niebla huracanada. Vuélvense luego hacia nosotros y comienza la ronda implacable que se transforma en truenos de rugidos si cae una rama, un detritus, si se oye un ronquido o si llora un niño. Tienen hambre. Una pantera se ha separado del grupo. Ya sólo hay cuatro. Tal vez mañana, sólo tres. Y, al triunfar el espíritu de la luz al siguiente día, sólo dos. Y después, ninguna. Pero mi madre me señala a la fiera que parecía perdida. Se ha encaramado entre las enredaderas de un árbol lejano; ha alcanzado una rama segura; tienta con sus patas su fortaleza y salta al árbol vecino de aquel en el que está mi padre. Veo a nuestro jefe, al grande, al invicto, enderezarse. Pienso que va a luchar a brazo partido, cuerpo a cuerpo con la fiera. Lo que hace es arrancar a una madre su cría y lanzarla al matadero, al tiempo que señala a los otros sentenciados, quienes, al saciar a los enemigos, salvarán a la comunidad. No tengo tiempo de estremecerme, al ver su mano extendida hacia mí. Me siento, de pronto, desprendido de los brazos que me ceñían, y advierto la pavorosa sensación de vacío bajo mi cuerpo; y el choque con una rama a la que intento desesperadamente asirme; y, de nuevo, el vacío; y la seguridad de que la visión de mi hermano cayendo era una premonición de lo que había de ser de mí; y el espantable acercamiento a mi propia sombra, y después, el encuentro en el aire con las garras que saltan en mi busca, y un remolino de alientos calientes sobre mi rostro y el olor de mi propia sangre, y un último intento de formular al espíritu de los muertos mi pregunta inacabada.

Ésta es mi primera memoria.

ANTEMEMORIA

CONCLUIDO EL CAPÍTULO ANTERIOR, me pregunto si es lícito entrar de lleno en la redacción de mis memorias ocultando a quien las lea la personalidad o, al menos, alguna de las especialísimas circunstancias de quien las escribe. Porque lo que el lector tiene entre sus manos no es un libro de ficción, no es una invención literaria: es un testimonio. Y el muchacho arborícola, que tuvo tan pavoroso final, soy yo, un hombre de nuestro siglo: contemporáneo de quienes hojeen este libro, caso de que alguien pueda sufrir cuanto relato.

En consecuencia, algo diré —no todo— acerca de mi persona. No todo, insisto; porque por razones evidentes que el lector entenderá en seguida (y espero que acepte) me veré forzado a ocultar mi verdadera identidad, la tierra en que nací, e, incluso, gran parte de mis circunstancias personales. Sólo diré, y no es mucho decir, que pertenezco a un país de la Europa septentrional; aclararé, y no es mucho aclarar, que soy profesor de Prehistoria e Historia Antigua en una prestigiosa universidad centroeuropea; y, para mejor entendernos, si el nombre no les disgusta, acepten ustedes, sin comprobarlo ni discutirlo, que me llamo Hans Weber.

Mi abuelo paterno, en cuya casa pasé mi primera infancia, fue juez rural en un pequeño municipio al norte de la capital, y vivió y murió tan falto de recursos como sobrado de honestidad. Tan honrado era, que su única hija tuvo que dejar de serlo, al morir él, para poder subsistir. O, dicho de otra manera menos piadosa, bien que más clara (y pido perdón por ello), tuvo que dedicarse a la prostitución, oficio altamente remunerador cuando se sabe administrar, y que ella no abandonó hasta que sus muchos años —que no sus muchas virtudes— la retiraron. Hoy vive en una ciudad muy alejada de aquella en que ejerció sus notables actividades; ha creado una escuela de huérfanos; es presidenta de varias sociedades benéficas, amiguísima de monjas y obispos y está muy bien vista y considerada por la sociedad local, ignorante de su turbulento pasado. Yo la he visitado una vez, como se verá en su lugar.

Mi padre fue hasta su jubilación profesor de un colegio privado. De él heredé el amor al estudio, su propio puesto, del que ya era ayudante, y unos pocos bienes que me permitieron casarme tras doce años de tedioso noviazgo.

Ethel, mi mujer, es muy poquita cosa. Hija de unos vecinos de mi infancia, dueños de una cervecería, íbamos juntos a la escuela, preparábamos conjuntamente nuestros deberes, e incluso, pasados los años, estudiamos al propio tiempo la carrera de Magisterio, que ella no llegó a aprobar y yo sí. Nos queremos desde siempre; estamos acostumbrados el uno al otro; y, a pesar de nuestras largas relaciones y del

tiempo que llevamos casados, y de mi importante encumbramiento profesional, no he conseguido que se interese por mi trabajo; que lea ninguna de mis obras (aceptadas como libros de texto en varias universidades) ni que participe en mis únicos deportes, que sólo consisten en dar largas caminatas los domingos por el grandioso bosque que bordea mi ciudad, y en ir de caza, con los amigos, dos o tres veces al año.

No puedo decir que Ethel sea bonita, pero tiene un rostro muy grato y sereno, y un carácter envidiable. Claro es que tampoco merecía yo aspirar a casarme con «Miss Universo», o con una Saxo-Coburgo-Gotha. Carezco de fortuna, soy más bien bajo, ancho de cintura, algo calvo, radicalmente miope, y poseo una cara de niño bueno, dócil e ingenuo que resta gravedad a mi labor docente, ante unos alumnos que prefieren esos tipos importantes que hacen ruido al andar, modulan las frases con inflexiones de voz, que a mí me parecen grotescas, y se hacen respetar con la sola potencia de su garganta. (Por contrarrestar mi aspecto infantil, hubo un tiempo en que me dejé barba, pero era ésta tan rubia, rala y desangelada, que antes parecía un niño disfrazado de vikingo que no un sabio profesor aspirante a decano universitario).

Si alguien piensa por lo que voy diciendo que soy un hombre gris, o que pretendo describirme como tal, yerra de plano. Muy por el contrario, confieso ser un hombre distinto y superior a todos; y pido disculpas anticipadas por la necesaria franqueza. Y aún añado más: *tan diferenciado soy de mis contemporáneos y de mis predecesores, que no creo exista ni haya existido jamás otro igual*.

Carezco de toda ambición de nombradía, dinero o poder. Prueba de ello es que para describir la singularidad que me distingue, oculto mi nombre, y falseo —advirtiendo de ello al lector— mis verdaderas circunstancias. Mas tampoco he de vanagloriarme de mi rara y nunca vista virtud, única en el mundo y probablemente en la Historia, porque mis atributos no son natos; no nací con ellos, ni los adquirí por méritos propios, sino por accidente. Y un accidente extremadamente vulgar.

Invitados por el padre de Ethel, varios amigos y yo —algunos de ellos harto inexpertos en el manejo de las armas, como tuve el infortunio de comprobar— aprovechamos unas cortas vacaciones invernales para ir a la caza, en el Ártico, del reno blanco o de los hielos. Y aconteció, para no alargar la historia, que recibí un balazo en la cabeza que no acabó conmigo por un azar inexplicable.

La extracción de la bala, alojada en la caja craneana, fue arriesgadísima por el peligro de dañar los centros que regulan las facultades de hablar, recordar, enjuiciar o regir los movimientos. Felizmente no quedé mudo, afásico, tonto, amnésico o paralítico. Pero algo muy grave y de profunda trascendencia se modificó en mi interior; algo tan novedoso y extraño, tan sin precedentes, que yo mismo no fui plenamente consciente de su verdadero alcance hasta pasados dos años de la delicada intervención quirúrgica. Me refiero al cambio sufrido en mi capacidad de memorizar. Mas no por defecto sino por exceso. El disparo que recibí en el cerebro o la manipulación de los cirujanos para extraer el proyectil, rompieron —por expresarme de algún modo— la tapa que cubre el cofre en que se aloja el olvido, posibilitando de

esta suerte a la memoria su desarrollo integral. Desde entonces soy, en cierto modo, un tarado, porque he perdido la facultad de olvidar que es condición esencial y utilísima al hombre. Me basta un leve esfuerzo de concentración para recordarlo todo. Y —a pesar de la rotundidad del vocablo— no habrá quien me lea, que pueda entender, sin que yo se lo aclare, la dimensión de ese «todo».

Hoy, al tiempo en que lo escribo, evoco fascinado cómo fui descubriendo los primeros síntomas de mi nueva situación; y no puedo menos de irritarme al pensar en lo lento y torpe que estuve en interpretar cabalmente aquellos síndromes.

Tras dos meses trágicos entre la vida y la muerte, durante los cuales ni los médicos eran capaces de arriesgar dos ochavos apostando a mi supervivencia, supe que el colegio en el que impartía mis clases de Historia me brindaba la oportunidad de optar entre la excedencia por un año, acogerme al Seguro de Invalidez o la jubilación anticipada. Hombre prudente, escogí lo primero; y, al ser insoportable para mí la inactividad, decidí utilizar aquellos meses para preparar mi doctorado y presentar mi candidatura, previo concurso, para cubrir una cátedra en la universidad. El mayor obstáculo para alcanzar mi propósito era la prohibición de leer. Con esto, mi querida Ethel —¡Dios la bendiga!—, a pesar del sacrificio que suponía para ella, me leía durante largas horas, sin enterarse de nada, los abstrusos libros que yo le indicaba. Y tan grabados quedaban en mi memoria que, sin necesidad de tomar apuntes ni pedirle a ella que me repitiera un pasaje de la lectura, pasados varios días era capaz de repetir, palabra a palabra, punto por punto, lo que ella me leyó, sin equivocar una frase, un nombre geográfico o un apellido extranjero de difícil pronunciación. Más adelante, cuando ya pude leer por mí mismo, llegué a saber de memoria la página exacta del libro concreto en que estaba un dato, una digresión interesante o una fecha. Mi mujer —por jugar, por entretenerse o entretenerme en mi larga convalecencia—, cuando venían mis amigos a visitarme, se divertía poniéndome pruebas difíciles de memorización. Y los resultados eran tan asombrosos, que acabó por pensar que yo poseía un poder hipnótico o algo semejante, de suerte, que creía que yo le ordenaba a ella, mentalmente, la pregunta que debía hacerme para sólo responder a lo que ya sabía. No hubo tal. La explicación de mi caso era harto más simple. Mi memoria se había desarrollado desaforadamente, casi diría que monstruosamente. Excusado es decir que gané la cátedra a la primera prueba, sin dificultad alguna, y que mis haberes crecieron sensiblemente al pasar de simple profesor escolar a catedrático de universidad. Esto me permitió satisfacer tres antiguas aspiraciones: viajar por el mundo, suscribirme a multitud de revistas especializadas y crearme una buena biblioteca. Empero, los primeros síntomas de otro fenómeno de más largo alcance no se produjeron en mí, como antes dije, o, al menos, yo no los advertí hasta dos años después.

Del mismo modo que al principio recordaba todo lo que había leído, más tarde comenzó a sucederme que «recordaba» lo que decía un libro «antes» de leerlo. Emplear la palabra «recordar» aplicada a un hecho futuro, puede parecer excesivo.

Pronto veremos que no lo es. He de anticipar que esto no me ocurría con todas las lecturas, sino sólo con algunas; y muy espaciadas. No quise profundizar mucho en ello porque el fenómeno me daba miedo. Pero tuve que volver a reconsiderar el caso al reiterarse las veces en que polemizaba interiormente con el autor diciéndole, o diciéndome, que este episodio o aquel dato no era como él lo decía o interpretaba, sino como yo lo «conocía». Las polémicas entre eruditos ni son infrecuentes ni siempre apacibles. El discrepar un entendido de lo que dice otro es el pan nuestro de cada día, de modo que mi caso no sería tan extraordinario a no ser que, muchas veces, yo no era ni de lejos un «entendido» de aquello de que discrepaba. Tal me aconteció, por ejemplo, durante una tertulia que celebrábamos todos los jueves varios colegas de la universidad en la cervecería de mis suegros. En aquella ocasión, mi ayudante de cátedra, un joven que por darle algún nombre diremos que se llamaba Fritz Newman, me comentó que acababa de leer en una revista un artículo titulado «Orígenes del hombre», en el que su autor, un eminente antropólogo inglés llamado Richard Leakey, daba cuenta de que, en Tanzania, acababa de ser descubierta una larga hilera de huellas fosilizadas de pies, que era el vestigio más remoto que existía en el mundo de un ser de nuestra especie; y el autor del artículo (hijo de la también antropóloga que descubrió las huellas) atribuía a las mismas una antigüedad de casi cuatro millones de años…, época en que —según decía— el hombre no era aún capaz de fabricar utensilios. De aquí que denominase *Homo erectus*, y no *Homo faber*, al lejano homínido que las dejó estampadas. Al escuchar esta opinión rompí a reír.

—¡Naturalmente que usaba y fabricaba utensilios! —exclamé con harta vehemencia.

Nos enzarzamos en la discusión de cómo fue evolucionando la cultura en el hombre primitivo; y llegué a afirmar, con no poca audacia, que el responsable de aquellas huellas no sólo «utilizaba y conservaba» el fuego de los incendios ocasionales, sino que, además, sabía producirlo. Observé que mis colegas me contemplaban con cierto recelo y un punto de guasa en los labios. No era común en mí acalorarme en tal tipo de discusiones. Mi actitud habitual era la de escuchar y, en todo caso, interrogar con el mayor interés a la persona de quien acababa de aprender algo que yo, hasta entonces, ignoraba. Lo atribuyeron, sin duda, a haber anegado mi estómago con más bebida de la que toleraba mi cabeza. Pero yo mismo me admiraba, y escandalizaba, de la insolente seguridad con que expuse una serie de teorías acerca de los conocimientos, costumbres, creencias y modos de vida de aquellos lejanos antecesores del hombre actual. Al comprender que me estaba excediendo, la moderación se impuso a mi vehemencia y acabé trocando mis rotundas afirmaciones del comienzo con prudentes «tal vez», «pudo ocurrir», «no es imposible que…» y otras vaguedades, más propias del buen sentido, que del hombre obstinado. Lo cierto es que se entremezclaban en mi conciencia dos corrientes enfrentadas: de un lado, «mi seguridad» de que cuanto yo decía era cierto; y, de otro, mi sentido común que me llamaba al orden, al forzarme a considerar que no tenía autoridad alguna para

expresar con tanta petulancia una opinión contraria a la del antropólogo británico, porque lo cierto es que diez minutos antes, yo ignoraba la existencia de aquellas huellas fosilizadas.

En un momento dado de la discusión, Fritz Newman abandonó la cervecería y, al poco, regresó con la revista. La fotografía mostraba unas huellas de pies humanos profundamente marcadas en un cieno fosilizado. Experimenté al verlas un indecible malestar. Tenían tal poder de atracción para mis ojos que tuve la sensación, al contemplarlas, de que alguien las utilizaba para hipnotizarme, como hacen con una gallina ante la que trazan (después de sacudirla como una coctelera) una raya de tiza en el suelo, de cuya visión no puede apartarse.

—Dice Leakey —comentó mi ayudante— que estas huellas quedaron estampadas sobre ceniza de volcán recién humedecida por la lluvia. Y que, apenas quedaron formadas, debió salir el sol: un sol fortísimo, tropical, que las secó. ¡Tienen más de tres millones y medio de años! ¡Son el rastro más antiguo que existe de un ser humano!

Ocultando la excitación que sus palabras me producían, pedí a Newman que me prestase la revista. Y me aconteció que estuve a solas, horas enteras, mirándolas, con la delirante sensación de haberlas contemplado ya alguna otra vez. Lo cual era imposible por dos razones: nunca estuve en África; y la gran laja fósil en que estaban grabadas jamás se movió del lugar en que fue descubierta.

En otra ocasión, tan inquietante como la relatada, leí que, a comienzos del siglo que corre, el abate francés Henri Breuil y el sabio alemán Hugo Obermaier, habían descubierto e interpretado unas escrituras neolíticas en la cueva arqueológica de La Pileta, situada en el sur de España. Y, al punto, exclamé:

—¡Perignac, fue *monsieur* de Perignac —precisé— quien las interpretó!

Afortunadamente aquel día estaba solo cuando dije esto en voz alta. Sorprendido al escucharme, comencé a buscar ese nombre en cuantos libros, opúsculos y revistas trataban del tema. Y no lo encontré.

Busqué en los diccionarios y obtuve el mismo resultado. Y, no obstante…, yo estaba seguro de que éste fue el verdadero descubridor e intérprete de aquellos signos. Y no sólo sabía que se llamaba así, sino también el nombre del pueblo en que nació: Les Eyzies-de-Tayac, en el departamento francés de la Dordogne, muy cerca de la famosa cueva, también prehistórica de La Mouthe… ¿Cómo sabía yo esto?, ¿cuándo lo había leído?, ¿dónde se encontraba el texto en que lo aprendí?, y ¿cómo era posible que no lo encontrara, cuando me conocía de memoria el sitio en que guardaba cada libro, cada folleto, e incluso la numeración de la página donde se hallaba una frase o un dato concreto? Ya he dicho que no siempre me acontecía lo propio.

Por grande que fuese mi erudición, mis conocimientos no eran universales. Y era harto menos lo que sabía de mi especialidad que lo que me faltaba por aprender. Pero había determinados temas —las huellas citadas de un individuo prehistórico, los

enterramientos mayas, la doma del perro por los hombres del cuaternario, y algo realmente insólito en mí: las hetairas griegas— de los que sabía mucho más de cuanto, acerca de ellos, había aprendido. En cuanto a las últimas, mi obstinación llegó a ser realmente sospechosa. Hubo una época en que mi interés por las rameras helénicas se hizo tan intensa que mi mujer llegó a pensar que me había vuelto un obseso sexual. Me empeñé en escribir un libro acerca de ellas, y como nunca fui prostituta ni de la vieja Hélade ni de la joven Europa, ni tuve jamás relación con mujeres de la vida, no se me ocurrió mejor idea que ir a visitar a mi vieja tía Berta para que me confirmase si mis ideas sobre la prostitución de los antiguos guardaba o no alguna similitud con la de los modernos. ¡La entrevista fue sonada! No es imposible que más adelante me refiera a ella.

Por aquel tiempo me operaron de un desprendimiento de retina y tuve que permanecer dos largas semanas en total oscuridad. Aquel aparente infortunio fue decisivo en mi vida. No podía leer, pero mi cerebro funcionaba con tanta luz como la que demandaban mis ojos. «¿Por qué, por qué —volví a preguntarme— sabía cosas que no recordaba haber leído, estudiado u oído antes de ahora?». Procuré no dispersar mi atención entre las hetairas griegas, los enterramientos mayas, las huellas del paleolítico inferior y tantos otros ejemplos de sorprendentes clarividencias, y me esforcé en concentrarme en un solo asunto: la identidad de ese francés, llamado Perignac, a quien yo atribuí la correcta interpretación de unas escrituras neolíticas y del que me empeñé en conocer poco menos que su partida de nacimiento, sin tener a mano ningún dato, ningún escrito que hiciese referencia a él. Me concentré, digo, en su recuerdo —he dicho bien: en «su recuerdo»— y llegué a verle con los ojos de la imaginación, con no menor claridad que si me mirase al espejo. Era un muchacho serio, muy correctamente vestido, tal vez un poco atildado, peinado con la raya en medio y el pelo planchado con gomina. Usaba con frecuencia corbata de lazo y se tocaba con un *canotier*. Cuando se dedicaba a la espeleología (su afición predilecta) vestía un pantalón bombacho verde y polainas, y camisa del mismo color. Recordé a su padre, cual si fuese el mío; a su madre, cual si la estuviese mirando; a sus compañeros de clase, cual si estuviese con ellos… Y fui reconstruyendo su vida, sus juegos infantiles —el aro, el diábolo—; sus aficiones juveniles; su vocación de hombre maduro, muy semejante a la mía… Recordé una novia que tuvo, a la que dejó por empeñarse en creer que tenía vocación religiosa y estar dispuesto a ingresar en la Orden Benedictina; fantasía a la que más adelante renunció… Fui siguiendo paso a paso su vida, hasta el día mismo de su muerte en un sanatorio psiquiátrico de París, del que sabía el barrio, la calle y el número; todo ello inexplicablemente porque es el caso que, por aquel entonces, ¡yo no conocía París!

¿Qué significaba esto? ¿Habíanse trocado súbitamente mis aptitudes; y de ser un paciente recolector de datos ciertos, me había transformado de la noche a la mañana en un fantástico fabulador? ¿Sustituyó la imaginación desbordada y calenturienta al rigor que siempre me distinguió, en la comprobación de pruebas históricas, que no

daba por buenas sino tras una exhaustiva investigación? Intrigado, incómodo, pedí a Ethel que me averiguase, a través de los servicios de información de la Compañía Telefónica, si en esa dirección parisina existía un hospital llamado *Nosocomio Psiquiátrico de Notre Dame*. La respuesta fue afirmativa y escribí al director del centro preguntándole si en sus archivos existía alguna referencia a un enfermo, antiguo alumno del Instituto de Paleontología Humana de París, llamado George De Perignac y que falleció, o bien durante la primera guerra europea o en los años muy próximos a ella. Me respondió que, en efecto, hubo allí un paciente de ese nombre aquejado de esquizofrenia paranoide y que falleció en el propio hospital el 7 de febrero de 1919. La noticia me produjo una singular emoción, porque nueve meses más tarde de que él muriera, días más días menos, nací yo. Abatido, profundamente desasosegado, procuré, con todo rigor, repetir la experiencia con otro de los casos que desde tiempo atrás me obsesionaban: los enterramientos mayas. Me sumí en una meditación profunda, me concentré en mí mismo, es decir, me ensimismé; y me vi, retrotraído en la noche de los tiempos, en un poblado maya, y no como uno más, sino como el principal de todos ellos, tomando disposiciones respecto a cómo debía ser y estar situada mi tumba para cuando muriera. Y, al igual que en el relato anterior, reconstruí mi vida desde la primera memoria de mi infancia hasta el instante mismo de morir. ¿Sería lícito pensar —me pregunté consternado— en una cadena de reencarnaciones sucesivas? ¿Era tolerable, para un científico como yo, aceptar tales supercherías? No obstante, a la luz de la razón, no había otro medio de interpretar que, sin haberlo yo vivido, supiese cosas que, de otro modo, no me sería dable conocer. Recordé a Pitágoras, que creía en la reencarnación de las almas; y a Sócrates, que afirmaba que la rapidez del hombre al aprender algo se parecía más a «un recuerdo» de lo ya sabido con anterioridad que no a un aprendizaje de algo nuevo. Sabíamos, desde niños, multitud de cosas, no porque nos las acabaran de enseñar, sino porque las recordábamos de otras existencias anteriores, cuando nuestro espíritu (el mismo espíritu de siempre) habitó en otros cuerpos pretéritos. ¿Y no era esto lo que me estaba aconteciendo ahora en que *sabía* cosas que nunca estudié en mi existencia actual? ¿No sería que las recordaba de cuando mi alma habitó en otros cuerpos en épocas que se perdían en el arcano de los tiempos? El recuerdo de las religiones hinduistas que creían en la metempsicosis o transmigración de las almas me interesaba menos que las reflexiones de Platón puestas en boca de Sócrates, porque aquéllas procedían de simples creencias, de una suerte de fe irracional, mientras que las opiniones de los helenos eran fruto de la meditación profunda, de la reflexión y de la lógica.

La luz de la verdad comenzó lentamente a abrirse paso en mi cerebro. Luché contra ella oponiendo argumentos, mas no razones: pues nunca encontré ninguna tan rotunda que pudiese negar lo que, para mí, ya era evidente. Mi tenacidad en no creer era una *anti-fe*; una negativa obstinada a aceptar lo que no me era dable entender. Hoy sigo sin entenderlo, aunque acepto que hay verdades que están más allá de

nuestra capacidad de entendimiento. Y he cedido, con humildad, a reconocer que el hombre que hoy soy —Hans Weber— ha sido, antes de ahora, multitud de otros seres: hembras, varones, salvajes o eruditos, desechos de humanidad o flechas luminosas en la evolución de las civilizaciones.

La sospecha que en un principio de tal modo me atormentaba, hoy ni es sospecha ni me atormenta. Las cosas que sé las conozco porque fueron un día experiencias personales. Desde los orígenes del hombre hasta hoy he reencarnado en multitud de cuerpos, he tenido numerosísimas vidas, he sido testigo de la pavorosa indefensión del hombre arborícola; he estado presente —centenares de miles de años después— en un acto que culminó con la primera producción voluntaria, no debida al azar, del fuego. Por citar sólo algunas de mis vidas, diré que he asistido a la primera doma del perro; que participé en la expedición tibetana que, en los albores del neolítico, descubrió, por el Pacífico, lo que hoy llamamos América. He sido lavandera del profeta Elías, antropófago en Alemania, mujer pública en Grecia en tiempos de Pericles —¡de aquí mi admiración por un tema que tanto escandalizó a Ethel!—, y fui uno de los auditores del Sermón de la Montaña. Mis reencarnaciones, salvo una sola vez, se produjeron con intervalos de millones de años, o sólo decenas de siglos. La excepción ha sido la última en que pasé directamente y sin transición del cuerpo muriente de George de Perignac al que comenzó a gestar mi madre (mi última madre) y que ahora soy yo: mi *yo* actual, Hans Weber, el que esto escribe.

Salvo en mi memoria, no existen más que dos despojos de mis antiguos cuerpos, ya que el de Perignac fue sometido a la cremación: un esqueleto fósil, y casi completo, que se conserva en la cueva de La Pileta, en el sur de España, y que pertenece a la transición del paleolítico superior al neolítico; y una mandíbula muy anterior, hasta ahora oculta en China, que estuvo a punto de desenterrar el sabio antropólogo y jesuita francés Teilhard de Chardin. Fue gran lástima que no lo consiguiese porque es mucho más antigua que el cráneo del llamado Hombre de Pekín, que fue lo que este mismo sabio realmente descubrió. Me propongo organizar yo mismo una expedición para encontrarme. La idea me fascina. Nadie me culpe de este exceso de interés.

Desde la extracción de la bala, mi memoria se extiende hacia esas remotísimas regiones que a otros no les es dado recordar. Y como ésta mira hacia atrás y no hacia adelante, ignoro si en lo porvenir alguien que no ha nacido pueda tal vez superar mi prodigiosa capacidad de recordación. Pero, en el presente y en el pretérito, desde que el hombre es hombre, este caso, que yo sepa, no se ha producido. De aquí que pueda exclamar como Cervantes: «¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso!».

He dudado mucho si valía la pena describir mis recuerdos y más aún agruparlos y editarlos, porque mi existencia no se diferencia mucho de la de las otros mortales, salvo en que los demás no se acuerdan de otra vida que la que son capaces de evocar en su presente histórico (y esto, a retazos), mientras que yo guardo en el vastísimo archivo de mi memoria todo mi pasado o, por mejor decir, «mis pasados». Esta

última circunstancia es la que me ha animado a hacerlo.

Me parece útil distinguir aquí la diferencia que va entre «vida» y «existencia». Vidas, hay muchas; pero existencia, sólo una. Las gentes confunden ambos términos porque ignoran que vivieron antes. «Vida» es la distancia que separa el nacimiento y la muerte de un cuerpo. Mientras que «existencia» es la suma de las distintas vidas que ha tenido y que tendrá cada espíritu creado. Estas que comienzo a escribir no serán, por tanto, *Memorias de una Vida* sino *De una Existencia*. Y, precisamente por no haber grandes diferencias, como antes dije, entre la mía y la de los demás seres inteligentes que nacieron, murieron y se reencarnaron al volver a nacer para volver a morir, también podría denominarse por extensión: *Memoria del Hombre*.

Mi primer recuerdo pertenece a la infancia de la Humanidad y a mi infancia como ser. Con no poco desasosiego lo relaté en el capítulo precedente. Y, con el mismo sentimiento, prosigo la narración de los demás.

SEGUNDA MEMORIA

I

¿CUÁNTOS SIGLOS, cuántos milenios, o cuántos milenios de siglos transcurrieron entre mi primera y mi segunda memoria? Entretanto ¿por qué regiones vagó mi espíritu, dónde estuve, en qué niebla, en qué vacío, en qué nada, descansé? ¿Encarné, por ventura, en fetos de no nacidos, en hombres sin seso, sin dejar huella alguna en mis recuerdos de hoy, o por el contrario, fui uno de esos espíritus de muertos a los que —insensatamente— invocaban en vano los vivos pidiéndoles una protección que no les podíamos brindar? Sin duda fue esto último y me mantuve a través de generaciones y generaciones, ingrávido e incorruptible, como una vaga humedad que aún no es nube y espera el momento de convertirse en gota para corporeizarse y regresar.

Hoy me espanta, y me enorgullece también, conocer la dimensión del salto ascendente del hombre entre mi primera y mi segunda vida. En el espacio que media entre una y otra, nosotros los humanos, descubrimos ciertos utensilios y aprendimos a fabricarlos. Ignoro qué lejano ancestro de mi estirpe usó por primera vez una laja, afilada por la corriente, y por los golpes sobre los guijarros de una torrentera, para sajar el cuerpo del animal muerto en lugar de hacerlo con los dientes. Sólo sé que, en mi segunda encarnación, nosotros mismos ya trabajábamos las piedras para volverlas cortantes, punzantes o raspadoras. Y que por nuestra propia industria sabíamos convertir grosero pedernal en hachas, cuchillos, puntas de lanza, mazas y morteros. Y que todo cuanto había en torno nuestro —ramas, huesos, conchas, pellejos— nos afanábamos en transformarlo para hacerlo útil: espinas curvas de pescados muertos para enganchar con ellas a peces vivos; cañas, transformadas en halcones para volar al alcance de la presa codiciada; vejigas, para transportar agua; lianas y juncos, para coser las pieles; las pieles mismas para cubrirnos durante el sueño.

¿Cuántos ciclos pasaron desde la primera hacha fabricada hasta que alguien le hizo una hendidura en su borde posterior donde apoyar los dedos y que le sirviese de agarradera? ¿Cuántos, en adaptar un palo a su base para multiplicar la fuerza del golpe? El sino del hombre era y es utilizar la naturaleza (de la que antes era siervo) a fuerza de pretender dominarla. Y el de las generaciones, no olvidar una sola de las experiencias adquiridas por las que las precedieron, para legarlas, junto a las nuevas lecciones aprendidas, a las que habrían de venir después. Fue un lentísimo y pavoroso avance por el túnel del tiempo el que discurrió entre el arborícola y el *Homo faber*.

Bien que bestias nunca fuimos, aunque lo pareciésemos; porque estábamos tocados por una luz mágica, que ya intuía yo en mi primera encarnación, y que nos destinaba a diferenciarnos de todos los otros seres vivos cuando llegásemos a la espléndida realidad de ésta mi segunda encarnación, en la que somos conscientes de que si ellos tienen poderosas garras y enormes dientes, nosotros, armas; si sus patas son más veloces que nuestras piernas, lo son menos que nuestras lanzas; y, de noche, no osan acercarse a las hogueras, que nos protegen mejor que a ellos sus guaridas.

Me invade el vértigo, a mí, Hans Weber, al considerar, a la luz de mis modernos conocimientos de hoy, la duración de las eras: las glaciaciones, único reloj del que dispongo para medir la profundidad del tiempo que medió entre el desconocimiento del fuego, su ulterior aprovechamiento y conservación (siempre dificultosa), y la revolución que supuso el prodigio de su fabricación o capacidad de producirlo a voluntad.

He meditado largamente en la petulancia del hombre moderno, dominador de la naturaleza y de sus fuerza ocultas o no visibles (como la gravedad, la energía, las ondas) cuando considera que el progreso comienza por él, con él y en él. Yo afirmo que ni la rueda, ni la vela, ni la fundición de metales, ni el dominio de la electricidad, ni el motor de explosión, ni la desintegración del átomo, ni los vuelos espaciales, tuvieron la trascendencia para la supervivencia del hombre y su lanzamiento hacia los planetas, camino de las estrellas, como la invención de la hoguera.

El fuego es consustancial con mi segunda memoria. Cuando el látigo resplandeciente de un rayo azotaba un árbol y lo convertía en ascuas, conocíamos el modo —siempre arduo, ya lo dije— de perpetuar sus llamas. Mas ignorábamos cómo producirlas cuando los diluvios o las inundaciones anegaban las piras; o las tribus rivales, envidiosas de nuestro bien, esparcían las brasas hasta extinguirlas.

A causa de lo primero —diez días de incesantes lluvias en que al cielo le plugo vaciarse sobre nosotros— perdimos las brasas protectoras que daban luz a nuestras noches, sosiego a nuestros miedos, tibieza a nuestro frío y sazón a los alimentos. Dos ciclos de hielos y calores transcurrieron sin que recuperásemos lo perdido, cuando una noche cerrada a la que aún faltaba mucho para clarear, y nos afanábamos, sin otro techo que las estrellas, en preparar las armas para la caza, se produjo, por azar, un anticipo del prodigio.

Me recuerdo junto a los hombres y mujeres de mi tribu, frotando con duros cantos de río el filo del hacha para hacerla más cortante; y las puntas de lanza para volverlas más penetrantes y agudas. Nadie hablaba. Sólo oíamos el rítmico y monótono sonido de los cantos y pedernales; y no había otro resplandor que el de unas lágrimas de luz que despedían las piedras al ser golpeadas. Uno de los más afanosos era Ombutu, un adolescente huérfano al que acogimos entre nosotros siendo muy niño cuando le descubrimos junto a su madre muerta. Una de las lágrimas luminosas desprendidas de sus instrumentos prendió una pajuela y, al punto, un pequeño reguero, un mínimo regato de fuego, avanzó unos palmos, chisporroteó, crepitó y se apagó. Un rumor de

asombro y de esperanza se extendió entre los hombres y mujeres de la tribu. Volvió Ombutu a repetir su movimiento una y cien veces golpeando las piedras a ras del suelo, mas el fenómeno, ante la decepción general, no se reprodujo, salvo una vez en que un hierbajo se inflamó sin prender en los demás.

Y llegó la incierta claridad del alba como un gran párpado que se abre somnoliento sobre la tierra. Y los hombres de la tribu, hambrientos, desazonados, partimos para el cazadero.

No participó Ombutu en la miserable captura de un corzo, única pieza cobrada, cuyas magras carnes no bastaban para saciar a nadie, ni alimentar a todos. En consecuencia, Bongbó, el que nos manda, no por ser el más anciano sino el más fuerte, le privó de su ración. Acudieron las mujeres en su favor. En ausencia nuestra —dijeron en su defensa, al tiempo que señalaban un montón de cenizas—, Ombutu consiguió prender fuego a un inmenso espino que se consumió antes de poder alimentarlo. Mientras nosotros cazábamos, él intentó tenazmente devolvernos el tesoro que nos robaron las lluvias. Empero, Bongbó confirmó el castigo y Ombutu se limitó a devorar con los ojos lo que le estaba vedado a sus dientes.

Todos tememos a Bongbó. Cuando mata a un animal o a otro hombre, no nos permite participar en el festín hasta haber saciado su apetito con las partes más sabrosas: hígado, lengua, testículos y costillares.

Cuando Bongbó camina, tanto en la caza como en nuestros grandes, interminables, desplazamientos, va siempre delante; ¡y hay de aquel que pretenda adelantarle! Camina curvado, inclinado en dirección a la marcha, colgantes los enormes y poderosos brazos. La gran bola de su pelo crespo es mayor que su rostro: la frente estrecha, redondos y sanguinolentos los ojos, anchísima y aplastada la nariz, prominentes los pómulos y los labios. Es menos rápido que Ombutu y que yo, a quienes nadie gana en la carrera, pero es tan fuerte que puede estrangular a un ciervo.

Tampoco participó Ombutu, en las horas que precedieron al amanecer del día siguiente, en la reparación de las armas. Ni aguzó las puntas de las flechas, ni colaboró a afilar las hachas, ni nos siguió cuando iniciamos la marcha hacia el cazadero, avizores los ojos, tenso el oído, el olfato rastreador. Al caer la noche y regresar cargados de piezas al campamento, tampoco Bongbó permitió que se le diese de comer por no haberlo ganado con su esfuerzo, a pesar de ser el alimento mucho más abundante que la víspera y jurar las mujeres que había trabajado de sol a sol procurando, aunque sin conseguirlo, el bien de la comunidad: la restitución a la tribu del patrimonio perdido: el fuego. Me puse del lado de las mujeres bien que no argüí palabra en favor de Ombutu porque Bongbó les toleraba lo que no consentía a los hombres. Pero, sin que nadie lo advirtiera, guardé comida para él y se la di, ya noche cerrada, en tanto escuchaba de sus labios las enseñanzas que aprendió de sus fracasos. La chispa arrancada del pedernal —me dijo— debía producirse del lado en que soplaba el viento. Y el hacinamiento de hierbajos secos, del contrario. La leña y los troncos debían ser aparejados en cantidades ingentes, antes de todo ello, y situarlos

junto a un espino seco; y no alimentar a éste sino después de producirse la primera, débil combustión. El prolongado ayuno le privaba de fuerzas; su situación de recogido, de autoridad; su inferioridad física de toda posibilidad de enfrentarse cuerpo a cuerpo con Bongbó. Pero era necesario acarrear troncos, ramas, cardos secos, hojas, hierbas, así como preparar un segundo montón de leña para el caso de que nuestros esfuerzos en el primer intento, fracasaran. Para todo ello solicitaba mi ayuda. Se la ofrecí porque intuía que él, a pesar de ser el más joven y menos musculoso de los adultos, poseía armas de las que carecía nuestro jefe. Sus fuerzas eran distintas a las de los brazos, piernas y mandíbulas: se llamaban tenacidad, paciencia, inteligencia, y observación. Tenía luz en los ojos y en la frente. No rugía al hablar, como el trueno, sino que sus palabras persuadían como la brisa.

Decidí ayudarle y ordené a mis cuatro hembras que colaborasen con nosotros. Dos horas antes del alba, cuando aún la tribu dormía, Ombutu comenzó, primero, a frotar dos pedernales hasta sentirlos calientes entre las manos, como huevos recién empollados; más tarde a golpearlos, sesgados, hasta arrancarles pequeños y pálidos rayos que reverberaban en la noche como ojos de felinos que parpadeasen. Uno de ellos prendió en la yesca previamente preparada; la alimentamos febrilmente con ramitas, cardos, hierbas, seleccionados entre los más secos. Soplamos suavemente sobre todo ello y observamos con fruición cómo el espino comenzaba a ahumarse, crepitar, doblarse y, al fin, inflamarse con una gran llamarada que hirió a la noche en el costado hasta volverla día. Era el momento justo de echar los gruesos troncos para que prendieran. Despertóse la tribu. ¡Ah, qué gozo el que producía ver aquel desordenado remolino de luz y de sangre, dotado de vida propia, más poderoso que un búfalo, más coloreado que el arco que se forma en el cielo cuando el sol combate con la lluvia; más movedizo, oscilante, vibrátil que un sauce agitado por el vendaval! Azules las lenguas que perforaban verticalmente la noche, rojas las brasas, amarillas y verdes las chispas, cambiantes las formas… Era alucinante contemplar aquel animal de cien brazos, de mil dedos, que bailaba, se contorsionaba, contraía, expandía, al son del crepitar y de un sordo rumor que semejaba un himno triunfal en loor de su infinito poder, de su fuerza irresistible. Acercaron las mujeres, hechizadas, sus crías al claror de la fogata para desentumecerlas y vi el júbilo en los ojos de todos por recuperar al dios protector, al centinela sagrado, al amigo, ausente durante más de dos ciclos, que la lluvia nos robó y que ahora renacía a los conjuros de aquel adolescente que nos pagaba con creces el haberle incorporado a nuestro clan cuando estaba desvalido. Mas también vi cólera y pavor en los ojos de Bongbó. Cólera, porque alguien osase tomar iniciativas no patrocinadas por él; pavor, al intuir, en los ojos entusiastas de los hombres, que un rival le disputaba la obediencia y el dominio. Saltó, como un leopardo hambriento, de su cobija y, armado de un hacha y una lanza, comenzó a dar brincos frente a Ombutu: saltos rítmicos, elásticos, retadores, provocándole a combatir. Éste, que llevaba en la mano una tea encendida, le hizo frente por un instante, pero no quiso luchar. Volteó el cuerpo, le dio la espalda y

comenzó a corretear, alzada la antorcha, por la pendiente, invitándole a perseguirle. En vano Bongbó le escupió los nombres infamantes de gacela y mujercita. Su rabia crecía al entender que si sus brazos eran más fuertes, las piernas del joven, más veloces. Arrojóle con fuerza la lanza, pero Ombutu, que esperaba esto, la esquivó. Enfurecido, fuera de sí, tomó Bongbó una larga caña de las acarreadas, y comenzó a apalear con ella la hoguera y esparcirla, ante la consternación de los hombres, el llanto de los niños y las lamentaciones de las mujeres. No fue fácil, ni rápida, ni careció de riesgos la vandálica empresa. La gran hoguera quedó dividida en muchas y, cada una de ellas, prendía en las támaras y tamujos que alfombraban el suelo. Sudoroso y lleno de quemaduras, apenas concluida su torpe hazaña, volvió el rostro triunfal hacia nosotros. ¡Él era más fuerte que el fuego —nos dijo—, puesto que era capaz de destruirlo! Mas lo que vio en nuestros ojos no fue sumisión, sino odio. Y mal le hubiese ido (pues cada uno de los adultos teníamos aparejadas las lanzas) si un nuevo suceso denunciado por las mujeres no hubiese reclamado nuestra atención. ¡En lo alto del cerro por el que huyó Ombutu, una nueva hoguera se había encendido!

Entre los recuerdos de mi segunda encarnación luce imborrable el momento en que las mujeres todas de la tribu cargaron las crías a sus espaldas e iniciaron la ascensión del cerro para unirse a Ombutu. Así como, llegada la época de la brama, el rebaño de ciervas abandona al luchador vencido y se une al vencedor, del mismo modo, en aquella memorable ocasión, dejaron solo a Bongbó para unirse y buscar la protección del que reconocieron superior a él.

Hoy día, al rememorar mis sucesivas reencarnaciones, he de proclamar que aquélla fue la primera vez en la historia del hombre en que tácitamente fue proclamada la superioridad de la inteligencia sobre el músculo. Y fueron las mujeres quienes dieron la victoria al menos corpulento, en rebeldía contra el que lo era más. Seguidas de muchos de nosotros, se fueron tras el nuevo jefe, quien, situado a contraluz ante la pira, alzaba, como una bandera triunfal, la antorcha encendida.

II

Andar, andar, andar…, ¡tal es nuestro destino! La condición del hombre no es otra que la de moverse, desplazarse, no tener guarida fija, ni campamento que dure. Seguir a las reses allí donde quieran ir, del mismo modo que ellas van donde abundan los pastos, y éstos crecen donde la lluvia lo ordena. El agua que cae del cielo es, en definitiva, quien manda y dirige nuestro deambular, condicionado por los herbazales que atraen a estos rebaños que nos guían, y procuran, con su carne, el alimento. Somos hijos de la lluvia. Y el sino del hombre, tejer una red enmarañada y sin fin con las huellas del ir y venir de sus pasos.

Unas de estas huellas —huellas singulares, extrañamente formadas, azarosamente

fosilizadas, milagrosamente conservadas— fueron descubiertas casi cuatro millones de años después de haber quedado estampadas en el suelo, y constituyen el más antiguo recuerdo de una de mis vidas. ¡Y son mías! ¡Mías y de Ombutu, mi nuevo jefe! ¿Cómo callar esto? ¿Cómo no anticiparlo aquí? Porque esas huellas del paleolítico inferior, de las que tuve noticia en una lejana reencarnación futura, fueron el primer acicate —como ya ha sido dicho— para escribir estas Memorias del Hombre: el hijo de la lluvia.

Los desgajados de la autoridad de Bongbó, los seguidores de Ombutu, estábamos una mañana de estío estableciendo un campamento en las laderas de una gran montaña. Bajo nosotros vislumbrábamos la gran sabana, cubierta de los mejores pastos que nunca vimos, cuyos tallos de hierba eran tan altos como una mujer, aunque no tanto como para ocultar los rebaños de antílopes, búfalos, jirafas y mamuts que pastaban a nuestros pies. Y por encima de nosotros, en el confín de los bosques que se deslizaban desde la cumbre, una familia de cérvidos nos contemplaba, incómodos sus miembros por nuestra ingrata presencia; y observaban atentos —erguidos los arbolados testuces— nuestros movimientos. En aquel lugar, a donde el genio de Ombutu nos había conducido, no nos faltaría la caza ni el apetito para saciarlo. Eso pensábamos, embebidos en la contemplación de los rebaños. Pero no le es lícito al hombre especular acerca de su futuro. Ni siquiera del instante inmediato que marcará el próximo latido de su corazón.

De súbito, un murmullo sordo, nacido de las entrañas mismas de la Tierra, comenzó a dejarse oír y el suelo a trepidar. Era como si los muertos de todas las edades que nos precedieron se rebelasen contra la eterna condena de silencio y sueño que recayó sobre ellos al fallecer, y golpeasen frenéticos desde los abismos del mundo contra la costra de la Tierra para liberarse y escapar. Al punto, la cumbre de la montaña estalló, y comenzó a escupir fuego y grandes peñas que amenazaban perforar el cielo; en tanto que, grandes avenidas de una sustancia incandescente, de un agua gorda y deslumbrante, desbordada de la boca que las vomitaba, comenzaron a deslizarse por las vaguadas de las laderas. A su contacto, los bosques se transformaron en inmensas piras. Y vimos dar a los ciervos su último prodigioso brinco hacia la muerte convertidos en ascuas de luz. Y fundirse en el aire cual si fuesen chispas o los espíritus celestes que, minutos antes, animaban sus cuerpos.

Por instinto iniciamos la fuga hacia la sabana, pero Ombutu se opuso con energía y, aunque algunos no le obedecieron, fuimos muchos los que le seguimos. Grande y sabia fue su decisión porque, al cabo de poco, apenas las primeras chispas cayeron sobre los pastos, y los ríos de fuego desembocaron en el herbazal, toda la llanura se transformó en un lago ígneo, en el que perecieron, sin posible escapatoria, los rebaños de herbívoros, los cazadores que los acosaban, los habitantes de los campamentos ahí establecidos y cuantos insensatamente prefirieron escuchar las órdenes incontrolables de su pánico y no la razón de las que Ombutu nos cursó.

Lejos de descender hacia la trampa mortal, lo que hicimos fue adentrarnos en la

montaña buscando las zonas convexas de la orografía y no las vaguadas por donde había peligro que se desbordase la lava. Gateando, ayudándonos con las manos, escalamos la pendiente hasta unos acantilados o farellones, donde una suerte de reborde o de saliente en las peñas nos protegía de la lluvia de piedras que caían del cielo y de los bloques de rocas desprendidas que rodaban, con horrísono estruendo, por la ladera. Desde allí contemplamos empavorecidos el mar de fuego en el que, temerariamente, se precipitaron cuantos desoyeron las órdenes del que mandaba.

Al amanecer del siguiente día nos vimos atrapados por un nuevo fenómeno. Ya no trepidaba la tierra, ni el volcán vomitaba fuego, ni los incendios herían nuestra vista, pues todo había sido consumido, pero la ceniza en suspensión descendía ahora sobre la tierra como una nevada lenta y persistente que transformó el panorama de los contornos unificando la infinita gama de colores de la naturaleza con un solo tono gris tétrico. El sol no penetraba la espesa capa de ceniza que pendía del aire; y, lo mismo el suelo que el cielo, los llanos que las ondulaciones, huérfanos de todo cromatismo, producían la impresión de un amanecer congelado, desolado, interminable, cual si la luz —ya presentida— se hubiese detenido, junto con el tiempo, antes de que el alba se transformase en día. Y aquella ceniza que todo lo cubría hasta donde la vista abarcaba no podía hollarse, pues abrasaba las plantas de los pies.

Al cabo de tres días, en que no pudimos alimentarnos ni saciar la sed, comenzó a llover y el agua enfrió las brasas. Iniciamos entonces un largo caminar hacia otros valles, hacia otros lugares, en busca de otros pastos y de otros rebaños…

Ombutu iba en cabeza. A diez metros le seguía yo y, detrás mío, los supervivientes de la catástrofe. Los pies se hundían en aquella pasta cenagosa formada por la lluvia y la ceniza. Las huellas de Ombutu ante mí eran profundas, bien delimitadas, como un símbolo de nuestro eterno deambular, como una marca de nuestro destino, del destino del hombre: «andar, andar, andar y tejer una red intrincada de pasos» de aquí a allá, de horizonte a horizonte sobre la superficie de la Tierra. Súbitamente surgió el sol y el suelo se endureció rápidamente al calor de sus rayos.

Las huellas de Ombutu…, mis huellas…, ¿cómo imaginar, en aquella lejana encarnación, que habría de volver a verlas cuatro millones de años después?

Nunca supe cuándo morí. Ignoro en qué momento y circunstancias la robadora de hombres me llevó consigo. Tal vez acabé fulminado por un rayo; acaso, sorprendido por el ataque de un depredador; o dulcemente, durante el sueño, como un atardecer que se apaga. Pero, es seguro, que fue de un modo súbito porque, de lo contrario, me acordaría.

El hombre que caminaba ante mí había transformado la circunstancia de nuestra especie. Los que nacieran tras nosotros ya no serían como los que murieron antes. Ombutu era el inventor de la hoguera, la cabeza de una nueva estirpe.

Corriendo los años, los hombres se hicieron amigos de conmemorar con lápidas o

con monumentos los sucesos que transformaron el mundo; o de honrar con ellos a los grandes individuos que revolucionaron la historia y modificaron su curso. Pero, en el tiempo a que me refiero, no había quien tal hiciera y, en consecuencia, la naturaleza suplió nuestra impericia. Y, para honrar a quienes hicimos posible vencer por primera vez nuestro desamparo, no fueron hombres quienes erigieron el monumento más antiguo de la Tierra. Como correspondía a quienes nos hicimos señores del fuego, el autor de la lápida conmemorativa, que habría de perpetuar nuestro recuerdo a través de las edades, fue un volcán.

Ésta es mi segunda memoria.

TERCERA MEMORIA

I

ESTAMOS ESCONDIDOS en el límite de la espesura, dando frente al calvero por donde se remansa el río. Detrás nuestro, la fronda es tan espesa que el mamut no puede penetrar en ella. Ni el bisonte lanudo. Sólo el rinoceronte lo hace, cuando enloquece. Y su cuerpo queda apresado en la maraña. Y sus patas en el cieno. Tampoco el ojo del hombre la penetra.

Vista desde fuera, la selva parece sólida como escarpadura de montaña, y sólo nosotros y muy pocos animales más sabemos penetrar en su fragosidad, por estrechos túneles abiertos por nuestros cuerpos que reptan entre lechos de carrascos, verdugales y lentiscos. Sobre las matas y helechos se alzan los altos dioses del bosque cuyas ramas enlazadas, enredadas, se crispan y atenazan para impedir el paso del sol y advertirle que éste no es su dominio. No somos siervos de la penumbra, sino sus reyes. Y cuando nos acercamos, como ahora, a sus límites, es para marcar, con voluntad de dominio, nuestra frontera con la luz.

Desde nuestro escondrijo podemos ver sin ser vistos. Tan ocultos estamos en la escabrosidad del bosque y tan grande es el silencio de todos, que, aunque sé dónde están situados los otros, ni los veo ni los oigo: que es mucho lo que nos va en ello. Desde mi rincón, sólo columbro, enrejado por las ramas que tengo ante los ojos, inundado de sol, el suave declive de una ladera que llega hasta el río. Y sólo escucho el grito del búho, el zumbido de los tábanos, el canto del pinzón y el rumor acompasado de mi aliento. Las hojas duermen. Nadie las despierta. El aire está quieto.

Desde que empezó a clarear, mi vista está alerta, atento mi oído, y el olfato presto. Pero no hay brisa que nos traiga el efluvio que anhelamos.

El sol ya está en la mitad de su recorrido. Los pocos rayos que se filtran desde las copas semejan esos hilos por donde se descuelgan las arañas. Desde el alba, varios animales pequeños se acercaron a beber, pero les dejamos marchar por no espantar la caza mayor. Varias piezas de las que buscamos han sido vistas por los nuestros. Por eso estamos aquí. Proceden de las montañas y, como sus pastos están cubiertos por la nieve, han de bajar al valle, siguiendo a los rumiantes, para procurarse alimentos, a pesar de saber que este territorio es nuestro y conocer lo que los espera si caen a nuestro alcance. Su hambre es superior a su miedo.

También nosotros tenemos hambre: un hambre avivada por el conocimiento, o la creencia, de que pronto será saciada. No más lo pienso, el estómago gruñe y mi boca se llena de agua.

El desfallecimiento, el calor y la inmovilidad me producen sopor. Pero no alcanzo a dormirme. Prefiero ensoñar a soñar. Y ningún recuerdo tan grato como el de la expedición en que me inicié como cazador. En aquel tiempo sorprendimos a unos nómadas que sin duda venían de tierras desconocidas y distantes porque, de lo contrario, no se habrían aventurado a acampar tan cerca de nosotros. Durante dos días los estuvimos siguiendo sin que ellos lo advirtieran. Nos interesaba comprobar su número, anotar sus costumbres, contabilizar sus armas. Los varones adultos eran sólo seis. Las mujeres quince. Los niños, veintidós. También había dos ancianas.

Tan confiados eran que ni siquiera ponían vigías de noche. Sólo prendían cuatro hogueras con las que espantaban a las alimañas, mas no a nosotros. También advertimos que los adultos dormían separados de las mujeres. Esto favorecía los planes de Batim, que era nuestro jefe, padre de Tuba, el que hoy nos acaudilla. A la segunda noche nos apostamos, como ahora, entre las espesísimas frondas. Los vimos prender las fogatas y acostarse. Esperamos a saberles dormidos y reptamos hacia ellos, cautos y silenciosos como serpientes. La luna entera y redonda nos favorecía. Matamos a todos los varones mientras dormían, así como a las viejas. Empero, los cuerpos de las últimas no los trajimos con nosotros. Los dejamos ahí para que las hienas y chacales se entretuviesen con ellos y no nos molestasen en el camino de regreso. Solamente nos llevamos a los adultos muertos y a las hembras y niños vivos. Con algunos de los primeros nos alimentamos durante el camino de vuelta, dando de comer incluso a los cautivos, pues los preferíamos gordos que no descarnados. Con el resto, tuvimos asegurado el alimento hasta que, por dos veces, llegaron los fríos. A las hembras preñadas las dejamos que parieran para comernos sus crías. Y, a las muy mozas, las preñamos nosotros para asegurar el sustento futuro. ¿Tendríamos hoy la suerte de entonces? Intento dormir, pero el hambre me lo impide, y la desazón, al comprobar que el sol ya declina y las grandes piezas que anhelamos no se han acercado al río.

Una breve brisa se ha levantado y todo nuestro techo es un murmullo de frondas, cual si las copas de los árboles secretearan entre sí. No veo ni oigo a los demás cazadores, pero ahora, al moverse el aire, los puedo oler.

Súbitamente me alborozo al escuchar cinco graznidos. Bien sé que no son de cuervo o de corneja. Es la voz de Tuba que está de vigía en la copa de un ficus gigante, y de esta manera nos advierte que estemos atentos, que una pieza se acerca. Las aletas de mi nariz se dilatan; los ojos me dañan de tanto fijarlos. Al fin encuentro algo. No sé cómo pudo llegar tan cerca sin que lo viese avanzar. Está frente a mí, a media ladera, muy próximo al río. Es un antílope muy pequeño, al que apenas le asoman las puntas de las cuernas. Cautelosamente, avanza una pata, tantea el suelo, elude pisar con la pezuña una hoja seca, una ramita que produzca un chasquido.

Avanza unos pasos y eleva la cabeza, la gira, ventea, tembloroso el morro, las orejas tensas. Quiere beber, pero teme cruzar el breve espacio que lo separa del agua. Recela de las frondas que nacen tan cerca. Yo también, desde mi escondrijo, a través de las ramas que me cubren, giro los ojos buscando otras piezas porque el aviso de Tuba parecía señalar algunas más importantes que este animalejo. De súbito veo las cabezas de tres hombres que asoman por el cambio de rasante de la pequeña loma; y después sus cuerpos enteros, que esconden en seguida tras unas támaras y matorros. Contengo el aliento, agitado por la tensión y la sorpresa. Son *dulmans* sin duda, porque no llevan adornos en las cabezas, como nosotros, ni tampoco tiñen su piel con sangre de venado o con la resina blanca que da el arbusto de la leche. Se aproximan al antílope con tanto sigilo como el animal lo hizo antes hacia la orilla. Ahora esperan a que se decida a beber para atacarlo. Tienen la piel tan blanca como yo, pero sus barbas y melenas son más claras que las nuestras, como acontece con todos los que proceden de las montañas. Tan atentos están a la pieza que van a cobrar, que no perciben nuestro olor como nosotros percibimos el suyo.

¡Ya se decide la bestia a beber!, ¡ya salen los hombres de entre las matas y se incorporan! El brinco del pequeño antílope es tardío. Cuando salta ya tiene dos lanzas en el costado y su piel se tiñe como las nubes con el sol poniente. Uno de los *dulmans* se cuelga de su cuello y lo derriba, al par que lo sujeta fuertemente por los pequeños cuernos, en tanto que los otros hombres golpean con piedras el cráneo del animal, que aún resiste, y se debate, y patea, a pesar de los dos rayos que fulminaron su costado.

Tan absortos están en su trabajo, y tantos son sus jadeos y resoplidos, que los *dulmans* ni nos oyen ni nos ven surgir de la floresta. Cuando lo advierten ya están rodeados. ¡Ah, no hay placer mayor que el de la caza del hombre! En los otros animales no se advierte en sus rostros el pánico, la desesperación, la rabia. Pero en los de los hombres, sí. Y, sobre todo, la humillación de la impotencia. Todos estos sentimientos están vivos ahora en los ojillos azules, la nariz arrugada y los labios crispados de los *dulmans*. Contemplarlos sufrir es un deleite inaccesible para nosotros.

Hubiésemos preferido llevárnoslos vivos, para engordar al menos a dos de ellos. Pero no pudo ser. Uno quiso quitarse la vida golpeándose con la propia piedra con que mató al animal y no pudimos impedirlo. Otro pretendió huir a nado, lanzándose al río, pero le atrapamos y nos vimos forzados a ahogarle en la orilla para impedir que se escapara. El tercero se defendió y mató a uno de los nuestros. Le clavamos veinte lanzas y aún tuvimos que acabar con él a dentelladas. Estábamos hambrientos, y allí mismo nos comimos todo lo que sobresalía de su cuerpo: nariz, orejas, manos, pies y sexo.

Turnándonos para arrastrarlos, porque pesaban mucho, regresamos al campamento con las cinco piezas. Dos *dulmans* enteros, uno mediado, el muerto de nuestra tribu y el antílope.

II

En tanto que, a la luz de las hogueras, procedemos a desollar los cuerpos, las hienas, los chacales y las aves carroñeras contemplan a distancia nuestro quehacer. Nadie los espanta. En realidad, trabajarán para nosotros al dejar mondos unos huesos que habrán de servirnos para varios menesteres: los cráneos para beber; los fémures como mazas; los dientes y las vértebras para enhebrar collares con los que adornarnos. Ellos también tendrán su festín, pero aún pasará tiempo antes de que los dejemos hurgar en los despojos. Con todo, los campamentos han de quedar bien delimitados. Dentro del defendido por las fogatas, el nuestro. Fuera de él, los de nuestras aliadas, las alimañas, que gruñen y se desesperan al ver los cuerpos desollados de los hombres que ya penden de los árboles, en espera de su descuartizamiento y reparto. Las parte más sabrosas corresponderán a los cazadores. Las mujeres y los ancianos tendrán que contentarse con el antílope y los desechos que les dejemos cuando estemos hartos. Antes que nada, yo hubiese preferido el hígado, mas, como está muy disputado, acepto con gusto una mano, un cuarto de muslo sin hueso, media lengua y tres vértebras dorsales para extraer el tuétano. Los acerco al fuego clavados o atravesados en una punta de lanza y comienzo a alimentarme por la mano. La carnecilla de la palma y de la parte interior de los dedos la aprecio —salvo el hígado— por encima de todo; sigo con la lengua, harto más tierna que el muslo. Éste lo unto con la grasa de los tuétanos y procedo a su difícil masticación. Es todo músculo. Lamento que sea de un adulto, porque esta parte, en el niño, es inapreciable al paladar y de muy dulce digestión. Miro en torno, por si alguien quiere trocar su parte por la mía y encuentro una mujer que pretende darme, a cambio, un trozo de antílope. No acepto el trueque, pero ella me ofrece, además, unas raíces de las que ayudan a dormir y ensoñar indecibles deleites. Me retiro con ella, no sin antes espantar a las fieras que nos rondan lanzándoles teas encendidas. La dejo devorar el muslo del *dulman* antes de yacer con ella y masticar la raíz que engaña el alma con sueños imposibles. He perdido la voluntad de reintegrarme al campamento. Y sueño, conservando entre los brazos el resto del antílope que comeré mañana, porque ahora estoy ahito; y las raíces alucinógenas me han privado de toda capacidad de movimiento y decisión.

Sueño en la tensión de la larga espera que precedió a la caza; en la lucha con el hombre que se defendió y al que arranqué un testículo estando vivo; y en los hígados que Tuba se reservó para sí, sin que participásemos en el festín los que dimos muerte al más vigoroso de los *dulmans*. A partir de aquí mis recuerdos son muy confusos. Sé que, una vez tendido, pensé que no era prudente dormir fuera del espacio defendido por las fogatas, pero estaba embriagado por las adormideras para poder rectificar. No me lavé la sangre, como hacían otros, que impregnaba mis manos y mi cuerpo tras la operación de la desolladura de nuestras víctimas, porque aquel olor me gustaba. Soñé

que alguien me lamía esa sangre y creí notar el vaho caliente de un aliento sobre mi rostro y muchas respiraciones ávidas junto a mis oídos, en tanto que una poderosa fuerza pretendía llevarse el gran trozo de carne al que estaba abrazado. Lo estreché contra mi cuerpo con más ahínco y, al punto, sentí un agudo dolor en mi cuello, y otros por todo el cuerpo, como si me perforaran la piel con carbones encendidos. Abrí los ojos, y, a la débil claridad de la noche vi, o creí ver, las cabezas de seis u ocho chacales y experimenté la sensación de que me vaciaba por la yugular. Comprendí, o creí comprender, que estaba siendo devorado por los carnívoros, pero no supe distinguir si era realidad o sueño. El sopor artificial de las raíces embotaba tanto mis músculos cuanto mi entendimiento. Los agudos dolores de mis heridas comenzaron a ceder, a atemperarse dulcemente, hasta cesar. El creciente olor a sangre me gustaba tanto que me embriagaba. Y cerré los ojos deseando dormir… y creyendo que me dormía.

Ésta es mi tercera memoria.

CUARTA MEMORIA

I

MI NOMBRE ES SENDA. Soy la más anciana de cuantas mujeres conviven conmigo en la caverna: veintiocho años. Todos los adultos coinciden en afirmar que nuestra generación es más longeva que las precedentes, y no se recuerda a nadie que haya alcanzado mi edad. Mi oficio es muy humilde: cortar leña en el bosque, acarrearla a mis espaldas, alimentar la hoguera y esperar la muerte. He sido madre y nunca he parido; he amado y he sido amada intensamente: mas no he conocido amor de hombre. Los seres a quienes quise y me quisieron —a quienes quiero— son de otra especie.

Me recuerdo menuda y pequeña; la espalda curvada a causa de la edad y mis habituales tareas; el rostro deformado por las garras de la fiera que mató a mi madre y, en parte, despedazó mi cuerpo; las piernas ulceradas; despreciada por todos a causa de mi fealdad; pero temida por mi virtud de entender el habla de los animales, salvo la del oso, enemigo mortal de los humanos, desde que los abuelos de mis abuelos, en un tiempo inmemorial, los despojaron de sus guaridas para habitar en ellas.

Mis otras artes son: saber conjurar los peligros con imprecaciones y hechizos; interpretar lo que ha de venir leyendo en las entrañas de las bestias capturadas y ofrecer sacrificios cruentos en honor del sol, el fuego, el agua y el viento para escapar a su desamor: porque de ellos depende nuestro bienestar. Estos dioses son esquivos y de humor cambiante. El sol a veces templa dulcemente los cuerpos y otras los abrasa, el viento es en ocasiones un aura apacible y mansa y, otras, una cólera implacable; el agua (por lo común benéfica) lo mismo nos castiga con su prolongada ausencia que nos anega inmisericorde.

Cuando voy al bosque, las gentes se quejan de mi tardanza en regresar, no por añorar mi compañía —que todos rehuyen—, sino la leña. Pero es que desde que era niña me gusta sentarme en la umbría y dialogar con los pájaros, a quienes doy de comer en las manos y se posan sobre mi cabeza y hombros para contarme sus cuitas o escuchar las mías. Hace tiempo que ya no hacen esto. Están en desacuerdo con mis nuevos amigos. Desconfían de ellos. Los temen. Pero yo no los traicionaré jamás, del mismo modo que sé que ellos me serán siempre fieles. Con éstos también hablo. En realidad, converso con toda clase de seres, salvo los humanos y los osos: árboles, regatos, animales, nubes…, todos los que no me desprecian. Y, al hablarles, ya no me

siento sola. A mis nuevos amigos y a mí nos gusta considerar juntos la misión tan singular que nos confiaron los dioses. Porque yo, Senda, la insignificante, la basura, la vieja bruja ante quienes los niños bajan los ojos por no ver un rostro que les asusta, he sido como el puente de cuerdas que tendieron mis antecesores sobre el río: la unión de dos orillas que parecían inalcanzables: la firmante de un pacto de amistad entre el ser humano y el primer bruto que la requirió. Y he leído en las vísceras de un caballo que cazó mi hermano, que este pacto se irá extendiendo a través del tiempo insondable a otros irracionales que antes fueron enemigos a muerte de los humanos, siempre que acaten nuestra supremacía y nos reconozcan reyes de las estirpes vivientes. Si mi padre —único hombre que me miró con amor— supiese esto, bailaría en su tumba al son de las flautas que él, con tanta maestría, fabricaba.

Nunca podré olvidar el día en que estábamos muy de mañana a la entrada de la gruta ayudando a los hombres a preparar sus arreos de caza cuando observamos, llenos de temor, a siete animales de una especie desconocida, que rondaban en la proximidad de la caverna.

Eran más pequeños que el león. En corpulencia y tamaño se aproximaban a un joven leopardo, aunque carecían de la flexibilidad de éste; y los ojos, hocicos y piel diferían notablemente. Los animales a quienes más se asemejaban era a los lobos o, tal vez, a las hienas. Se distinguían de los primeros en no tener su hirsuta y enmarañada pelambrera, ni su torva mirada. De las segundas, en carecer de joroba y no tener su siniestro y sigiloso andar. Eran como lejanos parientes de ambos, pero de superior alcurnia.

Ni se espantaron al vernos ni intentaron atacar a los cazadores cuando éstos —la mirada recelosa puesta en ellos— emprendieron la marcha. Sentados o acostados a prudente distancia, las fieras ni amenazaban ni huían. Se limitaban a contemplar con atención suma el trajinar de unos y otros y a tensar las orejas al oír nuestras voces. Al cabo de un tiempo, aburridos, olfateando constantemente el suelo como para encontrar sus propios rastros, se alejaron.

Cuando al atardecer regresaron los hombres al hogar, las bestias ya no estaban. Mas apenas depositaron los cazadores el venado muerto a la entrada de la caverna, vieron venir a la carrera, desde muy lejos, a los visitantes de la mañana.

Avanzaban rapidísimamente. Su correr no se parecía en nada al de los felinos, equinos, antílopes o cérvidos. Se desplazaban en línea recta sin galopar, saltar o combarse, con el solo meneo enloquecido de sus patas harto más cortas que las de los citados. Como aquello parecía un ataque en regla, tensaron los hombres sus arcos y aprestaron sus flechas. Pero las fieras, cual si conocieran el alcance de los venablos, frenaron en seco su carrera en el límite mismo, a la distancia justa, a donde no llegaban los proyectiles. Y allí permanecieron, abiertas las bocas, la lengua fuera, erectas las orejas, batientes los rabos, dispuestas a contemplar la descarga del venado. Durante horas estuvieron espiándonos curiosas, interesadas en vernos desollar, trocear, ahumar y comer. Al entender que nadie las atacaba, se fueron acercando

cautamente y se detuvieron tan cerca que hasta podían apreciarse los pelos de sus hocicos y el ventear de sus morros si un efluvio de las viandas puestas al fuego llegaba hasta ellos.

De cuando en cuando, si algo las sorprendía o asustaba (aunque, en verdad, no parecían muy proclives al miedo), emitían una voces secas, como toses repetidas, radicalmente distintas al bramido, aullido, barrito, relincho o rugido de los otros animales conocidos. ¡Sorprendentes individuos! ¿De dónde salieron que nadie antes de ahora vio ninguno semejante? ¿De qué tierras lejanas emigraron? ¿Qué instinto era el suyo que buscaban la proximidad del hombre de quien huían todas las otras criaturas?

Hartos de contemplarnos mutuamente, nos retiramos a dormir, no sin antes avivar la hoguera para cerrarles el paso a la gruta. A la mañana siguiente, advertimos que habían devorado los despojos de la caza y las sobras que nosotros despreciamos. Y así un día, y otro, y todos los sucesivos.

¿Qué es lo que deseaban de nosotros? ¿Sólo los restos del venado o algo más? Comenzó a cundir la especie de que eran los espíritus de nuestros muertos que sólo buscaban la proximidad de los que amaron: por eso no nos atacaban. Mas fueron conjurados y exorcizados y su actitud no varió. Cansados de su incómoda presencia, los hombres, ignorantes de las intenciones de estos carnívoros, decidieron organizar una batida para acabar con ellos.

¡Nunca me reí tanto como ese día; ni siquiera cuando un cuervo, hinchado de fatuidad, me contó que había sido empollado por un cisne! En aquellos días, ni yo me atreví a acercarme al bosque, ni los cargadores que trabajaban en la erección del nuevo menhir proseguir su menester; ni las alfareras, que comúnmente laboraban junto al río, donde está el mejor barro, realizar sus faenas; ni siquiera los magos que ofrecían sacrificios junto al menhir antiguo osaban desplazarse hasta allá. En consecuencia, como digo, los hombres se aprestaron para matarlos a todos. Se pintarrajearon las caras y el pecho; los brujos y los jefes cubrieron los cráneos con sus trofeos de caza: unos, con la cabeza de búhos gigantes; éste, con la de un ciervo; aquél, con la de un cerdo; esotro, con la de un potro que estranguló con sus manos, y con cuya carne nos saciamos mis hermanos menores y yo. El caudillo de la tribu se había colgado un gran collar —símbolo de su autoridad— hecho con las garras y los dientes de un temible felino al que mató su padre y de quien lo heredó. Le pende del cuello y le llega hasta el pecho, donde ha de amarrarlo para que no golpee su cuerpo al correr.

¡Buen chasco el que se llevaron! Los bichos eran listos como diablos, corrían más que el viento, se escurrían como peces, jamás se pusieron al alcance de las flechas y en ningún momento se dejaron acorralar. Tan pronto se dispersaban en todas direcciones como volvían a agruparse. Si algún flechero se encontraba demasiado lejos de ellos, le cercaban, trazaban círculos vertiginosos en torno suyo y le acuciaban con sus secas voces a proseguir el juego. Pero sin ponerse nunca al alcance de sus

armas. ¡Pobres cazadores! Como ciegos que dan palos, sin saber adónde disparaban sus flechas, no acertaron una sola vez. Si se les acababan los proyectiles, las bestias entendían que el sujeto en cuestión ya no era peligroso. Y se acercaban tanto a él que daba risa ver al hombre correr huyendo de los mismos a los que perseguía antes. Nunca vióse cacería tan desigual. Las fieras eran inalcanzables, inaprensibles, invulnerables, y parecían jugar sin hacer daño alguno a quienes les acosaban para darles muerte.

Cariacontecidos, enfadados, burlados por los animales, befados por las mujeres que presenciaron todo, los hombres, ya de regreso, comprobaron furiosos que las singulares criaturas seguían donde siempre, o tal vez más cerca, retozonas, curiosas, satisfechas, entreteniéndose en partir en dos o en mil pedazos las varas de las flechas con las que inútilmente pretendieron abatirlas. Como era imposible abandonar indefinidamente las tareas cotidianas, se acordó una drástica solución: que yo interviniese directamente, aunque me costase la vida. ¿No sabía yo, por ventura, hablar el idioma de los pájaros? ¿No entendía el de las comadrejas? ¿No conocía el de las ardillas? Estos otros animales (que estaban, sin duda, en comunicación con los espíritus, porque se acercaban o alejaban de los hombres según estuviesen desarmados o llevasen el arco colgado en bandolera, o un palo en la mano…) era seguro que conocerían también alguna de esas lenguas que yo hablaba; o, tal vez, tal vez, la de los propios hombres. En consecuencia, debía acercarme a ellos, hablarles, sonsacarles sus intenciones y, a ser posible, dadas mis condiciones de hechicera, conminarlos a que se fuesen.

Pedí que, a la vista de los carnívoros, me llenasen un saco con asaduras, huesos, y otros despojos de reses y, apenas lo hubieron hecho, cargué el bulto a mis espaldas y, con cierto recelo —del que hoy me avergüenzo tanto—, a pasos muy lentos, y sin perderles de vista, comencé a avanzar hacia ellos. El silencio era expectante. Sentía a mis espaldas las miradas de la tribu; y, frente a mí, las de las fieras. El aire se detuvo para contemplar el hecho. La naturaleza toda estaba tensa. Una nubecilla nubló fugazmente el sol y fue como un parpadeo de asombro en la intensa luz que nos deslumbraba.

II

Los hombres y mujeres situados a la puerta de la caverna pudieron observar cómo me sentaba sobre una gran piedra y depositaba el saco a mis pies. Al punto, los extraños cánidos —caso de que fuesen realmente primos de lobos y de coyotes— se acercaron y se tumbaron en torno mío para escuchar mi discurso.

—He venido a saludaros —les dije—. Y a traeros unas golosinas como presentes. Vengo en son de paz. Soy vuestra amiga. Me llamo Senda. ¿Quiénes sois vosotros?

¿De dónde venís? ¿Qué buscáis en nuestra vecindad? ¡Ah, bien veo que miráis al saco más que a esta pobre vieja! Empecemos, pues, por los regalos, y más tarde hablaremos.

Estaban, como digo, tumbados. Las patas traseras dobladas bajo el vientre; las delanteras extendidas de frente; las cabezas, no recostadas, sino erguidas, mirándome. Y las inclinaban de un lado a otro como quien observa y escucha atentamente. Era claro que entendían mi idioma a la perfección. No debía esforzarme, por tanto, en emplear el lenguaje de las ardillas o de las comadrejas, que sólo comprenden el propio.

Introduje la mano en el saco y, de propósito, tardé en extraerla. ¡Qué expectación la que se produjo entretanto! ¡Qué brillo el de los ojos! ¡Qué movimiento el de los hocicos! ¡Qué quietud en las orejas! Extraje un pechugón de carne y se lo mostré. Unánimemente comenzaron a relamerse emitiendo pequeños quejidos de súplica.

—¡Vamos! Quiero ver quién es el primero que viene a buscar su regalo. ¿Ninguno? Bien, sólo por esta vez os lo echaré.

Así lo hice apuntando a uno de ellos y estuve rápida a pesar de mis años (sagaz, siempre lo fui) al exhibir el segundo trozo cuando ya una de las bestezuelas se disponía a disputar su alimento a la primera. Cuando entendieron que había para todos se abstuvieron de reñir, bien que, los últimos en ser servidos, impacientes por recibir su ración, se arrastraron por el suelo acercándose tanto que daba gloria mirarlos. Al último le reservé un hueso bien cubierto de adherencias, mas no se lo lancé, sino que le forcé a tomarlo de mi mano. El bicho protestó con un gemido bien distinto a su voz habitual, que ya he dicho que era como una tos seca y repetida. Avanzó pulgada a pulgada, arrastrándose sobre el vientre, arañando la tierra, acongojado por el sacrificio que le suponía poner en lucha su temor y su apetito. Cuando al fin se acercó lo suficiente para olerlo y darle, al fin, una dentellada, oí gritos a mis espaldas porque, en la tribu, pensaron que iban a presenciar mi descuartizamiento.

Mientras comían, les hablé cantarinamente como se hace con los niños; los reconvine por asustar a los timoratos de mi tribu y por husmear todo el día en nuestras costumbres a la puerta misma de la vivienda. Les dije que su sitio era el bosque, a donde yo iría cada mañana a darles de comer. Y, para mostrarles el lugar exacto de nuestras futuras citas cotidianas, los invité a que me siguieran una vez concluido el aperitivo porque en el saco —les dije— aún quedaba una sabrosa despensa cuajada de exquisiteces.

¡Casi no me dejaban caminar! Unos correteaban ante mí adivinando mi dirección, bien que volviéndose de continuo para comprobar si iban por el buen camino. Otros saltaban, para oler el saco a la altura de mis espaldas, lo cual no era una gran proeza dada mi corta estatura, mas sí una muestra enternecedora de confianza y camaradería. Aquella misma tarde quedó sellada nuestra amistad. Les di nombre a todos según el color de su pelaje: *Caña de Azúcar*, *Tierra Mojada*, *Pedernal*, *Ébano* y *Zanahoria*. Y

como dos de ellos eran blancos, a uno le puse *Nube* y, al otro, *Espuma*. Y a partir de entonces acudían sin equivocarse cuando los llamaba por sus nombres. Y buscaban mis caricias. Y lamían las úlceras de mi pierna. Y todos me obedecían.

III

Las voces que acostumbra a usar el perro son cinco: el ladrido, que es su forma habitual de expresarse y que lo mismo significa alborozo que amenaza o perplejidad; el gemido, que equivale a súplica o dolor físico, según los tonos; el aullido, que es señal de intensísima pena, como los que entonaron mis amigos —más de ciento a la sazón— el día de mi muerte; el gruñido, que emplean sordamente ante el peligro o temor de algo que desconocen y, por último, el latido, que es un cambio angustioso de tono y de duración de su voz habitual cuando luchan con una fiera o persiguen a una pieza.

Dije antes que todos me obedecían. Aclaremos esto: acataban mis órdenes, sí; mas sólo cuando les eran gratas. En dos cosas no aceptaron la ley que les impuse: nunca dejaron de esperarme a la puerta de la gruta cuando salía muy de mañana camino del bosque para alimentarlos, momento en que me saludaban con jubilosos ladridos; y jamás dejaron de asistir a la ceremonia de la llegada de los cazadores y al troceo y asado de las piezas cobradas, suceso que acompañaban con un cierto ronquido de satisfacción y de mal comprimidos deseos: sonido este muy característico, que antes olvidé enumerar.

El gruñido es muy distinto. Se asemeja al ronroneo amenazante, al ruido con que rueda un trueno lejano que aún no quiere estallar. Y esto es lo que oí una mañana aciaga apenas llegamos a una zona del bosque cruzado por el gran río. Los perros, inquietos, agitadísimos, despreciaron el alimento que les di y comenzaron a rastrear en todas direcciones, pegado el hocico al suelo, buscando algo que supuse —y supuse mal— que sería una gacela caída en una trampa o el rastro de una liebre. Miré por todos lados y sólo vi un enjambre de abejas que surgía del tronco de una haya, y que se alejó contoneándose, cual una nube negra y viviente. Me acerqué ávida al árbol y encontré la colmena. Me dispuse al punto a exprimir el panal y extraer la miel allí almacenada, ignorante de que estaba disputando su golosina preferida a un oso, mi mortal enemigo, que deformó mi rostro de un zarpazo siendo niña y mató, descuartizó y devoró a mi madre. Estaba ya deslizando la dulce pasta dorada en un cuenco cuando el plantígrado colmenero, sigilosamente, descendió del árbol en que se alimentaba de ayucos, se abalanzó hacia mí y emitió un sordo rugido amenazador que no oí sino cuando ya lo tenía encima, alzado en sus patas traseras, enseñando los enormes colmillos y las garras enhiestas de sus manos. Yo era más joven y rápida de lo que ahora soy y el instinto me ordenó tirarle el cuenco de la miel a los ojos para

cegarle, al par que di un brinco hacia atrás, me protegí unos segundos tras el árbol y rompí a correr dando gritos, pidiendo ayuda a mis perros y seguida de cerca por la fiera que, de vez en cuando, y sin perder mi rastro, limpiaba de miel sus ojos frotándose con el dorso de las pezuñas y restregándose con las matas. El oso y yo supimos entonces qué suerte de ferocidad es capaz de mostrar una jauría. Se cruzaron los cánidos conmigo y atacaron con indecible osadía a mi perseguidor que doblaba en corpulencia mas no en fiereza, a todos ellos juntos. Caída de espaldas, sin fuelle, contemplé la lucha paralizante y desigual. Y la nunca vista e inteligente estrategia de los mastines, cuyas hembras —*Nube, Caña, Espuma, Tierra Mojada* y *Zanahoria*— lo acosaban por delante, en tanto que *Ébano* y *Pedernal*, los machos, saltaban a su espalda, le desgarraban las orejas, se clavaban en el mollete o en su nuca, le partían el rabo o se exponían a ser aplastados en tanto le buscaban afanosos el sexo para arrancárselo. Si la superioridad de los perros se basaba en su número, en la potencia de sus mandíbulas, en la velocidad y en su mayor inteligencia, la del oso, en la fortaleza de sus patas traseras y en los puñales de sus enormes garras. Presa de angustia, pronto vi a *Pedernal* y *Tierra Mojada* volar por los aires. El primero de ellos, desgarrado el vientre, quedó fuera de combate; mas la otra volvió a la lucha con más saña que el primero. Allí el gruñir, latir, sangrar, dejarse caer el oso de espaldas para aplastar con su mole a los feroces atacantes, incorporarse raudo y, al fin, emprender la huida, llevando clavados, colgados, a los supervivientes que no soltaron la presa hasta que el plantígrado en fuga se lanzó al río y se introdujo en lo más raudo de la corriente, abandonándose a ella y dejando en la espuma una estela de sangre. Aun así, le persiguieron un gran trecho desde la orilla hasta que los ladridos se apagaron y, sabia y cuidadosamente, comenzaron a lamerse unos a otros las heridas. De momento sólo tuvimos una baja, *Pedernal*, quien, arrastrándose, se alejó de mí para que no le viese morir. ¡Qué inaudita batalla la que presencié! ¡Qué coraje el de los perros! ¡Qué inteligencia la de su forma de plantear la lucha contra el coloso de los bosques!

Al cabo de un tiempo regresó *Tierra Mojada*, y púsose a olfatear allí donde estuvo su compañero destripado. Pegado el hocico al suelo, siguió su rastro y no volví a verla más aquel día, aunque durante horas y horas la oí llorar con un angustioso y prolongado gemido, en tanto que su macho pasaba de esta vida real a la otra presentida.

No regresé aquella noche a la caverna, ni los días siguientes. Me afané en poner barro, saliva y orina en las heridas de mis salvadores, que se agolpaban de noche junto a mí para darme calor y buscar mi consuelo. La última, al despuntar el alba, desperdigados ya los canes para curiosear por el mundo, sentí la lengua de *Tierra Mojada* lamiéndome el rostro. Despertéme y vi un ínfimo cachorrillo que acababa de parir sobre mi regazo, en tanto que la madre agarraba en el suelo a otro entre sus dientes y lo depositaba sobre mí, junto al primero, disponiéndose después a tumbarse de costado y parir los otros tres que nacieron de esa camada.

¿Cómo no considerarlos mis hijos? Fui yo quien los coloqué sobre los negros pezones de la hembra; y no los puse sobre los míos porque siempre estuvieron secos. Fui yo quien los enseñó a entender el humor y la condición de los hombres; quien los incorporaba sobre sus mínimas patas cuando caían como pelotitas de algodón empujadas por el viento; quien les procuré leche de mujer cuando al cabo de pocos días murió *Tierra Mojada* víctima póstuma de la lucha contra el oso. Y yo fui quien jugué con ellos cuando eran cachorros, y quien les escogió los machos o las hembras con que habrían de cruzarse siendo adultos, y quien los atendió en sus múltiples partos, y quien los enterró, al morir, dejando tras sí una larga descendencia. Por mucho tiempo fui la única depositaría de la amistad de los de su estirpe. Más tarde, todos se fueron colocando (o, mejor, los coloqué yo) con distintos amos. Y unos se especializaron en ayudar a los cazadores; otros, en acompañar y defender a las criaturas humanas; otros, en evitar que las alimañas se cebaran sobre las piezas cazadas. Y todos ellos, en la vigilancia de la gruta en cuyo interior vivieron, muchos años antes de morir yo, como miembros adheridos a la comunidad.

Nunca fui feliz entre los humanos, mas sí entre los perros. No fui amada por los de mi especie, pero sí por ellos, que no repararon en mi fealdad, sino en mi bondad; que no hicieron ascos de mis úlceras, sino que las lamían. Gracias a ellos, que con tanto afán procuraron nuestra amistad, tuve la gloria de establecer el primer vínculo perpetuo entre distintas especies de vivientes. Y, cuando llegó mi hora, no sentí a un solo humano llorar junto a mi catre, pero sí el patético aullar de más de un centenar de mastines que me daban su último y fervoroso adiós en la tierra, en contraste con el gozoso batir de rabos y ladridos de salutación, que me brindaron *Espuma, Pedernal, Zanahoria, Nube, Caña de Azúcar, Ébano* y *Tierra Mojada* (así como los numerosos descendientes suyos que murieron antes que yo) cuando ingresé en un paraíso donde nadie sabía que yo era fea y que estaba solamente habitado por los seres queridos que tan intensamente me amaron y a los que tanto amé.

MILÉSIMO SEPTUAGÉSIMA SEXTA MEMORIA

I

MI QUINTA MEMORIA está tan íntimamente relacionada con la que sería mi milésimo septuagésima sexta vida (que transcurrió a caballo de los siglos XIX y XX de la era de Cristo), que no sabría referirme a ella sin hacer una breve excursión por los recuerdos de la última.

Yo era entonces estudiante de etnografía prehistórica en el Instituto de Paleontología Humana de París y estaba muy apegado a las doctrinas y descubrimientos de dos grandes eruditos: uno, mi compatriota y maestro, el abate Henri Breuil; y otro, el prehistoriador alemán y también sacerdote, Hugo Obermaier, muy amigo del primero, y con el que colaboró no sólo en obras escritas como *El hombre fósil*, sino en numerosas investigaciones conjuntas. Si es cierto que «de sabios es errar y de santos rectificar los errores», habrá que convenir que mis dos maestros participaban por igual de la sabiduría y la santidad, porque erraron una vez y dedicaron la vida a rectificar su yerro. El caso es que un caballero español, de nombre Marcelino de Santuola, redactó para la Real Academia de la Historia de su país, el relato de un descubrimiento que juzgaba trascendental para el mejor conocimiento del hombre del Cuaternario. Según su propia narración, estaba una mañana de 1879 con una hija suya, de poco menos de once años, buscando fósiles en una cueva prehistórica, próxima a Santillana del Mar, en el noroeste de España, denominada Altamira —en la que había encontrado piedras pulimentadas y restos humanos—, cuando la niña, que estaba tumbada en el suelo, descubrió unas pinturas de raros cromatismos en el techo de la gruta. En su comunicación a la Academia de la Historia se limitaba Santuola a dar cuenta de sus hallazgos y a describir minuciosamente las pinturas; pero en la Convención de Prehistoriadores reunida en Lisboa al año siguiente, 1880, tuvo la audacia —o al menos así lo consideramos unánimemente los paleontólogos franceses— de atribuir la realización de tales pinturas a los hombres contemporáneos de los utensilios, armas y fósiles hallados. La noticia dio la vuelta al mundo (al menos al mundo de los eruditos), y tanto Breuil como Obermaier se interesaron en contemplar por sus propios ojos lo descubierto por el español, y juzgarlo a la luz de la ciencia, y de sus vastos conocimientos. Su declaración fue terminante: los restos hallados pertenecían a la era cuaternaria; la cueva estuvo habitada a lo largo de varios milenios durante el paleolítico superior;

pero las pinturas, unas ciento cincuenta en total, que se veían en las rocas del techo, *eran falsas*. O bien fueron realizadas por un artista moderno de gran mérito que se entretuvo en diseñarlas en tan insólito lugar, o se trataba de una burda superchería del que se decía su descubridor, que las pintó él mismo o las mandó poner ahí por puro afán de notoriedad. Era radicalmente imposible —sentenciaron— que unos trogloditas del cuaternario, que vivían en cavernas al igual que osos, tuviesen sentimientos artísticos, aptitud creadora, dotes de observación y habilidad manual como para haber ilustrado esa bóveda que ya denominaban los españoles, con ingenua exaltación patriótica, «la Capilla Sixtina del Paleolítico».

Una tarde de 1889, diez años después de la supuesta superchería de Altamira, en España, estaba yo investigando, con mi maestro, los interesantísimos fósiles humanos y animales de la cueva paleolítica de La Mouthe, en el departamento de Dordogne, muy cerca de mi pueblo natal, Les Eyzies-de-Tayac, cuando súbitamente vi algo que me privó del habla y casi del sentido. Al alzar mi lámpara de aceite para enseñar al profesor Breuil un fósil que juzgué interesante, vi moverse un toro sobre la pared. Enfocada directamente la lámpara, entendí que lo que se movió fue mi luz y no el perfecto, soberbio, grabado de un gran bóvido sobre la roca. Llamé a gritos al abate y, en la penumbra de aquella sima, sentados sobre la espesa y asquerosa alfombra de la murcielaguina, permanecimos horas, absortos, contemplando aquella figura excelentemente pintada sobre el paramento rocoso. «¡Oh, Dios! —nos decíamos—, ¿sería posible que el hombre, desde la infancia misma de la humanidad, desde sus primeros orígenes, fuese un ser intelectualmente desarrollado, capaz de extraer aquellos colores de los vegetales, los animales, y de unos minerales cuya aleación ignoraba, cuya propia utilidad desconocía, para usarlos en la creación artística?». ¡Antes que usar el cobre o el hierro para fabricar armas, el hombre empleó sus vetas para extraer de ellos colorantes y tintes para pintar! ¿Fue el hombre «naturalmente artista» antes que «forzadamente» guerrero y cazador? En días sucesivos descubrimos renos, jabalíes, mamuts, pintados sobre las paredes, y llegamos a la evidencia de que no pertenecían a la misma época: que eran decenas de siglos lo que la gruta estuvo habitada y que, en todo tiempo, hubo entre los hombres primitivos grandes artistas que reproducían con la perfección de un Mannet lo que veían sus ojos o lo deformaban caprichosamente con la idealización de un Modigliani.

Una tarde, llevóse Breuil las manos al rostro y exclamó: «¡Altamira! ¡Hay que reivindicar la memoria de Santuola! ¡Aquel hombre no fue un farsante, ni un ignorante, como dijimos, sino nuestro precursor!».

En los años inmediatos, se descubrieron las cuevas rupestres de Pair-non-Pair, de Marzoules, de La Madeleine (que dio su nombre al «magdaleniense» que bien pudo, con más justicia, denominarse «altamiriense»), y estos descubrimientos rupestres que hicimos los franceses vinieron a confirmar la autenticidad de las pinturas paleolíticas ibéricas y la exactitud de la interpretación de don Marcelino Santuola —el primer hombre del mundo que descubrió el arte del cuaternario—; que fue befado y

denigrado como aranero y zascandil; que murió sin ver reivindicado su nombre, ni comprobar que sus hallazgos habían revolucionado el conocimiento de la Prehistoria. Tan evidente fue la injusticia cometida contra el santanderino, que el maestro Cartailhac, coautor, junto con Breuil, del diagnóstico adverso a la veracidad de las pinturas altamirienses, escribió un noble opúsculo titulado *Mea culpa*, reivindicando la memoria de su descubridor; Breuil dedicó su vida al estudio de las cavernas ibéricas, y Obermaier fue aún más lejos: se nacionalizó español, creó en Madrid una escuela de Paleontología y dedicó por entero su noble y fructífera vida al estudio de la ingente riqueza prehistórica de España.

Mi triste nombre es George de Perignac. Las líneas que anteceden no son ociosas. Lo que para otros fue corona de gloria, para mí lo fue de martirio. Lo que para mis maestros fue ocasión de títulos académicos, reconocimientos, condecoraciones y honores, para mí fue causa de vilipendio y ruina moral hasta el punto de ser injusta y cruelísimamente encerrado en plena juventud, y de por vida, en un manicomio de París, donde fallecí el 7 de febrero de 1919.

II

Estábamos Breuil, Obermaier y yo estudiando, e incluso fotografiando para su ulterior reproducción las figuras humanas de Cogull, en la provincia de Lérida, nordeste de España, cuando tuvimos noticia de que, en el otro extremo de la península, junto a un pueblecito llamado Benaoján, en las montañas de Ronda, de la provincia de Málaga, un ornitólogo inglés que estudiaba las migraciones de las aves, acababa de descubrir la más grande cueva antaño habitada por seres humanos de que se tenía conocimiento. Vio el británico numerosas bandadas de pájaros que, apenas puesto el sol, se refugiaban en una suerte de hornacinas abiertas en la pared calcárea de las montañas y, por querer ir en busca de sus nidos, penetró en uno de esos huecos, por donde apenas cabía un cuerpo humano, y vino a caer en una inmensa sala lo suficientemente iluminada por aquellas claraboyas naturales como para poder vislumbrar su interior. Quedó el ornitólogo maravillado por lo que vio: aquello era, de una parte, un inmenso osario; y de otra, un espléndido y nunca visto museo. Con dificultad encontró una salida; y fuese a Benaoján, donde informó a las autoridades acerca de lo que acababa de descubrir. Excusado es decir que, apenas concluidos nuestros trabajos en Cataluña, emprendimos viaje a la legendaria Andalucía con objeto de comprobar por nuestros propios ojos «si las sirenas son tan bellas como las pintan».

Benaoján resultó ser un precioso villorrio encalado, y tan blanco, que dañaba los ojos mirar las casas cuando el sol daba de lleno sobre sus paredes. Los balcones enrejados, los nobles escudos de las casas hidalgas, los pintorescos patios con sus

cantarinas fuentes, la profusión de geranios, claveles y azaleas en cada balcón, en cada ventana, en cada reja, nos cautivaron, tanto más cuanto que aquella villa habría de ser en los días sucesivos nuestro centro habitacional y nuestra única vía de comunicación con el exterior. Merecía este bellísimo pueblo haber sido descrito por mi compatriota Próspero Merimée o servir de inspiración al americano Washington Irving, ambos enamorados de los pequeños pueblos andaluces, cargados de historia, leyendas, luz y misterio. Sus habitantes, muy pintorescamente vestidos, parecían sacados de un grabado romántico de David Roberts, Pérez Villamil o Gustavo Doré. No puedo jurar que fuese allí donde comenzaron mis síntomas, aunque inhalé repetidas veces el aire de la tierra, embrujado por el aroma de los toronjos y limoneros florecidos, y mis ojos quedaron hechizados por el azul profundísimo y transparente del cielo, como si aquel color y aquellos aromas me trajesen un vago recuerdo de mi primera infancia. De una manera clara esto se me reveló al salir del pueblo camino de La Pileta al trote de las caballerías…, porque era radicalmente indudable que este paisaje me era familiar: formaba parte de mi vida.

Todo cuanto tenía aquella sierra de pavoroso y abrupto en las pinas laderas que cruzamos los días anteriores, y que nacían prácticamente al lado del mar, se convertía aquí arriba en una encantadora planicie, suavemente ondulada, de la que emergían de trecho en trecho unas rocas graníticas de caprichosas formas no desprovistas de majestad. Era como si el «esqueleto geológico de la tierra aflorara de vez en cuando por encima de su piel», pensamiento este que se me antojó haberlo formulado antes: aunque, en verdad, era la primera vez que las veía. El terreno no rocoso era abundante en pastos y, entre la hierba, crecían multitud de flores silvestres, amarillas. Me enfadé conmigo mismo al recordarme colectándolas y formando con ellas guirnaldas de flores a modo de coronas. «Yo no estuve nunca, antes de ahora, en este lugar —me dije—. Y, aunque hubiese estado, ni de niño ni de hombre me dediqué a la bucólica y femenil tarea de ensamblar flores para confeccionar coronas». No obstante…, esas flores…, estaba seguro que eran especialmente adecuadas para trenzarlas, porque su tallo era largo, flexible y resistente. Descendí de la caballería y arranqué de entre el herbazal una de ellas. Quedé como embobado al comprobar la resistencia, la flexibilidad y la longitud de su tallo. ¿Cómo intuí yo esto?

Mis maestros cabalgaban delante de mí. Iban exaltados y locuaces, a causa de cuanto habían oído decir en Benaoján en relación con las cuevas. Preguntaban y volvían a preguntar a los mozos que nos acompañaban acerca de cuantos detalles conocieran de la gruta desde que la visitaron con el inglés. Éstos no se hacían de rogar, pues pertenecían a la raza andaluza, que es la más parlanchina del planeta. Yo iba detrás, rehuyendo su compañía, absorto ante los fenómenos que advertía en mi interior, y observando, con tanta perplejidad como emoción, ese paisaje del que —insensatamente— me parecía conocer cada piedra, cada vericueto, cada perfil de una cumbre. Desde aquélla, más alta, con forma de cresta de gallo, que tenía a mi derecha, estaba seguro de que, en alguna ocasión anterior, envuelta en brumas, yo

había divisado, tras una corta franja de mar, la costa africana en la lejanía. Quise castigar mi exaltada imaginación, piqué espuelas a mi caballería, y me acerqué a los que iban en cabeza.

—Desde aquella cumbre —dije a uno de los guías—, seguramente se divisará el mar.

—Ya lo creo —me respondió—. Y, si no hay niebla, se ve África.

Quedé perplejo y ensimismado al escuchar tal confirmación de mis supuestas vivencias. Y no volví a atender la conversación de los otros, hasta que escuché decir a uno de los andaluces:

—Al doblar aquel recodo, apréstense a admirar una bonita vista.

Sin pensarlo ni meditarlo, arrepintiéndome de decir lo que dije a medida que lo enunciaba, pero sin poderme ya volver atrás, comenté:

—Es un fenómeno singular. La montaña parece partida de un hachazo, y un profundo tajo se abrirá a nuestros pies por cuyo fondo, lejanísimo, veremos serpentear un río.

Obermaier me recordó la leyenda según la cual Hércules rompió de un mazazo la lengua de tierra que unía África con Europa, creándose con ello el estrecho de Gibraltar y el mar Mediterráneo. No era extraño por tanto —añadió riendo— que se hubiese entrenado, en sus proximidades, tajando de un golpe los montes. Y Breuil, que me oyó describir un paisaje que aún no habíamos columbrado, me recriminó por no haberles declarado antes que ya conocía el sitio.

—No lo conozco —respondí—, pero procuré documentarme antes de realizar el viaje.

Me alejé de ellos por no confesar que mentía. ¡Nunca leí nada de este lugar! Con esto y con todo, *sabía* cómo era, aunque yo mismo me maravillaba de las razones, inalcanzables para mí, de tal conocimiento.

Doblado el recodo, nos dimos de bruces con el paisaje que acababa de describir. Allí estaban las huellas del tremendo hachazo que partió la montaña en dos. Entre las orillas del profundo tajo, habían construido un puente… Un puente que yo no había imaginado. Y en torno suyo, de uno y otro lado de la sima, la prodigiosa visión de Ronda asomada al abismo: una ciudad que no pertenecía al mundo de mis inspiradas vivencias como el perfil de las cumbres, el olor del aire, la transparencia del cielo, el amarillo de las flores silvestres de tallo largo y flexible, o el río espumeante que serpenteaba por el fondo de la sima.

Si Hugo Obermaier y Henri Breuil no anduvieran como borrachos por la emoción que les producía el próximo conocimiento de la cueva de La Pileta (jamás visitada todavía por etnógrafos y paleontólogos), habrían advertido mi palidez, mi desasosiego e incluso mis lágrimas, al reconocer de manera indubitable —aunque siempre misteriosa e incomprensiblemente— el exterior de una loma, horadada por las hornacinas en que anidaban los pájaros, y en cuya entraña yo *sabía* que estaba la gruta que buscábamos. Con no poco asombro, escuché decir a los mozos que

debíamos aprestarnos a trepar por aquella ladera que yo consideraba más adecuada a la uña del rebeco que a nuestras improvisadas botas de montañeros. Y que, una vez allá arriba, habríamos de introducirnos en una especie de chimenea natural abierta en la piedra, para deslizarnos después hacia el interior.

—Si la gruta ha sido habitada en tiempos inmemoriales por hombres primitivos —les dije—, no duden que tiene que haber una abertura más lógica. ¡Ellos, lo mismo que nosotros, entraban a sus viviendas por la puerta y no por las ventanas!

No me hicieron caso y comenzaron a ayudar a mis maestros a subir por aquellos riscos, muy penosamente, porque, sin ser viejos, tampoco eran unos muchachos.

Llevaban ya cubierto más de un cuarto del camino, medio reptando por la pendiente, cuando les di una gran voz ordenándoles bajar porque —según les dije— había descubierto la entrada natural de la gruta.

Descendieron todos, y ordené a los mozos desbrozar primero y quemar después, una inmensa mata de espinos de más de siete metros de espesor; y apenas las llamas hicieron su labor, vimos una gran boca natural que daba paso a la cueva. Obermaier me felicitó asegurando que «la lógica deductiva bien aplicada era siempre superior al conocimiento mal digerido»; y Breuil, mi maestro, me golpeó la espalda con más afán de agradecerme el inútil alpinismo que les había evitado que de admirarse de mi intuición.

Como quien camina por la ruta vaporosa de un sueño, sin atender a los «¡Oh!» admirativos de Obermaier, ni a los bastonazos al aire del abate Breuil para defenderse de la nube de murciélagos que huían a nuestras voces y parecían querer estrellarse contra nuestros rostros, me puse a considerar que no todo era igual a como yo imaginé. El suelo, por ejemplo, estaba más alto, mucho más alto y, por ende, más cerca de la bóveda del techo que, como yo lo recordaba, si es que fuese lícito llamar «recuerdo» a esa suerte de revelación.

De esta primera nave, según se entraba en la caverna, nacían, como abiertas en horquilla, dos galerías muy bajas por las que habría que andar a gatas y que conducían al interior. Los mozos aseguraban que, aunque muy incómodas para avanzar, no era imposible hacerlo, y que una de ellas desembocaba en una nave inmensa, «grande como una catedral», en la que había dibujado…

No le dejé concluir.

—¿Un gran pez? —inquirí suspenso, en tanto que mi corazón batía enloquecido y la sangre se aceleraba en mis venas hasta quemarme el rostro.

—Sí. Un pez —respondió nuestro guía—. Un pez inmenso como no los hay en la realidad.

Breuil y Obermaier volvieron severos sus rostros. Sus ojos me observaban penetrantes e incrédulos. Yo estaba sonrojado como si hubiese cometido una mala acción.

—¿Cómo sabía usted que…?

—Creo que antes de proseguir el recorrido debemos deliberar nosotros tres a

solas —me limité a tartajear en francés para no ser entendido por nuestros guías.

Como no me respondieran, sino que seguían escrutándome con los ojos, añadí en español:

—Estos amigos de Benaoján han traído consigo sus almuerzos. Si iniciamos ahora la exploración, se quedarán sin comer. Propongo que, mientras ellos se alimentan fuera, nosotros discutamos cuál es el plan a seguir.

Encogiéronse de hombros mis dos maestros; interpretaron los benaojanos su ademán como una aceptación tácita a mi propuesta y, descargando de sus hombros sus mochilas y de los cintos sus botas de vino, saliéronse fuera.

Apenas nos vimos solos, proseguí:

—Intentaba decirles, señores, que bajo nuestros pies hay decenas de miles de kilos de uno de los fertilizantes naturales más caros y apreciados del mundo: la murcielaguina. Si por un lícito afán de aprovecharlo en sus cultivos, los campesinos de esta tierra lo sacan de aquí indiscriminadamente, se llevarán con ella los tesoros prehistóricos que nosotros buscamos.

—¿Y quién le dice que bajo nosotros no hay sino unos centímetros de ese inmundo detritus?

—También vi, profesor Obermaier, que pretendía usted avanzar por esa galería a cuatro patas cuando muy bien podría hacerlo de pie.

—¿Cómo hacerlo de pie si apenas tiene cuarenta centímetros de altura?

—No, profesor: tiene más de cuatro metros. Lo que ocurre es que el suelo está cegado por cieno, aluviones y, sobre todo, por esa suerte de guano.

—Mi joven amigo, ¿pretende usted presumir de brujo?

—No, profesor. Todo cuanto conozco se lo debo a ustedes dos. Sólo hay una cosa de la que creo saber más: espeleología, que la he practicado desde niño como deporte. Si miran ustedes las paredes de esta gruta, verán que no son verticales sino que se abren oblicuamente en descenso. Les aseguro que el suelo natural está muy por debajo de nosotros. Y lo mismo acontece con las galerías. De modo que el orden de trabajo más lógico sería éste: primero, limpiar e investigar aquí, en este pórtico de entrada. Sólo después de concluido este trabajo, vaciar las galerías de ese abono animal y proseguir la investigación hacia el interior.

Breuil me miraba anhelante.

—¿Cómo descubrió usted una entrada a la gruta que ni siquiera los nativos conocían?

—El profesor Obermaier lo dijo: «Más vale una lógica bien aplicada que un conocimiento mal entendido». ¿No fue esto lo que usted dijo, profesor?

—¿Y el pez? ¿Cómo sabía usted que existía el dibujo rupestre de un pez?

—Supongo que en Benaoján se lo oí decir a uno de los mozos —mentí.

—Y ¿cómo supo que desde lo alto de esa montaña con forma de cresta de gallo se divisaban las costas africanas?

—Dada la situación geográfica, muy próxima a Gibraltar, y la altura a la que

estamos, pensé que…

—¿Y por qué tiene tanto interés en que comencemos la investigación por esta nave y no por la que nos han dicho que es tan grande como la de una catedral?

—Porque ese paramento de la izquierda me tiene subyugado —respondí—. Observe aquí, profesor, casi en el límite del suelo, esta inscripción. No es un dibujo. Es un signo de escritura. Si mis deducciones no fallan, estamos, como quien dice, en el techo de la nave. El suelo se fue elevando a través de veintenas de siglos. En la parte más baja estarán los vestigios del paleolítico inferior; más alto, los del superior; por último, la larga etapa del neolítico. ¡La historia entera del hombre primitivo puede estar escrita aquí! ¿Y se niegan ustedes a excavar en este sitio?

—Conviene a la verdadera ciencia —me dijo Breuil, con un dejo de ironía—, amarrarse muy sólidamente a la humildad, puesto que todo hombre, por erudito que sea, es siempre más lo que ignora que lo que sabe. ¿No considera, amigo mío, que habla usted con demasiada suficiencia?

—¡Estoy seguro de lo que he dicho! —repliqué.

—Nada de lo que usted supone va contra la razón —terció Obermaier—. Y le confieso que no me disgusta esa teoría de las capas superpuestas… Es evidente que si estamos en un yacimiento que valga la pena, lo más antiguo estará abajo, lo más moderno arriba. Una vivienda natural como ésta puede haber sido habitada tal vez treinta mil años o más…, hasta que el hombre decidió construir sus habitaciones al aire libre y con sus propias manos. Lo único que me sorprende de su discurso… es la exaltación.

—¡Estoy seguro de lo que digo! —insistí, con harta insolencia.

—¡Ba, ba, ba! ¡Está usted loco! —me espetó Henri Breuil.

Fue la primera vez que alguien me dijo esto. No sería la última.

III

Tal como predije, el suelo natural de la gruta quedaba casi cinco metros más abajo del que vimos el primer día; tal como anuncié, la historia del hombre primitivo estaba prácticamente narrada —para quien supiese leerla— en el panel de la izquierda, según se entraba en la cueva; y, tal como sugerí, una vez retirada la murcielaguina, podía caminarse erguido por las dos galerías naturales, abiertas en las rocas.

Mis dos mentores se hacían lenguas de mi capacidad deductiva y mi sagacidad, y yo mismo no salía de mi asombro al acertar una y otra vez, cual si el alma de alguno de los venerables ancestros del hombre moderno que allí vivieron, se hubiese apoderado de la mía, o un espíritu mágico me soplara al oído, la interpretación de un texto, el significado de un signo o la ubicación, en la inmensa cueva, de un accidente geográfico. No sólo las paredes tenían un inapreciable interés para la epigrafía por la

multitud de dibujos e inscripciones que hallamos, sino el suelo mismo que mandamos cribar a través de finísimos cedazos. En las capas altas, descubrimos instrumentos de hierro y cerámica ornamentada; en las intermedias, hachas, azuelas, agujas y adornos corporales de bronce, así como vasijas coloreadas; en las inmediatamente inferiores, utensilios de cobre puro sin alear con estaño. En las más bajas ya no había vasijas de barro cocido, sino sólo instrumentos de hueso y piedra; lajas cortantes, hachas de pedernal —sin mango—, punzones, raspadores y gran cantidad de cenizas.

Hubo un día especialmente glorioso para nosotros: aquel en que, a primeras horas de la mañana, descubrimos la esculturita hoy conocida por *Venus de Benaoján* y, poco tiempo después, dos inscripciones que son únicas en el mundo por su significado histórico, que no artístico y cuyo oculto significado me cupo la gloria de ser el primero en descifrar. Uno de ellos representaba un contorno, totalmente cerrado formado con líneas irregulares y en cuyo interior se veía una yegua de abultado vientre sobre el que estaba dibujada la minúscula cabeza de un potro. La segunda inscripción era idéntica a la anterior, salvo dos circunstancias: el contorno no estaba cerrado, sino abierto. Y en su interior no había dibujo de animal alguno, sino multitud de rayitas paralelas, formando parejas, semejantes, cada una, al signo ortográfico que denominamos comillas (”, ”, ”,). Más que un dibujo parecía un jeroglífico al que era necesario aplicar la hermenéutica para interpretarlo. Comenzaron Breuil y Obermaier a divagar acerca de si aquello era un dibujo puramente ornamental, un signo ideográfico de escritura o la explicación de un hecho histórico, cuando intervine:

—Es un texto pedagógico, señores.

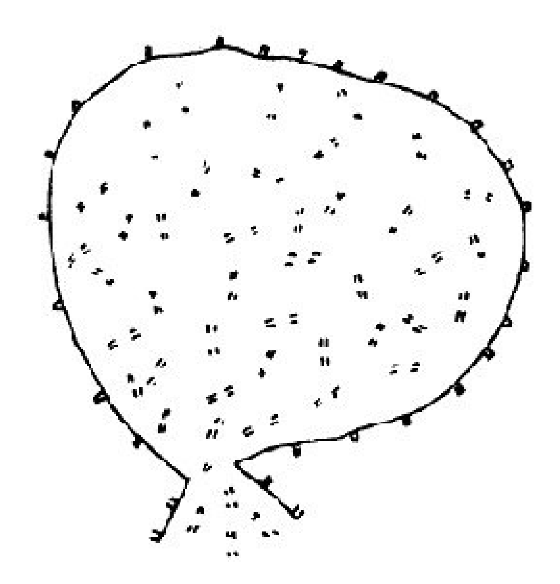
—¿No considera usted su comportamiento tan falto de prudencia como sobrado de altanería, amigo mío? —exclamó, más que preguntó, muy irritado el abate Breuil.

—¿Por qué ha dicho usted eso? —interrogóme a su vez Obermaier, enarcando sus grandes cejas.

—Me imagino a un maestro primitivo pintando esto, sobre la roca, del mismo modo que, en mi escuela, lo hacían los profesores en la pizarra para explicarnos el modo de averiguar el volumen de un cubo, o las partes en que se divide el ojo.

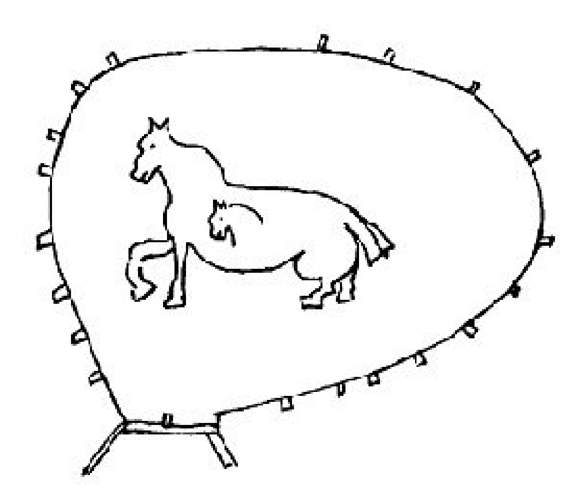
—¡Qué fantástica interpretación! ¿Y qué es lo que les explicaría? —preguntó con sorna el abate Breuil.

—Voy a intentar formular una deducción plausible —añadí riendo—. ¿Me facilita su bastón, profesor? ¡Gracias! ¿Ven ustedes aquí, donde señalo, ese contorno irregular? Es un cercado de maderas, o si prefieren, un inmenso corral… Ustedes —les diría aquel sabio del neolítico a sus oyentes—, tras penosísimas correrías, se pasan días y noches enteras a la intemperie y no encuentran ni un venado, ni un caballo, ni un toro al que matar… Aprendan bien esto. Dejen follaje y agua, aquí dentro, y la puerta abierta, tal como está en el dibujo, y cuando se despierten al alba, verán que el suelo está lleno de huellas de sus pasos, como éstas, y éstas, y éstas…



»Lo que significa que mientras ustedes dormían, esos animales tan codiciados, y que van ustedes tan lejos a buscar, han estado aquí mismo, al lado de sus viviendas, a la puerta misma de la gran cueva, a unos pasos de sus lechos. Se comieron el forraje y, como el corral estaba abierto, se marcharon…

Ahora, vean este otro dibujito.



Representa el mismo lugar que el anterior, pero las vallas están cerradas, y los animales que había dentro ya no pueden escapar. ¡Son ustedes mismos los que las cerraron para que no huyeran! Muy bien hecho. Pero ahora, ¿qué harán ustedes con ellos? ¿Ir matándolos, para devorarlos, a medida que vayan teniendo necesidad? ¡Nunca hay que hacer eso! Ésta es la lección que quiero darles. ¿No ven? Esta yegua está preñada. Tiene dentro del vientre un potro. Hay que procurar que nazca, y que las demás yeguas se crucen con los machos y paran otros potrancos. De este modo el rebaño irá aumentando de número, y ustedes podrán destinar unos para alimentarse hoy, y otros, para que se reproduzcan y aseguren el alimento de mañana. Sería —concluiría el hombre— como tener la caza a la puerta de su casa: exactamente en este corral, que he dibujado para que lo entiendan mejor…

Hice una pausa para ver el efecto que les causaba mi interpretación. Rieron ambos con gran alborozo. Breuil se sostenía el vientre cual si temiese perderlo a

causa de las sacudidas.

—El día que aprendieron esa lección —sentencié—, la caza fue sustituida por la ganadería y el pastoreo…

—¡Es usted brujo! —comentó Obermaier, conteniendo la risa—. Es harto probable que lo que usted dice sea exactamente lo que ocurrió…

Al día siguiente visitamos la nave que los nativos dijeron «que era tan grande como una catedral». Fue imposible acercarnos al gran pez pintado sobre una superficie caliza, porque entre el dibujo y nosotros se abría una gran sima. En esta nave no necesitábamos usar nuestras lámparas de petróleo porque la luz penetraba por una de aquellas claraboyas naturales por donde se deslizó la primera vez el ornitólogo inglés y, además, por un gran boquete a ras del suelo que daba directamente a una galería que llegaba al exterior.

—Contemplar un pez en lo alto de una montaña es realmente insólito —murmuró Obermaier—. Los hombres primitivos no solían dibujar más que lo que veían con los ojos. Y esto por una razón mágica y utilitaria a la vez: apoderarse del espíritu de la pieza que deseaban capturar… ¿Pero cómo pescar aquí un pez?

—El «mago de nuestra tribu» —comentó el abate, refiriéndose a mí, por embromarme— tiene ya la solución. Se lo leo en los ojos. ¿No es así, *monsieur* de Perignac?

—En realidad… —respondí— no veo ningún misterio en ese dibujo. Como dice muy bien el profesor Obermaier, los primitivos lo dibujaban porque querían pescarlo.

—Pescarlo…, ¿dónde?

—Ahí mismo. Eso que ahora es una sima, antes era un lago. O, si lo prefieren, la parte remansada de una corriente que aquí era subterránea, pero que procedía de la superficie y volvía a aflorar de nuevo…

Me contemplaron suspensos y silenciosos.

—La corriente penetraba por este boquete —proseguí con voz exaltada— que, por cierto, está lleno de piedras de aluvión; se remansaba en esta sima, cruzaba la gruta por aquí… y volvía a aflorar…, esperen…, creo que por este otro lado. Si retiran esos cascajos, seguramente se verá la abertura por donde salía el agua…

Los cascajos fueron retirados y, en efecto, descubrimos una galería de no más de seis metros, cruzados los cuales se llegaba al exterior. Al día siguiente, al limpiar esta zona, tropezamos con una capa más honda, de cieno endurecido, y en ella el fósil de un pez, o por mejor decir, la marca (como la que haría un sello sobre el lacre) vaciada y fosilizada de una malacopterigia moteada…

Aunque, en días sucesivos, me hice el propósito de callar lo que descubría, una fuerza interior invencible me impulsaba a decir lo que hubiese preferido callar. Así, cuando vi a Breuil absorto ante unos garabatos que parecían una inscripción, yo los leí de corrido:



—«Mañana, al salir el sol, cazaremos el venado en el Cerro del Águila».

Enrojeció Breuil de humillación a causa de no haber descifrado por sí mismo una inscripción tan sencilla; y yo, por no ofenderle más, me aparté de allí en tanto que él la copiaba con mucho arte, pues era un excelente dibujante.

Por la tarde le oí cuchichear con Obermaier mientras sus ojos se posaban insistentemente en mí. Estaban asustados por mi comportamiento. Pero, más aún, lo estaba yo. No sin gran alarma empezaba a percibir, cada vez con mayor claridad, que mi personalidad se estaba desdoblando. Yo no era uno, sino dos: creencia, esta última que, cuando es falsa, es típica de la esquizofrenia. En realidad no era yo, George de Perignac, el joven paleontólogo francés, el más querido de los discípulos de Breuil, quien acertaba en todas y cada una de sus deducciones, sino «mi otro yo»: un individuo del neolítico, sin duda, contemporáneo de los últimos trogloditas. No se me ocultaba la sinrazón de este pensamiento. Y el hecho mismo de entender su radical absurdidad era prueba evidente de no estar loco. Luego si estaba cuerdo, la deducción de que en mí habitaban dos almas, era correcta.

El haberme aferrado a esto en los interrogatorios que se me hicieron, fue determinante para el diagnóstico que se me trazó y para mi posterior y cruel reclusión en el Nosocomio Psiquiátrico de Notre Dame, en París, donde fallecí muy pocos años después.

Si hubiese sido menos respetuoso con la ciencia, y hubiese mentido o, al menos, ocultado «mi verdad», otra hubiese sido mi suerte. Mas no lo hice así. El relato que sigue es, a la vez, la historia del porqué de mi encierro y la confirmación —anticipada al comienzo de este capítulo— de la íntima relación que existe entre mi milésimo septuagésima sexta vida, y mi quinta memoria.

Una tarde, habíamos iniciado ya el regreso desde La Catedral del Pez, como denominábamos a la más grande de las naves, hacia la salida, cuando, de súbito, perdí el conocimiento. No debe esto entenderse en el sentido vulgar que se da a esta expresión, ya que no caí al suelo, ni padecí un síncope; lo que sucedió es que perdí la noción, el conocimiento en suma, de lo exterior. Me *ensimismé*, me metí tan en el interior de mí mismo, que mis sentidos corporales dejaron de estar al servicio de mi entorno; se apagaron, como quien dice, para no estorbar, a mi ensoñación. Lo que me produjo esta suerte de hechizo fue la contemplación del dibujo de una estrella, que ya habíamos observado otras veces e incluso, copiado. Apenas la divisé esta vez, me sumí en la extraña introspección que digo y «supe» la verdad: no toda, mas sí el anticipo de la que habría de completar al siguiente día. La estrella que digo era de siete puntas; y estaba situada en el borde superior de un pronunciado relieve de la

rugosa pared, entre dos pequeñas eminencias muy semejantes a las que observé, el primer día, en esa montaña con forma de cresta de gallo, desde donde yo supuse —y acerté— que podría divisarse África. Debajo de la estrella había un hacinamiento de piedras que no parecían caídas sino colocadas, unas encima de otras por la mano del hombre. Breuil y Obermaier prosiguieron su camino, e ignoro en qué se entretendrían, pues no notaron mi ausencia hasta dos horas después. Los hombres que mandaron a buscarme regresaron espantados para contarles que yo estaba en estado medio cataléptico; dormido de pie y con los ojos abiertos; que agitaron sus manos al borde de mis narices y ni siquiera parpadeé, y no sé qué otras noticias, exageradas o no, que los alarmaron hasta el punto de acudir ellos mismos a sacarme de allí. Sus voces me devolvieron a la realidad, y, cuando pensaban que iba a responder a sus preguntas respecto a mi estado de salud, me oyeron decir:

—Varios siglos antes de que esta cueva fuese abandonada, sus habitantes ya practicaban la agricultura.

Enmudecieron al escuchar tan inesperada declaración. Hablando muy lentamente, cual si repitiera lo que me dictaba una voz lejanísima a la que fuese difícil oír, balbucí:

—Cuando la más baja de las estrellas de la constelación del Lobo…

—¿De qué constelación habla…?

Hice caso omiso a la interrupción:

—Cuando la más baja, digo, de esas estrellas, se ubica en lo más alto del Cerro del Águila, entre los dos primeros riscos de la cadena que semeja la cresta de un gallo —cosa que sólo ocurre una vez por año—, los habitantes de La Pileta comenzaban a afilar el pedernal de sus azadas y a amarrar con fuertes lianas las rejas de sus arados. Se hacía entonces la elección de los hombres más forzudos que habrían de tirar de ellos…, porque… porque aún no habían domesticado más animal que el perro, e ignoraban que un día, los caballos, vacas, corderos, gallinas, cerdos, y tantos otros animales, serían dóciles instrumentos de la voluntad de los hombres.

Atónitos por lo que oían, todos cuantos allí estaban, que eran muchos, me escuchaban maravillados sin osar interrumpirme.

—La situación de la estrella allí donde dije —continué— era la señal de que pronto acabaría el estiaje y vendrían las lluvias; de que estos montes se anegarían; de que surgirían cascadas en despeñaderos otrora secos; de que el río que cruza el fondo del tajo se desbordaría y de que, una vez retiradas sus aguas, dos extensas capas de limo se apelmazarían en sus márgenes. Éste sería el momento de llenar las canastas con el grano pacientemente guardado de la cosecha anterior, y que habríamos de esparcir por el légamo…

—¿Qué está usted diciendo, amigo mío? —oí decir a Obermaier—. Venga con nosotros. Ya es hora de regresar al pueblo.

—El grano —proseguí— lo guardaban en silos perforados en la piedra caliza; lo cubrían cuidadosamente con esteras; el hechicero celebraba la ceremonia mágica de

la resurrección, para que, al sacarlo de allí, al siguiente año, volviese a cobrar vida y…

—*Monsieur* de Perignac —protestó el abate—, está usted fantaseando.

—Y, por último —concluí—, tapiaban el receptáculo abovedado en el que estaba el silo, sin que nadie tuviese derecho, salvo pena de la vida, a remover sus piedras hasta que la estrella que dije, anunciase, un año después, a los habitantes de esta cueva, que un nuevo ciclo agrícola estaba a punto de comenzar.

—Va usted a acabar enfadándonos, *Monsieur*… —El silo está aquí, frente a mi. La abertura del recinto en que se cavó el pozo, empieza debajo del dibujo de esa estrella. La roca situada bajo el lucero celeste (¡obsérvenla bien!) está tallada, simulando los riscos, semejantes a una cresta de gallo, que están en la cumbre del Cerro del Águila, desde el que se divisa África. ¡Ése es el dintel del vano que vamos a desembarazar!… Ayúdenme, amigos míos, a retirar las piedras. Yo solo no podría. Estoy, en verdad, muy cansado.

Un prolongado «¡Ooooh!» de estupor se fue extendiendo por la nave, a medida que las piedras se iban retirando y dejaban a la vista un receptáculo abovedado, en cuyo centro había un pozo perforado por industria humana en la piedra caliza. Estaba medio cegado por el polvo y piedras desprendidas de la bóveda. Pero entre esos hacinamientos de basura se descubrieron restos de fibras vegetales —vestigios de las que fueron esteras— y algunos granos de cereal.

—Aconteció una vez —comenté ante el espanto general: espanto acrecentado por mis ojeras, mi rostro demacrado y el temblor de mi voz— que, cuando fueron a sacar las semillas del silo, el pozo estaba vacío. ¡Alguien había robado el grano de la cosecha!

Fruncí los párpados como si «recordara» aquel episodio, y así permanecí un tiempo que no puedo determinar, hasta que sentí que mis dos viejos maestros me tomaban cada uno por un brazo y, con palabras sosegadas y corteses, me persuadieron a salir de ahí.

IV

Aquella noche padecí terribles pesadillas. Yo no las recuerdo, pero fueron varios quienes me aseguraron haberme oído gemir y debatirme entre las sábanas e, incluso, dar grandes alaridos. A la mañana siguiente supe que el alcalde, el cura, el médico, el boticario y dos números de la Guardia Civil de Benaoján (es decir, las fuerzas vivas de la localidad) habían solicitado acompañarnos para que les mostrásemos e interpretásemos nuestros asombrosos descubrimientos. ¿Fue tal cómo me lo contaron, o se trató de una argucia de mis maestros para llevar con nosotros a un médico que me pudiese observar, en vista de mi comportamiento alucinado de la víspera, y a dos

guardias armados para que me redujesen, si fuera menester? El caso es que, al cabo de las explicaciones de rigor, la comitiva de notables se dispuso también a acompañarnos a visitar la última galería, recién liberada de murcielaguina y que no había sido hollada nunca por la planta de un hombre moderno. Mi alteración y mi desazón, a medida que avanzábamos por ese pasillo natural, mal alumbrado por las lámparas de aceite, fue aumentando a cada paso. Era sumamente peligroso —según les dije— porque una sima se abría a mitad de camino por donde era fácil caer (cosa de la que nadie me había informado); intenté disuadirlos argumentándoles la falta de elementos de interés arqueológico o paleontológico en aquella parte de la cueva, por donde no era usual transitar cuando estaba habitada (noticia que nadie me había dado); y, a la postre, ante su insistencia en seguir adelante, yo me negué a acompañarlos. Un miedo insuperable, una repugnancia invencible, me impedían hacerlo. Yo ignoraba todavía la causa de esta violenta oposición interior. No tardaría en averiguarla.

Siguieron todos su camino, iluminando metro a metro suelos y paredes con sus linternas, y yo me quedé en la total negrura. Dos horas o más estuve allí, sin atreverme a regresar a solas y en la oscuridad, hasta la primera nave; y queriendo enlazar la revelación que tuve la víspera con el resto de mi historia; palpé repetidas veces las húmedas paredes con mis manos y de súbito, tuve la revelación de que, aquella caverna, no sólo fue un día mi cuna, mi hogar y mi taller —cosa que ya sabía desde el día anterior—, sino también mi cárcel, mi patíbulo, mi tormento y mi tumba. Cuando al fin regresaron y enfocaron los faroles sobre mi rostro, Obermaier, muy exaltado y abriendo y agitando sus brazos, me recriminó por haberme perdido lo más interesante de la expedición. En la sima que yo les anuncié habían hallado un cuerpo humano entero. No unos huesos sueltos, sino un esqueleto completo, fosilizado. Me contaría al detalle el prodigioso descubrimiento apenas saliésemos de aquel incómodo laberinto. Cuando al fin llegamos a la nave iluminada, y todos se apresuraban a hablarme del hallazgo, interfiriéndose cada uno en el discurso del otro, los interrumpí:

—¡Sé muy bien lo que han encontrado!

Tengo para mí que Obermaier, o Breuil, o los mozos que nos acompañaron los días anteriores, habían contado algo a los demás acerca de mis increíbles y siempre atinadas deducciones, más propias de la brujería que de la intuición. Digo esto porque el silencio que se hizo en torno mío tenía mucho de supersticioso.

—No han podido ustedes descender a la sima, porque es inaccesible. Pero, al alumbrarla, habrán visto ustedes centenares de huellas rojas de unas manos extrañísimas, pues a todos los dedos les falta la primera falange. Yo les digo que quien las hizo estuvo palpando días y días las blancas paredes de cal con sus manos (manchadas de rojo por la arcilla embarrada del suelo), buscando en la oscuridad, desesperada e inútilmente, una salida. Me dice el profesor Obermaier que sobre el fango arcilloso hay un esqueleto fosilizado. No sé si a la distancia a la que ustedes

estaban, habrán podido advertir que le faltan las falanges de todos los dedos. Las huellas de la pared son, por tanto, sus huellas. Ignoro también si el doctor que nos acompaña tiene conocimientos especializados para haber podido estudiar las características de esos huesos a la débil luz de sus lámparas. De haberlo podido hacer sabrían que es un esqueleto de mujer: de mujer virgen, de trece años. Ahora les pregunto: ¿a qué atribuyeron ustedes la falta de las falanges superiores en sus dos manos?

Breuil tardó en responder:

—Probablemente a la congelación, ya que debió de vivir en la época de la cuarta glaciación.

—No. Ese cuerpo es mucho más moderno. Apenas tendrá seis mil años, y todos sus dedos fueron cortados cuando estaban sanos. Y el cuerpo no cayó casualmente. ¡Esa mujer, esa niña, fue sentenciada a morir!

Guardé silencio. Sólo el médico de Benaoján se atrevió a hablar.

—¿Cómo sabe usted eso?

Advertí en los ojos de Breuil el temor a mi respuesta, cual si la conociese de antemano y no quisiera que yo la declarara.

—¡Sé todo eso —respondí patéticamente— porque esa niña soy yo!

QUINTA MEMORIA

I

DICE MI MADRE que antaño, en tiempos de los abuelos de mis abuelos, las mujeres hacían de todo: hilar, tejer, modelar vasijas de barro, cocerlas sobre las fogatas de espinos secos, roturar el campo, buscar frutos y raíces, descuartizar animales, quemarlos al fuego y parir. Ya no es así. Ahora hay unas que sólo hilan; otras, que sólo tejen; otras, que sólo tiñen los hilos; otras, que sólo hacen vasijas o canastas, y después las truecan por las cosas que hacen las demás, según lo que cada familia necesite. Lo que se mantiene sin diferenciación a través de los tiempos, es que todas paren.

Los hombres se pasan el día fuera de nuestra caverna, que es la más grande y hermosa de todos los contornos, cazando, pescando, tendiendo redes a los pájaros o caminando con grandes fardos a cuestas, horas y horas, para cambiar a las gentes amigas, de otras cuevas o poblados lejanos, las cosas que hacemos o poseemos por las que ellos hacen o poseen. Me explicaré. Nosotros tenemos peces, y ellos, no. Los que sobran para nuestras necesidades los salamos y secamos al sol y se los llevamos, así como otras cosas: pedernal, que nos sobra; esparto, que tenemos mucho; y, unas veces sí y otras no, según los años, tortas hechas con trigo machacado y mezclado con agua, miel y sal. Ellos, lo que más nos traen es madera, de la que apenas tenemos la necesaria para quemar (pero que no sirve para fabricar los mangos de las hachas y las azadas, ni los tiradores de los arados), cuero y cecina, que a nosotros nos falta, así como cera, algodón y miel. Los muy jóvenes ayudan a sus madres en sus trabajos específicos, pero en cuanto dejan de serlo, como es mi caso, Vuhdú les encarga labores más duras, como colectar juncos para las canastas o lino para las tejedoras, o machacar el esparto para las trenzadoras de cuerdas. A mí y a mi hermana, a pesar de ser ella tan pequeña, nos han encargado buscar orugas, gusanos y lombrices, lo que no es tan fácil como algunos creen. Según los casos, unas sirven para comer y otras para pescar en el río.

Cuando de verdad nos reunimos todos, es en la época de la siembra y las cosechas. ¡Entonces sí que no damos abasto! Antes de la siembra hay que pasarse horas limando las azadas y los arados con piedras llamadas raspadoras, o fabricando otros nuevos porque, por duro que sea el pedernal, se desgasta en seguida e incluso se rompe si se le usa mucho. Y, en esas épocas, en efecto, no paran de usarse, mellarse o

quebrarse. De modo que hay que tener gran número de aperos para reponer a medida que avanzan las labores agrícolas.

En cuanto la estrella Clo —cuyo nombre llevo— se coloca en su sitio, en el Cerro del Águila, Vuhdú nos cursa sus órdenes según lo que a él le dicten las estrellas, y ni los hombres salen de caza, ni las mujeres tejen, ni los muchachos colectan raíces, ni mi hermana Irinda y yo salimos a buscar golosinas para los peces. Todo el mundo trabaja en lo mismo: fabricar o arreglar utensilios, acumular canastas, distribuir cestas para los sembradores y celebrar las ceremonias necesarias para renovar los poderes de fecundación en los granos conservados desde el año anterior. Éste es un momento lleno de mágica trascendencia. Primero hay que retirar las piedras que cierran la entrada al silo, después hay que esparcir todas las semillas por el suelo de la Sala del Pez, que es la más grande. Las mujeres, en trance de parir, se acuestan sobre el trigo, y es señal inequívoca de una buena germinación del grano, si consiguen echar a sus criaturas sobre las semillas. Además de las parturientas, también se tienden sobre el grano aquellas jóvenes vírgenes que hayan cumplido ciento cincuenta lunas, que equivale a trece ciclos agrícolas, y Vuhdú se desposa con ellas para que su descendencia sea sagrada y reforzar, al propio tiempo, el poder germinador de las semillas. Entretanto (lo mismo sea el caso del parto, que del desposorio) todos, lo mismo hombres que mujeres, bailamos alrededor de la parturienta y de las que van a ser o están siendo desposadas, hasta que uno u otro acto culmina.

Este año yo habré cumplido los trece ciclos y seré, por tanto, una de las doncellas que desposará nuestro Padre y Señor. La siembra y la cosecha en que hombres y mujeres laboran, gozan y bailan juntos, son las fechas culminantes del año. El resto, como he dicho, vagan por tierras lejanas; nosotras, por las próximas. Cuando nos juntamos, el cansancio de unos y otros les vuelve inútiles para el juego, la amistad y el amor. Los únicos que no trabajan con los músculos, porque toda su atención está prendida de los astros y de la dirección y administración de la comunidad, son Vuhdú y los cuatro sacerdotes de su Consejo.

Nuestra vivienda es muy grande; tanto, que hay dos lagunas en ella; una fluyente —donde puede pescarse—, y otra, no. Dos galerías unen la sala de entrada con la más grande, donde hay un ara en honor del Dios Pez, que es la única divinidad común que tenemos los peces y los pescadores. Pero sólo una de las galerías puede recorrerse. La otra la cegaron con piedras desde que un niño cayó a una sima de suelo de arcilla que hay en ella. No es muy profunda, pero sus paredes son lisas y calizas, y el que cae a ella no tiene modo de salir por sí mismo. El chiquillo, cuando le sacaron, ya era cadáver.

En la cueva convivimos ciento siete personas: todos somos hijos, nietos, biznietos o sobrinos de Vuhdú. Y casi todas las mujeres de su descendencia son, además, sus esposas. Un poco antes de que yo naciera, una rama de nuestra tribu se desgajó de la

obediencia a nuestro Señor Natural. Han conseguido fabricar casas fuera de la caverna y viven en ellas. Las hacen con estacas clavadas profundamente en el suelo, y recubiertas con pechugones de barro mezclado con paja y estiércol, que el sol se encarga de secar y solidificar. Los techos son de ramas de palmito entrelazadas, de suerte que la lluvia resbala —a veces, sólo a veces— sin caer al interior. No me gustan nada estas viviendas. Prefiero mil veces las comodidades de nuestra caverna, donde la temperie es permanente tanto cuando, fuera de ella, el sol alancea los campos, como cuando el cierzo helado penetra hasta los huesos. En su interior, además, ni la lluvia ni el viento nos alcanza.

Una vez cada año nuestros parientes desgajados traen tres muchachas, desde sus lejanas tierras, para que Vuhdú engendre en ellas. En cuanto quedan encintas se las devuelve, con grandes ceremonias, llevando ya en su seno estirpe de dioses.

Una tarde, cuando ya faltaba poco para que los hombres regresasen de la caza, estábamos Irinda y yo buscando gusanos, de los que teníamos una cestilla casi repleta, cuando, de pronto, los perros que defendían la gruta, pasaron junto a nosotras ladrando desaforadamente. Algo habían descubierto que los tenía enfurecidos. Volvimos la vista hacia donde iba la jauría, temerosas de que hubiese lobos en la proximidad o de que algún oso se hubiese aventurado a bajar de los bosques. Divisamos entonces algo que nos dejó perplejas: dos toros rojizos, más gordos y grandes que los que nunca vimos, avanzaban hacia nosotras lentamente. Mas no era su tamaño, por descomunal que fuese, la mayor de las sorpresas. Las fieras no iban solas, sino que arrastraban algo; algo que parecía una casa; una casa, sin techado, dentro de la cual iban dos hombres, cuyos pechos relumbraban como el sol, y uno más a pie, provisto de una gran vara con la que procuraba ahuyentar a los perros y evitar que atacasen a los toros. ¿Qué era eso? ¿Cómo una casa podía ser arrastrada? ¿Cómo los toros no atacaban a los hombres, sino que parecían obedecerlos? Huimos despavoridas, olvidando la cesta de los gusanos y penetré en la cueva para advertir a Vuhdú.

Encontré a éste en el interior de casa, muy cerca de la nave que cruza el río donde está pintado el Dios de los peces, al que todos los de su especie obedecen. Con una estaca quemada, Vuhdú, mi Padre y Señor, estaba dibujando una estrella de siete puntas a la entrada de la pequeña caverna en que se guarda el grano de la cosecha antigua. Me tumbé a sus pies y esperé acongojada a que me diese su venia para hablar. Miróme de un modo extraño y penetrante. Me acarició el pelo; dejó deslizar sus dedos sobre mi trenza, tiró de ella suavemente para que me pusiese en pie y palpó voluptuosamente mis senos.

—Mi pequeña Clo, la que tiene nombre de estrella: eras semilla y ya eres flor. Pronto darás fruto. ¿Qué quieres?

—¡Padre y Señor: ven a socorrernos! ¡Unos dioses extranjeros se acercan! ¡Los toros los obedecen dóciles! ¡Sus casas se deslizan por la tierra como las nubes por el cielo cuando el viento las mueve! ¡Son dioses, Señor, llevan el sol en el pecho!

No era una casa, sino diez las que se fueron situando en la gran explanada, de espaldas al tajo por cuyo fondo corre el río, y de cara a la entrada de la cueva. Todas iban tiradas por una pareja de toros, y en cada una iban dos hombres, más uno a pie. Los torsos de todos relucían como si echasen fuego. Al ver a Vuhdú, uno de ellos dio una gran voz y todos se llevaron una mano al pecho e inclinaron los cuerpos en señal de reverencia. El que había hablado hizo ademán de apearse, pero se le veía temeroso de los perros que cercaban su casa viajera. Vuhdú los llamó. Dejaron de latir y se acercaron a nuestro Padre, a cuyos pies se tumbaron, formando una alfombra inquieta de ojos avizores. El hombre habló de esta suerte:

—Soy nacido en la costa, ¡oh Gran Vuhdú!, padre, pontífice y señor de estos montes y de los que hay más allá de lo que la vista alcanza. Estos que aquí ves son gente de paz. Vienen del Oriente, de una isla llamada Creta, y me ruegan, pues hablo su lengua, que permitas al más anciano de ellos acercarse, ofrendarte unos presentes y establecer contigo un pacto de comercio y amistad.

—¡Hombre de la costa que hablas su lengua y la nuestra! —respondió Vuhdú—. Di al anciano que mientras permanezca entre nosotros, mi casa es su casa, mis tierras sus tierras, mis mujeres sus mujeres, y mi alimento su alimento. Hazle avanzar.

Volvióse el costeño y habló en una lengua tan incomprensible y extraña, que nosotras, ya más calmadas y desprovistas de temor, rompimos a reír. Los hombres de las casas andantes también rieron de nuestra risa; los perros, al vernos tan joviales, tensaron orejas y agitaron sus rabos, y uno de los toros dio un gran mugido, queriéndose unir al coro de los saludos, lo cual aumentó nuestra hilaridad.

El llamado anciano no lo era tanto. Podría ser hijo o nieto de Vuhdú. Su barba no era del color de las crestas del monte, como la de éste, sino del de las espigas cuando se agostan. Y sobre su túnica, que le llegaba a media pierna, llevaba a la altura del pecho un extraño caparazón como el de los galápagos, sólo que rojo amarillento, en el que se reflejaban las cosas como en el agua de las pozas cuando está quieta y te inclinas a mirarte, y ves los árboles abajo colocados al revés.

Noté que uno de los dioses me sonreía. Bajé los ojos pudorosa, mas al volver a abrirlos, él me seguía mirando. Era más joven que ninguno, y muy apuesto. Le devolví la sonrisa, y la suya se acrecentó.

Acercóse en esto el anciano que no era anciano y depositó a los pies de Vuhdú un hato de cosas diversas. Desdobló una tela como de lino, pero tan fina y transparente que parecía tejida con rayos de luna. Después, unos sacos rellenos de suavísimas plumas, que nadie entendió para qué servían y, por último, multitud de instrumentos labrados con esa misma misteriosa piedra de una sustancia medio rojiza, medio amarilla, de que estaba hecha la concha que todos llevaban puesta.

Despojóse el hombre de su caparazón, situólo en el suelo, y pidió la venia para demostrar las raras cualidades de la mercancía que nos ofrecían. Rogó —siempre a través del costeño de las dos lenguas— que nuestros hombres, de lejos o de cerca, disparasen sus flechas contra la coraza. Así lo hicieron, y las puntas de pedernal de

nuestras armas saltaron por los aires hechas añicos, sin rasgar, dañar, arañar ni mucho menos penetrar, la dura superficie del nunca visto material. Ofrendó después a Vuhdú la mágica camisa impenetrable a toda arma, y expuso su oferta: fabricar cuantos arados, hachas, cuchillos y utensilios quisiésemos de esa roca prodigiosa, mil veces más dura que el pedernal, a cambio de llenar por tres veces sus diez casas, con unas piedras de características determinadas que, según sus noticias, abundaban en nuestros contornos. Ordenó Vuhdú a nuestras gentes que regalásemos a los extranjeros con agua, guirnaldas y alimentos, y retiróse a consultar con los dioses, y sus mediadoras, las estrellas, la decisión que habría de tomar.

El joven de la sonrisa saltó ágilmente de su carro y se acercó a mí; inclinó la cabeza, llevóse una mano al pecho a guisa de saludo y me habló con voz gratísima y melodiosa, pero con palabras que me resultaban incomprensibles. Me sonrojé y apenas tuve aliento para preguntar al intérprete:

—¿Qué ha dicho?

—Dice que eres muy bella: la más bella de las nacidas.

Rompió mi madre a reír al oír esto, lo cual me azoró aún más, y me dijo:

—¿No has oído decir a Vuhdú que los agasajemos y regalemos? ¡Vamos, obedécele!

Avancé entonces unos pasos hacia él, le hice una gentil reverencia y le besé la mano, como hacemos las mujeres con el que consideramos nuestro señor. Tomóme él la mía y me llevó hacia su carro. ¡Ah, cuántas maravillas las que vimos aquel día! El secreto de que las casas pudiesen caminar eran unas «lunas llenas», hechas de piedra, que los dioses de Creta llamaban «ruedas» y que giraban a medida que los toros tiraban de ellas de modo que rodaban sin que el suelo de lo que arrastraban tocase la tierra. Los toros «sabían obedecer», porque les enseñaron a hacerlo, y aprendieron el oficio de arrastrar los carros, del mismo modo que nuestros perros conocían el menester de ayudarnos a cazar. Estaban «amaestrados», o «domados», lo cual significaba que eran mansos y se les podía tocar sin peligro de que se asustasen o nos hiciesen algún mal. Me invitó a hacerlo, pero me daba demasiado miedo. Él mismo puso mi mano sobre el animal para que le acariciase el testuz junto a sus enormes cuernos. El toro ni me hizo caso; estaba más atento a los perros que se acercaban a husmearle sin atreverse todavía a congeniar. Tras esto me indicó con señas que le invitase a pasear por el campo.

Yo me ofrecí a bañarle en el río, como hacemos con los hombres cuando vuelven del trabajo, pero él no me entendió y prefirió que le llevase a unas horrendas manchas rocosas que emergían de la tierra como huesos desenterrados. Le interesaron más que yo y, apenas las hubo visto y palpado, llamó a gritos a sus compañeros más próximos que paseaban y hablaban —¡sin entenderse, claro!, más que por señas— con nuestras gentes. Llegaron éstos y, aunque su jerga era incomprensible, entendí que se alegraban de que esas rocas estuviesen ahí y se felicitaban mutuamente de haber hallado cosas tan tontas. Yo tiré de su mano y me lo llevé, quieras que no, hacia las

grandes pozas del río.

Le sorprendió ver una gran montaña, que a los habitantes del valle nos era muy familiar, pero que él consideró singularísima porque estaba partida de arriba abajo en dos. Yo le expliqué su origen. En un principio, el dios de los bosques quería que todo fuese bosque; y el dios de la piedra que todo fuese piedra; y el de las aguas, que todo fuese río, lago y mar. Acudieron como juez al Dios Supremo y éste les dijo que hiciesen como prueba una primera montaña entre todos, y que Él juzgaría después, según los resultados, cómo debían hacerse las demás. Esta que ves —le dije a mi señor— es, por tanto, la primera montaña del mundo. Se hizo con piedra, arena, bosque, agua y cera. Pero la parte que se hizo con este material, el sol la derritió, dejando a la vista ese enorme boquete. Con lo cual el Señor Supremo decretó otros usos para la cera, pero nunca el de fabricar montañas.

El extranjero me escuchaba embobado como si me entendiese. Después supe que sólo le gustaba mi voz, la modulación cantarina de mi lengua y mi modo de mover los labios. De no ser tan hermoso le hubiese tirado al río para que se hundiese con su coraza.

No quiso, digo, dejarse bañar; antes bien, le produjo gran hilaridad cuando acabó entendiendo lo que tan de buena fe le ofrecía. Le recriminé con gestos y ademanes por burlarse de mí; y él, al verme enfurruñada (lo cual no era cierto, sino que el fingirlo formaba parte del juego), me borró el ceño con sus dedos, levantó las caídas comisuras de mis labios forzándome a sonreír, y, cuando lo hube hecho, como premio, me besó allí donde sonreía. Y la noche se nos vino encima. Y el cielo se pobló de luminarias. Y yo no hacía sino sonreír para que una y otra vez me besase la sonrisa.

II

Las costumbres, autoridad, sabiduría, atuendos y apostura de los dioses extranjeros nos tenían tan fascinadas a las mujeres que no me hubiese sorprendido (caso de permanecer algún tiempo entre nosotros) que al cabo de nueve lunas nuestra tribu cambiase de raza.

Sobre unas vetas, que verdeaban en las rocas de unos cerros muy próximos, encendieron los extranjeros grandes fogatas y, cuando ya el suelo se calcinaba por el ardor del fuego, comenzaron a vaciar innúmeras vasijas de agua sobre la piedra. Ésta, al punto, se agrietó de tal suerte que era fácil desprender el polvo y los cascajos surgidos al trocear el monte con tan singular invención. Apenas tuvieron suficientes trozos de material rocoso como para demostrarnos lo que querían, se dividieron el trabajo. Unos hicieron unos curiosos huecos en la arcilla previamente humedecida del suelo con formas muy singulares; otros situaron sobre el fuego unos grandes

recipientes de barro dos veces cocido, los rellenaron con los trozos de roca recién arrancados de la veta verdosa y, al cabo de un tiempo, vimos cómo comenzaban a fundirse ni más ni menos (aunque más lentamente) que si fuese grasa animal. Nunca vieron nuestros ojos algo semejante: ¡derretirse las piedras como manteca!, ¡licuarse las rocas como las nubes! Mas si grande fue nuestra confusión, mayor lo fue al advertir que los extranjeros arrojaban aquella sopa hirviente en los huecos previamente preparados en el suelo. Y aquí se producía un fenómeno inverso al anterior. Si en el recipiente lo sólido se volvía líquido, en estos moldes, y a medida que se enfriaba, lo líquido se hacía sólido, adquiriendo exactamente la forma del agujero en que se le metió. De este modo, si la cavidad hecha en la arcilla tenía forma de hacha, era un hacha lo que de allí surgía; si tenía forma de arado, un arado; si de brazalete o collar, un collar o brazalete.

La magia de los extranjeros excedía en mucho a los poderes de Vuhdú. A requerimiento del anciano de la barba como el trigo, el hombre de las dos lenguas exclamó:

—¡Oh tú, dueño y señor de estas piedras, lector de las estrellas, intérprete de los dioses!, escucha nuestro deseo. Pretendemos cargar tres veces los diez carros que traemos con estas rocas de tus montañas y, a cambio de esto, y de recibir de ti el sustento necesario durante el tiempo que precisemos para extraerlas, fabricaremos para tu pueblo los utensilios que necesitéis para la caza o la cosecha y adiestraremos a tus hombres en el modo de fabricarlas. Esto te pedimos, ¡oh gran Vuhdú!, y esto te ofrecemos al par que nuestra amistad. Si las estrellas no te aconsejan satisfacer nuestro deseo y nuestra oferta, partiremos hoy mismo lejos de aquí para brindar a otros lo que tú nos niegas. Somos mercaderes, somos hombres de paz y no de guerra. En tus manos estamos, ¡oh Vuhdú, señor de las estrellas y de nuestras voluntades!

—Cuando quieran hablar las estrellas, hablarán —respondió Vuhdú—. Entretanto, sois mis huéspedes. Y ordeno a mis hombres que os ayuden a desgarrar las montañas, y a mis mujeres, festejaros.

Apenas oí esto, me acerqué a mi joven dios, colgué guirnaldas de su cuello y coroné su frente de flores amarillas. ¡Qué bello estaba!

Rocé mi rostro y mi frente con las yemas de los dedos.

—Yo soy Clo. Me llamo Clo. Tu amiga se llama Clo.

—Clo… —repitió él, tocándome los hombros.

—¿Y tú? —pregunté palpándole—. ¿Cómo te llamas tú?

Se llevó las manos al pecho.

—Minos… —respondióme.

—Minos… —repetí, tomándole una mano y besándola como ayer.

Minos me invitó a sentarme entre las rocas, y allí permanecimos hablándonos sin entendernos, riendo sin motivo, jugando con las piedras, con las flores, con las hierbas, pegada yo a él, buscando su calor, sintiendo que mi sangre ardía y que una misteriosa atracción —nunca antes de ahora sentida por mí— me instaba a estrechar

mi cuerpo contra su cuerpo hasta el punto de pensar que no habría fuerza en el universo capaz de desprenderme, separarme, de él.

Aquellos días aprendimos muchos nombres: «cobre» (el material nuevo de que estaban hechas sus corazas), y «rebaño», «ganado», «castración», «doma», «buey» y «corral».

Conteniendo el aliento, paralizados por la novedad de lo que oíamos y la autoridad del que lo decía, el dios cretense de las barbas nos explicó las ventajas de cazar vivos a los animales y no devorarlos al instante, sino esperar a que se reprodujesen y multiplicaran. Trazó hábilmente sobre una piedra caliza, situada en el paramento de la izquierda, según se entra en la cueva, dos singulares dibujos, y nos explicó que no debíamos nunca destruir a una bestia en trance de parir porque en la fecundación y gestación de los animales se fundaba la prosperidad del hombre del futuro.

Entre los varones de mi tribu los había tan diestros para la caza que colocaban la flecha allí donde ponían el ojo; otros eran grandes artesanos y escultores; otros había que eran habilísimos en la danza o con la flauta. Nadin, el primo de mis primos, no dominaba ninguna de estas artes, pero era un gran observador que sacaba consecuencias de sus observaciones y sabía, después, aplicarlas.

Era el más joven de los sacerdotes que formaban el consejo de Vuhdú. Sin serlo, participaba en la reunión de los ancianos, quienes le llamaban «el prudente» o «el guardián de la sabiduría». Cuando el cretense de las barbas flamígeras nos explicó sus dibujos, incitándonos a dejar de ser cazadores para ser ganaderos, Nadim fue quien le hizo las preguntas más sagaces, y el primero en proponer una próxima expedición cinegética no para matar a las piezas, sino para ahuyentarlas con gritos y pedradas y conducirlas hacia los corrales que habrían de ser previamente construidos. «Y con empalizadas tan altas —precisó— que no las pueda saltar el ciervo ni el caballo».

Desde que yo era niña, supe que estaba destinada a unir mi vida con la de Nadim, una vez que Vuhdú me hubiese desposado sobre un lecho de granos de trigo.

Una tarde venturosa quisieron hacernos la prueba de las ventajas que acarrea la doma de los animales. Uncieron los bueyes, que vagaban sueltos y sin huir, al arado de cobre que fabricaron el primer día, cuyo timón, estera y caña eran de madera, como los nuestros, pero cuya poderosa reja no era de pedernal, que había continuamente que repulir o renovar, sino de cobre indesgastable e irrompible. Y vimos, atónitos, cómo los bueyes realizaban sin cansarse y en tierra seca, que aireaban y esponjaban, la faena que sólo los más forzudos de los hombres, agotándose y turnándose, eran capaces de hacer, y sólo en terreno muy reblandecido por las lluvias.

Una nueva era se abría para nosotros y para todos los hombres y mujeres de las tribus circunvecinas —pues novedades como éstas corren raudas como el viento—, y

había en los rostros de los míos la indeclinable decisión de saberla aprovechar.

Cada día, Minos me regalaba pulseras, collares o aretes de cobre, fabricados por él al pie mismo de la cantera. Yo no sabía cómo corresponderle si no era con besos o con flores, pero me sentía deudora; y, mientras veíamos llegar la noche, abrazados, me esforzaba en pensar con qué podría regalarle, porque lo que él me pedía pertenecía a Vuhdú, y no se lo podía dar a otro so pena de perder la vida.

III

A medida que el tiempo pasaba yo aprendía muchas palabras del idioma de Minos. Y él, del mío, aún más. A veces mezclábamos vocablos de las dos lenguas para entendernos mejor. ¡Cómo enriquecí mi espíritu en su compañía! Me dijo que su isla estaba en la encrucijada de pueblos extremadamente sabios y laboriosos. Unos se llamaban egipcios, otros babilonios, otros helenos, israelitas, sirios y fenicios. Con todos comerciaban y de todos aprendían nuevas técnicas asombrosas. Y, del mismo modo que de ellos aprendieron a domar animales —cerdos, toros, corderos, cabras y gallinas—, los cretenses enseñaron a sus vecinos el modo de domar el viento.

—¿Qué dices, Minos? ¿Domar el viento? ¿Te he entendido bien?

Minos me explicó que cuando su padre era joven se navegaba en troncos vaciados de árboles empujando al mar hacia atrás con unas palas para que el tronco se deslizase hacia adelante. Ahora, en cambio, se desplegaba al aire una gran tela para que el viento soplase sobre ella y empujase a la barca.

—Pero entonces el tronco del árbol irá donde quiera el viento, no donde queréis vosotros —le dije.

Me aclaró que no era así. Yo no lo entendí bien. Pero del mismo modo que los bueyes iban donde querían sus amos, el viento los empujaba a donde ellos mandaban. Y, como el viento hacía todo el trabajo, y no se cansaba como los hombres, ahora las barcas podían ser mucho mucho más grandes: como casas flotantes, en las que cabían todos ellos, que eran treinta, y los diez bueyes con sus carros y las piedras que estaban extrayendo de aquí, y las mercancías que traían para trocar, y las que compraban en otros países…

—Dime, Clo… ¿tú conoces el mar?

—Una vez lo vi, desde lo más alto del Cerro del Águila. Era como un cielo caído, tan grande como él y del mismo color. Me dijeron que estaba hecho de agua, igual que nuestro río, pero que era tan grande que no se le veían las orillas. ¿Es eso verdad?

—Sí, Clo. Es verdad.

Una noche muy cálida —la más ardiente del largo estiaje— Minos me hizo una terrible declaración.

Llevábamos muchos meses sin lluvia. La tierra estaba agostada, resquebrajada,

seca. Sólo a orillas del río había una breve pelusa de hierba, en la que él y yo estábamos recostados. Le señalé un punto luminoso en el cielo:

—Ésa es mi estrella madrina —le dije—. Nos llamamos igual. Me pusieron su nombre porque ella estaba en el cénit, cuando yo nací…

Me sorprendió que Minos no respondiera. Volvíme hacia él. Estaba llorando. Me llené de congoja al verle.

—Partiremos dentro de tres soles —me dijo—. ¡Oh, mi pequeña Clo, la que tiene nombre de estrella; no puedo sufrir la idea de separarme de ti! ¿Quieres venir conmigo?

Le hice repetir sus palabras, por si no le había entendido bien. No hubo error. Lo que me proponía era irme con él, por encima del mar, empujados por ese viento al que sabían domar, igual que a sus bueyes. Y me lo proponía llorando. ¡Protectora mía, ilumina mi torpe entendimiento! Ni puedo abandonar mis horizontes sin traicionar a Vuhdú, que ha de desposarme sobre el trigo para que la siembra de las semillas sea fructífera y mi descendencia sagrada; ni a Nadim, al que mis padres me prometieron; y a cuyas manos pasaré, apenas Vuhdú me haya poseído. Mas tampoco puedo imaginar mi vida sin el cretense; se me desgarra el alma ante la idea de apartarme para siempre de ese dios extranjero. ¡Un dios que llora (oh vosotros, los otros dioses) por no querer separarse de mí!

Aquella noche nos retiramos muy tarde; él hacia su campamento, pues dormían en los carros, apoyadas sus cabezas en blandos sacos de plumas; yo hacia la caverna, al rincón asignado junto a Irinda y mi madre, donde dormíamos sobre esteras, cubierto el cuerpo con pieles de osos. Al aproximarme vi una hoguera encendida y, en torno a ella, varios hombres sentados. Reconocí a Nadim, a Vuhdú, a nuestros ancianos, al intérprete, al cretense barbudo y a dos más de su tierra. No podría llegar a la gruta sin ser vista y no deseaba que me interpelaran de dónde regresaba tan avanzada la noche; de modo que me escondí tras unas matas a esperar que se retiraran y entretanto llorar mi desconsuelo. Mas no pude concentrarme en mi pena, mi perplejidad, mi indecisión, porque me llegaban las voces de los reunidos, y lo que trataban era de extrema gravedad. Uno de los extranjeros se expresaba así:

—Nuestro viaje, ¡oh Vuhdú!, va a ser largo y penoso. No te pedimos presentes, sino trueque: telas, plumas, arados, armas, a cambio de trigo. Tus vecinos y súbditos de la Colina del Manantial nos lo han negado; los emisarios que mandamos, siguiendo tu consejo, al Cerro del Águila, regresan con la misma respuesta. Sólo tú puedes salvarnos del hambre.

Calló Vuhdú. Nadim respondió por él:

—Y tú. Señor del Fuego, que transmutas las piedras en metales, ¿no puedes transmutarlas en alimentos?

—No todos los alimentos sirven en la mar, señor. La carne se pudre, hasta el agua de las pipas se corrompe. Trigo en grano, o en pasta, o en galleta, es lo que

necesitamos.

—Nos pides lo que no podemos darte —insistió Nadim—. De aquí a cuatro o cinco soles, la estrella Clo nos avisará que debemos aprestar nuestros aperos. El grano que tenemos guardado es para la siembra y las ceremonias sagradas de la fecundación. Y esa siembra, piénsalo bien, no se cosechará sino hasta dentro de diez lunas.

—Piensa también tú —replicó el cretense—, ¡oh Nadim!, a quien llaman *Guardián de la Sabiduría*, que abocas a nuestros hombres al hambre y tal vez a la muerte.

—¿No adviertes, Señor del Fuego —replicó Nadim, implacable—, que lo que me propones es el trueque de tu hambre por la mía y la de los míos?

—En el mar no se colecta ni se cosecha —murmuró débilmente el hombre de Creta.

—Pero se pesca —respondió Nadim, secamente.

—Los bueyes no se alimentan con los animales de la mar.

Púsose en pie Vuhdú, dando por concluido el cónclave. Volvióse hacia el Cerro del Águila.

—La estrella se acerca al lugar sagrado —murmuró.

Volví el rostro a mi protectora con una muda súplica de inspiración.

—¡Van a morir de hambre en el mar! —le dije—. ¡Ayúdame! ¡Díctame lo que debo hacer!

Repetí mi súplica centenares de veces, sin dejar de mirarla, hasta quedar dormida, allí mismo, entre las matas. Mis lágrimas debieron conmoverla porque, entre sueños, Clo me dictó lo que debía hacer.

IV

En un tardío y desesperado intento por conseguir alimentos, nuestros hombres salieron de cacería. No era éste el tiempo propicio de atrapar vivos los animales (como nos aconsejaron) porque los toros y caballos, y sus hembras, habían emigrado hacia el norte en busca de pastos; y la única esperanza era capturar alguna cabra entre las peñas del Cerro del Águila, o algún cerdo peludo en los bosques de la sierra. Vuhdú y los sacerdotes, ante la proximidad de la señal de la estrella Clo, se pasaban el día en oración en un promontorio sagrado. Apenas concluidas las faenas de la mañana, al acercarse las horas de más calor, que en aquellos días era insufrible, las mujeres se bañaban en las lejanas pozas del río; se tumbaban después al sol para la ceremonia litúrgica del secado, y volvían a repetir, una y otra vez, lo mismo hasta que se ocultara el sol.

Los hombres en la sierra; los sacerdotes y ancianos en oración; las mujeres en una

zona lejana del río… ¡Éste era el momento aconsejado por mi madrina para cumplir mi propósito!

A pesar de estar la caverna desierta, y no haber nadie en los contornos que pudiese sorprendernos, penetramos en la gruta sigilosamente, sin alzar la voz y evitando dejar huellas de nuestras pisadas. Señalé a Minos y a dos de sus camaradas dónde se encontraba el grano, dónde las cestas para cargarlo, y salí al exterior para vigilar y comprobar que nadie se acercaba.

Aquélla fue la hora más larga de mi vida. Acongojada por lo que había hecho, acelerado el pulso por el miedo y la contradicción de mis sentimientos, sacudido todo mi cuerpo por un temblor incontrolable, permanecí de vigía en tanto cargaban el grano en el carro de Minos, devolvían las canastas a su sitio y reponían las piedras que cerraban el silo, en la posición que tenían antes. El pacto con Minos consistía en llevarme escondida en su carro y ocultar a su jefe el robo del cereal. Si se le confesase la verdad —me dijo—, tal vez se negase a transportarme por no incurrir en la cólera de Vuhdú. El plan era que me separase de los carros al acercarnos al mar, y que apareciese en la costa por mí misma, asegurando que contaba con la autorización de los míos para desposarme con él y trasladarme a Creta en los barcos de los mercaderes. Diríamos que el trigo transportado era sólo una pequeña parte de la cosecha, y que se me había entregado para pagar mi pasaje.

Concluida la arriesgada operación, me trasladé a las pozas para reunirme con las mujeres y me sumergí en el río apenas llegué, para evitar que los ojos, siempre escrutadores de mi madre, advirtiesen mi turbación.

La despedida de los cretenses, prevista para las primeras horas del alba del siguiente día, no fue tan gloriosa como esperábamos, porque nuestros hombres aún seguían en las montañas. Sólo estuvimos presentes, para desearles una feliz travesía, el cuerpo sacerdotal —con quien se intercambiaron regalos y discursos ceremoniosos —, las mujeres y los niños. Mis piernas eran de plomo y de junco. De junco, por el temblor que las agitaba. De plomo, por lo que me pesaban. Parecían adheridas al suelo con tal fuerza, que temí no poder moverme de allí nunca más. Me sentía incapaz de cumplir la promesa que le hice a Minos, lo mismo que de quedarme entre los míos y arrostrar el duro castigo que, sin duda, me aplicarían por el robo de la cosecha.

Comenzaron a desfilar los carros y noté el brazo de mi madre ciñéndome los hombros. Ignoré que estaba llorando hasta que ella secó mis lágrimas. Sabía leer en mi interior y conocía la intensidad del sufrimiento cuando se tiene mi edad.

Súbitamente, un muchacho gritó:

—¡Corramos tras ellos para despedirlos!

Algunas de las mujeres más jóvenes, y toda la muchachada, se lanzaron ladera abajo para alcanzar un lejano recodo de la pendiente y darles el último adiós, ya que el andar de los bueyes era harto más lento que el de sus brincos. Al oír la voz de aquel joven, mis piernas se desentumecieron; me desceñí de los brazos de mi madre,

y me lancé alocadamente en persecución de los que me precedían. Apenas quedé fuera de la vista de los que permanecieron en la explanada, busqué un atajo, me aparté de los otros, escondíme, y comprobé que nadie me observaba. Salté matorrales, vadeé arroyos, me descolgué por barrancos hasta que la falta de aliento y la flojera de mis piernas me tumbaron. Reposé unos minutos y vi, mucho más arriba de donde yo estaba, la lenta caravana de carros. No me acerqué a ella. Lejos de esto, procuré seguir bajando, hasta situarme en el único lugar posible por donde aquellas casas rodantes podrían transitar. El sol se escondió tras las cumbres; el día fue cediendo, y las sombras comenzaron a reptar desde las simas hacia las peñas altas que aún tenían luz… Y la caravana no llegaba. Tuve miedo a los lobos, a los osos; el cielo se tornó gris; aparecieron en él, muy pálidas, las primeras estrellas; las vi fulgir después en todo su esplendor en la estrecha franja de noche que las altas simas permitían contemplar, e irse apagando a medida que el alba, ya muy próxima, devolvía a la tierra sus perfiles. Y la caravana no llegaba. Surgió magnífico el sol; despertó a los insectos, incitó a los pájaros, comunicó su vitalidad a los fríos gusanos, a los caracoles perezosos, a los pulgones del monte, a las frígidas lagartijas y a las ardillas saltarinas y juguetonas, que fueron las primeras en verme y en saludarme, y en realizar increíbles acrobacias para calmar mi miedo, entretener mi soledad, sosegar mi angustia y alentar mi esperanza.

Estaba dormida, y el último sol del día me daba en la cara, cuando unas voces y unos ruidos me despertaron. ¡Eran ellos! No quise dejarme ver de nadie hasta divisar a Minos.

Éste iba a pie, tal como habíamos convenido, conduciendo el último de los carros y escrutando cada mata, cada roca, entre las frondas, para encontrarme. Dejé pasar a los nueve primeros, y me incorporé de modo que sólo él pudiese verme. Hízome señas de que me estuviese quieta. Cuando los nueve primeros carros hubieron pasado, me indicó que corriera hacia él, me tomó en brazos y, alzándome por la cintura, me entregó en manos de sus compañeros. Éstos, que eran los mismos que nos ayudaron a sacar el grano, y que estaban previamente advertidos, me izaron como a un fardo al interior del carro, donde apenas cabía mi cuerpo entre el volumen de piedras y las sacas hacinadas de trigo. ¡Qué lentos se movían los bueyes! Al tercer sol, se me acongojó el alma al reconocer las cumbres en forma de cresta de gallo del Cerro del Águila. ¿Tan cerca estábamos? ¿Tan poco habían avanzado durante los días que tardé en encontrarlos y los que ya llevaba con ellos? En todo este tiempo —me dijeron— la caravana no hizo otra cosa que descender al abismo, para cruzar, por el único lugar posible, el profundo tajo que se veía desde la entrada de la cueva. Y ahora regresaban en la misma dirección que trajeron, bien que del otro lado del inmenso barranco. Desde una perspectiva nueva, reconocí la tierra en que transcurrió mi vida. No experimenté emoción alguna ante estos panoramas ni ante los recuerdos que despertaban en mí. Las palabras de Minos «¿Quieres venir conmigo?» se me representaban como el primer movimiento para tensar un arco, cuya cuerda, segundos

antes, estaba fláccida; los sarcasmos de Nadim, negando a los extranjeros el alimento que necesitaban, siguieron tensándolo; la preparación de los carros ya cargados de mercancía y la labor de uncir a ellos los bueyes para su tercer y último viaje a la costa, significó ese momento en que la mano del arquero tiembla, porque se diría que la flecha ha adquirido vida propia y quiere escapar, y la mano tensora se siente ya impotente para detenerla. Mi última conversación a solas con Minos, me convenció de la inaceptabilidad de mi vida sin él. Si me rechazara, yo me mataría. Si me impidieran ir tras él, también me mataría. Y me mataría, si él muriera. Cuando al fin un chiquillo gritó: «¡Corramos tras ellos para despedirlos!», la flecha de mi cuerpo se disparó, pero las de mi espíritu y mi voluntad estaban disparadas ya.

—¡Qué cerca estamos aún! —gemí.

Mientras hubo luz, mis ojos quedaron prendidos de las dos crestas anteriores del Cerro del Águila; al caer la noche, advertí lo que temía; allí estaba Clo, centelleante, anunciando con sus siete haces luminosos que un nuevo ciclo agrícola había comenzado y que era necesario sacar de los silos los granos de la anterior cosecha para iniciar, sobre ellos, las ceremonias sagradas de la fecundidad.

Aquella noche yo debía ser penetrada por Vuhdú, que no era un dios, sino sólo su intérprete; sentir su apestoso aliento soplándome en la cara; sus ávidas manos sobando mi cuerpo, y otras manos ajenas manoseándome para ayudarle a cumplir su torpe misión, porque, desde hacía ya muchos años, él solo, no podía. Llamé a mi lado a Minos, que me creía dormida, para que me consolara y apartase de mí la terrible visión. Se introdujo bajo las pieles y me abrazó. Noté, como otras veces, que mi sangre ardía. Me confesé desear del dios cretense lo que tanta repugnancia me causaba del intérprete de los dioses de mi valle, y se lo pedí, no con palabras, que son ociosas, sino con la mirada y el pensamiento. El destino se opuso. El jefe de las barbas color de arena ordenó acampar ahí mismo, desuncir los bueyes, darles forraje y agua, y encender las fogatas. Mi estrella madrina me miraba; yo sabía que me estaba hablando, mas no podía interpretar su secreto mensaje. Si pretendiese advertirme del peligro en que yo estaba, era en vano; pues era consciente de ello. Que mi desaparición habría sido advertida varios soles atrás no me preocupaba mucho porque, salvo para mi madre e Irinda, yo era una boca más, de las muchas que sobraban en época de sequía y escasez.

El peligro estaba en que aquella misma noche, sólo aquella noche, habrían advertido el robo de las semillas, de esas mismas semillas tan solicitadas por los extranjeros, y que les fueron denegadas. Y, he aquí que esos extranjeros estaban frente a ellos, del otro lado del tajo, denunciando insolentemente su presencia con las fogatas. Apenas pude hablar con Minos, le expuse, entre grandes lágrimas, mis temores. Él me escuchó con gran seriedad, como si yo fuese un varón, o un intérprete de las estrellas. ¡Y sólo era una niña que tenía miedo!

—En tus labios ha hablado la sabiduría —añadió—. Esas fogatas pueden ser tu perdición y la de todos nosotros. Sepárate de la caravana y sigue el camino a pie. Las

huellas de las ruedas que dejaron los carros en los otros viajes, te guiarán, así como las casas flotantes que se ven desde mucho antes de llegar a la costa. Llegarás a las naves antes que nosotros. Refúgiate en ellas. Di a los pilotos que te mando yo. De mi lado te espera una vida gloriosa, por razones que no puedo darte, aunque tal vez mi nombre alguna vez te lo indique. Del otro, la miseria y tal vez la muerte.

—¡Oh, señor —le dije—, no me hables así! Yo te seguiré no por temor a la muerte, sino por amor a la vida. La muerte es cuanto queda detrás. Y la vida eres tú.

Éstas fueron las últimas palabras que nos cruzamos antes de darnos el abrazo de despedida.

Ellos se salvaron porque, al verse acosados, fueron soltando, como peligroso lastre, el trigo robado que tan necesario era para la siembra de los míos. Yo fui capturada, como una corza acosada, por cien hombres que me acorralaron, encabezados por Nadim. Me condenaron, por ladrona, a perder parte de mis dedos. Y, por traidora, a la muerte, despeñándome a la sima de arcilla, de la que no es posible salir. Pero no morí de la caída, porque el suelo era un blando colchón de barro arcilloso.

Durante muchos días (o noches, ya que en mi total oscuridad era imposible saber si allá afuera lucía el sol o titilaban las estrellas), palpé las paredes en un desesperado intento por encontrar una salida. Si lograba huir, sin que me viesen mis jueces, que eran los sacerdotes, estaba segura que no faltarían hombres o mujeres que me ayudasen a llegar a la orilla del mar. Suplicaría a Minos que acogiese a mis cómplices en sus casas flotantes, para salvar sus vidas, como premio por haberme ayudado. ¡Aún quedaba tiempo! Si alguien me sacara de aquí —lo cual no era imposible—, sería mucho más rápida en llegar a la costa, que sus torpes y lentos animales. ¿No era yo ocho veces más veloz que ellos? Luego, en una jornada, podría cubrir el recorrido, que los bueyes hacían en ocho. Y tal vez, antes de zarpar, tardasen aún más en salir, por el tiempo a que obligaba la descarga de los carros y su transporte a las naves.

Mi cuerpo estaba desfallecido por la pérdida de sangre de mis dedos. Me los cubrí con arcilla para que ésta, al secarse, evitase la hemorragia. Necesitaba conservar fuerzas para llegar hasta Minos, que —ignorante de mi captura— era seguro que me estaba esperando. ¡No quería que hubiese lágrimas en sus ojos al ver que llegaba el momento de embarcar sin que yo apareciese! ¡No quería que nadie viese llorar a un dios, privilegio que sólo a mí estuvo reservado!

El hambre y la sed me atormentaban; mas si alguien deslizara secretamente hasta mi mazmorra un cuenco con agua y un cestillo con alimentos, tomaría el primero por gusto, y el segundo por obligación, para conservar las fuerzas que necesitaría para llegar al mar.

Dormía largas horas. Ni un susurro, ni un crujido, ni una comente de aire llegaban hasta mí; ni un rayo de luz, ni un mínimo, pálido, resplandor.

Los primeros días (por llamar de algún modo al momento de mi despertar) daba grandes saltos para palpar las paredes, porque hubiese bastado un reborde, un

saliente, o una hendidura para encaramarme y tal vez alcanzar el antepecho de aquel pozo.

Al correr de los días ya sólo pude apoyarme en la cal de las paredes para incorporarme: tal era mi debilidad. Después sólo lograba hacerlo a gatas porque las piernas no me sostenían. ¡Pero tampoco era imposible que en los límites del suelo hubiese cavernas o pasadizos por donde poder salir! Comencé a entender que, de encontrarlos, sería harto improbable que tuviese fuerzas para llegar a la costa, salvo que mis liberadores me llevasen colgada de esos troncos que sostienen entre cuatro sobre los hombros, como se hace cuando se cazan animales muy grandes. Pero me consolaba pensando que Minos, mi señor, al ver que no llegaba, vendría en mi busca. En ese caso, ¿qué importaba mi agotamiento? Ya no viajaría a pie, sino tumbada en la casa rodante, con gruesas pieles bajo mis espaldas, y la cabeza descansando en esos mórbidos y mullidos sacos de lino rellenos de pluma. Y Minos depositaría agua junto a mi, muchas jícaras de agua, para que pudiera saciarme. No sé cuántas horas dormía, porque eso es sólo la luz la que nos lo indica. Pero recuerdo que mis sueños eran siempre los mismos. Veía a Minos y a sus dos compañeros recorrer, al paso cansino de sus bueyes, el largo trecho entre el mar y la sierra, y a Irinda, mi hermana, descolgándome entretanto, secretamente, desde la boca de mi pozo, cuencos y cuencos de agua. Y también alimentos. Mas éstos los tomaba con gran repugnancia y esfuerzo, sólo para conservar las pocas fuerzas que me quedaban y no crear demasiados problemas a Minos y a sus camaradas en mi viaje de regreso al mar.

Para ahorrar energías ya casi no me incorporaba, quedando, horas y horas, en una larga duermevela, esperando, esperando… En una de ellas vi en sueños a mi señor, ya cruzado el desfiladero, acercándose a la loma desde donde se divisa nuestro valle. Intenté agudizar mi pensamiento para que le llegase nítido mi mensaje. Le dije que abandonara allí mismo su carro y se viniese a pie, cargando en sus hombros, y en los de sus camaradas, las mercancías que debería entregar a Vuhdú como rescate por mi liberación. De este modo llegarían mucho antes que no dando el penoso y lento rodeo con sus bueyes para salvar el tajo. Le añadí que no era prudente retrasarse, porque Cío, su amiga, su esclava, la que lleva nombre de estrella, ya estaba desfalleciendo. Creo que atendió la voz de mi deseo porque le imaginé avanzando hacia la cueva por la pradera. Seguramente llovió durante mi encierro porque, en sueños, vi las hierbas muy altas y gloriosamente salpicadas de hermosas flores amarillas. Para recuperar algo de fuerzas, antes de que llegara, intenté dormir.

No conozco lo que sucedió después, porque nunca desperté.

Ésta es mi quinta memoria.

CRONOGRAFÍA

HE INTERRUMPIDO durante algunos meses la redacción de mis sucesivas memorias por el vano intento de trazar un calendario de la evolución cultural del hombre primitivo y situar mis primeras encarnaciones en su justo punto cronológico.

A pesar de mi doble condición de prehistoriador y de carecer de la facultad de olvidar, he tropezado para ello con notables dificultades. Una de ellas fue la de no encontrar los medios de «conocer» lo que yo mismo tampoco «sabía» durante mis vidas anteriores. El hombre primitivo carecía de toda aptitud y vocación, tanto para investigar los orígenes de su evolución social cuanto para prever lo por venir. No miraba hacia adelante ni hacia atrás. Vivía en un presente continuo. Por decirlo de alguna manera, su curiosidad aún no se había desarrollado. El hombre moderno se mueve con gran desembarazo por el ayer y el mañana. Y lo mismo que yo me zambullo sin dificultad en la historia pasada, los economistas de la universidad de la que soy profesor «saben» que el precio del cobre se derrumbará de aquí a veinte años, cuando los rayos láser sustituyan en toda la electrónica a los actuales cables conductores. Estos desplazamientos por las tres dimensiones del tiempo, que caracterizan al hombre de hoy, eran inconcebibles en las épocas de mis primeras encarnaciones. La urgencia acuciante de buscar alimento, defenderse de los otros depredadores, atender a las perentorias necesidades del minuto que corre, los obligaba a vivir atentos a su presente sin volver la vista atrás, ni escudriñar el mañana.

Durante mi segunda memoria fabricábamos utensilios, utilizábamos el fuego y usábamos la lanza para la caza; y de haber meditado en ello me habría parecido inconcebible que no hubiese sido siempre así, porque ignoraba que tuve una primera vida, en la que tales cosas no figuraban en los bagajes del hombre. Lo mismo acontece en mi cuarta memoria. En aquel tiempo conocíamos el arco y la flecha; la fabricación del fuego a voluntad no era una novedad para nadie; cubríamos nuestros cuerpos con pieles de los animales muertos y no íbamos desnudos como en mis tres primeras encarnaciones. «Ah, ¿pero no fue siempre así?», me habría preguntado, de nuevo, caso de que alguien (lo que es igualmente inimaginable) me insinuase lo contrario.

La curiosidad por estudiar el pasado del hombre más atrás de los primeros signos de escritura, es relativamente moderna, y desde que fui *monsieur* de Perignac hasta hoy, la paleontología se ha desarrollado prodigiosamente, sobre todo en lo que se refiere al conocimiento de la antigüedad del hombre. A cada nuevo hallazgo nos

retrotraemos millones de años hacia épocas cada vez más remotas. ¡Somos mucho más antiguos de lo que Breuil y Obermaier llegaron a imaginar!

No se me ocultaba que, para trazar mi cronología, antes debería fiarme de la ciencia que no de mis experiencias vividas. Si yo me hubiese reencarnado ininterrumpidamente, de generación en generación, no tendría nada que aprender: me bastaría con relatar lo ya sabido. Mas no fue así. Yo tuve el privilegio, ya lo hemos dicho, de asistir a lo que creo ser la primera fabricación voluntaria de una hoguera. Mas ¿cómo asegurar que otras tribus, en otros lugares de la Tierra, no lo hicieron antes? Y aun siendo cierto lo primero, no estuve presente en la doma del caballo, la aleación de los metales, como el estaño y el cobre (que abrió el camino a la larga Edad del Bronce) o a la confección del primer tejido hecho con fibras vegetales: esparto, lino, algodón… Cuando fui encarnado en la niña Clo, la de los tristes destinos, ya vestíamos ropajes hechos con telas fabricadas por nuestras manos. Y nunca hubiese entendido que esas toscas pieles de animales, con las que sólo nos cubríamos para dormir, las hubiesen utilizado nuestros ancestros para protegerse del frío o cubrir sus vergüenzas. Ni mucho menos que, remontándonos en el tiempo, y a lo largo de millones de años, los hombres y mujeres vagaban desnudos como las bestias. Tampoco tengo experiencia directa alguna de la última glaciación, que sitúo entre mi primera y mi segunda memoria. Y bien que lo lamento porque, en ese tiempo, nació el arte. Y no sólo la pintura, la escultura y la ornamentación, sino, con harta probabilidad, la música. Digo esto porque, sin tener conocimientos directos de muchos aconteceres fundamentales en la evolución cultural del hombre, y sin poder aportar ningún dato de lo que pensaban los individuos en los que encarné respecto al pasado de su propia especie (pues, como hemos visto, no se ocupaban de ello), mis vivencias personales carecen, para el caso que nos ocupa, de todo valor.

Otra de las grandes dificultades —y tal vez la mayor— con la que tropecé para trazar un calendario de la evolución cultural es el de la simultaneidad, en una misma época, de muy distintos grados de civilización. Por ejemplo: cuando fui Clo, practicábamos la magia, el tejido y la agricultura, pero aún vivíamos en cavernas, y los únicos materiales que conocíamos para fabricar instrumentos eran la piedra, el hueso, el barro, la madera, el mimbre, el esparto, el lino y el algodón. Y no obstante, del otro lado del Mediterráneo, había razas que castraban a los bóvidos para amansarlos y poder utilizarlos en el transporte; conocían la rueda, fundían el cobre y navegaban a vela porque supieron domar al viento… Aún hoy día, conviven en el planeta los que se disponen a dominar el espacio exterior, con los trogloditas filipinos, los antropófagos australianos, las tribus neolíticas del África central, y los salvajes de las selvas amazónicas que pertenecen a la cultura de los «cazadores-recolectores de alimentos» del cuaternario. Por eso, hay que utilizar con suma cautela la división de la prehistoria en distintas etapas según los grados de evolución cultural. Porque si tales etapas se dan simultáneamente aún hoy día, en aquellas lejanísimas edades, en que no había otros medios de difusión de los conocimientos que la

experiencia acumulada, el contagio cultural era mucho más lento. Y, por tanto, la simultaneidad de los distintos grados de civilización, mucho mayor y más duradera.

Es de todo punto evidente que en el Paleolítico inferior nadie tejía; y que en el superior, nadie fundía metales; pero durante la larga revolución neolítica, en que estas artes ya eran utilizadas, subsistían multitud de pueblos que ni conocían la fundición de metales ni la hilatura. ¿Y cómo he de saber si en mis primeras encarnaciones yo pertenecía a las vanguardias culturales —puntas de flecha de la civilización— o a las razas estancadas, congeladas, que aún tardarían decenas de milenios en contagiarse de los conocimientos de los mejores?

En consecuencia, he renunciado a la precisión, y me mantengo dentro de una vaporosa vaguedad, tanto mayor cuanto más antiguas sean mis encarnaciones.

Con toda la cautela necesaria, mi primera memoria de adolescente arborícola la sitúo hace unos cinco millones de años, en el Paleolítico inferior, inmediatamente antes de la glaciación del pleistoceno. Probablemente fui contemporáneo del *Australopithecus afarensis* y pertenecí a una raza extinguida, bien que antecesora del *Homo habilis*, a cuya estirpe creo pertenecer en mi segunda encarnación, que sitúo hace tres millones y medio de años, época en la que descubrimos el fuego, pero no el vestido.

Mi tercera encarnación, cuando fui despedazado por los chacales, ya la sitúo en la época del *Homo-sapiens neanderthalensis*, hace unos doscientos cincuenta mil años; y, la cuarta, cuando me llamaba Senda y colaboré decisivamente en la doma del perro, ya era lo que los antropólogos denominan, con evidente reiteración, *sapiens-sapiens*, humanos que aparecen cuarenta mil años antes de nuestra era. Yo calculo que esta encarnación tuvo lugar hace unos doce mil, bien que los eruditos sitúan la doma del perro como un hecho muy posterior. Mas están equivocados. El día que se descubran en China mis huesos de entonces, se verá que, en el mismo yacimiento, hay multitud de cráneos y mandíbulas de los que fueron mis amigos: los perros.

Por último, mi esqueleto fósil en la Cueva de la Pileta, no tiene más de cinco o seis mil años; los albores del neolítico.

En estos tiempos una civilización singularísima comenzaba a florecer en Egipto, y puede decirse que, al borde del Nilo, estaba ya naciendo la edad histórica propiamente dicha. De aquí que, sin mucho riesgo de errar, me incline a creer que, cuando fui niña Clo, yo era contemporánea de Menes, el fundador de la primera de las treinta dinastías de faraones. Esta historicidad de que hablo no se extiende a más regiones de la Tierra que a aquellas que legaron su escritura a la posteridad. En el resto del globo subsistían las sombras, como se verá en mi próxima memoria, en la que relato lo que antes de ahora no ha sido contado; lo que nadie supo, lo que nadie sabe, porque los jeroglíficos en que se narra la hazaña de la que fui partícipe (y que cambió la faz de la Tierra) no tuvieron una Piedra Roseta que los descifrara; y, aunque se conservan hasta hoy día en multitud de muros venerables, y en códices escritos en cortezas de árboles, nadie, hasta ahora, ha sabido traducir su incógnito

significado.

La existencia de dólmenes y menhires parece indicar que el hombre iniciaba con ellos una suerte de «ceremoniales», antecedentes de las religiones. La doma del cerdo y el toro castrado son posteriores a la del perro y anteriores a la del caballo (que no tuvo lugar, según creemos, hasta la Edad del Bronce, en que la hemos situado los prehistoriadores, de acuerdo a los vestigios encontrados). Pero basta que hallemos otros datos nuevos para que se modifique el calendario. Y tales modificaciones, tal como nos lo dicta la experiencia, siempre mueven las cifras hacia atrás, y retrotraen la edad de la especie humana y de sus primeros indicios de civilización hacia lo más remoto.

En síntesis: tómense con ciertas reservas las cifras del calendario de mis primeros recuerdos, calculados a la luz de los actuales conocimientos de la ciencia y no de mi memoria, que para el caso de nada sirve. Sólo discrepo de la ciencia oficial, como ya he dicho, respecto a la antigüedad de la doma del perro, que sé que es muy anterior a lo que piensa la mayoría de los tratadistas.

Otra dificultad insalvable ha sido la del vocabulario. En las anteriores rememoraciones, o en las que vendrán después, utilizo la voz «bufonada» aplicándola a épocas en que aún no había nacido Bufón; hablo de la «doma» del fuego, como metáfora, antes de que ningún animal hubiese sido amaestrado; empleo términos como «horas» o «minutos» antes de que tales divisiones del tiempo fuesen establecidas…: los ejemplos serían innumerables. Mas también es cierto que, en aquellos «entonces», no existía el idioma en el que hoy escribo y que si me limitara al ínfimo caudal de vocablos que se utilizaban en aquellas edades pretéritas, tendría que expresarme aquí poco menos que con gruñidos, corriendo el grave riesgo de que mis lectores me considerasen minusválido del entendimiento y desprovisto de todo conocimiento. Lo cual me importaría menos que adelgazar el lenguaje hasta el punto de no poder expresarme, lo que supondría un desprecio voluntario al caudal de ideas y sensaciones que, al rememorar aquellos tiempos, me llegan a la punta de los dedos mientras escribo. Y ya que mi ánimo se encuentra proclive a la confidencia, aclararé dos cosas más. Primera: en mis tres primeras memorias, y en algunas que vendrán después, carezco de nombre. No se debe esto a un afán de anonimato. En aquellos tiempos no existían los gentilicios o no se aplicaban más que a aquellos hombres o mujeres investidos de alguna extraordinaria cualidad diferencial, como Ombutu, que significaba «el huérfano», o Bongbó, que quería decir «el que manda». La humanidad tardó millones de años en poner nombre a los individuos e incluso en entender lo que era la individualidad en relación con la comunidad. Segunda: el orden en que sitúo mis *Memorias* es rigurosamente cierto en lo que se refiere a las cuatro primeras. Mas, a partir de aquí, la exactitud debe entenderse sólo por el orden en que yo las rememoro: quiero decir, en que las hago aflorar a mi conciencia. Porque si dedicara mi tiempo a reconstruirlas todas, me faltaría vida para recordarlas, y menos para escribirlas.

Y como lo dicho está dicho, y acerca de estos temas no tengo más que añadir, pasemos a mi siguiente recuerdo: que ya estoy impaciente por aclarar uno de los grandes enigmas de todos los tiempos.

SEXTA MEMORIA

I

1. YO SOY LA MANO o soy la mano que escribe la Historia del Hombre, el hocico del perro que rastrea las huellas del tiempo, el ojo de los muertos, la oreja de los dioses. Mi nombre es Niram, y soy nieto de los nietos de los hombres que emprendieron la conquista del mar.

2. Nuestra estirpe procede de las montañas más altas de la Tierra, allí donde no llegan las águilas y las nieves de las cimas se hermanan con las estrellas.

3. Mahucutah, Nuestro Señor, emigró de las cumbres cuando el reino fue usurpado por Xibalba, su hermano, quien se alió con nuestros enemigos, los hombres de la Tartaria. Y entonces fue el éxodo.

4. De esto hace siete generaciones, y todo está escrito en los anales de nuestro pueblo.

5. Mis antepasados descendieron de las montañas, y llegaron al país de los santos, que hacen penitencia atravesándose la piel con púas y clavos y, al son de las flautas, saben amaestrar serpientes.

6. Desde el país de los santos llegaron a la Nación del Elefante Blanco, donde la tierra es plana; atravesaron estepas hostiles, desiertos estériles, junglas inhóspitas, donde el tigre es rey. Y vadearon ríos innumerables.

7. De la Nación del Elefante Blanco pasaron al Imperio de los Hombres de Piel Amarilla, cuyas mujeres deforman sus pies y, en cuyas pagodas, lo mismo se adora al viento que al agua, al fuego o al gusano que da la seda.

8. Dos generaciones tardaron los míos en cruzar el Imperio. Muchos de los nuestros trajeron de allá sus mujeres: recias para el trabajo, insolentes y altivas ante el sufrimiento, humildes y serviciales para el hombre, dulces para el amor.

9. Nunca los ojos de Mahucutah descansaron ante la majestad del mar. La noche llegó a sus ojos el año 27 de la diáspora. Fue enterrado en un lugar que en la lengua del Imperio significaba «Tierra del Dragón y del Almendro». Y su tumba fue cubierta con millares de flores de loto, rociadas con, las lágrimas de todo su pueblo.

10. Fue en tiempos de Chuchumachic, su nieto, cuando llegaron a la costa y acamparon. «¿Vamos a contentarnos —les dijo— a ser siempre extranjeros en tierras de otros? Construyamos cuantas naves necesitemos, crucemos el mar y poblemos sus islas, donde seremos señores». Y así fue.

11. Chuchumachic fue quien dijo esto y Tohil, su hermano —de quien desciendo —, el encargado de escribirlo, así como la historia de nuestro éxodo: honor hereditario que ha llegado hasta mí.

12. Del país de las mujeres de pies deformes donde crece el arroz y nace el gusano que da la seda, mucho aprendimos; grandes fueron los tesoros que nos legaron. El más preciado, la escritura, porque mis primeros antepasados no la conocían.

13. Por eso yo soy ahora la mano que escribe la Historia del Hombre, el hocico del perro que rastrea las huellas del tiempo, el ojo de los muertos, la oreja de los dioses.

14. Llegamos a la Isla de los Canguros, habitada por gentes de rostros disformes, y tan rudas que se comen entre sí. Pero poseen un palo mágico que arrojan contra pájaros y monos y el arma vuelve sola a la mano de quien la lanzó. Más allá, hacia el rumbo por el que nace el sol, muy pocas estaban habitadas. Y más lejos, ninguna.

15. Mi estirpe ha ido poblando, generación tras generación, las islas de la mar. Unos quedaron allí para siempre; otros tuvieron por lema no descansar en ninguna, y seguir, siempre seguir, a otra más lejana, y de allí a otra, hasta que mis antecesores llegaron a Rapanuí, la que creían que no tenía un más allá.

16. En esta isla permanecieron por tres generaciones; trajeron piedra labrable de otras islas volcánicas por las que pasaron antes, y erigieron efigies colosales a los dioses.

17. En Rapanuí tuve el privilegio de nacer yo y de participar en la gran aventura, porque, desde la que fue mi cuna, se dio el último gran salto para la conquista de la Tierra.

18. En aquel tiempo había un hombre llamado Hui-Pil-Ic, que estaba en la costa, de noche, tendiendo redes, cuando creyó ver una lumbre intermitente sobre el mar.

19. Era como una fogarada difusa, un vago resplandor, un parpadeo de luz donde antes sólo había sombras.

20. Atemorizado, corrió tierra adentro a despertar a su amo, porque él era sólo un *ichcah*, y trabajaba para otro.

21. El amo le dijo: «¡Deja descansar a tu señor si no quieres que te mande clavar astillas bajo las uñas de los pies! ¿Has perdido el entendimiento, hombre sin juicio? ¿Dónde oíste decir que puede arder el mar?».

22. Ante la insistencia del *ichcah*, levantóse su amo y otros hombres de la casa y se dirigieron a la costa. Ellos fueron quienes a gritos despertaron a la ciudad para que contemplásemos lo que ellos ya habían visto.

23. El resplandor era como el que se advierte por debajo de la línea del horizonte cuando la luna va a salir, sólo que no era del color de la leche, sino de la sangre y no era una luz quieta, sino chisporroteante como si un dragón que echase fuego por los ojos, los abriese y cerrase de continuo.

24. Absortos y asustados permanecimos la noche en vela contemplando el

fenómeno e intentando interpretar su incógnito significado. Al comenzar a clarear, la misteriosa luz se diluyó como sal en el agua.

25. Vuvub-Cabé, nuestro jefe, ordenó que dos barcas se aprestaran para salir a ver qué era.

26. He aquí los nombres de quienes zarpamos: Balam-Tamazul, como piloto la primera barca y jefe de la flotilla; Ixhunahpu, Ixbalanque el Joven, Ixbalanque el Viejo, Cocoha, y Corojon-Amac, como marineros; Tzacol-Pitolm, Tiquin, Acnam, Tohil-Avilix, Hakvitz, como pescadores; Gucumatz, como lector de las estrellas; Cotuha, conocedor de los vientos; Quicab, como almacenero y repostero; Cavizimah como dibujante, y yo, Niram, como escriba. Los tripulantes de la primera barca fuimos los que alcanzamos la gloria.

27. En la segunda barca iban: Hun-Camé, como piloto, Xiquiripat, Cuchumaquic, Ahalpuh, Ahalcana, Chamiabac, Chamiaholom, Quicxic, Patan-Quicre, Quicrixcac e Ixbalanque, que, pasados los seis días desde que zarpamos, regresaron a Rapanuí.

28. Al cabo de este tiempo, el temor hizo presa en nuestros corazones. Desde el amanecer navegábamos entre una niebla tan espesa que era difícil, a los que íbamos en una barca, divisar la otra. Y la niebla olía a ceniza y a humo.

29. En la tarde, sopló fuerte el viento, y la nube que nos cubría comenzó a desflecarse como ropa vieja y podrida; y tan pronto el sol la penetraba y veíamos con claridad, como volvía a cegarnos.

30. De pronto, el pescador llamado Akuvitz, exclamó: «¡Tierra! ¡Señores y hermanos, he visto Tierra!».

31. Unos decían verla, y otros no, según los ramalazos sobre sus ojos de la niebla, que era como una sábana de algodón que una mujer enloquecida agitara sobre nuestros rostros.

32. De súbito, la bruma se abrió en dos. Doradas sus nieves por el sol poniente, coronadas sus cumbres por grandes penachos de nubes, pasmados y estremecidos, vimos unas montañas tan altas como no las vio ninguno de nuestra raza desde la alborada misma de la diáspora.

33. Una de las cumbres vomitaba fuego y piedras incandescentes que perforaban la tela azul del firmamento hasta incrustarse en la región en que habitan los dioses. Entendimos que ésa era la causa del resplandor que, en Rapanuí, veíamos de noche bajo la línea del horizonte.

34. La costa se veía ahora nítida y tan extensa que no se adivinaba su fin.

35. Decidió Balam-Tamazul que la barca que pilotaba Hun-Camé regresase a advertir a los nuestros que habíamos descubierto la más grande de las islas jamás vista por las generaciones.

36. Les dimos la totalidad de nuestros bastimentos de agua, y aquella en que yo iba se aventuró hacia tierra, guiados de día por la nieve fulgente y de noche por los fogonazos, cada vez más próximos del volcán.

37. Los vientos nos fueron favorables, y antes de que pereciésemos de sed

llegamos a tierra, donde pudimos beber de la multitud de ríos que bajaban de las montañas, y cazar sin que nadie nos disputase el alimento, porque aquella inmensidad estaba vacía.

38. Montamos en tierra nuestras tiendas y exploramos los contornos.

39. No había hombres, ni rastros de huellas, ni señales de fuego, ni vestigios de cultivos, ni indicios de otra vida que la de las plantas y las bestias.

40. Recordé las canciones litúrgicas que los míos se transmitían oralmente de generación en generación, antes de que Tohil aprendiese la escritura en el país de la seda y escribiese en las tablillas los anales de nuestra estirpe, desde la creación de los primeros hombres.

41. Decía así: «Ésta es la relación de cómo todo estaba en suspenso, todo en calma, en silencio. Todo inmóvil, callada y vacía la extensión de la Tierra».

42. El lugar en que instalamos nuestras tiendas parecía el escenario propicio para que los tres dioses principales —que son sólo uno— dijeron: «¡Que aclare, que amanezca en el cielo y en la tierra! ¡No habrá gloria ni grandeza en nuestra creación hasta que exista la criatura humana, el hombre formado!».

43. Aquel paraje parecía el escogido por los dioses, antes de que el hombre existiera, para planear su creación: porque el hombre formado no aparecía por parte alguna, y nuestras voces eran las únicas que se esparcían en la faz de la tierra.

44. El día decimoctavo, vimos llegar una flotilla de veinte embarcaciones. En la que venían hombres, mujeres, aperos, ganados: dos por cada especie; macho y hembra por cada especie. «¿Qué es esto? —nos dijimos—. ¿Acaso nuestros padres abandonan Rapanuí, la tierra madre en que nacimos y dejan allí abandonadas las estatuas que erigimos a los dioses y los muertos que enterramos?». Así era.

45. Por más de quince meses bordeamos hacia el norte la enorme isla para encontrar sus contornos. Y no los hallamos. Tampoco hallamos en todo este tiempo hombre alguno.

46. «¿Qué es esto? —nos decíamos—. ¿Toda esta tierra es nuestra? ¿Tan grande es nuestra heredad?».

47. Bordeamos grandes desiertos, siempre limitados por montañas inaccesibles. Y nos detuvimos en valles fértiles donde acampábamos hasta agotar sus frutos. Pero la voluntad de nuestros caudillos era seguir, siempre seguir, con una sed insaciable de lejanía.

48. Éste es el relato de cómo los hombres llegaron a los confines del mundo. Porque más allá, ya no hay. Con esto se cumplió el mandato de los dioses cuando dijeron a los primeros nacidos: «Id y extenderos por toda la Tierra».

II

1. Y llegó un tiempo en que Ixbalanque, que comandaba una expedición, tierra adentro, nos comunicó que había hallado el contorno de la isla. «Desde unas alturas muy próximas —nos dijo—, del otro lado de la tierra, he divisado el mar».

2. Cavizimah, el dibujante; Cotuha, el conocedor de los vientos; Balan Tamazul, que había sustituido en el mando del pueblo a Vuvub-Cabé, tras la muerte de éste, le acompañaron. Yo también los seguí, para dejar testimonio.

3. No fue la visión del otro mar lo que nos espantó, sino la cantidad de costa que desde aquellas alturas se divisaba. La lengua de tierra estaba cubierta de espesísima jungla y avanzaba hacia el noroeste hasta perderse en la lejanía, sin que, en ningún momento, se advirtiese que las dos costas se juntaran.

4. Ixbalanque había errado. Estábamos en una inmensa isla, sí, puesto que veíamos dos mares, pero no habíamos llegado al extremo de su contorno.

5. Como el tempero era más apacible que en la costa, donde el aire ardía, y los mosquitos engordaban a cuenta de nuestra sangre y la de las bestias que llevábamos, decidimos permanecer en aquellas alturas hasta el amanecer.

6. La brisa era suave como tañer de flauta y las estrellas se admiraban de ver un grupo tan pequeño de nuestra especie en aquella tierra de dimensiones infinitas.

7. Dos meses más seguimos bojeando. A veces uno o dos barcos se aventuraban por la desembocadura de los ríos, tierra adentro. En los bordes, multitud de grandes lagartos, largos como dos hombres, dormitaban. Las rizadas orquídeas crecían salvajes en el suelo y trepaban por los árboles. Y entre las frondas volaban los loros.

8. Otros hombres, entretanto, incursionaban por tierra. Nos decían que el otro mar seguía allí, unas veces más próximo, otras más lejano porque las costas tan pronto se acercaban o separaban trazando caprichosas formas que Cavizimah puntualmente dibujaba. Empero, el final de la isla nunca se divisó.

9. Sesenta días habían transcurrido desde la primera vez que divisamos el otro mar, cuando Balan Tazamul reunió a los sabios y a los ancianos para deliberar.

10. «Las naves están cansadas —les dijo—. Los gusanos carcomen la madera de sus quillas, y las telas que recogen el viento están desgarradas. Los ganados que traíamos han muerto por la temperie. ¿Qué hemos de hacer?».

11. «El pueblo también está cansado, Balan Tazamul —dijo Cotuha, el que conocía los vientos—. Las mujeres paren a bordo y abandonamos nuestros muertos en tierras lejanas. Muchos son los que murmuran».

12. Terció Ixbalanque el Viejo: «Hemos visto toda clase de tierras, altas y bajas, fértiles y desiertas, despejadas o boscosas, húmedas y secas. Nuestra heredad es grande: escojamos la más conveniente y construyamos en ella una ciudad».

13. Tras mucho deliberar, decidieron que una expedición de diez hombres se internara por última vez; que llegasen hasta el otro mar y trajesen noticia de si en el camino había buenas tierras, abundantes en agua y pastos, templadas de clima, con bosques próximos y árboles con fruto.

14. Tardaron treinta y seis días en regresar. «El otro mar —declararon— ya no

está, como antes, al alcance de la vista». La Tierra se había ensanchado de nuevo desaforadamente y, cuanto más al norte se desplazaron, aumentaba la distancia entre la costa que ve nacer el sol y la que le ve morir.

15. Empero, entre grandes montañas habían cruzado una meseta que reunía cuanto se pudiese desear: agua, pasto, madera, miel, y un clima templado y bonancible.

16. «Además —añadieron—, el ónice, el jade, el topacio, la obsidiana y la malaquita se encuentran a flor de tierra, sin escarbar». Y mostraron a los jefes y a los ancianos muestras recogidas sólo con agacharse. Una de las piedras, de purísimo jade, era grande como la cabeza de un hombre.

17. Aquello ocurrió en la cuarta luna del ciclo ciento cuarenta y seis de la iniciación de la diáspora.

18. Y aconteció que estábamos construyendo nuestra ciudad, sin muralla alguna para defendernos, porque no había de quién, cuando al despertar, vimos bajar de las montañas que rodeaban nuestro valle un número incontable de seres.

19. ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¡Qué extraña raza era la suya!

20. Lo mismo se preguntaron ellos cuando nos tuvieron cercados y vieron salir de su tienda a Balan Tamazul revestido de todos sus atributos de mando, desarmado y alzadas ambas manos en son de paz, con todo el pueblo apiñado en su derredor.

21. Nos contemplamos en silencio. Si grande era nuestra admiración al verlos, no era menor la suya al contemplarnos.

22. Si nuestra piel era blanca, la suya oscura. Si nuestro rostro era enjuto, el suyo ancho. Nuestra nariz era larga y fina, la suya roma y espaciada; ralo nuestro pelo, crespo el suyo; nuestra estatura pequeña (como raza que es oriunda de las montañas), alta y fornida la de ellos…

23. Vestían con menos aparato que nosotros. No llevaban tocados de plumas y algodón ni se adornaban con collares. No obstante, no eran bárbaros, como las tribus que, según los anales, toparon nuestros padres en la isla del Canguro.

24. Por gestos y ademanes —que no por su extraña lengua incomprensible— entendimos que nos preguntaban: «¿De dónde sois? ¿Por dónde habéis llegado? ¿Qué hacéis aquí? ¿Qué queréis?».

25. Escribí en mi tablilla de cera que veníamos de las tierras donde el sol se pone.

26. Los que parecían los jefes miraron y remiraron mi escritura; se la pasaban unos a otros, no la entendían. Pero lo que sí comprendimos es que «sabían» que aquéllo era una forma gráfica de expresar ideas.

27. Borraron la cera y con un palo afilado hicieron otros signos que me mostraron y que yo no entendí.

28. Intervino entonces Cavizimah, el dibujante. Trazó la silueta de nuestras naves —veinte naves— e indicó que procedíamos de la tierra donde se esconde el sol. Esto sí lo entendieron y, muy excitados, se pasaron el dibujo de mano en mano, entre grandes exclamaciones admirativas.

29. Todos ellos llevaban haces de lanzas a la espalda y una espada corta de piedra obsidiana en la mano. Echaron al suelo estas últimas, en señal de paz y entregaron una lanza a Balan Tamazul, indicándole con gestos que la quebrara. Hízolo éste así, y cada uno de ellos quebró una de las suyas.

30. Nosotros los llamamos «olmecas», que en nuestra lengua significa «los hallados»; y ellos a nosotros «mayas», que en su lengua quiere decir «los que vinieron».

31. Y aprendimos de ellos todo cuanto sabían y nosotros ignorábamos. Y ellos lo que nosotros sabíamos y ellos no.

32. Y floreció la sabiduría en la tierra nueva. Y fuimos luz del orbe y ejemplo de las naciones.

33. Y nuestros dioses se hermanaron. Y nuestras mujeres se cruzaron con ellos. Y las suyas con nosotros, cumpliéndose el mandato de los orígenes que decía: «Id y multiplicaos».

34. Y el que lo cuenta da testimonio. Y pone como testigo al Corazón del Cielo de que su palabra es verdadera. Porque juró en su Nombre que la mentira no mancharía su boca, cuando fue designado por su pueblo como la mano que escribe la Historia del Hombre, el hocico del perro que rastrea las huellas del tiempo, el ojo de los muertos, la oreja de los dioses.

X

LAS PUTAS EGREGIAS

ASÍ COMO NO TUVE DIFICULTAD alguna en rememorar punto por punto mis anteriores encarnaciones, la autobiografía que publico en el capítulo siguiente, y cuya redacción entonces iniciaba, me tenía sumido en una profunda perplejidad, porque faltaba en ella algo que quitaba verosimilitud a toda la historia, como en seguida se verá. Por tres veces inicié ese relato y otras tantas lo abandoné. En este capítulo voy a explicar el origen de mis vacilaciones y el curioso modo que tuve de superarlas.

En el siglo V anterior a nuestra era hubo una mujer, en Grecia, gran amiga de Sócrates, adorada por Fidias, escarnecida por Aristófanes, que fue, según se dijo, la más bella de las criaturas imaginables y cuyo talento natural, para el entendimiento de las artes y las ciencias, corría parejo con su mucha liviandad y con su nunca vista belleza.

La perfección de su cuerpo y la armonía de su rostro no fueron superadas en los siglos que vinieron ni por las de aquella famosísima cortesana llamada Tais, amante de Alejandro, que casó a la muerte de éste con el rey de Egipto; ni por la de la exquisita hetaira Friné, la que sirvió de modelo al divino Apeles para su Venus Anadiómena, a la que pintó desnuda en el instante justo en que se introducía entre las ondas, suelta la dorada cabellera sobre la espalda como una cascada de oro que se precipita en el mar; la misma que, en un delirio de grandeza, quiso reconstruir la ciudad de Tebas poniendo una inscripción en sus muros que dijese: «Me destruyó Alejandro. Me reedificó Friné».

Esta otra mujer a la que me refiero se llamaba Aspasia de Mileto y puede decirse, en verdad, que era una «mujer pública» en el mismo sentido que se da a este término para designar al «hombre público», porque era estimada, admirada y conocida en todo el Oriente. Pero su celebridad no era debida, como se ha escrito, a su trato íntimo con las grandes figuras de su siglo. En realidad, su nombradía era anterior a su amistad con Sócrates, que la estimaba intelectualmente como a pocos de sus contemporáneos; era anterior, asimismo, a las famosas discusiones que tuvo con Jenofonte acerca del arte militar; anterior a las diatribas que por envidia recibió de Aristófanes; anterior, en fin, a su matrimonio con Pericles, que la convirtió en la primera dama de la Hélade. Todo esto es cierto. Pero no lo es menos que también merecía Aspasia ser considerada «mujer pública» por la singular y delicada

circunstancia de haber adquirido sus joyas, casas e inmensa fortuna, con las aportaciones de sus infinitos y liberales amantes que, desde el Egipto, la Siria, la Persia y hasta la bárbara Roma, llegaban a Atenas con las bolsas repletas, sólo para satisfacer con ella su libido… y, también, su vanidad.

Bien. En aquel tiempo, yo no fui amante, ni devoto, ni admirador de Aspasia de Mileto. Aspasia de Mileto fui yo.

Mas he aquí que el que esto escribe, en su vida actual, no ha tratado nunca a una coima; no sabe interpretar los sentimientos íntimos de una capulina; carece de experiencia directa de las reacciones de una ninfa y no ha pisado jamás una casa de lenocinio, por no haber cruzado, de joven ni de maduro, la puerta de un prostíbulo. Las únicas noticias que tuve en mi juventud y en mi madurez de una mujer de vida airada fueron las de la hermana de mi padre, de quien apenas se hablaba en casa cuando éste vivía, pero lo suficiente para que yo entendiera que su nivel de vida era mucho más alto que el del autor de mis días, dedicado a una profesión tan noble como la docencia. Una sola letra separa la docencia de la decencia. Y, con todo, la falta de la segunda, según escuché decir a mi progenitor, era sensiblemente más rentable que el ejercicio de la primera.

Ya aludí a tía Berta, la oveja negra de la familia, en la Antememoria de estos episodios. Y por mucho que mi padre la denigrara, yo, desde la guarida de mi castidad, no podía menos de sentir una vaga, indefinible, inexplicable admiración por ella.

A mi dificultad, como hombre del siglo XX, para entender a la mujer que fui veinticinco siglos antes, hay que añadir, por tanto, dos singularidades: la de mi crasa inexperiencia y la de la sobrada experiencia de ella. Podrá objetárseme que, para escribir la vida de Aspasia de Mileto, para nada necesitaba entenderla; me bastaba con relatar los recuerdos de cuando fui ella. La cuestión no era tan fácil de resolver como parece.

Aspasia fue la más libertina de las mujeres de su época; la fama de la inmoralidad de su conducta perdura a través de los siglos; su perversidad sexual y su cinismo no tuvieron parangón en su tiempo. En ello están de acuerdo Eupolis, Cratino, el poeta Hermipo, el baboso de Aristófanes y, varios siglos después, hasta el romano Cicerón, siempre amigo de meterse en camisas que le quedaban anchas. Pues bien, en mis recuerdos faltan dos datos que me parecen esenciales dado el género de vida que ella llevaba, o, por mejor decir, que yo llevé. Uno es la nómina de mis infinitos amantes, de cuyos nombres no guardo noticia (con la sola excepción de los muy insignes); y el otro que me falta, es la menor huella de deseos lascivos, un solo sentimiento de lujuria o, si se quiere, de apetito carnal, de exacerbación de la libido, de anhelos eróticos o de espasmos amorosos. ¿Cómo es esto posible en una mujer de mi catadura? O yo no fui la cortesana que todos dicen, la mujer pública que dejó una honda huella en la historia de Grecia (en cuyo caso los historiadores mienten) o, ella, en sus días postreros, sufrió una amnesia que he heredado yo, y que no me permite

recordar, en mis días, lo que ella no recordaba en los suyos. Otra explicación es que la personalidad de una meretriz de lujo fuese harto distinta a lo que yo imaginaba. ¿Podría darse el caso de que fuese frígida una perversa sexual? ¿Quién podría aclararme estas dudas? Nadie mejor —me dije— que una pecadora; y decidí visitar una mancebía. Cometí la ingenuidad de consultárselo a Ethel, quien, no atreviéndose a romper sobre mi cabeza un jarrón de porcelana china, regalo de boda de sus padres, y única pieza de valor que guardábamos en casa, lo estrelló sobre mis pies. En vano intenté aplacarla argumentando que mi interés era puramente científico, y le propuse cambiar mi primitivo propósito de visitar un burdel por el de invitar a comer a casa a una mujer del arte, para que satisfaciese mi curiosidad. ¡Mi curiosidad intelectual, se entiende!

Siempre he sido un incomprendido. Ethel me amenazó, entre sollozos, a irse a vivir con sus padres y abandonarme para siempre si deshonraba su hogar trayendo una ramera a casa. ¿Qué hacer, entonces, para solucionar mi problema? Dando vueltas a mi cabeza recordé que tía Berta aún vivía. Ella había sido una ilustre profesional del viejo oficio; al igual que Aspasia, ganó una fortuna con su cuerpo; al igual que Aspasia, era culta, adoraba la vida social y gustaba rodearse de personas insignes; al igual que Aspasia, llegada su vejez, era considerada y respetada. Tía Berta era la única mujer adecuada para ilustrarme en lo que yo quería. ¿Cómo no se me ocurrió pensar antes en ella?

Deseoso de completar el conocimiento de la mujer que fui, fingí ante Ethel unos compromisos universitarios, tomé el tren y me dirigí a la ciudad en que ella vivía y que, por razones evidentes, me veo obligado a silenciar.

Se me encogió el ánimo al comprobar el lujo del palacete en que vivía tía Berta, pero, más aún, cuando me vi en su presencia y pude admirar su distinción, su belleza (porque quien tuvo, retuvo) y su notable prestancia.

La víspera, dejé en la portería de su mansión una carta en que la informaba de mi presencia casual en su ciudad; le pedía permiso para ir a verla, y le indicaba mi dirección. Al llegar al hotel me encontré un recado suyo en el que me citaba para el día siguiente a la hora del té. Dediqué la tarde a trazar una lista de las preguntas que pensaba hacerle y, muy de mañana, le envié un gran ramo de flores como heraldo de mi visita.

Ahora, al tenerla ante mí, no podía concebir que esa dama tan distinguida, que irradiaba mesura y respetabilidad, hubiese podido algún día ser una trotacalles. Rondaba los setenta y algunos años; iba pulquérrimamente peinada y acicalada: andaba muy erguida, bien que apoyada en un bastón de ébano con mango de plata. Y no lucía otros adornos que un camafeo sobre la blusa a la altura del pecho; un solitario en la mano derecha, y una cinta de seda negra ceñida en torno al cuello.

Me observó fijamente, frunciendo sus ojillos azules, levemente ribeteados de rosa por la conjuntivitis, y me pareció advertir en ella una cierta desilusión ante aquel

hombre miope, gordo, calvo y sonrosado que yo era, con cara de niño prematuramente envejecido, y que decía ser sobrino suyo. Con aire distante me tendió una mano de porcelana, cuyo dorso estaba surcado por gruesas venas azules, y me hizo pasar a una pequeña sala.

No fue poca mi decepción al comprobar que no era el único invitado. Los otros contertulios eran la alcaldesa de la ciudad y el señor obispo de la diócesis, vicepresidenta y presidente de honor respectivamente, según entendí, de uno de los patronatos benéficos fundados por tía Berta.

Hechas las presentaciones, roto el hielo de los primeros segundos, se mostró muy agradecida por mi visita; preguntóme por la salud de mi padre; fingió ignorar que su hermano había muerto treinta años atrás; se dolió mucho de ello; y, más por cortesía que por interés, me preguntó si estaba casado, si tenía hijos, a qué me dedicaba y mucho bla, bla, bla, de circunstancias. Al señor obispo pareció interesarle que yo fuese profesor universitario, y hasta afirmó creer haber leído alguna de mis obras. Se mostró ante mí como un hombre de vasta cultura, gran lector y curioso de no pocos saberes. Me preguntó si tenía alguna obra nueva entre manos. Le respondí afirmativamente. Y le entretuvo saber que estaba reuniendo datos para escribir una biografía de Aspasia de Mileto.

—¡Arduo es el tema! —comentó riendo.

—¿Quién es Aspasia de Mileto? —preguntó la alcaldesa.

—Una aventurera contemporánea de Fidias —respondí—, que consiguió enamorar al gran Pericles y casarse con él.

—¿Por qué «aventurera»? —preguntó intrigada tía Berta.

—Fue una mujer de mucha cultura —contesté evasivamente— y gran retórica y hasta poeta. Se cree que ella fue la verdadera autora de un famoso panegírico, insigne pieza de elocuencia, que leyó Pericles en honor de los muertos de la batalla del Peloponeso.

—Pero… ¿por qué dijo antes «aventurera»? —insistió la dueña de la casa.

—Bueno…, en verdad…, los principios de Aspasia de Mileto fueron algo turbios. Menos limpios, de seguro, que los años de su gloriosa ancianidad.

—Pero ¿qué es lo que hizo? —insistió mi tía.

—Era una mujer profundamente libertina —respondió el obispo por mí—; radicalmente amoral. Incluso se cree que ejerció la prostitución.

Muy satisfecho de haber llegado con tanta facilidad al tema que más me interesaba, me consideré obligado a precisar:

—No es que se crea, señor obispo. Es absolutamente cierto que la ejerció.

—¡Qué horror! —exclamó tía Berta—. ¿Cómo es posible que Pericles se casara con una mujer de la vida?

—¡Eran paganos! —sentenció el obispo, con gran clarividencia.

Y dando el tema por concluido, pidió a tía Berta que le sirviese una copita de *anisette*.

No pude aquel día, dada la presencia de los ilustres invitados, ahondar más en la cuestión. Empero, en otras visitas posteriores, procuraba llevar la conversación hacia el tema de mis investigaciones, lo cual no era demasiado difícil, pues tía Berta no parecía dispuesta a eludirlo.

Una tarde, estando a solas con ella, le dije que una mujer estaría sin duda más capacitada que un hombre para escribir acerca de la célebre Aspasia, porque nosotros carecíamos de la necesaria aptitud para penetrar en la intimidad de una personalidad femenina tan compleja como la suya.

—¡Ni usted ni nadie honesto, querido sobrino, puede entender las verdaderas raíces de la perversidad moral! ¿Cómo van a comprender eso personas intachables como usted o como yo?

Rogué a tía Berta que me sirviese una copita como la que pidió días pasados el obispo y que aquel día yo rechacé. Necesitaba darme ánimos para formular algunas de las preguntas claves y más delicadas. Pero, me tomé la copa y no me atreví; tanto era el respeto que me inspiraba aquella venerable señora tan fina, delicada y circunspecta. Sólo tras tomarme la segunda, me aventuré a decir:

—Tía Berta, ¿no tomará usted a mal…, ejem…, quiero decir si no consideraría irrespetuoso que le hiciese algunas preguntas algo delicadas?

Me contempló unos segundos tan alarmada como perpleja.

—Unas preguntas… ¿a mí? Depende naturalmente de qué traten esas preguntas para saber si me ofenderían o no.

—Nada más lejos de mi intención que faltarle a usted el respeto, tía Berta. Pero sólo a una señora, y a una señora de su edad, me atrevería a consultarle algunos aspectos que me ayuden a entender mejor a mi biografiada.

Parpadeó repetidas veces; frunció los labios con severidad; no despegó de mí sus ojillos azules, ni respondió cosa alguna; bien que irguió el busto, curiosa y temerosa al propio tiempo de saber hasta dónde llegaría mi atrevimiento.

—Se trata —dije— de entender algunos aspectos… de… de… el oficio que ejerció Aspasia de Mileto.

Advertí cómo se hinchaban las venas de su cuello, a pesar de tenerlo ceñido con una elegante gargantilla de seda negra.

—¿Qué puedo saber yo de eso? ¿Por qué preguntarme esas cosas precisamente a mí?

—Tengo entendido, tía Berta, que usted y el señor obispo son patronos de una sociedad benéfica que acoge a muchachas descarriadas… Creo que las llaman «mujeres arrepentidas», o algo parecido…

Me pareció notar cierto relajamiento, cierto alivio, en su tensión anterior.

—En efecto, es cierto. Pero cualquier duda que tenga usted al respecto será mejor que la trate con el señor obispo, y no conmigo. ¡No son temas para tratarlos con una dama!

—¡Pero el señor obispo no es mujer! —protesté—. Y se me ha ocurrido que

usted, velando por reforzar la moralidad readquirida de alguna de esas «arrepentidas», tal vez haya escuchado sus confidencias.

—Vuelvo a repetirle, sobrino, que no son temas adecuados de conversación entre un joven y una señora.

—Ya no soy joven, tía Berta. Mi interés es puramente científico, y le confesaré que he hecho todo este largo viaje sólo para hablar de ello con usted. La confianza que da el parentesco…

—Es usted tenaz, querido sobrino. Y si me lo permite, un tanto ingenuo. Hay cosas que los hombres saben por sí mismos sin necesidad de hablar de ello con una anciana.

—Pero es que yo, por mí mismo, no sé nada, tía Berta… Soy uno de esos pocos hombres que no saben nada. Nunca he estado con…

—No le he pedido a usted confidencias de su vida privada, joven amigo —me interrumpió tía Berta, en tanto hacía grandes esfuerzos por contener la risa.

Con acento desgarrado, que a ella le resultó terriblemente cómico, exclamé:

—¿A quién recurrir, entonces, para saber si Aspasia de Mileto podía ser frígida, o si esto es imposible en una mujer que ejerció tan activa y eficientemente el más antiguo de los oficios del mundo?

Con lágrimas en los ojos, producidas por la hilaridad contenida, tía Berta me puso una mano en la mejilla.

—Es usted un niño —me dijo mientras me acariciaba el rostro con más sorna que amistad—. Un niño cándido, como una paloma. No volveré a invitarte a solas para evitarle el riesgo de ponerse en ridículo ante esta vieja tía suya, que ya empezaba a apreciarle. Y ahora váyase a su hotel, y si en el camino encuentra una buscona, le plantea a ella esas preguntas que juzga tan interesantes…

Pulsó un timbre y acudió un criado, al que ordenó que me acompañase a la puerta.

Corrido y avergonzado, salí del cuarto sin despedirme. Antes de que la puerta se cerrase tras de mí, pude escuchar a tía Berta reírse a solas.

No he vuelto a verla. Recogí mi parco equipaje; fuíme directamente a la estación y, aquella misma noche, tomé el tren para mi ciudad natal, decidido a abandonar la redacción de mi trigésima novena memoria. Como verá el lector, he desechado el relato de muchas de ellas. Si las escribiese todas, necesitaría más tomos que la *Enciclopedia Británica* y de un tiempo que no podré alcanzar en vida. Antes de llegar a ser la esposa de Pericles, fui remero en el Nilo, leproso en el Himalaya, leñador en Roma, ajusticiado por lapidación en Samaría, comido vivo por los caribes, cazador en la tundra septentrional, bailarina en Thailandia, domesticador de caballos en Mongolia, titiritero en China, bruja y hechicera en Tartesos, y otras muchas vidas que no he hecho emerger de las profundidades de mi memoria por falta de tiempo para la debida concentración, bien que sea ésta una de mis ocupaciones preferidas. Y así como no he redactado las vidas citadas, y las que me quedan por citar, también decidí no hacerlo (a pesar de la fascinación que ejercía sobre mí) con la memoria que se

refiere a mi encarnación en el rotundo y perfecto cuerpo de Aspasia de Mileto. Esto me dije. Y mantuve esta decisión durante varios meses, al cabo de los cuales tuve que desdecirme al recibir una deliciosa carta de tía Berta, que decía así:

Me dice el señor obispo que eres un verdadero erudito, y que tu libro sobre los enterramientos mayas, que acaba de leer, contiene tal cúmulo de datos y conocimientos, que no se diría sino que hubieses vivido entre ellos.

En consecuencia, me he animado, sólo por ayudarte, a hacer una encuesta entre esas desgraciadas arrepentidas a las que protege mi fundación. Encuesta que he ampliado a algunas de más rango, retiradas o en activo, cuyos nombres me fueron sugeridos por las interfectas. Los resultados, querido mío, han sido sorprendentes. Casi todas las que triunfan de plano en su despreciable actividad; las que son retiradas por magnates o, sin necesidad de esto, acumulan rentas para vivir, no ya con desahogo sino con lujo…, gozan del inefable privilegio de la frigidez. Y como éste es, muy probablemente, el caso de tu Aspasia de Mileto, me he apresurado a escribirte para decírtelo. Tendrás derecho a preguntarte cómo pueden triunfar esas viles mujeres en un oficio que no les gusta. Te diré que no es cierto que no les guste. Les encantan las joyas, los trajes, los viajes con que son obsequiadas, y el dinero que obtienen de su infame trato; les halaga gustar, aunque ellas no gusten de nada; ser amadas, aunque ellas no amen; provocar pasiones en otros, aunque ellas no las experimenten en sí. ¡Esto es lo que les gusta de su oficio! Y no hay mayor éxito en su carrera, para su perversa mentalidad, que estos tres triunfos: robar su esposo o su hombre a otra mujer; que alguien se arruine por ellas, o que alguno se suicide por su causa. Estos tres casos enriquecen su biografía, las revaloriza a los ojos de otras cortesanas de rango; en suma, las envanece. Otra característica de estas hembras terribles es su desprecio por el hombre. Como ellas no experimentan ninguna de las miserables pasiones que enloquecen a los varones que están con ellas —sino que las fingen—, se sienten siempre dueñas y dominadoras de la situación. Las otras, las pasionales, las que se lanzan a la vida airada por ganar unas monedas para vivir, y acaban ejerciendo su oficio porque les gusta el trato carnal, no saldrán nunca de pobres. Serán siempre maltratadas, despreciadas, dominadas por los vicios, y acabarán su vida en el tugurio, la cárcel o el hospital.

Las cualidades más apreciables para triunfar en tal clase de negocios son:

1. Ser muy bellas.

2. Carecer de escrúpulos morales y de prejuicios sociales.

3. Amarse a sí mismas por encima de todas las cosas.

4. Ser frígidas de cuerpo y frías de mente.

5. Ser grandes fingidoras y comediantas.

6. No poner límites a su ambición temporal… ni a la misericordia de Dios, en las que todas creen. Con todas estas armas, curioso sobrino, es muy difícil no triunfar, según me dicen quienes me informan, porque yo, pobrecita vieja, ¿qué puedo saber

de esas cosas?

Estudia, sobrino, si estas cualidades las poseía Aspasia de Mileto, y —caso de tenerlas— no te sorprendas de su matrimonio con Pericles.

Esperando haberte podido ser útil, te saluda cariñosamente tu tía Berta.

P. D.: Mándame la biografía cuando esté hecha, y si ganas dinero con el libro, será muy bien recibido un donativo para mi fundación, que, al fin y a la postre, irá a parar a manos de quienes te informan.

Besé con ternura la carta de la oveja negra de mi familia. ¡Qué espléndido estudio me había hecho tía Berta de sí misma! ¡Qué perfecto autorretrato el suyo! ¡Pero, sobre todo, qué gran favor me hizo! Porque, por mí mismo, nunca hubiese llegado a esta formidable conclusión: ¡las putas egregias, las ínclitas meretrices, las divinas hetairas, las excelsas suripantas triunfantes, eran frígidas! Y la razón de su triunfo era precisamente su frigidez. ¡Notable descubrimiento! Lo que parecía ilógico me resultaba ahora de una pasmosa congruencia.

La barrera que se oponía al entendimiento de cómo fui yo en el siglo V anterior a nuestra era, la había derribado tía Berta con sólo mirarse en el espejo de sus gloriosas experiencias.

Y, en consecuencia con esto, ya no dudé en escribir por extenso mis vivencias de cuando fui la más admirada, deseada y envidiada mujer pública de la Antigüedad.

TRIGÉSIMO NOVENA MEMORIA

I

NO ME CIEGA LA VANIDAD. Mi padre, Axíoco de Mileto, fue uno de los hombres más admirables que he conocido. Y he conocido a muchos. En lo moral, amaba el arte, que es la suma manifestación de la belleza; y la filosofía, que es el arte de profundizar, con belleza, en los misterios. En lo físico, era fuerte como un toro, esbelto como un ciprés y bello como un dios.

A mi madre no la conocí, o, al menos, no la recuerdo, ya que Axíoco la repudió, por su conducta licenciosa, cuando yo era muy niña, y marchó a vivir a Esparta, de donde era oriunda; pero he oído grandes elogios de su hermosura, que, según me dicen, fue tan grande como su liviandad. Mis antecedentes paternos influyeron, sin duda, en mi rara belleza y en mi predisposición para el cultivo de las artes y el entendimiento de las ciencias. De mi madre, ¿cómo negarlo?, también heredé alguna influencia… Si bien lo considero, soy un ánfora que contiene todo de cuanto de bueno y malo volcaron en ella mis progenitores.

Las primeras enseñanzas que recibí fueron de danza y música. Mi padre y mis maestras se extasiaban ante la agilidad de mis miembros y la gracia y armonía de mis movimientos; y yo me esforzaba por superarme, porque experimentaba un raro deleite al advertir la admiración en los ojos de mis maestras, la envidia en los de mis condiscípulas y la mirada ávida de los hombres sobre los notables atributos que me donó la Naturaleza.

Sin dejar nunca la danza y el manejo de la cítara, en el que llegué a ser habilísima, mi padre quiso que estudiase retórica y elocuencia con el gran Gorgias. Y más tarde, filosofía con Anaxágoras.

Las últimas enseñanzas que recibí fue la vida misma —¡gran pedagoga!— quien me las facilitó. En el amor —que es el arte que más y mejor cultivé—, fui autodidacta.

Tenía yo catorce años, y aún vivía en Mileto, cuando la vieja Denayira me abordó en la calle, y me pidió que la siguiera a un lugar apartado. Lo hice con sigilo porque, por razones que yo entonces no entendía, no estaba bien visto hablar con ella.

—¿Sabes que Dorio, el soldado, parte para la guerra?

—Sí. Mi padre me lo dijo. Estoy muy apenada —respondí.

—¿Sabes que fue a Delfos y consultó a la Pitonisa?

—No. Mi padre no me habló de eso…

—¿Sabes que entre su padre y el tuyo habían concertado vuestra boda?

—Sí.

—¿Sabes que él te ama profundamente?

—Sí.

—Y tú… ¿le amas?

Me encogí de hombros.

—Me da miedo y pena que se marche a la guerra —respondí evasivamente.

—Pero ¿le amas?

—No sé lo que es amor…

Ciñóme las mejillas con las manos y me miró tan hondamente que me asustó.

—Has de saber esto, Aspasia, niña mía. La Pitonisa le dijo a Dorio que no volverá vivo.

—¿Qué dices, Denayira? —exclamé entre sollozos—. ¡Estás mintiendo! ¡Él no merece morir!

—¿Qué significa «merecer morir», «merecer vivir», «merecer amar»…? Los dioses son crueles. A Dorio no volverás a verle más. A no ser que…

Me llevé las manos al rostro. La congoja no me dejaba hablar.

—¡Él no merece morir! —exclamé, rebelándome contra la injusticia divina—. ¡Sólo merece vivir y amar!

—Eso me dijo él también, pequeña niña. Y te aseguro que sus lágrimas, al decirlo, eran más sinceras que las tuyas.

—¿Qué te autoriza a pensar que mis lágrimas no son sinceras?

—En tus manos está el demostrármelo y demostrárselo.

—¿Qué quieres decir? Tus palabras son oscuras. No andan derechas. Se tuercen como serpientes y huyen de mi entendimiento como las gacelas del cazador.

—Ahora las entenderás. Dorio vino a verme y me dijo: «Ya que estoy sentenciado a morir, y no depende de mí el evitarlo, de ti depende, ¡oh Denayira!, que muera feliz». «Dime, ¿qué puedo hacer en tu favor? —le pregunté—. ¡Cuenta conmigo!». «Antes de partir para la guerra —me respondió— quiero despedirme de la vida satisfaciendo mi sueño más hermoso, mi anhelo más encendido». «Y ¿cuál es ese anhelo? Dímelo para que pueda ayudarte». Y entonces, entre lágrimas, me confesó: «Deseo amar a Aspasia, la virgen, la hija de Axíoco, la más bella de las mujeres».

—¿Eso te dijo, Denayira? ¡Júrame que no mientes!

—Él mismo te dirá si he mentido o no.

—¿Él mismo? ¿Cuándo, dónde?

—En mi casa. Sus padres creen que ya ha partido, pero él me pidió que le escondiera para esperar tu respuesta. Es tanto el deseo que tiene de ti que me dijo que si hablaba contigo, y le conseguía lo que tan ardientemente anhelaba, antes de partir me legaría toda su fortuna.

—¡Su fortuna es muy grande, Denayira! ¿Qué le respondiste a eso?

—«Yo no quiero tu fortuna, sino tu felicidad», le respondí. «Hablaré con ella, y si accede, le entregaré la mitad de lo que tú me ofreces. Pero es muy difícil, añadí, porque la pequeña Aspasia es tan bella como cruel. Y no le importará que mueras sin alcanzar tu deseo».

—¿Por qué le mentiste, Denayira? ¡Nunca fui cruel! Tú sí lo fuiste al decirle eso.

—Si tu respuesta es afirmativa, permanecerá tres días más, para prolongar el adiós a su vida. Si es negativa, partirá hoy mismo, y en el primer combate se ofrecerá a las armas de sus enemigos para facilitar el designio del Oráculo. De ti depende la felicidad de quien va a morir. Respóndeme, querida niña.

—¿Tanto es lo que me desea?

—¿No lo demuestra, acaso, al darte a través mío, la mitad de su fortuna?

—¿De qué me sirve su fortuna si no podré hurtarla al conocimiento de mi padre?

—Te la daré en oro, para que la puedas ocultar…

—¿Es cierto que me llamó «la más bella de las mujeres»?

—Eso es lo que dijo…

—¡Llévame a donde lo tienes escondido!

Dorio quiso que bailara ante él cubierta de siete velos y que me fuese desprendiendo de ellos, como hacen las persas, hasta quedar desnudas. Gocé de una infinita voluptuosidad cerebral al hacerlo. Mas la voluptuosidad —¿cómo decirlo?— sólo me la producía la que advertía en sus ojos. Me halagaba verme deseada, como después poseída, no por el hecho mismo de la posesión, sino por oír de sus labios y comprobar por sus actos, que yo era el objeto de su goce. Y que este goce, en tan alto grado sentido, era yo quien se lo producía.

En los cuatro días consecutivos que nos vimos en secreto, fue mucho lo que aprendí. Todas las enseñanzas satisfacieron mi interés, mas no todas mi perplejidad. Así, por ejemplo, el mecanismo del amor; los juegos marginales; la relación de causa a efecto entre provocación y recepción de un goce, los memoricé como quien aprende las reglas de un juego nuevo, asombrosamente fácil e, incluso, ingenuo; pero lo que me dejó literalmente pasmada, por ignorarlo y no haberlo supuesto jamás, era la absurda y radicalmente incomprensible vehemencia del hombre; la anulación de su carácter; su entrega total al instinto venéreo; su grotesca sublimación de un acto que es tan antiguo como la vida; la vergonzosa dejación, en suma, de su personalidad. ¡Yo nunca perdí la mía! Muy por el contrario, me entretuve, con absoluta frialdad, en experimentar mi poder sobre él y mi aptitud para dominar su voluntad inicuamente anulada por la lujuria. ¿Serían todos los hombres iguales? «Si así fuera, a la mujer que lo pretendiese, no le sería difícil dominar al mundo», pensé.

Cada noche, al despedirme, Denayira me daba una bolsa de oro, «parte de la herencia —me decía— que Dorio la legó en gratitud por sus servicios». Pero también me preguntaba: «¿Has gozado? ¿Te has estremecido con sus abrazos?». Le confesé

que no.

—¿Y le has demostrado tu indiferencia?

—¡Oh, no! Hubiera sido perverso y cruel. Por no herir su vanidad varonil, siempre fingí que su amor me enloquecía…

—Escucha mi oráculo, Aspasia de Mileto. Conserva siempre clara tu cabeza y frío tu cuerpo, y llegarás muy lejos. No es tu belleza la que te hará triunfar, como yo pensaba, sino tu talento.

El último día, tras la penosa ceremonia de despedir para siempre al que fue mi primer amante, Denayira me preguntó:

—Dime, amiga mía: si alguna vez alguien se interesa por ti, y yo entiendo que te conviene, ¿me autorizas a buscarte?

—Sí —respondí altanera—. Siempre que no te equivoques en lo que tú crees que me conviene.

Éste fue mi principio.

Once años después, cuando mi padre me expulsó de su lado y decidí trasladarme a Atenas, porque Mileto resultaba harto estrecha para mi ambición, fui a despedirme de Denayira…

—El motivo por el que me entregué a Dorio —le dije— fue la compasión, que es un sentimiento moral; y la vanidad de sentirme tan ardientemente deseada por él, que es un sentimiento estético. Porque si yo deseo adquirir un ánfora o una joya sólo por su belleza, y sin pensar en su valor, es justo que el hombre desee a la mujer sólo por su belleza. ¿Soy bella? ¡Luego soy deseada! Todo es lo mismo. Pero a partir de aquí he de añadir: Soy deseada, luego soy cotizada. Soy muy deseada, luego soy muy cotizada. ¡Ello es justo!

—¿Quién te enseñó a razonar, Aspasia?

—Mi maestro Anaxágoras. Pero existe en mí otra suerte de sentimiento, cuyo origen es artístico. Praxíteles, al esculpir, procura hacerlo bien, por dos razones encontradas: una, dar rienda suelta a su talento; otra, que los demás gocen con su obra y la admiren: no que le admiren a él, sino a la obra perfecta. Yo he sido educada en esta ley. No hacer nada mal. Y si lo que hago es el amor, ¿por qué no hacerlo lo mejor posible? Entiendo el amor como un arte, no como un sentimiento. Y si el hacerlo bien me da dinero, ¿por qué rechazarlo? ¿Acaso rechaza Fidias el que le dan por edificar el Partenón? ¡Qué bien entiendo ahora a mi madre! Lo que otros llaman conducta licenciosa, para mí no es más que la Moral, la Estética y el Arte al servicio de la felicidad de los demás. Ésta ha sido, y creo que será hasta el final, la norma de mi conducta.

—Que Hermes y Afrodita queden contigo, Denayira.

—Que ellos te acompañen, Aspasia de Mileto.

Si un trozo del sol cayese de pronto en el Agora y cegase con sus resplandores a cuantos allí estuviesen, la sensación producida en la multitud no sería mayor que la

que yo causé al llegar a este lugar, a los veinticinco años de edad, en el esplendor de mi belleza y experiencia, un día de otoño del año tercero de la 81 Olimpiada. Había yo adquirido la víspera una esclava lindísima, de raza negra, llamada Nubia (al igual que el país del que procedía), de buenos modales, inteligencia harto despierta, que aún no conocía el amor, y cuya mayor virtud era no saber dejar de sonreír. Con todo, su belleza, aun siendo mucha, no era tanta como para eclipsar la mía. Era día de mercado, y la algarabía y bullicio muy grandes. Porque si bien los esclavos y servidores se agolpaban junto a los puestos de frutas, aves, vinos, pescados y hortalizas, los señores no se recataban de comprar directamente y discutir los precios con los vendedores de instrumentos de música, brocados, flores, esclavos, muebles, armas, pájaros cantores, semillas olorosas para quemar, afeites para el rostro y el cuerpo, espejos, tenacillas para rizar el pelo y todo cuanto la imaginación más ardiente pudiese desear. Yo me encapriché de una silla de marfil con incrustaciones de plata y bronce, unos sahumadores de metal y unos candelabros de cerámica. Y como eran muchas las cosas que debíamos adquirir para abastecer la despensa y adornar la casa, alquilamos varios muchachos para que las portasen, y procuré ignorar las miradas inquisitivas, las preguntas solapadas con que unos y otros se interrogaban, a mi paso, respecto a quién podría ser yo. Entre la muchedumbre distinguí a un hombre, ricamente ataviado, acompañado de dos servidores, que pagaba en oro cuanto compraba y que, tanto en su atuendo cuanto en su porte, era distinto a todos. Llevaba la negra barba rizada al fuego y los bigotes engomados con las puntas hacia arriba; cubría su cabeza con un bonete en forma de tubo bordado en oro; no llevaba clámide; y su *clitón*, en lugar de llegarle a las rodillas, le alcanzaba los pies. Iba perfumado, lo que me confirmó no ser griego. Imaginé que era persa y comprobé que era rico. Encargué a Nubia que se informase por los vendedores acerca del extranjero; y si éstos no lo sabían que abordase a uno de sus mozos y le preguntase descaradamente quién era su señor y dónde podría enviarle un mensaje secreto. Entretanto ella regresaba de cumplimentar mi encargo, fingí interesarme por unos brocados y un *himatión* malva muy bien tejido, y procuré pasar diversas veces delante del rico mercader, seguida siempre de mi pintoresca caravana de portadores, para despertar su interés por mi persona, cosa que conseguí con largueza. Al cabo de un tiempo, Nubia me informó: el hombre se llamaba Salmanasar; no era persa sino asirio. Era dueño de tres barcos fondeados en el Pireo y comerciaba regularmente con Atenas, a la que vendía ricas telas orientales y le compraba higos, dátiles, quesos y vinos aromados con resina. Poseía una gran fortuna, y se hospedaba en casa de Aquelao el ateniense, hijo de Xantipo, al pie de la Acrópolis, junto a la muralla oriental, frente por frente al Templo de Artemisa.

Acerquéme a un escriba, que ponía en signos las cartas que le dictaban quienes no sabían hacerlo, y le pedí, previo pago, papel y recado de escribir.

Magnífico señor —comencé mi misiva—:

Si deseáis recrearos a solas y alegrar la soledad de una mujer que os admira, sabed que poseo una bella casa de campo en las afueras de las murallas de Poniente, donde nadie turbaría nuestra intimidad. Si deseáis verme, Nubia, mi esclava, os recogerá donde mandéis, para conduciros a mi casa, que es la vuestra.

Ordené a la pequeña Nubia que le entregase mi billete y le cursé instrucciones en el sentido de que si él preguntaba quién era yo, me buscase con los ojos y me señalase. En seguida me alejé de allí y me detuve detrás de un grupo de curiosos que escuchaban discursear a quien, precipitadamente, juzgué como un charlatán. Tenía éste un aspecto en verdad estrafalario. Su túnica estaba raída, sus sandalias no muy limpias y el rostro era lo más grotesco que cabe imaginar. Aunque no parecía haber cumplido los treinta años, el pelo le nacía a medio cráneo, dando a su frente una desmesurada dimensión, sus ojos achinados y su nariz roma, más parecida a hocico de perro que al órgano olfatorio del hombre; sus barbas ralas y enredadas, de mayor tamaño que su rostro; y sus orejas, con tendencia a la evasión voladora, contribuían a darle un aire bufonesco. De vez en cuando la gente reía al escucharle, lo que me animó a incorporarme al grupo de sus oyentes. Bien pronto advertí que las risas no eran de esas que provoca un chiflado que pone las palabras delante de las ideas, que habla a destajo y cuya cháchara es de las que tienen mucha hojarasca y poco fruto, sino de sorpresa ante una declaración inesperada. Su forma de argumentar era enhebrar pregunta tras pregunta, cada cual más aguda, acorralar a su contrincante con ideas precisas, extraer sugestiones de pasmosa clarividencia de las respuestas ajenas, llevar al otro a su terreno, y, al fin, dejarle mudo con una conclusión inobjetable. Era tan deslumbrante su inteligencia como su técnica…, pero había algo de implacable crueldad intelectual en su modo de argumentar, porque su método, evidentemente, exigía una víctima.

—¿Quién es? —pregunté.

—Es Sócrates, el más grande de los sabios —me respondieron.

Debió de escuchar el aludido esta respuesta porque, dirigiéndose a quien dijo esto, le preguntó:

—¿Qué entiendes por hombre sabio, Antíoco?

—Hombre sabio es aquel que sabe más que el común de los hombres.

—Dices bien. Y ¿qué consideras que es la sabiduría?

—La acumulación de muchos y vastos conocimientos.

—¿Sabes cuál es el mayor de esos conocimientos?

Tardó Antíoco en responder.

—Contestaré, Antíoco, por ti: el mayor conocimiento es saber que no se sabe

nada. Escucha: Querofonte, que fue mi camarada de juventud, y de quien sin duda habéis oído hablar, preguntó una vez en Delfos a la Pitonisa quién era el sabio más grande de Grecia. Él ya ha muerto, pero su hermano, aquí presente, podrá daros testimonio. Apolo, a través de la boca de la Pitonisa, le respondió que el más grande de todos los sabios vivientes era Sócrates. Querofonte, más largo de lengua que de prudencia, difundió esto entre sus íntimos, y hoy la historia corre de boca en boca. Pero voy a explicaros, varones atenienses, en presencia de la bella forastera que nos acompaña, qué es lo que quiso decir el dios: la verdadera sabiduría no está en el fatuo que cree saberlo todo, sino en aquel que reconoce su ignorancia. Es así que hay un hombre en Atenas que reconoce ignorarlo todo; pues bien, ése es más sabio que los demás. Pero no lo dijo por loar el caudal de unos conocimientos que no poseo, sino por definir la verdadera sabiduría. Porque lo cierto, Antíoco, es que yo sólo sé que no sé nada.

—Maestro… —intervine.

—¿Quién ha hablado?

—La bella forastera…

—¿Os creéis bella?

Me estremecí al pensar que iba a ser una víctima más de sus crueles preguntas y respondí:

—Sólo dije eso por identificarme, puesto que me llamasteis así.

—No respondisteis a mi pregunta: ¿os creéis bella, como yo dije?

—Sólo sé que lo dijisteis. Y que acertasteis al menos en la mitad de lo que dijisteis.

—Decidme, a vuestro juicio, ¿en qué he acertado y en qué no?

—Habéis acertado en creer saber que yo era forastera.

—¿Y no en creer saber qué es bella?

—No puedo responder a eso. Porque si hago mía su doctrina, como deseo, ¡sólo sé que no sé nada!

Todas las caras estaban vueltas hacia mí, y al oírme decir esto estalló ruidosa una gran carcajada.

—Según eso, tampoco sabéis si sois forastera.

—Exacto. Si hago mía su doctrina, tampoco sé si soy forastera. De suerte que, como conozco mi extranjería y tengo la evidencia de no ser ciudadana de Atenas, he de reconocer que, aunque poco, sé algo. De aquí, maestro, que su doctrina no pueda aceptarse más que como una parábola.

—Adelante, bella forastera. Veamos esa parábola. Siempre he dicho que soy un gran ignorante que sólo desea acercarse a la verdad.

—Vuestra doctrina, maestro, según lo que he podido escucharos, es ésta: Hay fatuos que creen saberlo todo. La amplitud de los conocimientos posibles es tan grande, que la mínima partícula de nuestros conocimientos ciertos, es «poco menos» que nada. Pero existen unos conocimientos ciertos, ¿no es así, maestro? Y como

querría discutir esto con vos, con algo más de amplitud de tiempo del que ahora dispongo me atreví a interrumpirle, maestro, para ofreceros mi casa.

—¿Por qué me llamáis maestro?

—Porque si me aceptáis, desearía ser vuestra discípula como un día lo fui de Gorgias y Anaxágoras.

—Y ¿cómo es eso posible, si hace un instante preguntabais quién era yo?

—Acabo de llegar de Mileto atraída por la fama de un tal Sócrates. Al escucharos pregunté: «¿Quién es?», como diciendo: «¿Será ese el Sócrates al que busco?». Y al saber que sí, os ofrezco, señor, mi casa para gozar de vuestras enseñanzas.

—¿Me invitáis a solas, para escucharme a solas?

—Eso no lo consentiría, maestro, ni mi honestidad ni vuestra prudencia. Sería para mí un honor que escogierais diez de vuestros discípulos preferidos. Nubia, mi esclava, pasará por vuestra casa para recibir su respuesta y concertar los detalles. ¡Vamos, muchachos, al trote! ¡Vamos, vamos, que se nos hace tarde!

Y me alejé de allí, al frente de mi pintoresca caravana, sin demostrar mi satisfacción por los elogios que provocaron de consuno mi discreción y mi apostura.

No creo que haya de esforzarme en convencer a nadie que, a partir de aquel día, fui la sensación de Atenas. Una forastera rica, bella e inteligente, sola, con casa propia, era de por sí un enigma interesante. Y tuve la virtud de saber explotar tanto mi enigma y mi hermosura, como la incomparable simpatía y gracia de Nubia, mi esclavita negra. ¡Que Afrodita la bendiga o la perdone! ¿Quién sabría hoy poner el verbo en su punto?

He seleccionado estos dos episodios de mis primeros días en Atenas, porque marcan la pauta de lo que, pasando los años, habría de ser la clave de mi ambivalente conducta: aumentar por igual las arcas de mis dineros y de mi sabiduría. Procuré que mis primeros amantes fueran ricos y forasteros, y mis primeros amigos, atenienses y sabios. Salmanasar y Sócrates fueron la cara y la cruz de una misma moneda: los paradigmas opuestos de mis ambiciones encontradas.

II

—La esposa de uno de tus contertulios más asiduos, cuyo nombre no te voy a dar por no halagarte los oídos, ya me lo advirtió. Esa Aspasia es una mujer deslumbrante —me dijo— porque, si lo primero que se advierte en ella es su belleza sin igual, inmediatamente después cautivan sus modales. Y, más tarde, su talento para discurrir y el arte de exponer su discurso, que no es lo mismo. Te aseguro que vale la pena conocerla.

»Esto me dijo y, habiendo sido dichos tales elogios por una mujer y dedicados a

otra, confieso que estaba intrigado y deseoso de conocerte. De aquí que, aquel primer día, me presentase con cierta antelación respecto a la hora en que estaba concertada la cita con los demás. Pasarán muchos años, Aspasia, y no olvidaré mi primer encuentro contigo. Mi mente está deformada por esta maldita costumbre mía de anteponer la estética a los conceptos. Han pasado meses y podría esculpirte tal como te vi la primera vez. Estabas en el jardín. Era al atardecer…

Quien así me hablaba era Fidias. No podía callar, ni cuando esculpía ni mientras dibujaba. Se diría que su mano prodigiosa quedaba más libre si, entretanto, daba rienda suelta a su memoria. Esta liberación de la actividad secundaria para dejar en mayor libertad a la principal, la he advertido en muchos: lo mismo al amar, que al tañer, que al pintar o esculpir. También la he observado en los discípulos de Hipócrates, al operar. Hablan, hablan, hablan, mientras otra parte de su espíritu se independiza para concentrarse no en lo que dicen sus labios, sino en lo que hacen sus manos.

Yo estaba sobre una pequeña tarima; Fidias dibujaba lo que más tarde habría de esculpir. Tan pronto rompía un primer diseño, arrugándolo y arrojándolo con desprecio al suelo, como volvía a tomarlo en las manos salvando lo que antes desechó. Me hacía cambiar de postura, movía mis brazos, me obligaba a adelantar una pierna, forzaba una comba de mi cadera, todo con pequeños toques en tanto que alababa mi docilidad, se disculpaba por sus molestas exigencias y continuaba el monólogo interrumpido.

—Me adelanté, como dije, a la llegada de Sócrates y tus otros amigos. Estabas reclinada en una silla de mármol rosa, cara al paisaje. Vestías un *quitón* blanco; cubrías tus hombros con un *epumis* verde, muy claro, que te llegaba a la cintura y habías tendido sobre tus rodillas un *himatión* bordado en su extremo, que sólo dejaba entrever la punta de tus sandalias. En la mano derecha tenías un quitasol con los colores mezclados de tus otros atuendos. A tus pies, sentada en el suelo, estaba tu bella esclava negra con una cítara en las manos a la que aleccionabas a tañerla entre grandes risas de ambas, producidas, según supuse, por su mucha torpeza o tu gran habilidad. Tras vosotras, la gran llanura Ática salpicada de olivos y cipreses. Y, al fondo, majestuosas, las cumbres malvas del Pentélico. Parecía una escena irreal, arrancada del Olimpo, porque tanto a vosotras como al paisaje, el sol poniente os nimbaba de un pálido fuego. ¡Por Zeus que no lo podré olvidar! Os estuve observando largo rato antes de hacerme presente porque, como digo, componíais un cuadro de rara belleza y temía deshacer el hechizo que vuestra presencia me producía. Ignoraba entonces que el hechizo mayor sería ver cómo te incorporabas y escucharte hablar. Tu voz me conmovió tanto como tu hermosura. Y tus conceptos tanto como tu voz.

»Perdona, ladea un poco la cabeza, hacia aquí… Baja un poco el hombro izquierdo… adelanta la rodilla para que produzca una arruga en el *quitón*… Así, así. No te muevas ahora…

Guardó silencio en tanto daba unos trazos, y en seguida prosiguió:

—Cuando llegaron Sócrates y los otros contertulios, os enzarzasteis en disquisiciones que aumentaron mi admiración hacia ti. Pero yo no podía apartar mi pensamiento de este solo deseo: que me sirvieses algún día, como ahora, de modelo para la estatua de Atenea que Pericles me ha encargado y que será situada en el sitio de honor del Partenón. Pero para esto era necesaria la autorización de Pericles… Él va a venir ahora… ¡Quieran los dioses que encuentre acertada mi decisión; y a ti digna de prestar tu belleza a la diosa!

—¿Qué dices, Fidias? ¿Has invitado a Pericles? ¡Mi casa no está preparada para recibirle! ¡No tengo nada que ofrecerle! ¿Cómo te atreviste?

—Fue él quien se invitó. Quería conocerte antes de dar su visto bueno para aceptar tu rostro como el de Atenea.

—¡Oh —exclamé rabiosa—, yo no soy digna de recibir al Autokrator entre estas paredes! ¡Déjame, al menos, adecentar mi rostro y perfumarme!

—¡No cometas ese error! ¡Eres la única mujer de Atenas que no necesita de afeites para embellecer su rostro!

—¡Buufff! —murmuré, agobiada aún por la sorpresa.

Pero no dejé de considerar el honor que para mí representaba esta visita; y el halago que suponía que Fidias, el mayor esteta del siglo, considerase innecesarios los afeites para mejorar mi rostro ante Pericles, el primer hombre de la tierra.

—Fidias, enemigo mío…

—No hables ahora, Aspasia, estoy dibujando tu rostro…

—Escucha, viejo monstruo, profanador de dioses, sitúame de modo que yo no le vea llegar. Y aunque lo advierta por sus pasos, no me daré por enterada de su presencia, del mismo modo que no me di por enterada de que estabas tras mí, sorbiéndome y sorbiendo a mi esclava con tus ojos lascivos, el primer día que me visitaste.

—¿De modo que sabías que te estaba observando? —preguntó, riendo.

—Naturalmente. ¡Qué ingenuos sois los hombres! Y las risas que nos oíste no estaban producidas por el hecho de que Nubia tañese bien o mal la cítara, sino por la comedia que estábamos representando al hacerte creer que ignorábamos tu presencia. Si tú deseaste más tarde que te sirviese de modelo, alguien tenía que inspirarte esa idea. ¿Lo conseguí o no?

—Lo conseguiste —respondió Fidias, fingiendo sentirse vejado.

—Procuré ser buena contigo y facilitarte esa idea. Ahora hay que hacer lo mismo con Pericles. ¡Es mucho lo que te va y me va en ello! Cámbiame de posición para que no vea la puerta por donde ha de entrar.

—¡Eres endiabladamente lista y perversa! Sea como dices. Trasladaré de sitio mi caballete, y tú ponte de perfil a la puerta.

Y así fue que, cuando el gran Pericles anunció su llegada con taconazos tan fuertes sobre el mármol de la galería que mi sentido económico, que era muy

poderoso, me hizo temer que lo despedazara, tanto Fidias como yo fingimos no advertirlo. Cuando la voz acongojada de mi pequeña Nubia nos quiso decir quién era el que había llegado, Fidias, con una gran voz, la mandó callar. Se hizo el silencio. Adiviné el gesto del gran hombre mandando retirarse a mi esclava; y durante cerca de media hora más continué posando, sí, mas no para Fidias, sino para Pericles, dueño y señor de la voluntad de Atenas; y, de quien ya me había propuesto, ser muy pronto, dueña y señora de su voluntad.

Dos años habían transcurrido desde mi llegada a Atenas. Todos los quintos días de cada semana mi salón fue centro de reuniones intelectuales y artísticas. En mi casa se leyeron obras de Sófocles y Eurípides; se exhibieron los lienzos o los bocetos de Zeuxis o de Parrasio; el viejo Anaxágoras era escuchado con respeto hasta por Sócrates; y yo protagonizaba lo mismo recitales de la divina Safo que conciertos de cítara y de danza, bien que seleccionando, para este arte, las piezas que fuesen más honestas y recatadas. ¿Quién podía saber, o a quién le interesaba indagar, qué clase de relaciones me unían con los otros insignes varones que los demás días de la semana frecuentaban mi casa? Entre éstos estaban no pocos forasteros ricos, pero también algunos atenienses como Arquestrato y Antítenes, los banqueros; y Calías y Nicias, las mayores fortunas de Atenas. Pero ¿es que, acaso, no tenía yo derecho a administrar mis bienes y tener buenos asesores para ello? ¿Quién podría discutir eso? Como fue Sócrates mi primer valedor, mi introductor en la *inteligentzia* ateniense, malas lenguas dijeron que éramos amantes. No fue cierto. Nunca hubiese cometido yo el error de mezclar mis deleites intelectuales, que eran certísimos, con los deleites carnales de los otros, de los que nunca participé yo, pero de los que dependían, tan estrechamente, mis finanzas. Eran mundos opuestos. Y nunca los mezclé, aunque el sapo baboso de Aristófanes, que hozaba en los detritus ajenos como las ratas, se atreviese alguna vez a insinuar lo contrario. Mis amantes fueron los ricos forasteros, los reyes de Oriente y de África, algún mercader de la pretenciosa Roma y mis «asesores financieros», los millonarios y banqueros atenienses. Si alguna debilidad tuve, la confesaré en su momento, aunque bien saben los dioses que mis caídas fueron más por la generosidad de complacer las debilidades ajenas, que no las propias; pues yo nunca sentí mayor placer por esas nimiedades que la que experimenta el codo al rozar el agua tibia del baño para comprobar si quema. Y ya que hablo de baño, que es tanto como hablar de higiene, voy a relatar, aunque sea anticipando mucho los hechos, una de las acusaciones de impiedad que se me hicieron durante mi famoso proceso: mi amor al agua frente a los aceites y ungüentos de mis contemporáneas. Quizá por haber estado Mileto ocupada tantos años por los persas, que tenían un concepto de la higiene muy superior al nuestro, descubrí más tarde que las mujeres atenienses «olían», y que pretendían ocultar sus olores naturales con aceites y perfumes. Yo enseñé a mis alumnas la virtud del agua… ¡y fui acusada por eso de impiedad! Vuelvo a mi historia. Yo no usaba aceites para lavarme, sino agua, lo que me distinguía de todas las otras damas que más tarde se sorprendían de

mi rara virtud de atraer a los hombres. No es que yo los atrajera. ¡Eran ellas quienes los repelían!

Tal vez la impaciencia que sentía al encontrarme frente a Pericles, me movía a experimentar sentimientos tan dispersos como los dichos. Y ahora, al recordarlos, añado, a aquéllos, otros muy distantes. En suma, mi dominio sobre mí misma no era tanto como para sentirme insensible al hecho de que, mientras yo posaba, me estaba contemplando el héroe, que ya lo era antes de que yo naciera, y de quien no había oído otra cosa que su nombre desde cuanto alcanzaba mi memoria. Un héroe, no cualquiera ni de cualquier parte, sino de Atenas: el foco deslumbrante de mi juventud.

Súbitamente, él tosió. Como si despertara de un sueño, me volví hacia él. Fingí no comprender qué hacía aquel hombre en mi casa. Él también estaba como un poco borracho después de haber estado treinta minutos o más, desnudándome con la imaginación, cosa que yo sabía, pero que él ignoraba que yo sabía.

—Fidias —dijo—, eres el más grande de los hombres. Tenías razón. ¡Ésta es Atenea!

—Atenea os saluda, ¡oh, gran Pericles! —dije, inclinándome.

—Atenas os saluda, gran señora —replicó él—, por la honra que le dais, al donar vuestra rara hermosura a la deidad.

Probablemente éste fue uno de los momentos decisivos de mi vida. Y los que vinieron más tarde no hubieran existido sin éste.

De aquí que mi incorregible inclinación por la crítica me hiciese observar que el rostro de Pericles no se correspondía con su cráneo. Si atendiésemos sólo al primero, hay que reconocer que sus ojos eran grandes y rasgados; su nariz, correcta; sus labios, finos; su mandíbula ligeramente adelantada, así como su labio inferior sobresaliente, como deseando expresar una voluntad de dominio; pero su cráneo, en forma de pera, no era el de un dominador: era el de un intelectual, condenado por el destino al hecho insoportable, y no deseado, de mandar. Era un híbrido de sentimental y pensador, cuya moral le hacía ser fiel al destino que la vida le deparó. Fue muy importante para mí descubrir esto. Porque, apenas concluyó Fidias de decir que pretendía hacer tantos bocetos como las musas le ordenasen, hasta encontrar el que decidiese como definitivo, yo me quedé a solas con Pericles, y le dije que me considerase su esclava; que le veía cansado y agobiado; que le ofrecía mi casa como un sitio sagrado para su descanso; que le retaba a que encontrase un lugar en que sus ojos pudiesen descansar sobre un paisaje tan bello; y que yo me ausentaría gustosa, con tal de que él, lejos del tráfago y el impertinente acoso de sus gobernados, pudiese sosegarse y meditar a solas. ¿Qué más me da que nadie crea hoy en la sinceridad de mi ofrecimiento? Yo deseaba para él ese descanso del que le vi tan necesitado. Y se lo ofrecí, aunque ello supusiera la anulación de mi persona. ¡Pero él no aceptó tal anulación! Me quería constantemente a su lado. Pericles me llevaba cerca de treinta años. Y comprendí que aceptaba mi casa y mi compañía, como un refugio.

Solía llegar al atardecer, se reclinaba en la silla en que me vio Fidias la primera vez; y yo me sentaba a sus pies, como hacía Nubia conmigo, y tañía la cítara mientras él, en silencio, contemplaba la puesta de sol.

Una tarde le ofrecí un racimo de uvas recién cortado de mis cepas. Las comió con tanta avidez que le dije:

—No hagas eso. Recuerda lo que le aconteció a Anacreonte…

—¿Qué le aconteció?

—Se creía inmortal porque, cumplidos cerca de los cien años, estaba fuerte y ágil como un mozo. Y habría cumplido sin duda los ciento cincuenta si un día, por tomar unas uvas de cinco en cinco, con tanta avidez como tú, no se atragantara y muriese ahogado a causa de su glotonería. ¡De modo que… repórtate!

—¡Están exquisitas! ¡Y qué color el suyo; parecen de jade!

—¿No es cierto que a Zeuxis le hubiese gustado pintarlas?

—¿Por qué a Zeuxis?

—Pero ¿qué es esto, Pericles? ¿Ignoras las cosas que ocurren en tu propia ciudad? ¿No conoces el pleito que tuvo el viejo Parrasio con Zeuxis de Heraclea a causa de unas uvas?

—Sólo sé que ese Zeuxis es el hombre más fatuo de cuantos han manejado un pincel.

—Ciertísimo. Y un día quiso medirse con Parrasio a ver cuál de los dos pintaba con más realismo. Nombraron un jurado de amigos; y ambos cubrieron sus lienzos con unas telas. Tocóle primero a Zeuxis descubrir su lienzo; levantó la tela y, al punto, todos los pájaros del cielo se precipitaron para picotear las uvas que él había pintado, creyendo que eran verdaderas. Ante tal muestra de realismo, que engañó a los propios pájaros, consideróse vencedor e invitó a Parrasio a que descubriese su lienzo y levantase la tela que lo tapaba. «Hazlo tú», respondió éste, con socarronería. Fue Zeuxis a hacerlo, y no pudo. Porfió varias veces en levantarla, hasta que cayó en la cuenta de que la tal tela estaba pintada… De suerte que si Zeuxis engañó a los pájaros, Parrasio engañó a Zeuxis…

Rompió Pericles a reír, de tan buena gana que se atragantó con las uvas.

—¡Cuidado, señor, acordaos de Anacreonte!

Más se lo decía, más reía él y se atragantaba. Y el hecho de medio ahogarse le daba más risa, con lo cual temí que se repitiese de veras la historia del ancianísimo poeta. Tuve que golpearle la espalda para desatragantarle. Mas él agarró mi mano y me tumbó sobre él. Hizo un amago de besarme y se arrepintió. Mas yo quedé sentada en su propio asiento, tal vez decepcionada de su falta de decisión.

—Me han dicho que, además de la cítara, sabes tañer la flauta. ¿Es ello cierto?

—Aunque supiese, gran Pericles, no sería prudente hacerlo hoy.

—¿Puedo saber por qué?

—Porque he observado que viniste a caballo. Y no quisiera que te ocurriese lo que a los sibaritas.

—¿Quiénes son los sibaritas?

—Los habitantes de Sibaris, una colonia que Corinto estableció en Italia, en el mar Adriático. Sus habitantes no se dedicaban más que a bien vestir, bien comer y regalarse con fiestas. Sus caballos eran diestros en el circo y en los bailes, pero no en la guerra. Y a los sibaritas, diestros en toda clase de deleites pero no en la lucha, no se les ocurrió mejor cosa que atacar militarmente a Crotona, otra de las colonias establecidas en el Adriático por nuestros abuelos. ¿Qué crees que hicieron los crotonenses? En lugar de afilar sus espadas y de acopiar gran número de venablos, recibieron a la caballería con flautas…

—¿Con flautas?

—Sí. Y al tañerlas, los caballos de los sibaritas, en lugar de atacar, se pusieron a bailar, que es lo que les habían enseñado… Y Crotona, gracias a esta argucia, se salvó. Imaginaos, señor, si yo acostumbrara a vuestro caballo al tañer de la flauta lo que os acontecería el día que entraseis en combate…

—¿Por qué sabes tantas cosas?

—Tuve buenos maestros.

—¿Por qué eres tan bella?

—Porque vuestros ojos son generosos.

—¿Por qué me siento tan feliz contigo?

—Porque procuro vuestro descanso y no vuestro cansancio; porque os doy paz y no guerra; porque prefiero vuestra felicidad a la mía. O, más bien, porque mi felicidad consiste en saberos feliz…

Juro por Heracles (que es por quien más gustaba jurar mi amigo Sócrates) que Pericles era un sentimental, lo más alejado que cabe del político frío y sagaz, como le designaba la fama. No era piedra del Pentélico, como le acusaron, sino cera del Ática, como bien sé, que se ablandaba y hasta derretía con harta facilidad. No una sino muchas veces le he visto llorar, y a veces por muy pequeños motivos. Nunca por dolor, que en eso era fuerte, sino por nimias, sensibles, emotivas circunstancias; escucharme un verso de Safo, ver desangrarse el sol en el nuboso horizonte, oírme un dicho afortunado o sostener, por primera vez entre las manos, a nuestro hijo.

Le gustaba a Pericles bromear respecto a sus mejores amigos. Cuando me vi esculpida en marfil y oro y de casi cinco metros de estatura, casi rompí a llorar. Pericles me consoló contándome que, cuando Fidias esculpió a un Zeus sentado para el templo de Olimpia y los ciudadanos advirtieron que, a pesar de su posición sedente, tenía veinte metros de altura, exclamaron: «¡Ojalá no se le ocurra al dios ponerse en pie, porque, de lo contrario, adiós techo!».

Yo le conté mi anécdota con Mirón, el autor de *El Discóbolo*, cuando me enseñó una prodigiosa ternera de bronce que acababa de fundir. Lo que no pude contarle es que fui penosamente plagiada veinte siglos después. Yo —Hans Weber—, que soy, en definitiva, quien redacta las memorias de cuando fui Aspasia, he leído mil veces la

extravagante versión de que Miguel Ángel, al concluir su *Moisés*, le consideró tan perfecto, que le dijo: «Y ahora… ¡habla!». Esto, insisto, no es más que un plagio vulgar de una palabra mía, pronunciada dos mil años antes de que naciera Buonarroti. Y esto es lo que le conté a Pericles. Al ver la ternera tan colosalmente esculpida por Mirón, consideré que para estar viva no le faltaba más que mugir, y, acercándome a ella, susurré en su oído: «¡Muge!». Lo cual fue celebradísimo; y Mirón no se cansó de proclamar que era el mejor elogio que se había dicho jamás de una obra suya. ¡Así se escribe la Historia! Pero, bien considerado, si escribo la mía con tanta premiosidad, no acabaré nunca. De modo que voy a limitarme a los aspectos que mejor conforman mi personalidad; o, por mejor decir, la dualidad de mis personalidades.

Una noche, y cuando, con no poco escándalo de Atenas, ya estaba concertado mi matrimonio con Pericles, al retirarme a dormir encontré a Nubia, arrodillada junto a mi cama, reclinada su cabeza sobre las sábanas de mi *konopeion*. Estaba llorando. Pretendí indagar la causa; se resistió largo tiempo. Al fin, entre hipidos y grandes lágrimas, me confesó la razón de su pena: Pericles la había pretendido; le propuso, a espaldas mías, lo que yo podría imaginar. Y ella, que no era nadie, que era sólo una esclava, es decir, poco menos que nada, le había rechazado por respeto a mí, por lealtad a mí, por amor a mí. Y ahora temía… que, por causa suya, yo perdiera el favor del Autokrator, o me obligase a despedirla. Y ella (tal como me dijo en tanto que aumentaba el caudal de sus lágrimas) prefería morir antes que separarse de mí. Confieso que la noticia me sorprendió, mas no me hirió. ¿Por qué iba Pericles a renunciar a mi pequeña Nubia si esto le agradaba? ¿Por qué no permitirle satisfacer su gusto? ¿No era peor dejarle rumiar su despecho, que no facilitarle su deseo? ¡Yo no lo perdería por tan poca cosa!

Delicadamente, y mientras me acostaba, aconsejé a Nubia que se dejase cortejar por el poderoso; le aseguré que yo no me sentiría herida por eso, ni despechada; que incluso —y en ello no había engaño— me satisfacía complacer, de ese modo, al que iba a ser mi marido.

Los gemidos de mi esclava crecieron de tal modo a medida que le hablaba, que llegué a alarmarme. Y si mucho me sorprendió su primera declaración, aún más la segunda. Pero, si bien lo pienso, ninguna de las dos me ofendieron. Ella no podía nunca aceptar a Pericles —me confesó— porque un gran amor se lo impedía. Y ese gran amor… era yo. ¡Por Zeus que su declaración me enterneció!

Tan sincero era su dolor y tan bella estaba llorando sin dejar de sonreír, y tan intenso era el anhelo de sus ojos buscando en los míos una respuesta, y tan grande mi radical incapacidad para negarme a cualquier solicitud, que descorrí las cortinas del mosquitero y la invité a introducirse en mis sábanas para consolarla. La enlacé con mi brazo y besé sus ojos para secar sus lágrimas. Mas ella, ávida, buscó mis labios con los suyos. A lo largo de los minutos que siguieron, mi estupor fue tan grande como el que experimenté con Dorio, aquel primer amante de mis catorce años. No puedo jurar

que me desagradó este segundo aprendizaje, porque la devoción de Nubia me conmovía, pero ¿cómo ocultar que su desquiciamiento me asombraba tanto como la anulación de la personalidad de los hombres en circunstancias similares? Lo que yo experimentaba —¿cómo explicarme?— era una mezcla de vanidad por sentirme digna de ser amada por tan variados especímenes humanos; de ternura, ante el amor que se me demostraba y de perplejidad, por esa condición mía de no compartir, en ninguna de tan diversas circunstancias, la pasión de los demás. Procuré ser dócil y cariñosa. Y sincera en mi agradecimiento, pero ni entonces ni nunca me conmoví más que un glaciar que recibe el tímido beneficio de un rayo de sol invernal. No obstante, mi aprendizaje mayor y más sustancioso fue éste: si no quería perder a Pericles debía no sólo tolerar, sino facilitarle la satisfacción de sus debilidades. Y ésta y no otra fue la idea inspiradora de mi escuela de música y danza que, andando el tiempo, tantos beneficios y disgustos habría de reportarme.

No acepté, entre mis alumnas, a cualquier aspirante. Sino que escogí a las jóvenes más bellas, graciosas y bien dotadas que pretendieron inscribirse. Y mi acierto mayor fue (aunque mi pensamiento último era otro) el rigor y la disciplina de mis clases. Sin vanagloria ni exaltación alguna, puedo afirmar que creé entre las muchachas de la alta sociedad ateniense un cuerpo de artistas como nunca se había visto otro en toda la Hélade. Las instruí en el arte de la declamación, la mímica, la armonía y el buen gusto. Y muchas de ellas se dedicaron de por vida solamente a eso. Otras se fueron casando y ¡ay de quienes se atrevieran a poner en entredicho, ante ellas, la seriedad y honestidad de mi instituto! Estas que podríamos llamar «primeras promociones» fueron las más ardientes en reivindicar mi fama, un tanto en entredicho por las lenguas viperinas, que nunca faltan.

Claro que las citadas ignoraban las actividades secretas de la escuela. Yo nunca intervine directamente en ciertos manejos. Me limitaba a exhibir ante Pericles un muestrario de bellezas, de uno u otro sexo. Y más tarde, Nubia, muy en secreto, con exquisita delicadeza, informaba a la elegida o al elegido, que el Autokrator, admirado de su gracia y su belleza, quería verse a solas con ella o con él…, a condición de que yo no me enterase jamás.

Yo ignoraba entonces cómo iba a ser tratada por la Historia: no tenía conciencia de merecer ser juzgada ni bien ni mal. Sólo sé que hice feliz a Pericles hasta el día de su muerte. Y que también yo lo fui, pues mi dicha consistía en hacer felices a los que amaba.

Si he de hacer un balance de mis sentimientos, diré que las mayores emociones de mi vida fueron éstas: de estupor e infinita ternura y gratitud cuando Pericles lloró en público al defenderme en mi proceso de impiedad del que, gracias a él, fui absuelta; de cólera, dolor y tristeza, ante el proceso y condena —el asesinato más bien— del mejor hombre del mundo, por su sabiduría y su bondad: Sócrates; de vanidad literaria, cuando el Autokrator leyó, ante la admiración general, la elegía a los

muertos de la guerra del Peloponeso, que escribí yo del principio al fin. Y cuando ya vieja, rica y viuda por segunda vez (y olvidada de mis veleidades de otrora), tampoco me faltaron las satisfacciones. La mayor fue el conocimiento de uno de los más jóvenes discípulos de Sócrates; que quería escribir sobre él y al que le faltaban datos de los primeros años del maestro, que tan bien conocía yo. Me venía a ver con asiduidad; me sometía a un riguroso interrogatorio; me leía después lo que había escrito, y me autorizaba a hacerle algunas correcciones. Tenía una mente clara y rigurosa; una inteligencia penetrante y honesta; una sed de verdad que daba luz a su alma. Y me honró con su amistad. Era muy joven. Se llamaba Platón.

CUADRAGÉSIMO QUINTA MEMORIA

—SAMUEL, el Juez, el Vidente, el Hombre de Dios, como en la antigüedad llamaba nuestro pueblo a los profetas, ungió como primer rey de Israel a Saúl, y más tarde a David, su enemigo. Cuando David durmió con sus padres, le sucedió Salomón, su hijo, el de las trescientas esposas con rango de princesas y setecientas concubinas. Por ser muchas de estas mujeres extranjeras, desde una egipcia hija de Faraón, a otras que eran moabitas, amonitas, edomitas, sidonias e hititas, el rey contravino las órdenes que dio a su pueblo Yahvé, Dios de Israel: «No os uniréis a ellas, pues de seguro arrastrarán vuestro corazón a sus dioses». Y así fue. Al llegar a la ancianidad, cuando la mente flaquea tanto como las piernas, y la voluntad se debilita tanto como la mente, el corazón del rey no fue enteramente de Yahvé, su Dios, como siempre lo fue el de David, su padre. Y las extranjeras torcieron la fe de Salomón, que adoró a Astarté, diosa abominable de los sidonios, y a Milkom, dios abominable de los amonitas, y a Kemos, dios abominable de los moabitas. Por castigarle en su descendencia, al dormir Salomón con sus padres, Yahvé dividió su reino y dio Israel a Jeroboam su enemigo, y sólo Judá a su hijo Roboam. ¡Cinco generaciones se han sucedido desde la partición del reino de David, y el pueblo de Dios, el elegido, tiene dos reyes! ¡Los hombres y mujeres de la Tierra Prometida están divididos! ¡Yahvé ha dado la espalda a sus hijos, porque sus hijos traicionaron a Yahvé!

—¿Por qué me hablas de eso ahora, madre, cuando los enemigos nos tienen cercados y sólo debemos pensar en mantenernos escondidos en esta gruta, y no hacer ruido para no ser oídos?

—Precisamente por estar cercados por los enemigos del Dios verdadero y estar en peligro de ser pasados a cuchillo, he de contarte, antes de que sea tarde, lo que Dios hizo contigo por intercesión de Elías, su siervo.

—¿Quién es ese Elías, madre? En la Fenicia, nunca oí hablar de él. ¡Maldigo a los que me devolvieron a la tierra en que nací! ¡Maldigo a Ajab, el rey vencido a cuyas órdenes luché sin conocer su causa! ¡No me hables en estas circunstancias de ese Elías, a quien no conozco!

—También ese Elías maldijo a Ajab, rey de Israel al decirle: «Los perros lamerán tu sangre y en ella se bañarán gozosas las prostitutas». Y así ha sido. Y los arameos que le vencieron y mataron son los mismos que ahora nos persiguen. Escucha, hijo, el gran milagro que el profeta, el hombre de Dios, hizo contigo.

—Pero… ¿de qué milagro me hablas?

—Aprende bien esto. Tú habías muerto y él hundió sus manos en el seno de los

muertos, donde yacías, y te extrajo de allí como un soldado que recoge del agua de un arroyuelo la espada que se le había caído.

—¿Qué dices, madre? ¿Cuándo fue eso? ¿Cómo fue?

—Todo fue en tiempos de la gran sequía. El Profeta, perseguido por Ajab, estaba escondido junto a un torrente, del que bebía, y donde los cuervos le llevaban pan y carne para alimentarle. Al secarse el torrente, Elías recibió la orden de Yahvé de dirigirse a Sarepta de Sidón, donde yo, recién viuda y tú recién huérfano, residíamos. ¡Escucha esto bien, hijo mío, porque cuanto voy a contarte son prodigios de los que no te puedes acordar!

»Al verme, a la puerta de la ciudad, contigo en mis brazos, Elías me pidió agua y pan. Yo le respondí:

»—Vive Yahvé, tu Dios; no tengo nada de pan cocido, sólo un puñado de harina en la tinaja y un poco de aceite en la orza. Pero no basta para que comamos mi hijo, tú y yo.

»Me penetró con sus ojos de fuego, y me habló:

»—No temas por tu hijo ni por ti, porque así habla Yahvé, Dios de Israel:

No se acabará la harina en la tinaja
ni se agotará el aceite en la orza
hasta el día en que Yahvé conceda
la lluvia sobre la haz de la tierra.

»Y éste, hijo mío, fue el primer prodigio porque comimos abundantemente y ni el aceite se agotó en la orza, ni en la tinaja la harina. Después de estas cosas, al cabo de pocos días y albergándole yo en nuestra casa de Sarepta de Sidón, caíste enfermo, tan reciamente que el aliento se fue de tus labios y el pulso en tus sienes cesó. Llorando deconsolada, me encaré con el Profeta.

»—¿Qué hay entre tú y yo —le dije—, hombre de Dios? ¿Es que has venido a mí para recordarme mis pecados y hacer morir a mi hijo?

»Él te tomó de mi regazo, subió a la habitación de arriba, donde se alojaba, y te acostó en su lecho.

»—¡Oh Yahvé, Yahvé! —exclamó—. ¿Vas a hacer mal a la viuda en cuya casa me hospedo? ¡Defiende a este niño, oh Yahvé, protégele con las sombras de tus alas, caliéntale con el aliento de tu boca, rózale con la luz de tu mirada!

»Tumbóse sobre ti tres veces y otras tantas se levantó, clamando a Yahvé por tu vida. Se produjo entonces un intenso vendaval que amenazaba llevarse la vivienda por los aires. Miré en todas direcciones, pero Yahvé no estaba en el vendaval. Siguió después un pavoroso terremoto que amenazó derribar la casa. Miré a todas partes y Yahvé no estaba en el temblor. Nació entonces una brisa apacible y suave. ¡Ahí estaba Yahvé! La postrera vez que Elías te cubrió con su cuerpo, al retirarse abriste los ojos y me sonreíste. Desde entonces rendí culto a su Dios, que no era mi Dios, le

seguí a todas partes, lavé su ropa en los ríos, pedí limosna para él en las encrucijadas de los caminos y yo misma le alimentaba.

—¿Eso hizo Elías conmigo? ¡Hablame más de él!

—Por seguirle de continuo presencié su encuentro con Ajab y el pavoroso sacrificio de los cuatrocientos cincuenta falsos profetas en el Monte Carmelo, y supe del asesinato de Nabot, a quien la reina Jezabel mandó matar para hurtarle una viña. Después, por volver a tu lado, le abandoné. Dicen que ya no vive en este mundo, pero tampoco murió. Fue arrebatado por un carro de fuego tirado por dos caballos de lo mismo, y, Elías, como un auriga del cielo, condujo el carro hacia la casa de su Padre. Dicen sus discípulos que regresará a la tierra por donde se fue, al final de los tiempos.

»Todo sucedió así. Aun a sabiendas de que Ajab le buscaba para matarle, Elías fue en su busca. Al verle, le preguntó el rey:

»—¿Eres tú, mi enemigo, el azote de Israel?

»Elías respondió:

»—No soy yo el azote de Israel, sino tú, y la casa de tu padre por haber abandonado a Yahvé para adorar a Baal y a los falsos dioses. Si quieres que acabe la sequía y vuelva la felicidad a tu pueblo, reúne a todo Israel en el Monte Carmelo e invita a que vengan también los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal que comen a la mesa de Jezabel, tu mujer.

»Dispúsolo así Ajab, y las muchedumbres se congregaron en el monte. Exhortó a los sacerdotes de Baal que prepararan leña, descuartizaran un novillo y lo pusieran sobre ella. Él hizo lo propio junto a un altar de doce piedras: una por cada tribu. Lo rodeó de una profunda zanja que fue por tres veces anegada con gruesas tinajas. Después, increpó al pueblo diciéndole:

»—¿Hasta cuándo vais a estar cojeando con los dos pies? ¡Si Yahvé es Dios, seguid a Yahvé; si Baal es Dios, seguid a Baal! Y vosotros, los sacerdotes y adoradores de este último, no prendáis fuego a la yesca como tampoco yo lo prenderé a la mía. Aquella que se prenda por sí sola, a pesar de tener la mía anegada, ésa será la del verdadero Dios.

»Desde el alba hasta el mediodía los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal estuvieron implorándole.

»—¡Imploradle más alto! —les increpaba Elías—. ¡Tal vez vuestro dios esté dormido, o se halla alejado por algún negocio! ¡Gritadle más!

»Alzaron los de Baal sus voces, mas la pira no se encendió. Volvióse ceñudo a mí y me dijo:

»—Conoce el buey a su dueño y el asno el pesebre de su amo. Israel, empero, no conoce a su Dios. Mi pueblo no discierne. Es peor que el asno y el buey.

»Dióme la espalda, elevó los ojos al cielo, alzó los brazos hacia Yahvé y le imploró:

»—¡Oh Yahvé Sabaot, el que escuchaste al suave salmista de Israel, roca fuerte, baluarte en que me amparo, refugio, ciudadela de tu siervo… Yo te invoco!

»Tú, a cuya voz los cielos se estremecen, que planeas en alas de querubes, oh Señor, que deslumbras mis tinieblas, que eres sagaz con el ladino, y puro, con el puro a tus ojos, mi Señor… Yo te invoco.

»Tu diestra que sostiene el firmamento, tu clara voz que dicta a las estrellas, la órbita y el rumbo, me concedan, humillar tu enemigo ante mi vista… Yo te invoco.

»Te invoco a que demuestres a Israel que eres Dios Sempiterno, el Solo, el Único. Y que tu siervo Elías, es tu profeta. ¡Yo te invoco!

»Te aseguro, hijo, que su voz retumbaba entre las crestas del monte como el ruido sordo de un carnero herido que se despeña de roca en roca. Y, al punto, aunque el cielo estaba límpido, un rayo se precipitó de las alturas y prendió fuego a la hoguera, y devoró el holocausto y la leña, y lamió el agua de las zanjas. Los hombres del pueblo de Israel cayeron de bruces y puestos los rostros en el polvo, todos a una clamaron:

»—¡Yahvé, es Dios! ¡Yahvé, es Dios!

»—Sube, come y bebe —le dijo Elías al rey Ajab—, porque ya se oye el rumor de la lluvia. Dios ha oído mi oración. La sequía ha concluido.

»Yo estaba espantada, porque si bien la hoguera en holocausto de Yahvé se prendió sin intervención de mano de hombre, en el cielo no había nubes, ni en el aire viento que las trajese.

»Indicóme Elías que le siguiera a la cima. Allí se encorvó hacia la tierra poniendo el rostro entre sus rodillas, y oró. De súbito, me dijo: “Sube más alto, mira hacia el mar y dime qué ves”. Hice lo que me mandaba. “Siervo de Yahvé —le dije—, nada veo, salvo una gran extensión calma. Ni una nube en el cielo, ni un torbellino en la mar”.

»Seis veces más repitió mi envío y otras tantas, al escuchar mi negativa, se sumió en profunda oración. La última vez le dije: “Hay una nube como la palma de un hombre que sube por la mar”. Incorporóse el profeta y me ordenó:

»—Corre a donde está el rey y dile a Ajab que unza pronto su carro y que baje a tierra llana, no sea que las ruedas se le empantanen en el cieno que producirá el agua que va a caer. Que se apure si no quiere correr ese riesgo.

»Antes de que llegase hasta el rey y pudiese decirle lo que el siervo de Dios me ordenaba, se oscureció el cielo por las nubes y una gran lluvia se precipitó sobre la tierra.

—¿Es cierto, madre? ¿Es cierto lo que me dices?

—¿Cómo mentirte, hijo, cuando la muerte ronda nuestras pisadas? Escucha, escucha: ordenó entonces Elías que se echara mano a los profetas de Baal sin que escapara ninguno de ellos. Los israelitas les apresaron por idólatras y los cuatrocientos cincuenta falsos profetas fueron degollados junto al torrente de Quisón.

»Ajab se convirtió al culto de Yahvé, más por temor a su pueblo que por amor a Él. Pero su corazón seguía frío. Por eso permitió que Jezabel, la pérfida, mandara asesinar a su vecino Nabot, sólo por apropiarse de su viña. Yahvé ordenó a Elías que

se presentase ante el rey.

»—¿Has asesinado —le dijo— y, además, usurpas?

»—Has vuelto a encontrarme, enemigo mío —dijo el rey.

»—Te he vuelto a encontrar porque te has vendido para hacer el mal a los ojos de Dios. Escucha bien lo que ha jurado a mis oídos Yahvé Sabaot: "Cesaré la arrogancia a los soberbios. Su insolente avaricia humillaré. ¡Ay, de aquellos que tuercen las verdades, que estableció Yahvé Dios de Israel, los que absuelven al malo por soborno, y quitan a los justos su derecho! Sus casas se hundirán, y entre sus ruinas harán aprisco bestias del desierto, y anidarán mochuelos asquerosos. Sus palacios ebúrneos, sus alcázares, habitarán los lobos y las hienas. Y chacales sus casas de recreo. ¡Alegraos, diré a sus enemigos! ¡La vara que os hería se ha quebrado! Los que matan y abusan de sus muertos, arrojados serán de sus sepulcros, como brotes de hierba abominable. Desposarán con las ratas, fornicarán con gusanos, y tendrán por concubinas perras salvajes preñadas. En el mismo lugar en que los perros han lamido la sangre de Nabot, Ajab, tu propia sangre lamerán. Y las rameras lavarán sus manos, en ella, de alegría por tu muerte".

»Y hoy es el día, hijo, en que se ha cumplido la profecía. El siervo de Dios fue arrebatado al cielo, como vio su discípulo Elíseo, y desde el seno de Yahvé habrá visto cumplirse el oráculo. Insensatamente, siguiendo el consejo de los falsos profetas y desoyendo la predicción de Miqueas (sucesor de Elías en la gracia del Dios verdadero), los dos reyes de nuestra estirpe, Josafat, rey de Judá, y Ajab, rey de Israel, quisieron atacar a los arameos para rescatar la tierra de Ramot de Galaad que aquéllos ocupaban. Pero Yahvé, atendiendo a sus muchos pecados, no les dio la victoria. Una flecha hirió al de Israel por entre las placas de su coraza. Y éste dijo al auriga: "Sácame de la batalla, porque voy a morir". La sangre de la herida corría por el fondo del carro. "¡El rey ha muerto, el rey ha muerto!". Fue el grito que corrió por todo el campamento. Y los nuestros huyeron y llegaron a Samaría, y allí sepultaron al rey. Lavaron el carro con agua abundante junto a la alberca, y los perros lamían su sangre y las rameras se bañaron en ella, según las palabras que (escuchando a Yahvé) Elías, el profeta, el siervo de Dios, la oreja del Altísimo, había predicho.

»Ahora, los pueblos de Aram invaden Israel. Yahvé nos ha vuelto la espalda porque es mucho lo que hemos pecado, y no es imposible que pronto nos alcancen sus jaurías o nos hieran sus lanzas. Por eso, hijo mío, ahora que la muerte está cerca he querido contarte la verdad que nunca te dije. Si mueres en el combate o en la esclavitud, que Elías te lleve de su mano a engrosar el otro ejército de los que murieron, que tiene junto a sí Yahvé, el Dios de Israel. Si muero, sé que él me llevará junto al Único, porque así lo prometió.

—Calla, madre, calla. ¿Qué ruidos son ésos?

Ignoro si mi hijo logró huir porque, en ese instante mismo, los hombres de Aram nos atacaron y fui herida de muerte por la espalda.

Ésta es mi cuadragésimo quinta memoria.

CENTÉSIMA PRIMERA MEMORIA

I

¡Yo te conjuro, a ti, quien seas, el que me despiertas del que creía ser mi eterno sueño, a que me devuelvas al seno de la nada! ¿Por qué me desvelas? ¿Quién eres? ¡Vuélveme al vacío del que me sacaste! No quiero recordar quién fui, ni cuándo alenté, ni verte escribir esos signos con los que pretendes reproducir tu memoria y la mía. Sólo sé que tuve la desgracia de nacer y la dicha de morir. No quiero recordar más… ¡Enemigo escudriñador, maldito seas! ¡Olvídame!

¡Ah, no sé de dónde sacas el poder de dialogar conmigo, violentando con ello, cruelmente, mi deseo de eterno silencio! ¿Naciste antes o después que yo? Si antes, nada puede decirte mi nombre, Cambul, que significa «El Pájaro del Penacho Amarillo». Si después, ¿cómo te atreves a considerarme dichoso? Si acaso lo fui, ¿qué puede lacerar más el alma que perder lo que se tuvo? Y si mucho tuve, mucho fue lo que perdí, de suerte que sufre más quien tuvo más. Pero no son bienes de la tierra los que añoro, sino la esperanza perdida. Y si mi esperanza fue mayor que la de cualquier otro nacido, debes entender que, al perderla, no hay otro, vivo o muerto, más desdichado que yo.

Bien veo que sabes que fui un *Halach Uinic*[1] u «Hombre de la Importancia Suprema», también llamado «El Verdadero», cuyo poder superaba y se extendía a todos los *batab*[2] que gobernaban las ciudades vecinas y a los *tupiles*[3] de cualquier grado por muy altas que fuesen sus funciones. Pero ahora te digo que preferiría cambiarme por el esclavo que a mi espalda me daba sombra con un quitasol de plumas de guacamaya y vestir como él, sólo un inmundo *ex*[4], para cubrir las partes pudendas en lugar de barrer el suelo con mi capa de pieles de jaguar, calzar sandalias de oro o cubrir mi testa con el tocado de plumas de *quetzal*[5], que usaron antes que yo mi padre y mis abuelos. Otra cosa sería negarte —porque nunca los sapos de la mentira ensuciaron mi boca— que creí ser dichoso en vida e incluso algunas décadas después de muerto. Pero mi tortura empezó al entender que nunca se cumpliría el destino que me fue profetizado. ¡Ah, Nac Puc Cimé, falso engañador, que Itzamaná, el dios celeste que inventó la Escritura, permita que los loros se alimenten con los ojos de tus descendientes y que los tapires inmundos yazgan con las mujeres de tu estirpe!

Me recuerdas, ¡oh tú el que me despiertas!, el día en que mi esposa y yo asistimos a la ceremonia de entablillar el cráneo del príncipe, mi primogénito. Ni me dices qué año fue ni lo guarda mi memoria, pero el día era *eznab*[6] y el mes era *chen*[7] porque tal día y tal mes se celebraba el aniversario de mi madre con la que contraje nupcias cuando enviudó.

Sí —¿cómo negarlo?—, aquel día fui muy dichoso. Mi esposa, que era madre del niño, pues en ella lo engendré, y abuela suya al propio tiempo por ser hijo de su hijo (conjunción la más favorable que cabe para la dicha), tomó en sus manos el *pulub*[8], lanzó sobre el rostro de la criatura humo sagrado, y cantó la oración ceremonial con una voz tan suave como la de la brisa de la aurora cuando va abriendo camino en la espesura de la jungla para que, tras ella, penetre la luz.

Tras esto, las nodrizas iniciaron su labor muy pulcramente, con habilidad de expertas, de suerte que, al crecer, el cráneo se desarrollase solamente hacia atrás. De este modo se evitaría la frente curvada, tan plebeya, o las cabezas redondas y achatadas propias de las razas inferiores. Pero, además, con esta operación, se fuerza a los huesos nasales a retraerse hasta lo más alto de la frente y a que la nariz inicie su prolongada curvatura muy por encima de las cejas, junto al nacimiento mismo del pelo, cosa jamás vista en otra raza alguna. Con este artificio, vistos de perfil, tal como esculpieron los artistas en sus bajorrelieves a mis ancestros, la frente y la nariz forman un solo y armonioso conjunto, de rara y singular nobleza. Entre los ignorantes *ichcah*[9], muchos olvidan que tan delicada operación no puede hacerse más que cuando los huesos están tiernos, como barro aún no cocido, o como ese estuco, antes de secarse, con el que ornamentamos los templos y palacios, hecho de arcilla, piedra molida, yema de huevos de *ahaucutz*[10] y miel de abeja. Un plebeyo que, por querer parecerse a nosotros, deformó su cráneo, siendo adulto, pagó su sacrílega e inculta osadía con la muerte por epilepsia.

Esta operación, que con tanto amor presenciamos, era sólo la primera de un largo proceso de embellecimiento. En cuanto el príncipe, meses más tarde, tuviese aptitud de mirar y escuchar (que no es lo mismo que ver y oír) sus nodrizas colgarían sobre la cuna, de manera que lo tuviese muy cerca de los ojos, un *kitzmoc*, o cascabel dorado. Las pupilas, fijas en el oscilante sonajero, obligarían a los iris del niño a bizquear hasta quedar totalmente bisojos, cual ordena la estética adecuada a nuestra alcurnia. Y más adelante, cuando ya supiese caminar, se le agujerearían los lóbulos de las orejas, de los que se harían colgar piedras preciosas, cada vez de más peso, para conseguir alargarlas hasta más abajo de las mandíbulas. Y aún habría que esperar a la caída de la primera dentición y al afianzamiento de la segunda, para perforar sus dientes con agudos estiletes y abrir pequeñas ventanillas, de las formas más variadas y artísticas, en todos sus incisivos, e incrustar en tales huecos, bien mínimas obsidianas negras, en formas de escarabajos, o margaritas de jade verde. La labor de traspasar la ventanilla izquierda de la nariz con un grueso topacio o amatista no se haría hasta llegar a la pubertad, momento en que el apéndice nasal ya habría alcanzado su máximo

desarrollo. Sólo entonces quedaría culminada la obra de embellecimiento de su rostro. Y mi primogénito y heredero —bizcos los negros ojos, afeitada la cabeza para mejor apreciar la longitud colosal de su cráneo; perforados y adornados los dientes de negro y verde; alargadas las orejas de las que penderían pesados rodillos de ónice o jade, y enriquecido el flanco de su nariz con una joya incrustada en su aleta, podría contemplar el esplendor de su belleza en un espejo de pulida obsidiana y sentirse orgulloso de ser maya, nieto de mayas, eslabón de su estirpe, hijo del Sol.

Concluida la ceremonia, me despedí de mi madre, y esposa; la cual, acompañada de las mujeres nobles a su servicio y de mis numerosas concubinas, entre las que estaban mis cinco hermanas, se retiró a sus quehaceres. A mí me esperaban los arquitectos del Gran Templo para acompañarme a la habitual visita a las obras. Formóse allí mismo la comitiva, y subí a la litera que cuatro esclavos de cada lado portaban sobre sus hombros. Nos precedían ocho *ichcahs* que iban barriendo la tierra con escobillas de palmas para retirar el polvo, ahuyentar las sabandijas y retirar los detritus de los perros; seguíanlos las vírgenes vestidas con sus *kubs*[11] blancos preciosamente bordados en pechos y espalda, que escanciaban agua mezclada con pétalos prensados de flores olorosas y hierbas aromáticas; en seguida el portador del *tunkul*[12] seguido de los flautistas y tamborileros a dedo, que no usaban varillas cubiertas de hule para percutir los cueros, sino que arrancaban a mano delicadísimos sones de los tambores de concha de tortuga. Detrás, distanciada de todos, la litera que me portaba, sin otro hombre tras mí que el *tupil* que me protegía la cabeza de los rigores del sol con una gran visera de plumas de guacamaya. Inmediatamente detrás, a pie, el portador de mi *xeec*[13], especie de curul desmontable de cuero y malaquita, para cuando quisiese sentarme, y por último, en desorden y parloteando (pues hay gran competencia entre las cotorras y los arquitectos en saber quién habla más, diciendo menos), Nac Puc Cimé, mi arquitecto real, seguido de una abigarrada cohorte de alarifes, delineantes y calculadores.

La ciudad, fundada por Tzxacol, «El Constructor», padre de mi abuelo y abuela (que eran hermanos), era una auténtica cordillera, cuyas crestas no eran riscos, sino templos dedicados a la multitud de dioses de nuestra teogonía, cuyas ondulaciones no eran orográficas, sino observatorios astronómicos circulares (tal cual lo es el firmamento); cuyas lomas desmochadas no eran sino las azoteas de los palacios donde habitaban los príncipes de las ramas no reinantes o pertenecían a las escuelas donde perfeccionaban sus conocimientos los matemáticos, astrónomos, arquitectos o escribanos. Soberbio edificio, este último, donde se conservaban los anales de nuestra estirpe hasta entroncar con el sol, mi primer antecesor. Pasamos junto al templo dedicado a *Chac*, dios de la lluvia, con sus efigies que llevaban una trompa por nariz. Estaba inmediatamente situado bajo el erigido en honor de *Ek Chuah*, dios del comercio y de los hombres ricos; y éste, junto al templo de *Ixchelt*, diosa de la luna, los partos y la medicina. Algo más lejos el de *Yum Kax*, dios del maíz. Y, dominando

a todos, los de *Itzamaná*, el celeste inventor de la escritura, y el de *Ixtab*, la tierna y piadosa deidad de los suicidas.

Llegados a la explanada desde la que se veían las obras del gran templo, descendí de la litera; me ofrecieron el *xeec* de cuero y malaquita para que me sentase en él, y comenzaron los sabios a desplegar las cortezas machacadas de árbol en que estaban dibujados los planos, dispuestos todos a aburrirme los oídos con la inútil iteración de lo que ya veían mis ojos. Ordené al *ichcah* de mi espalda que me abanicara y a los alarifes que enfundaran sus lenguas. ¡Me molestaban por igual las moscas y los hombres! ¡Que el primero se encargase de espantarlas con su abanico de plumas, y los demás de guardarse sus inútiles explicaciones allí donde los monos esconden el producto de sus latrocinios! ¿Qué me podrían decir que ya no supiese?

El monumento (muy ancho en su base y más estrecho a medida que se elevaba) tenía cuatro caras truncadas por otras tantas mesetas; y una más, suplementaria, en la parte más alta, en la que ya se estaba erigiendo un templete sostenido por trece columnas, donde en un futuro próximo se celebrarían los sacrificios. Noventa escalones cubrían íntegramente cada uno de los paramentos y, en el rellano superior, cinco peldaños más daban acceso al templete ceremonial. Pero ni lo dicho, ni las dos puertas ornadas con medallones de estuco (en los que aún faltaban por esculpir los episodios más sobresalientes de mi vida) tenían una significación puramente estética. Los distintos elementos arquitectónicos no estaban así dispuestos «solo» por la conveniente proporción y correspondencia de unos volúmenes con otros. Cuando expuse al necio de Nac Puc Cimé mi proyecto, el arquitecto real palideció. Nadie jamás había osado tanto. Él sería el encargado de realizar. Pero la idea fue sólo mía. El caso es que, multiplicando los noventa escaños de cada paramento por las cuatro caras del templo, darían 360, que eran los días hábiles del año. Y sumando a éstos los cinco escalones por los que se accedía al templete de los sacrificios (que equivalían a los cinco días inútiles o muertos), resultaban 365, que eran los que correspondían al ciclo completo solar.

—¡Qué maravilla, oh gran Señor! —exclamó por halagarme, sin entender que no había hecho sino comenzar mi exposición.

—Si multiplicas —añadí— las cuatro caras, que equivalen a los puntos cardinales por las cinco mesetas que truncan el templo, tendrás los veinte días de cada mes. Si restas a esto los dos vanos o puertas, que no son más que vacíos, tendrás los dieciocho meses del año. Y las trece columnas del templete de los sacrificios multiplicadas por los cuatro lados, que equivalen a las estaciones, tendrás, amigo, los cincuenta y dos años de que se compone el siglo del calendario maya. ¡El templo de cuya construcción vas a encargarte no sólo será mi oratorio, y mi monumento funerario, sino el más completo calendario arquitectónico que vieron los siglos!

—Obligas mucho a mi pobre inteligencia, ¡oh Cambul! —me dijo entonces—, pero te prometo que la agudizaré, de suerte que pueda introducir una innovación en el templo digna de tu gran ingenio.

Pensé entonces, y seguía pensando ahora, que eran palabras vanas, ya que nunca me impuso de lo que pensaba hacer, y no toleraría que añadiese nada a mi proyecto sin mi consentimiento.

Esto le dije entonces…, ¿y venía ahora a explicarme el simbolismo que yo mismo le dicté? Mandéle callar y me dispuse a saciar mi vista con cuanto se ofrecía a mi contemplación; pero saciarla en silencio, no entre inútiles cotorreos.

Bajo mi atalaya, y en primer término a mi derecha, estaban los inmensos corrales de *ahaucutz* con las yemas de cuyos huevos mezclados con miel —como ya dije—, arcilla y piedra machacada se estaban fabricando ya las primeras piezas del estuco para la ornamentación. Tras los corrales, y hasta donde la vista abarcaba, decenas de miles de hombres y mujeres, cual regueros interminables de tenaces hormigas, acarreaban materiales para la magna construcción. Quienes lo cargaban a sus espaldas llevaban la correa de sujeción de la mochila en torno de la frente; también la llevaban así quienes arrastraban grandes bloques de piedra; de suerte que, más que tirar de un peso, parecía que empujaban. Toda suerte de parásitos o servidores (mujeres que transportaban agua en pellejos para aliviar la sed de los cargadores; cómitres que amenazaban con sus varas o sus perros a los rezagados; esclavos, encordados por los pies, que habrían de sustituir a los muertos o desfallecidos por el cansancio) avanzaban desde la línea misma del horizonte, envueltos en la dorada niebla de polvo que levantaba su trajinar y en las nubes de moscas y tábanos que acudían a cebarse en el sudor de sus torsos desnudos abrillantados por un sol que, al caer de plano, reverberaba sobre su transpiración. Me placía ver el fenómeno (cuya solución me dispuse a consultar a los sabios) de que, aunque marchaban todos a la misma velocidad, apenas se veía avanzar a los más lejanos; a los intermedios ya se notaba, bien que muy lento, su desplazamiento; mientras que los más próximos dejaban claramente la tierra a sus espaldas a cada movimiento de sus piernas hasta esconderse tras la mole cada vez más imponente de la obra que ensalzaría mi nombre a través de los tiempos, dándole más lustre que el de todos mis antepasados juntos.

Desde que inicié la contemplación del soberbio espectáculo de las muchedumbres trabajando para mí, el arquitecto real estuvo tumbado ante mis pies, hundida la frente en el polvo, en espera de que le permitiese hablar. Le rocé la frente con mi sandalia, autorizándole a hacerlo e incorporarse. Extendió desde el suelo el brazo hacia el paramento que miraba hacia el sur y dijo:

—Escucha, príncipe, lo que tanto tiempo hace que te prometí y hoy quiero revelarte. En cuanto se produzca el próximo equinoccio de otoño (único momento del año, junto con el de primavera, en que los días y las noches tienen la misma duración a lo ancho de la Tierra), podrás contemplar sobre la pared del templo que mira a mediodía, algo tan singular, tan nunca visto, que te pasmará. Porque entenderás que tu nombre no se desvanecerá en el olvido como la niebla de la mañana cuando la alancea el sol, sino que permanecerá vivo a lo largo de las generaciones hasta el final

de los días.

Me estremecí al oír noticia tan extraordinaria.

—Muy graves son esas palabras, Nac Puc Cimé…

—Voy a demostrarte, príncipe, que no hay exageración alguna en ellas. Ese día, apenas salga el sol, una imagen gigantesca de tu persona se proyectará sobre ese paramento mirando a Occidente. A mediodía se desvanecerá, en señal de que todo muere. Pero al atardecer volverá a surgir como símbolo de tu eterna resurrección. En el equinoccio de otoño, equivaldrá a una orden dada por ti, mirando a uno y otro lado de donde nace y muere el día, en señal de que la siembra debe comenzar. Y en el equinoccio de primavera de que la cosecha debe colectarse. Y estas órdenes, señor, las darás lo mismo en vida que después de muerto. Por eso dije antes que tu nombre brillaría, junto a tu figura, hasta el límite de las edades.

—¿Qué dices, arquitecto? ¿Has perdido el juicio o estás beodo? ¿Qué artista sería capaz de esculpir mi imagen de esas dimensiones, destruirla y volver a formarla durante un solo día?

—Tu padre el Sol, ¡oh poderoso Señor!, será quien lo hará.

Me puse bruscamente en pie al oír esto, contradiciendo la ley que prohíbe al príncipe exteriorizar en público la más pequeña emoción. Tal fue la sorpresa de cuantos me rodeaban aturdidos y espantados, que hasta aquellos a quienes les estaba vedado mirarme a los ojos, so pena de perder los suyos, esta vez lo hicieron. ¡Felices ellos, puesto que yo —profundamente conmocionado por lo que acababa de escuchar — no lo advertí!

—Si te dignas, Señor, honrar mi humilde taller, verás hoy por tus propios ojos sobre mi maqueta, lo que las generaciones futuras, verán en la pared meridional del templo por toda una eternidad…

Situada dentro de una gran nave, la maqueta tendría al menos tres metros de altura, veinte veces menos de lo que alcanzaría el original. Tuve miedo de presenciar la prueba que me anunciaba y quise retrasar la visión del prodigio.

—Enséñame primero, arquitecto, dónde estará mi sepulcro.

Presionó el artista sobre un reborde de la piedra y la mole se abrió moviéndose después como un biombo que se despliega. Apareció ante mi vista el interior del templo. Desde la cúspide, justo bajo la losa de los sacrificios, nacía una escalera de peldaños muy pinos que llegaba hasta la base. Allí, había sólo dos cámaras: una, la de mi tumba; otra, la de las mujeres y servidores que habrían de sepultarse vivos para acompañarme y solazarme en mi viaje por el reino de los muertos.

—Atiende a esto, Gran Cambul. Observa este orificio en la losa en que se inmolarán las víctimas. Como ves, su sangre caerá directamente por este canal sobre ti para que tu espíritu esté perpetuamente alimentado.

—Eres sagaz, arquitecto. Muy sagaz. Cuando yo muera, querré tenerte siempre cerca: aquí.

Y señalé la cámara donde serían enterrados vivos mis eternos acompañantes.

—Itzamaná retrase tu salida de la tierra, Gran Príncipe —me respondió, no sé si por halagarme o por expresar su deseo de retrasar la suya.

Cerró entonces la maqueta, y añadió:

—Roza, Señor, estas dos aristas de la maqueta, con las yemas de tus dedos. Verás que no están absolutamente lisas, sino que se las siente como granuladas. Son ínfimos, pequeños rebordes, unos en forma de hendiduras, otros de salientes, y todos ellos tan pequeños, que antes se advierten por el tacto que con la vista. Pon suma atención a lo que digo: este pequeño carril, que trepa desde el suelo por la pared del taller, y continúa por el techo hasta descender por el muro opuesto, representa el recorrido que hará el sol por el firmamento durante los dos equinoccios del año. Voy a cerrar ahora todos los vanos para que el taller quede en penumbra; y por este carril, imitando al sol, haré moverse una bola de fuego… Observa, señor: ¡Mira qué portento!

Ayudado de una cuerda fue elevando Nac Puc Cimé, desde el suelo mismo, la deslumbrante linterna que le trajeron los esclavos, y comenzó a moverse como un sol que amaneciera. La luz daba muy sesgada sobre el paramento que miraba al mediodía, de suerte que la más pequeña muesca, el más ínfimo reborde, cualquier mínimo granúnculo, proyectaba inmensas sombras alargadas sobre el paramento. Y la suma de estas sombras —¡oh prodigio!—, a medida que el falso sol ascendía, iba dibujando mi perfil, de espaldas al sol, mirando a Occidente. Llegado el punto en que el sol, situado en el cénit lanzaba sus rayos verticales, mi figura se esfumaba; mas, apenas volvían los rayos, al atardecer, a ganar oblicuidad, el sesgo de los mismos trazaba mi perfil mirando esta vez hacia Levante. Y este efecto mágico lo producían esas mínimas muescas, esos ínfimos salientes que el arquitecto me hizo palpar sobre las aristas. No acababa aquí la maravilla. ¡Oh, indecible portento! Las zonas que correspondían a mis ojos y a mis joyas no eran heridas por las sombras. La luz daba en ellas produciendo en el sitio justo un efecto admirable, mágico, radicalmente pasmoso y alucinante.

—Espera, no retires ahora tu luz —ordené y supliqué al arquitecto real—. Haz que no se mueva el sol. Detén el curso del tiempo, y déjame, oh Nac Puc Cimé, el más grande de los sabios de mi corte, imaginarme, ordenando los ciclos agrícolas, por toda la eternidad…

II

¡Ahora me dirijo a ti, quienquiera que seas, oh tú el desconocido que me fuerzas a hablar desde otra dimensión del tiempo, aunque no acierto a saber si soy yo quien te dicto mis memorias o eres tú quien despierta mis recuerdos! Dime: ¿por qué no prosigues? ¿Acaso tu rememoración —extrañamente fundida con la mía— concluye

aquí? ¿Y por qué termina? ¿Tal vez porque no puedes seguir mi rastro más allá de la muerte?

¡Sí, sí! Aciertas al suponer que aquel mismo día morí. La conmoción que me produjo verme reflejado en la pared principal del templo mayor, la sutilísima emoción de imaginar a mi pueblo, adorando mi efigie, diseñada sin artificio humano, sino directamente por mi padre el sol, quien, de este modo, me señalaría a lo largo de las generaciones como a su hijo muy amado, me produjo, digo, un encogimiento del corazón tan fuerte, que éste, estrujado por la violenta agitación de mi ánimo, cesó de latir y caí de bruces al suelo, al tiempo que Nac Puc Cimé, consternado por considerarse responsable de mi muerte, se clavó una daga en el cuello ofrendándose a Ixtab, la dulce y amorosa diosa de los suicidas. Pero mi memoria no murió conmigo…

Asistí a mis funerales; presencié la coronación de mi hijo, que fue ya rey desde la cuna; me encolericé —¡y juro que no hay cólera más terrible que la de los muertos!— al ver que mi hermana menor, *Zacpacal*[14], que era la más dulce y delicada de mis amantes, era excluida del cortejo que habría de acompañarme en la ultratumba (por haber sido designada por mi madre a ser esposa de mi hijo cuando éste adquiriera la virilidad del adulto); estuve presente en mi embalsamamiento; vi cómo cubrían mi rostro con una máscara de jade, que ahora es símbolo de mi eterna humillación, porque está expuesta a la impertinente curiosidad de los hombres en una ciudad, que jamás perteneció a mi Imperio, y que aún no había sido construida sobre un lago cuando yo morí; vi mi propio entierro en las simas del templo, aún antes de acabarse la construcción y asistí a la lenta agonía de mis otras hermanas sepultadas vivas en la cámara vecina a aquella en que reposaba mi cuerpo. Cuantas veces me sentía vigorizar, por la sangre de las víctimas que se sacrificaban en mi honor todos los equinoccios, las despertaba para que sus espíritus me acompañasen a presenciar el magno espectáculo de las multitudes apiñadas frente a la pared principal del templo, contemplando hechizados la mágica aparición de mi efigie diseñada por el sol… Mas he aquí que esta dicha sólo duró unos años. Al cabo de unos lustros, enferma mi alma y falta de todo vigor por la prolongada ausencia del alimento que me proporcionaban los sacrificios, mis hermanas y yo salimos inmaterialmente al exterior, y comprobamos desconsolados que la prodigiosa ciudad, la gloria del mundo, la sal de la tierra, había sido abandonada. Presas de la mayor congoja, recorrimos sus templos, palacios, escuelas y observatorios vacíos. Sólo vagaban por las calles, o descansaban en las escalinatas de los templos, otros *manabs*[15] o *ahuauapachs*[16], espíritus de muertos como nosotros, que nos contemplaban afligidos. No vimos huella alguna de guerra, ni señal de destrucción, ni desorden alguno. Nuestra raza había abandonado voluntariamente la ciudad sagrada, la urbe ceremonial erigida en honor de los dioses por los hijos del sol, el orgullo de los mayas, la capital del orbe. ¿Por qué hicieron esto? ¿Qué locura movió a desamparar los templos, deshabitar las casas, olvidar sus dioses, abandonar sus muertos? Tan afligidos, confusos y desamparados nos

quedamos que tardamos siglos en regresar a nuestras tumbas junto a nuestras cenizas. En este tiempo vimos con horror cómo la implacable voracidad de la selva iba creciendo allí mismo donde fue talada; reptaba por las paredes de los templos; sus lianas y raíces profanaban las casas de los dioses; las malezas cegaban los observatorios astronómicos, que antaño eran ventanas abiertas a las estrellas; las enredaderas cubrían los vanos de los palacios; sus gemas se introducían entre los bloques de piedra, los resquebrajaban y se alargaban ansiosas, cual serpientes sin fin, buscando el secreto de nuestras tumbas…

¡Oh, qué dolor infinito, qué atroz desconsuelo ver día tras días ensilvecerse, enmarañarse, enflorestarse, la ciudad que fue espejo del universo! Quisimos impedirlo, pero nuestras manos eran de humo; nuestros músculos, de bruma.

Los eternos aliados de la jungla llegaron con ella: desde la mínima lombriz al elástico jaguar. Los zopilotes y otras aves carroñeras anidaron en lo que fueron vergeles; los monos llenaban con sus voces destempladas las ágoras en que los sabios convocaban sus asambleas; y, en el pedestal oculto por mohedales y lentiscos, en que antes coronaban a los príncipes, estableció su guarida el inmundo tapir.

El sufrimiento mayor y más lacerante me lo produjo la rotura y descomposición de los pequeños relieves que sabiamente mandó tallar Nac Puc Cimé sobre el templo que guardaba mi sarcófago.

Al desprenderse las piedras, y crecer la hierba entre sus hendiduras, mi efigie se fue deformando, como un rostro comido por la lepra hasta convertirse en una imagen monstruosa, decrépita, con una mueca repulsiva y atroz que daba a mi perfil un aspecto macabro, repugnante y disforme. Al verlo, mis hermanas y yo quisimos buscar consuelo en un suicidio colectivo, pero el deleite de morir les está vedado a los muertos.

Siglos más tarde de lo que hablo, unos indígenas lacandones, lejanos descendientes de una raza que siempre fue esclava de nosotros los mayas, se acercaron al lugar. Pensaron que las cúspides de los templos enterradas bajo las frondas, eran cumbres de colinas; los palacios, lomas; las calles, vaguadas; las plazas, calveros. Y es que la que fue capital imperial, emporio de riqueza, oficina del saber, templo del arte, no sólo fue tragada por la selva, sino arrancada de la memoria de los hombres. Cuando mi tumba fue descubierta y profanada y separaron de mi calavera la máscara de jade que la cubría, mi espíritu la siguió un tiempo. Vi cómo la enmarcaban y exponían al público. Tal vez tú, el que me despiertas ahora, el que te encarnas en lo que sólo es un recuerdo perdido, eres el hombrecito pálido, que viajó desde lejanas tierras, impensadas por mí cuando vivía, sólo para contemplar mi máscara frente a la que te quedabas horas enteras meditando. Si sabes algo de mi estirpe, rasga este misterio que tanto me atormenta. ¿Por qué mis contemporáneos abandonaron su cuna? ¿Qué los movió, sin que enemigo alguno los forzara a ello, a emigrar? ¿Qué dios perverso, qué espíritu cruel, les ordenó cometer tamaña locura, tan irreparable error? Dime: ¿llegó a reinar mi hijo en otras naciones? Y mi dulce y

pequeña hermana Zacpacal, la que tiene nombre de paloma, la más complaciente de mis amantes, ¿oró ante mi tumba para despedirse?, ¿lloró al abandonar la ciudad?, ¿se acordó de mí? ¡Habla, maldito, dime cuanto sepas; y después déjame regresar a la niebla de donde me extrajiste y de donde, por los siglos de los siglos, no quiero salir más!

CENTÉSIMA SEGUNDA MEMORIA

I

SI UNA MUJER quiere eliminar a su marido limpiamente y sin dejar huellas —y éste ejerce una profesión intelectual de las que requieren abstracción y soledad—, olvídese del cuchillo, que es un vil instrumento más propio de matarifes y carniceros que de una mano delicada; renuncie al revólver y otros instrumentos de percusión que hacen un ruido molesto y desapacible, que no sólo puede alarmar a los vecinos, sino desequilibrar los nervios de quien dispara, en el momento en que los necesita más templados; decline la anticuada y torpe idea del veneno, tan fuera de uso, y que será de inmediato descubierto por el más inexperto de los forenses en la obligada autopsia. Si usted, mujer sufrida y tiranizada, quiere liberarse de la carga insoportable de un esposo despótico, no tiene más que imitar lo que hizo ayer conmigo Ethel, mi adorable y frustrada conyugicida. Cierto que, para ello, se requiere que la víctima reúna la condición de ser un abstraído y estar en pleno ejercicio de su abstracción. Y yo, lo estaba.

Estaba, digo, fuera de este mundo, absorto en una profunda meditación: reconstruir una vida anterior. Y cuanto recordaba, me tenía estremecido.

Una amplia llanura pedregosa se extendía ante mí; un niño de pocos meses, arrollado por los cascos de mi caballo, yacía muy cerca, desvanecido o tal vez muerto; yo había derribado violentamente a su madre, lanzando contra ella mi cabalgadura, con intención de forzarla, y estaba en ello cuando la mujer, con un movimiento imprevisto, arrancó mi daga de su empuñadura y se cortó la yugular. Yo estaba volcado sobre ella; un chorro de sangre caliente me cegó los ojos, y la mujer entró en los pavorosos estertores de la agonía. Espantado, la liberé de mi peso, y me quedé, clavado en el suelo, contemplándola morir. ¡Y este tierno y delicado instante fue precisamente el escogido por Ethel para entrar de súbito en mi despacho pegando gritos!

Si no perforé el techo con mi cráneo del salto que di, es porque Dios es bueno y la ley de la gravedad, poderosa; mas no pude evitar un alarido, que asustó a Ethel, tanto como a mí su inoportuna llegada; y allí quedamos los dos, largos segundos, como bodoques sin sustancia, convertidos mutuamente en ecos del último grito del otro. Yo estaba excitadísimo. ¿Cómo no estarlo, si aún sentía en mis mejillas y en los ojos y en la comisura de los labios la sangre caliente que expulsaba el cuello de aquella mujer

con la que estaba yaciendo? Lo sorprendente era la excitación de Ethel, de la que no era dable pensar que se encontrara en similar situación. Ni ella escuchaba mis protestas incoherentes ni yo entendía lo que me decía ella, lo cual acreció nuestra confusión. Escuché la palabra «Sócrates», pero me distraje en seguida al pensar que mi caballo podía, de un momento a otro, emprender la fuga y dejarme solo en la estepa con el cadáver de un niño cerca de mí y una mujer desangrándose junto a mis pies. Creí entender que Ethel me hablaba conjuntamente de su madre y de una bruja; lo que —por pura asociación de ideas— debía haberme bastado para volverme a la realidad, pero mis recuerdos se negaban tenazmente a dejarse borrar con la facilidad de una pizarra frotada por un trapo. El embarazo de cruzar la frontera del mundo de lo evocado al de la actualidad, se agigantaba, además, por la incongruencia de las palabras de Ethel, quien me pedía disculpas por algo feo, inusual, que acababa de cometer y que yo, sin duda, reprobaría. Y, no obstante, me pedía su ayuda para que colaborara con ella en ese acto perverso. ¡Era muy difícil entenderla, máxime cuando me dijo que sus cómplices eran su propia madre; una señora con poderes mágicos, o algo parecido, y una tercera persona, cuyo nombre no me daría, en tanto no le jurara no tomar represalias contra ella! Como era más inocente que un párvulo, no tardó en confesarme, antes de que yo empeñara ningún juramento, que ese cuarto sujeto era Fritz Newman, mi ayudante de cátedra; pero me aseguraba —y besó sus dedos al decir esto para reforzar la veracidad de su incomprensible historia— que se había comportado conmigo como un alumno devoto hacia su maestro, como un hijo, como un amigo leal. Y que no toleró, sin más ni más, las falsas imputaciones proferidas contra mí por un griego de la antigua Hélade tan insolente como malcriado.

—Pero ¿qué dices, Ethel? ¡Maldito si entiendo algo de lo que estás hablando!

Cuando las impresiones de la inquietante evocación empezaron a desvanecerse, aprendí —no sin gran escándalo y perplejidad— que Ethel y su madre eran asiduas a la casa de una médium que no sólo leía en las cartas el porvenir, sino que ponía a sus clientes en comunicación extraterrestre con espíritus de los tiempos pretéritos. Me confesó que aquella misma tarde habían hablado con un suicida, ahorcado la víspera, y con un muerto por congelación en la batalla de Stalingrado. Fritz Newman —comentó Ethel—, que era de mi misma madera, y a quien los contemporáneos, estuviesen vivos o muertos, le traían sin cuidado, quiso ponerse en comunicación con un muerto de más alcurnia y antigüedad y escogió para ello a Sócrates, pero otro espíritu se interpuso y aconsejó a mi ayudante que no lo intentara dos veces porque el tal Sócrates nunca existió.

—¿Cómo que nunca existió? —exclamé, irritado—. ¡Yo mismo le conocí!

—Ya sé, ya sé que le conoces más que a mí —exclamó Ethel, impaciente— y que su nombre no se te cae de la boca en las aburridas peroratas con las que duermes a tus alumnos. Pero ese otro espíritu era como una interferencia telefónica que no te deja hablar con el que deseas comunicarte, y aseguró que ese individuo al que llamamos Sócrates nunca pisó la vil materia de nuestro planeta, y que era una creación literaria,

una invención suya, del que hablaba.

—¿Y cómo dices que se llamaba el que decía eso?

—Dijo que se llamaba Platón…

Solté una palabra gruesa, cosa inhabitual en mí, y ello me ayudó a semiborrar de la mente los brutales recuerdos que me angustiaban y que no estaba dispuesto a esclarecer.

—Fritz Newman —prosiguió Ethel—, por contradecir al que interfirió nuestra comunicación, citó varias frases textuales tuyas y el espíritu no hizo sino reírse y pedir que le declararan textos de más autoridad, porque tú…, porque tú… ¡Oh, Hans, no te ofendas si lo repito!, eras un grandísimo ignorante y un impostor. ¿Te imaginas mi vergüenza de que alguien dijera eso de ti… y ante mi madre?

Es común en los hombres débiles, como yo, encolerizarse con su cónyuge tanto más cuanto mayor es su conciencia de culpabilidad. Y ¿cómo no sentirme culpable si mi esposa me había sorprendido en el trance en que una mujer se suicidaba con mi propia daga, antes que entregarse a mi violencia y mi lascivia? Estuve muy duro con Ethel, al afearla que, a espaldas mías, se entretuviese con esas prácticas supersticiosas y grotescas, que serían el hazmerreír de la Universidad si alguien se enteraba de que «mi» mujer —y puse mucho énfasis en el posesivo— creía en esas paparruchadas, en esas puerilidades, en esas…

Ethel me interrumpió. De un tiempo a esta parte, ¿hacía acaso yo algo por entretenerla, por acompañarla? ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que la llevé, por última vez, a un cine, a un teatro, a un concierto? ¿Con qué derecho le afeaba la inocente costumbre de salir «de visitas» con su madre; y qué había de malo si una de esas señoras visitadas tuviera unos poderes extraordinarios y hubiese querido exhibirlos ante ella? Quedé desarmado por sus argumentos porque lo cierto es que yo era consciente del abandono en que tenía a mi mujer desde que descubrí en mí mismo unos poderes muy superiores a los que ahora me decían que tenían otros.

—Y si crees —prosiguió Ethel— que esa mujer nos engaña, ven conmigo y desenmascárala.

Hice un gesto de hastío.

—Y de paso —insistió, terca, mi mujer— probarás que ese espíritu de Platón es falso. Y que nadie, por tanto, ha podido acusarte de ignorante e impostor.

Cedí y me batí en retirada:

—De acuerdo; algún día te acompañaré.

—No puede ser otro día; tiene que ser hoy. Ese Platón, o quien sea, se ha comprometido a no interrumpir su comunicación con la médium hasta que tú llegaras. ¡Debes reivindicarte ante mi madre y ante Fritz! ¡No puedes dejar tu reputación de sabio por los suelos!

¡Oh, qué grotesca exhibición de mamarrachadas las que vi y las que escuché en

aquella casa! La mesa de tres patas, las barajas cabalísticas, el búho disecado, las velas en lugar de luz eléctrica, las cortinas negras, tras las cuales supuse —aunque no pude confirmar— que habría micrófonos escondidos, componían el escenario. Y las explicaciones previas de la médium —que se llamaba o hacía llamar *frau* Cosmogonía—, el consabido prólogo de engañifas para simples mentales y otros necios del mismo jaez. Platón —se disculpó la dueña de casa, apenas llegué— no había podido esperarme; pero su ectoplasma no debía andar lejos. Existían tres medios —añadió— para comunicarnos con los muertos. El primero, poner un vaso de material ligero, como aluminio, boca abajo sobre la mesa y extender unos cartones con las letras del abecedario formando una orla, en torno al mueble. Apenas estableciéramos una comunicación esotérica con los habitantes del Más Allá, el vaso saltaría de una letra a otra, componiendo un texto que deberíamos ir deletreando a medida que se formara. Pero este sistema tenía múltiples inconvenientes. Entre otros no servía más que para comunicarnos con gente que supiese escribir y entendiera el abecedario gótico, que es el que estábamos utilizando. El segundo, colocar una cestilla de mimbre, con un lápiz incrustado entre sus resquicios, de suerte que la punta rozara una gran cartulina previamente situada bajo ella. El mensaje se iría escribiendo a medida que la cesta oscilara, movida por el espíritu del difunto, pero tal vez en caracteres chinos, o celtas o rúnicos. Y de no conocer el idioma, tardaríamos mucho tiempo en descifrar lo que se nos decía, caso de que lo descifráramos alguna vez. El tercer procedimiento era el más seguro. El espíritu de nuestro comunicante de ultratumba se introduciría en ella (o en cualquiera de nosotros si teníamos aptitudes para ello) y hablaría a través nuestro, y en nuestro propio idioma. El inconveniente de este sistema —¡todos tenían un inconveniente!— es que la persona que servía de receptáculo al alma desencarnada de nuestro comunicante del Más Allá quedaba agotada por el esfuerzo; era frecuente que enfermara e incluso podía llegar a enloquecer. Ella —*frau* Cosmogonía— no tenía inconveniente en servirnos de intermediaria. Pero sus honorarios serían bastante altos, ya que era consciente de que cada vez que utilizaba este medio se le acortaba la vida.

—No creo necesario que en esta ocasión utilice usted sus poderes —escuché decir a mi suegra.

Y mi mujer, siguiendo la dirección de los ojos de su madre, se volvió inquieta hacia mí y me preguntó alarmada:

—¿Estás en trance, Hans? ¿Qué te ocurre?

No me acontecía nada extraordinario. Quiero decir, «nada extraordinario en mí». La penumbra de las velas; el ambiente propicio; la cháchara mentirosa de la médium o, al menos, inaceptable para mi formación científica (lo que me facilitaba no poner mucha atención en sus palabras); y, sobre todo, la proximidad de mis recuerdos de minutos antes, me precipitaron, con una intensidad inusitada, en la rememoración de aquella vida anterior, que quedó interrumpida por la intempestiva entrada de Ethel en el despacho de mi casa.

Y de este modo, una comedia mal armada como la de *frau* Cosmogonía, me sirvió para sumirme en una de las recordaciones más alucinantes de cuantas vidas tuve en las anteriores épocas de mi existencia.

—¿Estás en contacto con Platón? —me preguntó Fritz Newman con cierta sorna.

—No sé quién es ése —respondí—. Mi nombre es otro.

—¿Tu nombre es otro? ¿Cómo te llamas?

—Ogoday…

—¿Dónde estás? ¿Qué haces? ¿Quién eres? —preguntó la madre de Ethel, excitadísima.

—Cabalgo por una gran llanura —comencé a decir, en tanto me cubría los ojos y la frente con las manos—. Delante de mí, sólo va Timur Lang, hijo de Yuci, hijo de Baljash, fundador de un Imperio que se extiende desde el río Amur hasta las tierras de Kara-Jitay. Detrás de mí la caballería es innumerable…, y llevamos años ensanchando los límites del Imperio al ritmo del retumbar de nuestra cabalgada.

—¿Procedéis de Asia, del Lejano Oriente? —interrogó Newman, en cuya voz comenzaba a haber un tono de credibilidad; porque si bien era mucho su escepticismo, aún era mayor el respeto que me tenía.

—No sé qué es eso —respondí—. No entiendo tus palabras. Sólo sé que siempre cabalgamos con el sol naciente a la espalda y el poniente en los ojos. Pertenecemos a la estirpe de los mongwu, que otros llaman mongoles. Hace tres meses cruzamos el Ural y, apenas una luna, construimos balsas para atravesar un río que los naturales llaman Danubio…

—¿El Danubio? ¿El Danubio has dicho? ¿Ninguno de tus jefes se llama Gengis Kan? —volvió a preguntar mi ayudante.

—Jamás escuché ese nombre —contesté, irritado—. Y deja ya de preguntar, hijo de puerca preñada de lobo, porque Timur Lang ha levantado el brazo y yo he de volverme hacia los que me siguen para mandar a la tropa tensar las riendas de sus corceles. Ya lo hacen. El polvo que levantaron sus cascos oculta cuanto queda detrás. Delante sólo hay cielo despejado. Me acerco a Timur Lang. Me señala, lejos, muy lejos, una breve loma de la que salen espaciados unos pálidos penachos de humo.

—Un poblado —me dice.

Y yo extiendo el brazo hacia unos puntitos blancos que manchan un pastizal en la lejanía.

—Ganado…

Volvemos grupas. No es preciso dar órdenes a la tropa. Todos saben que hay que retroceder al paso, sin levantar polvo; y buscar hacia la espalda una hondonada, una quebradura tras la que pernocten las bestias y escondernos nosotros mismos. Pero en toda la extensión que abarca la vista, no la hay. También saben que está vedado encender fuego, ni cantar. El poblado será asaltado apenas amanezca. Y a todos conviene comer de lo que lleven en sus alforjas. Y dormir.

Timur Lang, hijo de Yuci, hijo de Baljash, nunca duerme la víspera de un asalto.

Yo tampoco. Comencé a renunciar al sueño por imitarle para que todos entendieran, caso de faltar él, que yo sería el jefe. Pero aunque así no fuera, la costumbre se ha convertido ya en imperiosa necesidad de velar. Rondo a pie; oteo el horizonte para comprobar que no hemos sido descubiertos; me cruzo con mi jefe, una y otra vez, para que sepa que estoy en vela y a sus órdenes, pero no nos hablamos; contemplo las miríadas de luminarias de la noche. Son las ventanas que mantienen abiertas en el firmamento nuestros antepasados, para mejor observarnos. De día las cerrarán para que no les entre la luz, y poder dormir. Yo entretengo la vigilia recordando lo que ha acaecido otras veces e imaginando lo que acontecerá mañana, porque jamás, desde que iniciamos la conquista de Occidente, hemos sido vencidos.

(He de señalar una diferencia entre esta recordación y otras precedentes. En las anteriores, como estaba solo, me sumía totalmente en ellas. Mas en esta ocasión, no perdí nunca la conciencia de que otros me escuchaban. Y esto, aunque me estorbaba algo, me halagaba más. Porque, con el pretexto de las prácticas de la médium, podía ante testigos, dar rienda suelta a mi prodigiosa memoria sin traicionar mi verdad, que nadie hubiese creído).

Timur Lang me llamó sigilosamente y me ordenó que le rapase el cráneo y la barba. Lo hice, aunque sin luz, con minuciosidad: respetando en su monda cabeza la coleta que le caía del colodrillo a la nuca; y en su rostro, los mostachos, abatidos sobre el mentón, en dirección inversa a la de la sonrisa. Yo también me rasuré la cabeza antes de entrar en batalla. En las últimas tierras recorridas, la visión de nuestro cráneo rapado; de nuestros ojos oblicuos con el párpado superior casi unido a las cejas; del color de nuestra piel, semejante a arena mojada; de nuestra extraña catadura, distinta a cuantas sus pobladores vieron antes, les producía pánico. Y este espanto paralizante contribuía no poco a nuestra victoria.

Las mujeres de estos predios eran más blancas que las de todas las naciones por las que pasamos antes. Yo ansiaba saber si sus vellos ocultos eran del mismo colorido que sus trenzas. Cuando llegábamos de noche a la puerta de un poblado, hacíamos gran algarada; obligábamos a piafar y corcovear a los caballos y desgarrábamos nuestras gargantas con imprecaciones y una gritería ensordecedora para forzar, de este modo, a los hombres a salir de sus viviendas y defenderse; porque no hay nada más tedioso que hundir el hierro en el vientre de quien está dormido o no se atreve a combatir. Algunos salían armados de bieldos, de los que se usan para aventar el grano; otros, de rejas de arados demasiado pesadas para manejarlas y defenderse. Las mujeres huían con sus criaturas en brazos y nosotros las dejábamos ir en la seguridad de que, antes o después, las alcanzaríamos. Porque, en una jerarquía de placeres, era mayor el que experimentábamos al dominar a los hombres y exterminarlos, que no en gozar a sus hembras.

Nuestra costumbre era permanecer cuatro o cinco días en el poblado, saquear sus graneros y sacrificar el ganado que no pudiésemos llevar con nosotros. Sólo cuando la pestilencia de los muertos y la presencia de los buitres se hacía insufrible,

prendíamos fuego a las casas y emprendíamos la persecución de las mujeres. Nunca las matábamos o arrollábamos al primer embate. El arte consistía en descubrirlas; sacarlas de sus escondrijos, como quien espanta a liebres encamadas; acorralarlas, dejarlas escapar, volver a por ellas, trazar círculos en torno suyo hasta agotarlas y verlas, sin fuelle, caer desfallecidas. Éste era el momento de descabalgar, rasgar sus vestiduras, gozarlas y proseguir el camino, eufóricos, gozosos, ebrios de sangre, saciados los apetitos, en busca de otros poblados que saquear.

Advertí a Timur Lang que ya en la línea del horizonte el día pugnaba por desperezarse. Me ordenó despertar a la tropa. Los caballos deseosos de entrar en acción, piafaron impacientes. Aún era de noche cuando emprendimos la marcha, silenciosos y al paso de las caballerías, hacia la aldehuela columbrada la víspera. En el camino, el alba nos envolvió en una luz pálida y neblinosa. La bruma se pegaba a la tierra y se deshilachaba aquí y allá entre los matojos. Timur Lang cambió de posición sus armas. Empuñó la espada, que llevaba envainada en el arzón, y puso en las alforjas de la silla las flechas de su carcaj. Después alzó la espada y nos mandó detenernos. No era una aldehuela como supusimos, la que teníamos ante nosotros, sino una gran ciudad entrevista entre celajes. Desde este punto debíamos iniciar la arremetida y la algarada. Iba ya a dar la orden de galopar, cuando súbitamente, el caballo de Timur Lang se alzó de manos amenazando con descabalgar al caudillo. El mío dio un corcovo, se cuadró de espaldas y vi, incrédulo, cómo tres de nuestros hombres caían fulminados al suelo en tanto que las bestias de los otros coceaban, desobedecían a las espuelas, se engrifaban y retrechaban. Volteé de nuevo mi corcel dando cara a la ciudad; escuché incrédulo un silbido prolongado y desigual como si una fuerte brisa se hubiese levantado; el alba se oscureció de venablos, como bandadas de halcones negros que se abatían sobre nosotros, y la tierra de nuestro entorno apareció de súbito erizada de flechas, clavadas en esa niebla que algodonaba el suelo. Timur Lang ordenó la retirada. ¿Qué había ocurrido? Galopamos hacia nuestro punto de partida, y sólo al entender que los proyectiles no podrían alcanzarnos, volvimos grupas y, desde nuestras posiciones replegadas, esperamos con ansiedad a que el sol naciente alancease la neblina y diese a los ojos la claridad que nos vedaba el conocimiento.

Cuando esto se produjo no nos sorprendió comprobar lo que ya sabíamos tanto como nuestros muertos: que la ciudad estaba protegida; sino la nunca vista estampa y compostura de los hombres que la defendían.

Los contamos. Eran ciento. Nosotros, algo más de cuatrocientos. Timur Lang y yo nos acercamos para observarlos.

¡Qué extraña y sorprendente posición de combate era la suya! Estaban situados en tres filas espaciadas, y los integrados en cada una de ellas, tenían armas distintas y parecían servir a una, también distinta, misión.

Iban todos vestidos con extraños atuendos: las cabezas cubiertas con cascos que enmarcaban sus rostros protegiendo tanto el cráneo cuanto las sienes y el mentón; sus

torsos ceñidos por mallas metálicas que relucían como espejos reflejando los primeros rayos del sol; las armas de los situados en la primera fila eran como grandes flechas que enarbolaban en las manos; mas no llevaban arcos, sino unas defensas cuadrangulares tras las que escudaban gran parte de sus cuerpos.

Los de la segunda hilera sí llevaban arcos y flechas, aunque de otra hechura y de otro material distinto al de los nuestros. La línea postrera estaba formada por hombres que mantenían una rodilla en tierra y apoyaban sobre el suelo la base de unas enormes lanzas que triplicaban en tamaño a las de los hombres situados en vanguardia; aunque no entendimos qué utilidad podrían tener, ya que por su peso y tamaño no eran aptas para ser lanzadas por los arcos, y ni siquiera manejadas a mano. Aun sin comprender su uso, sí entendimos que sus armas y defensas eran superiores a las nuestras, pero su número era menor y, desde nuestra posición, no advertimos que tuviesen caballos.

Hubiésemos podido eludir el encuentro, variar nuestro rumbo y buscar otros pueblos a los que saquear. Y así se lo aconsejé al nieto del fundador de un imperio cuya expansión hasta ahora nadie supo frenar.

—Son menos que nosotros —replicó—. Carecen de caballos. Y aún no han nacido hombres que obstruyan su camino a los hijos de los mongwu.

Arengó a la tropa con estos mismos términos y añadió que, si bien aquella ciudad era más grande de lo que creyeron la víspera, también sería mayor el botín. Y que si estaba defendida por soldados, y no por campesinos, mayor sería la gloria del triunfo.

Nos abrimos en un frente amplio para evitar que sus venablos, de cuya eficacia teníamos experiencia por los tres muertos del primer ataque, se concentraran sobre una masa compacta. Pero la orden era confluir sobre el pequeño eje defensivo como un abanico desplegado cuyas varillas se van uniendo a la empuñadura. Esta maniobra desconcertó —o, así lo pensamos entonces— a los arqueros de la segunda fila que esperaban vernos avanzar en bloque; y aunque tuvimos bajas, ello no amainó el ímpetu de nuestra arremetida. Las jabalinas, como supe después que se llamaban las grandes flechas lanzadas a mano por la defensa de vanguardia, hicieron mella en muchos de los nuestros a medida que nos concentrábamos, después del despliegue inicial. Mas cuando llegamos a ellos, aunque desenvainaron sus espadas, se amagaron o cedieron el paso sin combatir, lo que puso el sabor de la miel de la victoria en nuestros labios. Los arqueros, sin espacio para manejar sus armas, hicieron otro tanto. Sólo resistieron los de esas grandes lanzas —que ellos llamaban picas—; que nosotros, aventuradamente, habíamos considerado inservibles y, cuyos portadores, rodilla en tierra, y apenas nos vieron caer sobre ellos, inclinaron experta y oblicuamente contra nuestras bestias para recibir una embestida, que parecía imparable. Los jinetes descabalgados, sentimos por vez primera el temor a la derrota, al ver, con espanto y desesperanza indecibles, desgajados los vientres de nuestras cabalgaduras que huían con las entrañas fuera, para derrumbarse más lejos, allí donde la muerte los alcanzaba; al tiempo que, aquellas dos primeras hileras que

ingenuamente creímos derrotadas, por dejarnos pasar, cargaban sobre nosotros, cercándonos y trocadas sus armas arrojadizas por espadas.

Timur Lang, al entender que íbamos a ser vencidos por tropas inferiores en número, pero superiores en armas, defensas y táctica militar, acabó con su vida clavándose una daga en el vientre. Yo quise imitarle, pero cien manos me lo impidieron.

¡Extraños, malditos guerreros, que nos preferían vivos que muertos! Nuestra derrota fue total. Quien no fue desarmado, tiró sus armas y se entregó. Quienes las mantenían en las manos intentaron escapar, pero media docena de elefantes, tan acorazados como quienes los conducían, cerraron el paso a los fugitivos. Esto fue el fin.

Hice una larga pausa y me sequé el sudor que me caía por el rostro.

—Pregunta al espíritu quiénes eran los vencedores —murmuró Fritz Newman—. ¿Partos, medas, persas?

—Apenas me vi cargado de cadenas —respondí indirectamente—, pregunté a un natural de la tierra, que colaboraba con los soldados en la ruda tarea de inmovilizarme: «¿Quiénes son ellos?». Y escuché su temible nombre por primera vez:

—Romanos…

II

Fritz Newman se puso bruscamente en pie.

—¿Romanos? —exclamó—. ¿Cuándo se ha oído que los romanos lucharan contra mongoles? ¡Gengis Kan no se lanzó a la conquista del mundo hasta el siglo XIII! Todo lo que estamos escuchando es una superchería.

Entreabrí los párpados como si despertara de un largo sueño.

—Gracias por tus cumplidos, amigo.

—Quiero decir —se disculpó mi ayudante— que ese espíritu que te está hablando es como el de ese falso Platón que nos dijo que Sócrates no existió nunca, sino que fue él mismo quien lo inventó.

—No puedo contestarte, Fritz, porque me has interrumpido cuando el espíritu hablaba dentro de mí.

Sacudí la cabeza, me levanté y encendí un cigarrillo.

—Desconocía sus propiedades de médium, señor Weber —me dijo *frau* Cosmogonía, en tanto mi mujer y mi madre política observaban embobadas, ¿y por qué no decirlo?, atemorizadas, también.

—Yo tampoco las conocía —repliqué.

Cierto es que ningún espíritu había hablado dentro de mí; pero en el ambiente en que estábamos, era mucho más plausible decir esa gran mentira que no confesar mi pequeña verdad. Y ésta era que yo no hacía más que recordar; y que aquel bárbaro cuyas expresiones, y cuya sed de sangre y sexo, escandalizaba a cuantos me oían, no era otro sino yo. ¡Cuántas veces las simples verdades no son verosímiles, y las grandes mentiras creíbles!

—Y en cuanto a tus objeciones, Fritz —precisé—, ¿quién te dice que ese batalla no tuvo lugar con los bizantinos, en el imperio romano de Oriente, cuando ya Roma había sido vencida y ocupada por los bárbaros? En realidad no lo sé, no lo sé; puesto que el hombre que hablaba dentro de mí aún no me lo había dicho.

—Tu objeción es buena, maestro. Pero ningún historiador habla tampoco de una batalla entre las huestes de Gengis Kan y los romanos, ya decadentes, de Bizancio.

—Los historiadores no hablan de ello de una manera específica; en eso te sobra razón. Pero ¿cuántas veces no hemos oído que las fronteras del Imperio fueron defendidas contra germanos, africanos y asiáticos, y esto tanto a lo largo del segundo Imperio como del primero?

Newman replicó con calor:

—Esos asiáticos a quienes se refieren los historiadores eran los partos, los persas, los israelitas o los asirios y, por último, ya en el segundo Imperio, los turcos. Gentes, en consecuencia, del Asia Menor, nunca del Asia lejana de la que nada se supo hasta los viajes de Marco Polo.

—Tal vez aciertes, Fritz. Lo único que siento es haber perdido el contacto con ese hombre que hablaba dentro de mí.

—¿Por qué no intentas concentrarte? —preguntó Ethel, que era exactamente lo que yo deseaba escuchar—. Tal vez su espíritu no esté lejos y desee seguir comunicándose contigo.

—Me encuentro algo cansado. Encenderé otro cigarrillo y, si lo hay en la casa, me gustaría echarme al cuerpo una copa de Slivowisch.

Estaba saboreando mi aguardiente y dando grandes zancadas, como fiera enjaulada en torno a la mesa, cuando murmuré:

—La humillación de sentirme uncido a otros prisioneros como si fuésemos bestias de carga sólo fue comparable con mi desengaño al comprobar que los romanos poseían multitud de caballos; sólo que no consideraron necesario arriesgar la vida de uno solo de esos animales para vencer a unos salvajes fáciles de dominar, como nosotros. Y que no eran cinco elefantes los que tenían en el campamento sino dos docenas, cuya utilización tampoco juzgaron imprescindible para aniquilarnos.

Todos cuantos no sufrimos la mutilación de algún miembro, o las heridas que teníamos eran curables, fuimos separados de nuestros compañeros. Lo mismo hicieron con los caballos. Los que quedaron inservibles fueron sacrificados. El resto desfilamos, mezclados los hombres con las cabalgaduras, ante el que parecía el jefe,

quien, sentado en una silla plegable, frente a una tienda de cuero, nos examinaba; y mandaba anotar a un escriba nuestras circunstancias. A las bestias les estudiaban los cabos y la dentadura; a nosotros, la dentadura y los músculos de brazos y piernas.

Quedó en el pueblo una guarnición; y, acompañados de no más de veinte soldados, emprendimos un largo viaje, a veces a pie, a veces apiñados y encadenados en las carretas en que nosotros mismos, poco antes, transportábamos nuestros granos y un botín que pasó a manos de los vencedores. En el camino nos encontramos con varias caravanas semejantes a la nuestra; sólo se diferenciaban en que los prisioneros eran de otras razas; y se parecían en el hecho de que sus guardianes eran de la misma.

Ya se veía, a lo lejos, la mar, y nuestro grupo inicial había engrosado hasta más de tres mil prisioneros, cuando entre nuestros vigilantes se produjo un gran alboroto. En la lejanía, y en dirección a un puerto en que se veían numerosas naves fondeadas, otra expedición, harto más numerosa que la nuestra, se dirigía hacia la costa. Exultantes, poseídos de increíble euforia, la cohorte de soldados que nos guiaba comenzó a gritar: «¡Paulo Emilio, Paulo Emilio, ha triunfado!». Y dos de los que iban a caballo se apartaron de nosotros y se lanzaron al galope al alcance de aquéllos, en tanto que otros soplaban por unos instrumentos de aire para ser oídos por los que ya se acercaban a la costa.

Ahora que llevo muerto hace algo más de dos mil cien años, puedo afirmar que uno de los recuerdos más lacerantes de los pocos que ya me quedaban para almacenar en aquella vida, fue la visión de aquellos miles de prisioneros de guerra de todas las razas y cataduras, concentrándose en la costa, conducidos por los amos del mundo.

—¡Todo me parece tan incomprensible…! —murmuró, moviendo la cabeza incrédulo, mi ayudante de cátedra—. Paulo Emilio, el padre de Escipión *el Africano*, vivió entre los siglos II y I antes de la era vulgar. No me imagino a sus tropas defendiendo las fronteras del Danubio contra los mongoles.

—No eran mongoles propiamente dichos, sino «premongoles», del mismo modo que los etruscos y los ilirios, y los corsos no eran romanos sino preromanos. ¿No es así, Ulagú, hijo de Tuli, el que cabalgaste desde el río Amur en los confines de Asia hasta el Danubio, donde ya florecía una civilización que habría de ser, que estaba siendo ya, la luz de la Tierra? —dije rozando las sienes con mis dedos, pues lo cierto es que el recuerdo de cuando fui mongol o premongol llegaba de nuevo nítido a mi recordación.

Sentéme entre los demás, hundí la frente en mis manos, cubrí mis ojos con los dedos y continué repitiendo en voz alta lo que me dictaba la memoria.

—En los puertos del Egeo, Paulo Emilio, el general victorioso, hombre ya al borde de la ancianidad, que había conseguido reducir la Macedonia para Roma y que comandaba las guarniciones de todo el Oriente, recibió tales aclamaciones por parte de las tropas llegadas desde los confines a su mando, que bien podía decirse que fueron un anticipo del «Triunfo» con que sería recibido pocas semanas después en la capital del Imperio.

De cuantos prisioneros fuimos embarcados rumbo al puerto de Ostia, el más importante era un tal Perseo, rey de Macedonia, hijo de Filipo, hermano de Demetrio el traidor. El trato que se le daba a bordo era distinto al de todos, aunque nunca fue privado de sus cadenas por temor a que se lanzase al mar. Ya en Roma, se le dispensó el honor de ir justo delante del carro del vencedor.

Cien elefantes abrían la marcha del «Triunfo», portando sobre sus lomos el botín de otras tantas batallas: cofres rebosantes de oro y de joyas, armas exóticas, estatuas helénicas, brocados, monedas, armaduras, yelmos y escudos de oro incrustados de piedras preciosas; así como los estandartes de los ejércitos vencidos. En sus palanquines, medio ocultos por la grandeza del tesoro, los mejores trompeteros de Roma y de las provincias anexionadas, herían el aire con sus bocas de bronce, que apenas podían acallar los vítores jubilosos de las multitudes. Seguíanles cincuenta toros blancos que habrían de ser sacrificados en el templo de Júpiter Capitolino. Tras ellos, mil caballos negros, a cuyas grupas montaban diez centurias de jinetes que pertenecían a legiones que no dependían de Paulo Emilio, ya que éstos ocupaban otro lugar. Seguíanlos los timbaleros, cuya misión, frustrada, era marcar el ritmo de toda la comitiva. Detrás de ellos íbamos nosotros, los prisioneros de todas las razas dominadas y vencidas. Ante mí, sujeto de una cadena, iba un leopardo amaestrado, mascota de alguna de las cohortes. A mis espaldas un cachorro de león, de la misma suerte. Y detrás de él, el más importante de los prisioneros: Perseo, que avanzaba, erguido, severo y sereno al propio tiempo, con la dignidad de un dios cautivo, ante el que callaban respetuosas las multitudes, como un homenaje de respeto al rey hoy vencido y ayer vencedor, que por dos lustros desafió y mantuvo en vilo a todo el poder de Roma. Detrás de él (tirado por cuatro corceles caretos e iguales, cuyos copetes negros destacaban sobre la nívea frente de las caballerías, por cuyos belfos insolentes asomaban de consuno la espuma y el orgullo, cual si fuesen conscientes de la grandeza de su misión), el carro en que iba el general victorioso, cubierta la cabeza de una corona de laurel y vestido con la túnica bordada que para estas ocasiones se conservaba en el templo de Júpiter. Llevaba Paulo Emilio en la mano un cayado de mármol coronado por un águila de oro. Sobre él caían lluvias de flores que el pueblo le lanzaba enfervorecido. Los soldados fuera de servicio se cuadraban ante él y extendían el brazo con la palma hacia abajo, que así era el saludo militar de los romanos, y las mujeres alzaban a sus hijos en alto para merecer recibir de él el honor de una sonrisa. Las aclamaciones del pueblo se convirtieron en alaridos cuando cruzó el umbral del arco del triunfo erigido en su honor, en tanto que un esclavo situado a sus espaldas, murmuraba a su oído, para evitar su endiosamiento: «Paulo Emilio, ¡oh Paulo Emilio!, no olvides que sólo eres hombre». Seguían al general los miembros del Senado que le habían concedido el privilegio de «el Triunfo». Y tras ellos, en desorden, y no en formación, pues el honor era también para ellos, los legionarios de la España ulterior, de la Lusitania, de la Iliria, de la Tracia, la Siria y la Macedonia

que, en otras ocasiones, combatieron a sus órdenes, intercambiando bromas y tal vez lágrimas con las mujeres bonitas, los mozalbetes envidiosos de su gloria y los ancianos orgullosos de su bien merecida fama. Cruzamos el Campo de Marte, pasamos junto al Velabro y el Circo Máximo, costeamos el monte Palatino por el lado del oriente, enlazamos la vía Sacra, cruzamos el Foro, y subimos al templo de Júpiter, donde terminó la marcha triunfal que para unos fue signo de gloria y para otros de infamia y ludibrio. Yo no conocía entonces los nombres de aquellas grandezas romanas. Mas tuve ocasión de aprenderlas días más tarde, cuando fui paseado, exhibido, con mis cadenas arrastradas por los pies como un raro sujeto de raza desconocida. Las gentes se reían de mí, porque si los germanos se distinguían por su barba rojiza, y los nubios por el color de su piel y los semitas por sus facciones, yo era el único de ojos oblicuos, cuyo párpado superior iba unido a las cejas, que llevaba un mechón colgado de una cabeza rapada, y cuyo color de tez era el de las arenas amarillas de los desiertos de mi tierra. Y las mozas desvergonzadas me palpaban donde no debieran para saber si era hombre o bestia.

Al cabo del tercer día que duraron las fiestas de la victoria, fui afeitado, lavado, lustrado; me proporcionaron sandalias nuevas y me condujeron al mercado de esclavos, término este último que me era desconocido. Subido a lo alto de una tarima, junto a otros desdichados, y al ver que éramos objeto de compra, venta y chalaneo (al igual que se hacía en nuestra tierra con los sementales del ganado), me lancé de un salto contra la pica, situada a mis pies y que sostenía uno de mis guardianes, y sentí cómo me atravesaba el vientre y salía por la espalda. En tanto me deslizaba por aquel hierro, pedí a mis dioses, a mis duendes, a mis muertos, que acrecentasen el intenso dolor que sufría, porque me parecía poco para ganar mi eterna libertad y evitar, así, la vergüenza de la esclavitud.

Ésta es mi centésima segunda memoria.

INTROSPECCIÓN

ACOSADO, a solas, por mi ayudante, respecto a la realidad de mi «comunicación» con el prisionero mongol que prefirió la muerte a la ignominia (y convencido, como dije en la memoria precedente, de que con frecuencia una burda mentira es más verosímil que la mera verdad), le declaré que todo había sido una invención mía para entretener a las señoras; lo que me valió la confidencia de que también fue falso su contacto de ultratumba con un espíritu embustero que quería hacerse pasar por Platón, y negaba la existencia histórica de Sócrates.

Elogió con grandes risas mi ingenio y mi sentido del humor —dones, Dios lo sabe, con los que nunca me favoreció la Naturaleza—, lo cual me enorgulleció sobremanera, a pesar de conocer mejor que nadie el error del que procedían los halagos: ¡que así es de frágil la condición humana e inconsecuente su vanidad!

Pero el hecho mismo de haber conversado con alguien acerca de uno solo de «los muchos que fui» (aunque tratándole como ente de ficción, no como un ser histórico real), me obligó a fijar más en mi conciencia la singularidad que de tal manera me diferenciaba de los demás hombres que no me atrevía a confesársela ni a mis seres más queridos ni a mis colaboradores más íntimos. Ni, por supuesto, a los médicos.

De todas mis anteriores encarnaciones sólo hubo una en que el sujeto que yo era entonces tuvo la revelación de haber vivido otra vez… Y, por confesar «su verdad», que era «la verdad objetiva», acabó en un manicomio, donde murió, para reencarnar inmediatamente en mí. No quería yo desdeñar la experiencia de Perignac, y exponerme, por ser veraz, a acabar como él. Bien que el destino le compensó de su desgracia encarnándole inmediatamente en mí, desde donde su espíritu —que soy yo— puede comprender, sin riesgo de que le encierren, no ya que él tenía razón al considerar que un día fue la niña Clo, sino conocer todas sus otras existencias anteriores, que también fueron las suyas.

¡Qué asombrosa consideración, que sólo ahora me hago por primera vez! No es que yo, Hans Weber, haya sido en el pretérito los personajes que he evocado, sino que ellos fueron en el futuro, en «su» futuro, los que yo fui después: y el que ahora soy.

¡Lástima que ya sea tarde para ellos tener conciencia de ese singular fenómeno! Porque sería gran cosa para ese innominado arborícola de mi primera memoria que fue devorado por las panteras, saber que hoy es profesor de historia antigua en la primera universidad de Europa. Y Senda, la amiga de los perros, la del rostro deforme, la de las úlceras inmundas, sería feliz al saber que un día —siendo Clo— sería llamada «la más bella de las nacidas». ¡Qué gran consuelo para Cambul, el

maya, cuyo nombre significaba «Pájaro del Penacho Amarillo», aquel cuya efigie, diseñada por el sol, fue borrada por la voracidad de la selva, saber que un día, llamándose Aspasia, sería esculpido por Fidias, y que su recuerdo, en esta otra versión, perdura a través de las edades!

Tal vez pienso más de lo que debo; porque, a pesar de ser la capacidad de pensar y de enjuiciar el don más excelso que posee el hombre, mi experiencia me dice que hay otras realidades inalcanzables al juicio y al pensamiento. Y para llegar a ellas hay que poseer armas distintas y superiores a la inteligencia, todavía desconocidas, o, tan solo intuidas.

Ethel, como tantas otras veces, mientras medito en lo que digo, está sentada en la mecedora del jardín, junto a la mía. Aunque no hable, a mi lado ya no se siente sola. Lo mismo me acontece a mí con ella. Y hoy, que tengo el ánimo introspectivo y melancólico, sé que no interrumpirá mis meditaciones con preguntas engorrosas o impertinentes. Saber callar es su mayor virtud.

Hoy no quiero concentrarme para meter la mano en ese bombo de lotería que es mi memoria y extraer el recuerdo de otras encarnaciones; las tengo todas presentes, y me angustian, y llenan de un respetuoso temor. ¿Cuáles son las leyes —caso de que haya leyes— que rigen el paso del hombre por esta nebulosa que llamamos «Historia»? ¿Quiénes somos? ¿Por qué somos?

No. No estamos engañados, al sabernos una especie superior, diferenciada, revolucionaria, que se empeñó desde sus orígenes en dominar una naturaleza que le era hostil, e incluso en cambiar o vencer el clima, la geografía, la esencia misma del planeta que era su hábitat natural. Pero ¿tiene sentido o no lo tiene nuestra voluntad de dominio?

Si miro hacia atrás, me estremece pensar en la indefensión, el hambre, la inferioridad física, la dependencia de fuerzas extrañas y superiores a nosotros, los individuos todos de nuestra especie. Me conmueve y empavorece recordar, tanto en las encarnaciones que he reseñado, cuanto en las que —por no repetirme— he ocultado, la cantidad de muertes por inanición; por la superioridad de otros depredadores; por guerras insensatas desatadas entre nosotros mismos, sin conocer bien las causas; por comernos unos a otros; por ser devorados por la lepra, la sífilis, los tumores… ¿Cuántas veces, cuántas —¡oh Dios, o como te llames!— he muerto de hambre o he visto morir a mis hijos por no tener con qué alimentarlos? ¿Cuántas, ahogado por inundaciones, fulminado por los rayos, arrastrado por huracanes cuya razón de ser, preguntaba a los espíritus, tal como en mi primera memoria, con interrogantes que yo mismo no sabía formular? ¿Cuántas me vi atacado por la locura, traicionado por los que amaba, inducido al suicidio, torturado o ejecutado sin causa? Y no obstante, si mi memoria salta del arborícola al nómada; del nómada al troglodita; del cazador al agricultor, del tibetano al maya, del maya al griego, del romano al cultivador de una noble actividad intelectual…, ¿cómo no advertir un ascenso discontinuo, pero permanente, a formas de vida superiores, que no se quién

las rige, quién las dirige, o si acaso, son fruto del azar?

¡Pero, entretanto, cuánto dolor innecesario, cuánto sufrimiento inútil, cuánta lucha inexplicable, cuánta hambre, la de los hijos de la lluvia, cual si la frase de aquel belicista bien educado, docto y sanguinario, chacal con sombrero de copa, fuese una profecía digna de retrotraerse a los orígenes para anunciar a los primeros hombres un eterno destino de «sangre, sudor y lágrimas»! Miro hacia atrás y veo el progreso del hombre…, ¡mas no sin estremecerme por su precio!

Mis memorias abarcan desde los primeros balbuceos de la especie hasta el momento en que comencé a escribirlas, pero me temo que voy a dar, a partir de ahora, un largo descanso a mi pluma. No puedo negar, ni afirmar tampoco, que el devenir del hombre tenga un sentido. Pero aun en este último supuesto, si yo no lo entiendo, ¿para qué escribirlo?

Ignoro si en un futuro, que no imagino próximo, me desdiga de mi propósito y me decida a dejar escritos los hechos fascinantes que jalonaron mis sucesivas reencarnaciones, a partir del momento en que un individuo, al que otros consideraban bárbaro y salvaje, se negó, como hombre, a ser esclavo de otros hombres. Pero le dejaré a Ethel, para cuando yo muera, la voluntad de decidir lo que debe publicarse y lo que debe ocultarse: a Ethel, que dormita junto a mí plácidamente, sin entender —¡Dios le mantenga en su ignorancia!— los tormentos intelectuales de quienes piensan como yo, que hay una cierta responsabilidad en lo que puede decirse y lo que debe callarse.

Empieza a hacer frío en el jardín. Retiro el libro que ha dejado Ethel abierto sobre su regazo. Es una Biblia. ¿Sabrá nunca Ethel la intimidad, la amistad, que me unió con el profeta Elías? Me dispongo a despertarla para que siga durmiendo entre sábanas y no a la intemperie… y, al moverla, su cabeza se desploma sobre el pecho y sus brazos caen inertes a lo largo del asiento, en tanto me mira llena de angustia. Me precipito al teléfono; llamo a un médico amigo, quien no hace otra cosa que certificar lo que temía: infarto. Llamo a sus padres. Los acucio a que se apresuren a venir porque su hija, repentinamente, se ha puesto muy enferma. Y quedo anonadado, aplastado bajo el peso de lo inexplicable. ¿Hay algo menos entendible que la muerte? Si hemos de morir, ¿para qué, entonces, se nos dio la vida?

Ethel parece reaccionar a los estímulos. Su vida pende de un hilo. Quiero rezar para que Dios me la conserve y no puedo. Mi pensamiento se distrae de mi propósito. ¿Qué otras vidas son las que Ethel vivió antes? Si muere hoy, ¿qué otras vidas ¡sin mí!, tendrá destinadas para después? ¿Las recordará todas al momento de su muerte? ¿Recordarán los agonizantes sus vidas pretéritas del mismo modo que yo las recuerdo en plena salud? Mas ¿por qué pienso esto? ¡Ethel no debe morir! ¿Acaso para no tener yo la responsabilidad de decidir el destino que habrán de darse a estos papeles?

A ese Dios lejano e incomprensible, que habla con hechos y no con palabras, le pido que, si muere, no la mantenga mucho tiempo en «el hades», que tanto se parece

a la nada, porque el silencio, el vacío y la oscuridad la asustan; y que le dé un destino más brillante del que tuvo a mi lado, sin esperar a que yo sucumba al peso de la soledad.

Aquella misma noche, en tanto velaba a su lado, y escuchaba las alteraciones de su respiración, sin saber si estaba ya en coma o se recuperaba del ataque sufrido, y mis suegros sollozaban en un rincón del cuarto, y unas religiosas vecinas, que se ofrecieron a pasar la noche con ella, musitaban unas oraciones, la penumbra del cuarto, la oscuridad del resto de la casa, me recordaron algo…

Muy pronto traicioné mi propósito de no volver a escribir. Pero es que lo que entonces recordé no puede silenciarse, no quiero silenciarlo.

Advertí a mi suegra que no me retiraba para dormir, sino para ordenar unos papeles; y que no dejaran de avisarme a la menor novedad. Escribí a lo largo de la noche cuanto me dictaba la rememoración, fascinado por lo que escribía, conmovido por lo que recordaba.

Cuando concluí, el alba ya manchaba los visillos de mi balcón. Acudí al cuarto. Las monjas y mis suegros se habían dormido, pero Ethel tenía sus bellos ojos abiertos. Y me sonreía.

ÚLTIMA MEMORIA

I

MIS OJOS, que nacieron ciegos, han visto, y mis manos han palpado, y mis oídos escuchado lo que las generaciones y generaciones, desde Adán al final de los tiempos, hubiesen anhelado ver, y oír y palpar. De todo ello puedo dar, y doy, testimonio, porque yo estaba allí, y nadie puede desdecir a los que allí estábamos.

Nací ciego. Y deduzco que esta circunstancia es menos desdichada que nacer vidente y perder la vista después. Porque nadie añora lo que nunca tuvo, ni puede sentirse defraudado por carecer de lo que no conoce.

Ser ciego no equivale a tener una cortina negra o una nube opaca ante los ojos que le impiden vislumbrar lo que hay detrás. Sólo los videntes pueden pensar tal dislate y confundir la oscuridad, o la negrura, con la ceguera. ¡Necia confusión! Muy por el contrario, ser ciego es «contemplar» con los ojos lo que ellos ven con las rodillas, los codos o la nuca; es decir, nada. Ni cortinas negras —¿qué es lo negro?—; ni nubes opacas —¿qué es lo opaco?—; ni siquiera la oscuridad, término ininteligible para quien no sabe lo que es la luz.

Las formas que no pueden palparse, lo mismo que los colores, las tinieblas, la penumbra o el resplandor, para un invidente son conceptos abstractos.

La infancia de un ciego está marcada por una asombrosa captación del mundo exterior por medio de los demás sentidos: y no es el tacto, como pudiese pensarse, el más significativo y útil, sino el olfato y el oído. El tacto también, claro es; pero no necesariamente el de las manos, sino el de toda la piel. Yo sabía si era de día o de noche (circunstancias que son impalpables por las yemas de los dedos), gracias a la temperie, pero también por los sonidos y el olor. Que la noche es más silenciosa que el día, por cesar o atemperarse la ruidosa actividad de los hombres, es algo que todos entienden. Pero pocos aceptan la evidencia de que el día y la noche huelen de modo distinto.

He hablado antes de «la asombrosa captación del mundo exterior». El saber que mi «captación» era algo fuera de lo normal se lo debo a mis padres, quienes se maravillaban, siendo yo niño, de que supiese que se acercaba el ganado, cuando ellos ni lo veían ni escuchaban las esquilas, o que advirtiese que unos lejanos vecinos estaban en casa porque olía que habían encendido el fuego del hogar. Y este

maravillarse mis padres de unas facultades que ellos no tenían, me compensaba con creces de carecer de una cualidad, como la de la vista, que poseían ellos.

Yo no supe que era ciego sino muy gradualmente y cuando ya tenía uso de razón; porque no entendía que significaba eso de «ver» o «no ver». Me lo tuvieron que explicar mis padres reiteradas veces y tardé muchos años en entender cabalmente lo que esto quería decir. Me explicaban cosas que eran inconcebibles para mí; y sus explicaciones no me satisfacían: luces, sombras, colores, formas…, ¿qué era eso y para qué servía?

Desde esa neblinosa zona de incertidumbre, que son los recuerdos vagos y dispersos de la primera infancia, a esa otra, en que empiezan a hacerse nítidos y continuos, yo me rememoro de niño valiéndome por mí mismo, igual al vestirme que al comer o trasladarme, o trabajar: ya que ayudaba a mi padre a ordeñar ovejas, trasquilarlas, hacer queso y hasta venderlo. Y a mi madre en limpiar y descardar la lana que ella habría primero de hilar, y de tejer, después. Los límites en que me movía, ello es cierto, eran pequeños: mi casa, el aprisco contiguo, las viviendas de la aldea, y el templo donde acudíamos cada sábado para escuchar la lectura de las Escrituras. Más allá no sabía desplazarme. Cuando lo hice por primera vez, mi padre me llevó de su mano y me ayudó a vadear un riachuelo; entretanto, me explicaba cómo era el camino y cuanto desde él se divisaba; pero yo no podía entenderlo. No era apto para «dibujar» en mi mente una mancha de árboles, el perfil de una loma, una parva de paja o un hacinamiento de nubes. Sabía, claro, lo que era una nube, porque la notaba en mi piel cuando tapaba al sol; y lo que era una pendiente, porque lo advertían mis pies y el esfuerzo de las piernas, pero carecía de toda capacidad para imaginar una forma… ¡y de todo interés, también, porque eso era algo ajeno a mi mundo!

No fui un niño desgraciado. Mis padres me cuidaban, mis vecinos me apreciaban; y ya, siendo mozo, me acostumbré a acompañar a los pastores y a regresar solo a casa desde muy lejanos lugares sin equivocar el camino, ni refugiarme, si llovía, en las grutas en que se guarecían colonias de leprosos.

Dos distracciones llegaron a ser mis preferidas. Una, tocar la flauta y aprender a tañer cualquier instrumento músico que cayera en mis manos. A la música, sí la veía. Se alzaba, descendía, se desplazaba. Siendo incorpórea, tenía movimiento. La música me conducía a regiones sutilísimas, a mundos fantásticos e impalpables, más allá de la región de los sueños. Y tañerla por mí mismo, o escucharla a otros, me producía un dulce embriagamiento más sabroso que el mejor vino.

Mi otra distracción preferida era asistir al templo y escuchar la palabra de Dios. La lectura de los salmos y las profecías; la historia de Israel, el pueblo elegido de Dios, a pesar de sus muchas traiciones e infidelidades; el saberme miembro del pueblo a quien amaba el Señor; el interpretar los pasajes oscuros del Libro de los Libros; el intentar abarcar con mi pobre entendimiento la grandeza de Jahvé, conocer sus designios, descifrar su voluntad para seguirla, equivalía, para mí, a suplir con el

oído lo que la parálisis de mis ojos me vedaba.

Después de las lecturas en el templo, íbamos a visitar o recibíamos la visita de parientes y amigos. Y mientras las mujeres trajinaban en el hogar para festejar con sabrosos condimentos a los visitantes, los hombres continuaban hablando del pasaje o los pasajes que se leyeron por la mañana, y cuyas opiniones yo escuchaba ensimismado. Con esto, mis sesiones de música y mi asistencia al templo llegaron a convertirse en una misma cosa. Ya no tañía los aires conocidos y siempre iguales, que aprendí de otros, sino que gustaba crearlos, con el pensamiento fijo en esa divinidad amorosa y terrible a la vez, a la que deseaba que llegasen las notas de mis instrumentos, como me llegaban los efluvios del incienso cuando era quemado en el templo. El único sentido que llegó a tener la música para mí fue el de una oración sin palabras en que se mezclaban la adoración reverente, la súplica y la gratitud por haberme creado; por haberme dado en la tierra a mis padres y no a otros; por ser hijo de Israel y, sobre todo, por ser ciego, puesto que ésta fue su voluntad.

Por aquel tiempo empezó a correr la voz de que un gran profeta había nacido en Israel; que su palabra rodaba como el trueno y sus ojos fulgían como el fuego; que movía a los hombres a la penitencia, porque los días del Señor estaban cerca; que acusaba de impiedad al rey por haberse amancebado con la mujer de su hermano Filipo y que bautizaba con agua en el Jordán. Algunos de los que frecuentaban mi casa se habían desplazado para escucharle y oímos su relato conmovidos y estremecidos. ¿Qué quería significar al pedirnos que enderezásemos los caminos del Señor? ¿Qué, al anunciar que el hacha ya estaba puesta a la raíz de los árboles? Unos decían que era el Mesías, que venía a liberar a Israel del yugo de los romanos; otros que era Elías, el que nunca murió. Mas él sólo se identificaba como «una voz que clama en el desierto», y no portaba armas, salvo que así pueda llamarse a un cayado; ni corazas, salvo que por eso puedan entenderse las pieles de camello con que se cubría. Una corriente de piedad sacudió a Israel como un viento renovador, y fueron muchos los que se hicieron discípulos de Juan y formaron junto a él una tribu de penitentes que asombraban a los hombres por el rigor de sus castigos corporales y sus ayunos; y ejemplarizaban al pueblo por su fervor. Mi padre decidió ir a verle, con otros varones del pueblo; le pedí que me llevase con él y se negó, argumentando que el camino se haría más largo con mi presencia. Maldije mi ceguera, aunque pronto hice penitencia para lavar mi falta, porque, al maldecirla, pequé contra Él que me la dio.

Sólo nos permitió que le acompañásemos hasta Nazara, muy próxima a nuestra aldea; y, como era sábado, después de despedirnos de mi padre, fuimos al templo de ese pueblo mi madre y yo.

Nos sentamos en el suelo, adosada la espalda a la pared, y mi madre me susurró al oído, con cierto escándalo, que quien había solicitado subir al estrado para explicar las Escrituras, era un artesano cuyos padres nacieron en aquella ciudad y que ahora

era vecino de Cafarnaún: hombre que, ni por su edad ni conocimientos —así, al menos, pensaba—, tenía autoridad para ello. Si el silencio inicialmente fue grande por la curiosidad de escuchar a un ebanista competir con los escribas y doctores de la Ley, más tarde lo fue mayor al entender —sin que él lo declarase— que quien hablaba era sin duda discípulo o muy próximo seguidor de Juan. Y algún don debía haber adquirido con su proximidad al profeta, porque hablaba con tal autoridad y poder de persuasión que su sola voz irradiaba claridad, término éste que yo no sabía utilizar sino parabólicamente. Comenzó a desenrollar el volumen del profeta Isaías y leyó aquel pasaje que comienza:

—«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva. Él me ha enviado para proclamar la liberación a los cautivos y dar vista a los ciegos…». Sentí un estremecimiento al oír esto, y mi madre, al advertir mi conmoción, posó su mano en la mía para calmarme. Cuando hubo concluido de leer al antiguo profeta, sentóse, hizo una gran pausa y añadió:

—«En verdad, en verdad os digo, que cuanto aquí está profetizado… hoy se ha cumplido». Quedamos sobrecogidos.

¿Qué ha querido decir? —se preguntaban unos a otros—. ¿Qué ha querido decir?, siguieron preguntándose todos, en el atrio. Y ya de regreso, en casa, mi madre y yo volvimos a preguntarnos: «¿Qué ha querido decir?». «¿Se refería, por ventura, a Juan, como ya habían dicho algunos, y sería éste el Mesías, el Ungido, el Enviado de Dios, por el que clamaba el pueblo de Israel? Preguntamos lo mismo a mi padre, a su regreso del Jordán, y éste nos dijo que estuvo presente cuando un grupo de doctores llegados de Jerusalén, atraídos por la fama de Juan, le preguntaron: "¿Eres tú el Cristo que esperamos?"». A lo que Juan respondió: «Uno que está ya entre nosotros, y que vendrá después de mí, es más fuerte que yo, y no soy digno de desenlazar las correas de sus sandalias. En su mano tiene ya el bieldo para limpiar su era y recoger el trigo en su granero…».

—¿Luego, Juan no es el Mesías? —preguntó mi madre.

—No. Pero anuncia su inmediata venida. No otra cosa quiso decir con eso de que el que vendrá detrás de él, ya tiene el bieldo en la mano para recoger el trigo en su granero.

—¡Qué misteriosas palabras! —comenté.

En las tertulias, en los corrillos de las plazas, no se hablaba sino de Juan y de un tal Jesús de Nazara —a quien mi madre identificó en seguida como al que escuchamos en la sinagoga de aquella ciudad—, que tenía fama de profeta y taumaturgo, y que fue preguntado acerca de la opinión que le merecía Juan *el Bautizador*. A lo que Jesús respondió: «Es el más grande de los profetas. Ninguno nació antes de él, superior a Juan». Y cuando al Bautista le preguntaban por el Galileo, contestó: «Yo bautizo con agua para la remisión de los pecados, pero Él os

bautizará con el fuego del Espíritu Santo».

—Ese Jesús ¿nació en Nazara? —preguntó mi madre.

Y mi padre no respondió directamente, sino que recitó el salmo del Profeta, que decía: «Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales; porque de ti saldrá un caudillo que apacentará a mi pueblo de Israel».

—¿Por qué dices eso? —protestó mi madre—. ¿Qué tiene que ver con lo que te pregunté?

Guardó mi padre silencio, y después añadió en tono meditativo y recalcando cada sílaba:

—Porque ese hombre al que escuchasteis en la sinagoga decir: «El espíritu de Dios está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva…», ese hombre ¡nació en Belén!

—¿Qué quieres decir, padre, qué quieres decir? —pregunté, lleno de confusión.

Y sucedió que la fama de Jesús se extendió por toda la Siria, y que llegaban gentes de Tiro y de Sidón, y de Jerusalén y Judea y del otro lado del Jordán, para escucharle o curar sus males, pues los enfermos sanaban con sólo tocar la orla de su vestido.

En cuanto supe que había regresado a Cafarnaún, contraté al hijo de un jornalero de mi padre para que me llevase ante él.

La muchedumbre era tan intensa que fue muy difícil moverse entre ella. Mi conductor hubo de tomarme de la mano para que no me perdiese. Subióse el profeta a un monte para aislarse del gentío, pero la multitud le siguió; y él, alzando los brazos, ordenó a todos que se sentaran. «¡Va a hablar, va a hablar! —me dijo mi lazarillo—. Sentémonos aquí, para verle mejor».

—Yo no puedo verle… —murmuré—. ¿Cómo es?

No tuvo tiempo de contestarme porque inmediatamente surgió su voz, lenta, pausada, penetrante: una voz que calaba hasta el alma:

—Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados…

Mi lazarillo posó su mano en la mía, y la presionó fuertemente. Un estremecimiento inefable nos sacudió a los dos apenas oímos sus primeras palabras. ¿Qué lenguaje era aquél? ¡Nos decía, nos estaba diciendo, que eran bienaventurados ante Dios los pacíficos, los mansos, los misericordiosos, los pobres, los que lloran, los que son perseguidos!… ¡Nunca, nadie había dicho eso antes de ahora! A pesar de las muchedumbres sentadas en las peñas, en el suelo, apiñadas en la hierba, su silencio era tenso: se oía el silencio.

—Vosotros sois la sal de la tierra… Vosotros sois la luz del mundo…

¿A quién decía esto? ¿A nosotros los ciegos, los tullidos, los pescadores, los pobres aldeanos, de una pequeña aldea lacustre, de un reino que ni merecía este

nombre por estar sometido al poder de Roma? La luz del mundo…, la sal de la tierra…

—Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos… Alegraos y regocijaos porque vuestra recompensa será grande…

Cada palabra suya, cada sentencia, cada concepto era nuevo y producía un escalofrío en el cuerpo, y una sacudida en el entendimiento, y un clamor en el espíritu. Habíamos oído decir «No matarás». Esto era cierto, pero no bastante. También pecaba el que se encolerizaba con su prójimo, el que injuriaba al hermano…, y más valía reconciliarse con él que presentar ofrendas ante el altar sin haber, primero, buscado la reconciliación. Habíamos oído «No adulterarás». Ello era justo, pero insuficiente, porque quien mira a la mujer de otro, deseándola, ya cometió adulterio dentro del corazón. Habíamos oído «Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo»…

—Pues yo os digo: amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan para que seáis dignos hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos.

Esto resultaba incomprensible para muchos. ¿Amar a los enemigos? ¿Rogar por los que nos hacen mal?

Jesús prosiguió:

—… porque si sólo amáis a los que os aman, ¿qué mérito tendréis?, ¿qué recompensa vais a tener?

¡Todo, todo cuanto nos dijo, era distinto a lo escuchado antes! Cuando diésemos limosna debíamos hacerlo en secreto y no trompeteando por delante nuestras buenas obras, de suerte que ni nuestra mano izquierda supiese lo que daba la diestra. Y cuando hiciésemos oración no debíamos ser como los hipócritas que rezan en voz alta en las plazas para ser vistos de los hombres, sino en nuestro aposento y con la puerta cerrada, porque el Padre esta allí en lo secreto y penetra en lo más oculto de nuestros corazones… No debíamos afanarnos por los bienes de la tierra, porque no puede servirse a dos señores al tiempo: el dinero y Dios. No debíamos angustiarnos por saber hoy lo que comeremos mañana. Las aves del cielo ni cosechan, ni siembran, y nuestro Padre las alimenta. ¿No hará lo mismo con nosotros, que valemos más que ellas?

—Buscad y hallaréis; pedid y se os dará; llamad y se os abrirá. ¿Hay alguno entre vosotros que al hijo que le pide pan le dé una piedra o si le pide un pez le dé una sierpe? Si, pues vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre dará cosas buenas a los que se las pidan!… Todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca. El que las oiga y no las ejecute será como el insensato que edificó su casa sobre arena y cayó la lluvia y vinieron los torrentes y la casa se derrumbó, y fue grande su ruina…

Llevaba más de dos horas hablando, cuando se hizo el silencio.

—¿Por qué no habla? ¿Por qué no prosigue? —pregunté al hijo del jornalero de mi padre.

—Se ha puesto en pie —me dijo—. Son muchos los que quieren seguirle, pero él se interna en el monte y se aleja.

—¡Llévame ante él!

—Te digo que no es posible…

Nada fue ya igual para mí, desde aquel día. En la soledad de mi casa, recordaba sus palabras cual si las estuviese oyendo: «Al orar, no charléis mucho, como los gentiles que se figuran que por su palabrería o por alzar mucho la voz van a ser escuchados. No seáis como ellos, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedírselo. Vosotros, pues, orad así: “Padre nuestro, que estáis en los cielos…”».

Una noche, después de rezar esta oración, sentí el deseo imperioso de unirme a los que seguían al Maestro. Sólo dos veces le había escuchado y la semilla de su palabra había hecho crecer en mi alma un árbol frondoso de anhelos infinitos. Mas he aquí que él hablaba a diario con los que le seguían y yo tenía sed de su voz, que es agua que conforta, pero no sacia.

Hablé de ello a mi padre y se enfureció conmigo. ¿Qué iba yo a hacer, pobre inválido, trotando por los caminos, sin ver lo que pisaban mis pies, ni los riesgos que me cercaban? No obstante esta negativa, una gran voz interior me ordenaba poner en práctica mi deseo. Y, pasados unos días, armándome de un cayado y echando a mis espaldas un hatillo con ropa, mi flauta, un laúd y algunas monedas, salí de casa cuando todos dormían y fui en su busca. La noche olía a estrellas altas y a tierra seca. Un viejo perro, cuidador del ganado, sin que yo se lo pidiese, me acompañó.

II

A lo largo de los días que siguieron, sentado en la escalinata de los templos o en la encrucijada de los caminos, con mi fiel mastín tumbado a mis pies, tuve que pedir limosna para subsistir. Me ayudó mucho a ello el tañer del laúd o de la flauta, ya que la gente se detenía para escucharme y depositaba unas monedas junto a mí.

No me fue difícil seguir al que buscaba, porque la huella de sus palabras, en la memoria de quienes le escucharon, era más duradera que las que dejan las plantas de los pies en el polvo de los caminos. Me informaron que estaba en Jerusalén, y que podría encontrarle en el templo. Muchos de aquellos a quienes preguntaba se unieron a mí para ir en su busca. Cuando le encontramos, una multitud enardecida y alborotadora le rodeaba. Algunos le insultaban enfurecidos; otros le lanzaban preguntas comprometidas y airadas. Entendí que disputaban acerca de Abraham.

—Vuestro padre Abraham —decía el Maestro— se regocijó pensando en mi día.

Lo vio y se alegró.

Un clamor de indignación siguió a estas palabras.

—Aún no tienes cincuenta años ¿y dices haber visto a Abraham?

A lo que Jesús respondió:

—En verdad, en verdad os digo: antes de que Abraham existiera, yo soy.

Se hizo un silencio expectante. Un temblor incontenible sacudió mi cuerpo y tuve miedo. Miedo ante el misterio de sus palabras y miedo por él, porque el silencio inicial fue seguido de un rumor, como un viento de cólera y despecho.

—¡Ha blasfemado! —gritaron algunos—. ¡Vayamos por piedras para lapidarle! —ladraron otros.

Pero cuando regresaron, Jesús ya no estaba.

Tardé varios días en encontrarle. Al acercarme torpemente, tanteando la tierra con el cayado, mi prodigioso oído me permitió escuchar lo que le decían sus discípulos respecto a mí.

—¿Quiénes pecaron, él o sus padres, para que naciera ciego?

—Ni él ni sus padres pecaron. Nació ciego, sólo para que se manifestase en él la gloria de Dios —contestó Jesús.

Palabras estas que me resultaron incomprensibles y me llenaron de un indecible temor, del mismo modo que no entendí por qué me mandaba acercarme, y por qué untó los ojos con tierra previamente humedecida con su saliva.

—Ve —me dijo—, y lávate en la piscina de Siloé (nombre que significaba «la alberca del Enviado»).

Guiado por los campesinos que encontraba a mi paso y conducido por mi perro, llegué a la gran charca de aguas termales; me introduje en ella; hundí la cabeza en aquel líquido de olor nauseabundo y, al abrir los párpados, se manifestó el prodigio. Del mismo modo que un hombre al que lanzan una piedra a la frente, la ve venir, yo percibí una multitud de cosas desconocidas que se precipitaban desde el exterior, a través de mis ojos, hacia mi interioridad. Era como si todo mi entorno me penetrase. Por el tacto, por el olor, entendí que ese extraño volumen que saltaba alborozado junto a mí hasta lamerme el rostro, era mi perro. Le contemplé maravillado y estremecido.

¡Nunca le imaginé de esa suerte! Tardé en entender que esas dos ventanas que tenía en la frente bajo las orejas eran ojos por los que yo penetraba en su interior, del mismo modo que él se introducía por los míos en mi entendimiento. Pero ¿qué eran esos otros volúmenes inquietantes, esas superficies, esas extensiones que por primera vez veía? Tuve que ayudarme del tacto para reconocer el agua, y del olfato para entender que era el aire el que movía las hierbas, los matojos y las hojas de los árboles. Porque aquel mundo que contemplaba por primera vez era un mundo en movimiento. Nada se estaba quieto; cuando antes, lo que percibían mis ojos, por aludir de algún modo a mi ceguera, era la eterna, infinita, total quietud. Tuve que aguzar el ingenio para trasladarme en aquel mundo desconocido al que trataba de

identificar con la punta de mi cayado para comprender cabalmente lo que eran surcos, arados, barbechos; y lo que era el camino… Reconocí las flores por su olor; por su sabor, los frutos y el pan; por su rumor, los árboles; por el tacto, las espigas; por el ardor o la templanza en mi piel, la luz del sol, el sol mismo, y las sombras, cuando algo se interponía entre sus rayos. Así entendí lo que eran las nubes y la protección que brindaban las ramas a sus ardores. Me estremecí al comprender —por el oído y el olor conjuntamente— que esas manchas blancas que pacían entre los pastos eran ovejas a las que tantas veces acompañé de niño sin acertar a imaginar sus perfiles. Pero lo que más me conmovió fue la presencia de seres humanos, que nunca soñé que fuesen como en realidad eran, y de los que tardé algún tiempo en distinguir los hombres de las mujeres. Me acerqué a una pareja que avanzaba por el camino junto a un asno cargado de leña, cuya naturaleza reconocí por el sonido de sus cascos sobre el polvo y por el olor. Les pregunté por el camino hacia Cafarnaún, porque desde allá sabría dirigir mis pasos hasta mi aldea sin ayuda de nadie, salvo las de mi cayado y mi mastín. Entendí cuál era hombre y cuál mujer por el distinto sonido de sus voces.

—¿No eres tú —me dijo ella— el ciego que andaba mendigando por los templos y los caminos?

—Soy el mismo.

—¿De modo que fingías para recibir limosnas?

—No es así —respondí—. Ayer era ciego. Ahora, no lo soy.

—¿Cómo, pues, y quién te ha abierto los ojos?

Respondí:

—Ese hombre que se llama Jesús, hizo barro, me untó los ojos y me dijo: «Vete a Siloé y lávate». Yo fui, me lavé y vi.

No fue ésta la primera vez que me interrogaron, con aire acusatorio. Corrida la voz de que había un ciego de nacimiento que recuperó la vista, fui conducido ante los doctores de la Ley. En todo momento dije la verdad. Había disensión entre los que me escuchaban. Unos decían: «¿Cómo puede un pecador realizar semejantes prodigios?». Otros me preguntaban: «Y tú, ¿qué dices de él, ya que te ha abierto los ojos?». «Digo que es un profeta», respondí. No creyeron que yo hubiese sido ciego antes de ahora y mandaron llamar a mis padres. ¡Oh, qué gran conmoción la que experimenté al ver por primera vez unos cuerpos y unos rostros, a los que tanto amaba sin conocerlos! Yo no tenía aún un concepto claro de la belleza y la fealdad, pero pronto entendí, al ver a mi madre, que no se ama a lo que es bello, sino que siempre es bello lo que se ama. Las lágrimas en los ojos, palpé su rostro para que mis manos me ayudaran a reconocer las facciones que tanto acaricié y me sumí en su contemplación adorable. Mi padre parpadeaba incrédulo al comprobar que no era falso que yo veía; y palpé igualmente, al tiempo que mis ojos los reconocían, sus hombros, su cuello, esos brazos que tantas veces me ciñeron, y esa mano fuerte y rugosa que solía apretar la mía para guiarme.

No nos dejaron gozar de nuestra emoción. Les preguntaron:

—¿Es éste vuestro hijo, el que decís que nació invidente? ¿Cómo, pues, ve ahora?

Mis padres respondieron:

—Nosotros sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego. Pero cómo ve ahora, no lo sabemos; ni quién le ha abierto los ojos; a eso nosotros no podemos responder. Preguntadle a él. Tiene suficiente edad como para hablar por sí mismo.

Mis padres dijeron esto por miedo, pues los doctores se habían puesto ya de acuerdo en que, si alguno reconocía como Cristo a aquel que me curó, quedaría excluido de la sinagoga. No me dejaron regresar a mi casa con mis padres. Me interrogaron por segunda vez:

—Nosotros sabemos que el hombre que dices que te curó es un pecador.

—Si es pecador, yo no lo sé. Sólo conozco que era ciego y que ahora veo.

—¿Qué hizo contigo? ¿Cómo te abrió los ojos?

—Os lo he dicho ya, y no me habéis escuchado. ¿Por qué queréis oírlo otra vez? ¿Acaso deseáis, también vosotros, haceros discípulos suyos?

Me llenaron de injurias y me dijeron:

—¿Eres tú discípulo de ese hombre? Nosotros sólo somos discípulos de Moisés, a quien Dios habló. Pero ese que dices que te ha curado, ¿quién es? ¿De dónde es? Jamás se ha oído decir que alguien haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento.

—Si el que me curó no viniera de Dios, no pudo haber hecho lo que hizo —respondí.

Me escucharon con gran irritación. Me hablaban con cólera.

—Has nacido todo entero en pecado ¿y pretendes darnos lecciones a nosotros? Apártate de nuestra vista, y vete de aquí.

Me alejé de ellos y, a partir de entonces, no me separé de los discípulos que seguían a Jesús. Porque yo no acudí a Él para sanar de mi ceguera, sino para escuchar su palabra. Esa palabra que dio más luz a mi espíritu que la que dio a mis ojos el barro con que me untó.

III

Rodeado de los doce, y seguido de multitud de discípulos, el que ya alguno de nosotros reconocíamos como «el Cristo» atravesó —como un hilo de telaraña que se cruza y descruza— la Samaría, la Galilea, Judea y las tierras que están más allá del Jordán, predicando la Buena Nueva. Detrás de ellos iban las mujeres —María, su madre; María, la de Magdala y otras varias—, que se ocupaban de los menesteres materiales del Maestro y de los apóstoles. Más lejos, sus otros fieles y adictos permanentes, a los que se unían los habitantes de los poblados vecinos cuando acertaba a pasar cerca de sus viviendas. Me hice gran amigo de Pedro, el generoso, el impulsivo; y de Juan, el tierno Juan, muy joven entonces y que habría de sobrevivir a

todos sus compañeros, muriendo en brazos del Señor, a avanzadísima edad. Por ellos supe las palabras que salían de sus labios y que no pude alcanzar por mí mismo, como los del sermón de la despedida: «Hijos míos, ya poco tiempo voy a estar con vosotros… Un nuevo mandamiento os doy… que así como yo os he amado, os améis los unos a los otros…» Pedro nos lo contó a un grupo de discípulos, después de muerto el Maestro, y Juan, andando el tiempo, siendo ya anciano, lo escribió para la posteridad.

La crucifixión del Justo entre los justos habría de trazar una raya en la historia del Hombre: antes y después de Él. Ya no hay otra linde en la Historia. Ya no hay otra frontera en el Tiempo. Esto no lo entendíamos todavía, cuando consternados, dispersos, acobardados, huyendo de la persecución, debida a haber sido seguidores y amigos del Ajusticiado, el mundo, nuestro pequeño mundo, se echó sobre nosotros. Pero muy pronto nos llegó la luz del Espíritu, y nos dio la fortaleza de sobreponernos a la debilidad de nuestro natural. Y así, confortados por la gracia, pudimos lanzarnos, en su nombre, a la conquista espiritual de la Tierra que Él creó; porque —como habría de escribir Juan— «el mundo fue hecho por Él. Y el Mundo no le conoció. Vino a su casa, y los suyos no le recibieron».

Dios me concedió la dicha de vivir lo suficiente para ver la expansión de la doctrina del Resucitado. Yo fui de los que acompañaron a Pedro en su aventura romana. Y mientras Pablo, el intelectual tenaz, incansable e iluminado, predicaba en Asia Menor y fundaba las iglesias de Sardes y de Corinto, y de Galacia, y de Éfeso, y de Filipos, y de Colosas, y de Tesalonia; y hablaba en el ágora de Atenas acerca de ese «Dios desconocido», a quien los paganos tenían erigido un altar; y llegaba hasta la Hispania Tarraconense para cristianizar aquel extremo de la Tierra; yo, unido a Pedro hasta la muerte, fundé con él la Iglesia de Roma, en el corazón mismo del Imperio. Y la vimos florecer y crecer, como un incendio de esperanza y de fe, regada por la sangre de los mártires, permitiéndome Cristo, nuestro Salvador, el privilegio de ser uno de ellos, y morir, despedazado por una fiera hambrienta, en tanto que los gentiles, reían, reían, al verme morir.

El recuerdo de las palabras de Cristo en el sermón del monte —«alegraos y regocijaos porque vuestro premio será grande»— fue mi último pensamiento; las risas de los romanos en el circo, los ruidos postreros que hirieron mis oídos; y el resplandor del premio, aun antes de expirar, la visión final que percibieron en la Tierra mis ojos mortales, esos ojos que un día fueron ciegos.

Ésta es, de entre todas mis memorias, la última que me propongo escribir.

RECORDATORIO

(Personajes, ciertos o inventados, animales, entes, cosas, lugares reales o imaginarios que, tal vez, interese recordar al lector).

Hans Weber; su padre; su abuelo paterno; Ethel, su mujer; Fritz Newman, su ayudante; Richard Leakey, antropólogo en Tanzania; unos cazadores inexpertos, unos expertos cirujanos y la interesante tía Berta.

El niño arborícola innominado; su madre, su padre, su abuelo, su hermano y la pantera.

Bongbó, Ombutu, las huellas, el volcán y el que lo narra.

Los nómadas imprudentes, los *dulmans*, el pequeño antílope, la mujer de las raíces alucinógenas, el que lo cuenta y los chacales.

Senda, *Cañar de Azúcar, Tierra Mojada, Pedernal, Ébano, Zanahoria, Nube, Espuma* y el oso.

George de Perignac, el abate Breuil, Hugo Obermaier, Marcelino de Santuola; el ornitólogo inglés; los espeleólogos voluntarios, el cura, el alcalde, el médico y los guardias civiles de Benaoján; Próspero Merimée; Washington Irving; David Roberts, Pérez Villamil, Gustavo Doré.

La niña Clo; Irinda, su hermana; su madre; Vuhdú; Nadim; los toros castrados; Minos, el cretense, y sus compañeros de la coraza de cobre. El dios Pez, la montaña tajada, el río sagrado, las flores amarillas de largos tallos flexibles; el viento domado; el Cerro del Águila desde el que se veía el mar.

El *Australopithecus afarensis*; el *Homo habilis*, el *Homo sapiens neanderthalensis*, Teilhard de Chardin; el *Sapiens sapiens*, evidente reiteración.

Niram, hocico del perro que rastrea las huellas del tiempo y sus compañeros. Los olmecas, que en la lengua de Niram significaba «los hallados».

El obispo y la alcaldesa, amigos de tía Berta; Tais, la amante de Alejandro; Friné, modelo del divino Apeles y otras putas egregias.

Aspasia de Quieto; Axíoco, su padre; la alcahueta Denayira; Dorio, la víctima del oráculo; Georgias, Anaxágoras, Sócrates, Salmanasar el asirio, Fidias, Hipócrates; Nubia, la bella esclava negra; Jenofonte, Anacreonte; Sófocles; Eurípides, Safo, Zeuxis, Parrasio, Mirón, Pericles y Platón.

El Pájaro del Penacho Amarillo; su madre, que es a su vez su esposa; su hijo, a quien se deforma el cráneo; Nac Puc Cimé, el arquitecto real; Itzamaná, dios celeste que inventó la escritura; Ixtab, la tierna y piadosa deidad de los suicidas; y otros dioses de la teogonia maya; Zac Pacal, hermana, nuera, y la más dulce de las amantes

de Cambul.

La suegra de Hans Weber, la médium, el reciente suicida, el muerto por congelación en la batalla de Stalingrado; *frau* Cosmogonía; Timur Lang, el premongol; Gengis Kan; Paulo Emilio, padre de Escipión *el Africano*; Perseo, rey de Macedonia; Filipo, su padre; su hermano, Demetrio *el Traidor*; Júpiter Capitolino y el que no quiso ser esclavo quien relata esta Memoria.

El ciego mártir, su padre, su madre, su lazarillo, Juan *el Bautizador*; Juan, el apóstol viejo; Abraham; Pedro, los doctores de la Ley, Pablo el intelectual, Moisés, Jesús de Nazara, y el que cuenta la historia.

LUGARES EN QUE TRANSCURRE LA ACCIÓN:

Alemania, Checoslovaquia, Altamira (España), Benaoján (España); Kenia, Tanzania, Les Eizzies de Tayac (Francia), La Mouthe (Francia); Creta, China, Tibet, India, Thailandia, las islas del Pacífico, Rapanuí (Chile), la costa occidental de América desde la Patagonia a Mesoamérica; Sarepta de Sidón, el monte Carmelo; Mileto, Atenas; Palenque (México); el río Amur en Mongolia; los Urales, la frontera del Danubio, Macedonia, el puerto de Ostia, Roma, Cafarnaún, Jerusalén, Nazara. De nuevo Roma, Alemania de nuevo.

Notas

[1] Rey, emperador, máxima autoridad civil. <<

[2] Gobernador de una ciudad. <<

[3] Funcionario público o de palacio. <<

[4] Taparrabo. <<

[5] Pájaro sagrado en Guatemala. <<

[6] Decimoctavo día del mes. El calendario maya carecía de semanas. <<

[7] Noveno mes del años. <<

[8] Incensario. <<

[9] Plebe u hombre de la chusma. <<

[10] Pavo Real. <<

[11] Trajes femeninos de una sola pieza, con aberturas para cabezas y brazos. <<

[12] Tambor vertical. <<

[13] Silla portátil y plegable. <<

[14] Tórtola. <<

[15] Fantasmas. <<

[16] Duendes. <<